

CR - 126 - 2021

TÍTULO
ENTRE PENALIDADES

AUTOR

SIXTO SANZ CABRERA

PROTAGONISTAS

FERNANDO

SONIA

MARCOS

ANDREA

CUSTODIO

CATALINA

ALEJANDRO

YOLANDA

Dentro de un medio, en donde las penalidades se daban por dobles y las costumbres se sesgaban con razones, sin ver ese final que la vida te depara o te regala en ciertas maneras; al pensar en algo bueno para tus intereses. No llegando nunca ese afán de ilusiones, que una persona se hace en un medio hostil para ella; dentro de unos parámetros escasos, para que la subsistencia tuviese lugar, en un buen desarrollo económico para el que lo piensa.

No quiero pensar en ello, ni siquiera acordarme lo mucho que yo sufrí en aquella época de penuria y sentimientos; no acordes a la realidad de los hechos.

En las calles un arroyo, en cada una de ellas; así estaba el pueblo en época de no a ver nada, que se echasen las personas a la boca: Infinidad de pavesa, de escombros derrumbados que algunos edificios presentaban.

Cuando no, un pajar que muestra su heno seco, por entre medio de las piedras, que les ponían los labradores; para que no se cayera al suelo esa paja ya segada y seca por mucho evento, que el tiempo la hacía perder el agua, que contenía su caña.

Las calles solitarias estaban, más bien callejas y callejuelas; por donde yo paseaba: Solo, sin ver a nadie; con tan solo mi pensamiento, de ser cristiano decente y hombre de entendimiento.

Allí pisé una deposición de perro; más para allá pisé el excremento de un niño. En esa calleja estrecha, en esa aglomeración de basura; tirada por ellos mismos. Por los habitantes de esa calle, al no tener otro medio.

Un gatito me venía maullando cerca de mí, un perrito se restregaba en mis pantalones, que sí.

Al no decirlos yo nada, ellos lo dieron por bueno; sabiendo, no los haría nada: pero con un cierto temor al ser reprendido ellos, por mi persona que los miraba, sin agobio, ni dolor.

Abrí, con la llave de tres palmos, la puerta falsa de mi casa, entrándome yo allí, en mi corral que me acogía con ganas y con deseos; para que yo regase pronto las macetas que en él había. Aspidistra y nardos sembrados, en unos florones en medio y a los lados unas parras de uva bien afamadas, en aquel pueblo sagrado.

Sagrado por su valor, al cobijar a sus dueños, de esas casas destartaladas, a esos habitantes de miedo; por su valor y coraje de vivir en ese medio. Tan hostil para la persona, que no para las culebras y lagartos, que se daban por aquellos terrenos.

Amores santos y sagrados, eran todos ellos; de aquellas personas humildes, que no pensaban en nada: Más que hacer el bien entre ellos. Todo el mundo

se desvelaba por su vecino de enfrente y el vecino de enfrente estaba cómodo con ese trato, que le daba aquella persona humilde, no dándole a él nada material de entendimiento: solamente amor, fe y cariño le daba ese vecino, con eso era bastante.

Algún día que otro, a la puerta le llamaba el vecino para darle un melón o una sandía, que le aplacase el hambre.

Alguna vez le llevaba un salchichón o un chorizo, o unos buenos torreznos, servidos con una panceta de cerdo matado en ése día.

Todas las casas tenían, una chimenea en la cocina; pero no en todas se veía colgando algunos chorizos, con alguna pata de guarro para que se secase tan pronto y meterla en una artesa llena de sal gorda, para que no la cagasen las moscas.

Salimos al tiempo que había, un titiritero con una cabra, en medio la plaza del pueblo; esperando se llenase de personas toda ella, de espectadores mirando lo que hacía la cabra.

Cada uno de nosotros, cogimos una silla de la casa; de esas que se confeccionan de enea, con cuatro palos de olivos, bien moldeados para ello.

La cabra subía una escalera, a la vista de nosotros y nosotros no dábamos creencias a que la cabra subiese: Mucho menos que brincase en la cima de la escalera, sin caerse, ni dañase.

Un tambor y una flauta sonaban al tiempo que ejecutaba la cabra sus pericias, haciéndonos la vida más grata a todos los habitantes del pueblo.

Los niños corrían entre medio de las personas, que estaban ensimismadas viendo los saltos de aquella cabra.

¡Por fin!; hemos visto, ya un algo-. Así se expresaban las gentes al terminar el teatro, que la cabra nos regalaba, en aquella noche sombría, con poca luz y misterio.

La alegría seguía en aquel pueblo, por dar la siembra una buena cosecha de cereales, tanto; cebada, trigo, centena, avena. Corriendo el dinero a espuestas por todo el pueblo. Mejor dicho: Por todas las casas de aquel pueblo, tan retirado de otros, por no tener una red de carreteras, que llegasen cerca de aquella urbe.

Algunas personas contaban la calderilla cogida, por su cosecha, como si fuese un tesoro; ya que para las personas, la moneda de carácter facial más pequeña, era para ellas lo más.

Con muchas penalidades, se fueron algunos padres de familia al pueblo más cercano, para adquirir ropa para su mujer e hijos; llevándolos en unos carros de llantas metálicas, tirado por dos mulas, y algunos por uno sola mula.

Ellos, los hombres, no necesitaban nada; pues con ponerse unos pantalones de pana y una camisa hecha por una persona del pueblo, les sobraba con eso; pues hasta los zapatos, se los hacían unos zapateros del mismo pueblos; siendo unas botas, llamadas por todos ellos: “Tripaterrernos”.

Muy asequible para la huebra, que daban al arar sus tierras, en aquella triste

y profunda parvedad de jaramagos, matojos, encinas, abrojos, y brotes de yerbas que en poco tiempo se secaban.

Pero ellos sabían sacar ese elemento escondido en el campo de aquellas tierras, con buen primor y buenos modales, al cultivar aquella parvedad de terreno, con suma maestría; enseñados por sus ancestros.

Con eso, les sobraba para sentirse conforme con su vida de gañán, que obtienen de la tierra el fruto que ella le da. Y a veces, cuando llueve, las cosechas se multiplicaban; pero estas, las menos: Pues la lluvia en aquellos parajes era escasísima, por estar en una llanura, no teniendo delante una sierra para que pudiese descargar las nubes su contenido acuoso, poco a poco, a su amor; para fertilizar la tierra seca y hacerla fértil en aquel año.

Somos unos amigos entrañables del Alma, que se llegan a preguntar, los unos por los otros todos los días del año. Y cuando sucede alguna desgracia en la casa de algunos de ellos, corremos todos a solventar la cuestión; ya sea con palabras; intentando resolver el problema que le acucia a nuestro querido amigo: Menos cuando se trata de dinero; ya que ninguno de nosotros tenemos bastante para alimentar a nuestros hijos.

Eran días de penurias en aquel año; ya que no se veían más que abrojos, cardos, avena loca, amapola, el cenizo, verdolaga entre otros, por aquel campo sembrado de cereales: Porque el cecear se había perdido, solamente quedaba un poco de centeno por ser el que más resistía a la climatología adversa de aquella primavera hostil para la siembra.

No caía ni una sola gota de lluvia en aquellos campos, hacía ya unos ciento tres días y hasta los acuíferos se habían agotado por completo; no sabiendo los habitantes de aquel pueblo, de qué iban a comer en aquel año, de penurias y de pocos alimentos: Solamente los sacarían a ellos y a su familia la cría de cerdos, que tan prolífero se daba por aquellos pueblos vecinos; teniendo unas hoyas para la conservación de la carne. Así mismo, tenían unas artesas confeccionadas de madera, a lo largo, como metro y medio o más, en donde se sazocaban los jamones antes de colgarse en las paredes, poniendo unos tomillos entre la pared y el jamón para que se secase a la simple intemperie del paso de los días por aquella habitación, amplia y abierta.

SONIA -. ¿Qué miras, con tanto interés?.

Me volví para donde estaba ella, mi mujer; no dando crédito a lo que estaba viendo: Así, que sin cortesía alguna la dije algo, que luego me arrepentí.

FERNANDO -. ¡No lo puedo creer!.

SONIA -. ¿Pero dime lo que pasa?.

FERNANDO -. A este jamón, le ha cagado la mosca.

No había consuelo entre nosotros; pues el saber que estábamos perdiendo un jamón, era como el saber que aquel año, comerían la mitad de los días nuestros hijos, por falta de avituallamiento. Pero sin más ni más, tuve un golpe de intuición mandándola a mi mujer, Sonia, para que trajese algo y poder paliar aquel efecto maligno que estaba echando a pique el jamón, al pudrirse una pequeña parte del mismo, a consecuencia de haber puesto los huevos la mosca en él.

FERNANDO -. ¡Rápido!. Sonia, vete a por el cuchillo jamonero que tenemos en la mesa de la cocina.

Rápidamente se presentó con el cuchillo Sonia, cogiéndole yo e intentando quitar la parte que la noche anterior le había cagado la mosca.

Algo había visto yo, que no tenía la convicción de que aquello surtiese efecto favorable, para conservar bien el jamón.

SONIA -. ¿En qué piensas?, Fernando.

FERNANDO -. Hace pocas horas que le ha cagado la mosca a este jamón; pero con todo y eso no me quedo conforme con cortarle el redondel donde la dichosa mosca le ha cagado.

SONIA -. Entonces; ¿Qué vas hacer?.

FERNANDO -. Pienso cortarle en láminas, desde arriba hasta abajo toda la parte, donde le ha cagado la mosca.

SONIA -. ¿Tú crees, que se salvará el jamón?.

FERNANDO -. Tiene que salvarse. Pues no sé qué va a ser de nosotros.

Solamente pensaba yo, en nuestros hijos y en la manera de darlos alguna sustancia para su fortalecimiento en la vida; ya que estaban creciendo y tenían que tomar alimentos que compaginasen su crecimiento.

SONIA -. Los calditos de jamón, con la yema de un huevo: Así, sí crecerán nuestros hijos, fuertes y hermosos.

No era para menos salvar el jamón; ya que iba en ello el crecimiento, bien definido, de nuestros hijos y la tranquilidad nuestra: La de su madre y la mía, para sentirnos buenos padres con nuestros queridos hijos.

Aquel año, tuvimos la suerte de matar a una oveja, no muy vieja; para tener varias ollas de cerámica, llenas de carne y poder dar a nuestros hijos esa comida que ellos se merecen. Pues entre el guarro que matamos y la oveja; si administrásemos bien los panes que nos concedía el Excelentísimo Ayuntamiento con los vales y la cartilla de racionamiento, sería bastante para pasar aquel año de pocas cosechas y muchas penurias. Y menos mal, que sí hubo una cosecha de aceituna bastante considerable, como así la

cosecha de higos. . . Higueras sembradas de trecho en trecho entre los olivos; dándose también almendros.

Tanto era así, que en aquellos días se los veía a los niños con las manos llenas de aceitunas y un buen trozo de pan; para más tarde verlos comer higos rellenos de almendras: Siendo una gran merienda lo que se tomaban aquellos niños en plena calle; pues no se ocultaban de las demás personas, para tomarse la merienda a las cinco de la tarde.

Jugar, jugaban mucho; pero las calorías que desechaban de su cuerpo estaban suplidas por los productos tan exquisitos y buenísimos de los higos y las almendras, así como de las aceitunas; pues en las almendras se da como elementos químicos, potasio, magnesio y en los higos, sodio, potasio y en los higos secos; yodo. Fósforo, calcio, magnesio, zinc, sodio. En las aceitunas se dan fósforo, magnesio fibras, sodio. En el pan, es un alimento completo, así como la leche. Pues quién no tenía una oveja o una cabra en su corral.

Aquellos chicos crecían con fuerza en sus músculos y en su cuerpo; pero al tomar tanto chorizo, tanta morcilla, tanto tocino; crecían más bien a lo ancho, que no a lo largo: Producido por aquella cantidad de grasa, viéndose unos niños pequeños y tripazos, pero sanos en cuerpo.

Por aquellos lares había alguna que otra fuente: Conservándolas el consistorio como si fuesen oro puro; no dejándolas tocar, para nada, a las personas del pueblo. Solamente podían sacar, con una cuba, agua del pozo

si era pozo; si era una fuente, se podía beber agua de la fuente, si ponía en la misma fuente: “AGUA POTABLE”. Y eso que la tierra no era muy caliza; más bien era pizarrosa por aquellos contornos de nuestro pueblo; pero era ácida y había que tratarla con bases, para paliar su efecto.

Los animales de compañía abundaban en todas las casas: ¿Pues quién no tenía un perrito o un gatito?. Siendo causa de detectar algún olor en el corral por los animalitos de mí casa; ya que no querían estar en dicho lugar mucho tiempo. Lo malo era, que ese olor se detectaba hasta fuera de mi casa, no sabiendo yo cómo iba a quitar ese olor tan nauseabundo, que destilaba la tierra de mi corral: Y era que salían como una especie de hilito de un agua espesa y negra; metiéndose otra vez en la tierra a través de una pequeña concavidad que había allí mismo.

MARCOS -. Fernando; el estierco se saca fuera de casa: Y por lo que se puede percibir, tú no lo sacas.

FERNANDO -. Así lo haré. He estado muy atareado y no me ha podido dar tiempo para sacar el estierco y formar un estercolero.

Así se expresaba mi buen amigo y vecino Marcos; como dándome ánimos para que sanease las cuadras, anunciando el carro que tenía de llantas, que no le había movido desde hacía bastante tiempo.

Los amigos no me decían nada; pero en ellos se veía ese hado de desconfianza que una persona tiene al no ver ninguna actividad en el corral del vecino; teniendo, ese vecino, yuntas y carro; así como tierras de labranzas. No se fiaban mucho de mis trabajos cotidianos mis amigos; así que yo no salía a la puerta de mi casa para nada.

Pero un día me descuidé, teniendo la puerta del corral un poco abierta, entrando un vecino, más bien amigo, para ver lo que yo estaba haciendo. Y menos mal que no había tocado una piedra que yo tenía tapando el hilito de líquido que salía a la superficie; así no vio mi vecino lo que pasaba en el corral, pero sí lo intuyó.

ALEJANDRO -. ¿Qué huele aquí?: Si parece que sale de la misma tierra. . . Es la tierra la que huele. ¡Hazte ver eso!.

FERNANDO -. Así lo haré, Alejandro.

Al mirarme Alejandro a las manos, me las vio con una sustancia viscosa y negra, todas ellas teñidas de esa sustancia; para después mirar al carro y al no ver trabajo hecho en él, me miró como dudando algo.

No, yo no había estado engrasando los ejes del carro, ni las ruedas del mismo; de modo que aquel amigo y vecino salió con un grado de desconfianza en sí mismo, dándome qué pensar.

Allí había que hacer algo y lo único que pensé es hacer una especie de conglomerante de hormigón armado. Y como en aquel tiempo, por no a ver, no había ni cal; se me dio bastante mal empedrar el corral con una especie de barro colorado, cogido de un monte cercano. Y así con greda pude solar el corral, y con piedras cogidas al azar en el campo. Pero eso sí, dejando que saliese ese hilito viscoso de entre la tierra.

Pues claro que sí dejó oler el corral tanto como olía antes; ya no se percibía desde la calle ese olor característico de una sustancia hedionda.

Tiempos de cooperativas: Formamos una cooperativa a través de La Extensión Agraria, que era la que había antes, sobre los productos del campo; significando los cereales a parte de la aceituna. Y, ¡OH, aleluya!; cual sorpresa fue para nosotros al saber que la Comunidad Europea nos iba a dar una subvención a fondo perdido, por la extensión de nuestras propiedades, según la célula catastral. Y sí, sí nos la dio, incrementando nuestra cuenta corriente; ya que era a través del banco.

Poco a poco se nos fue poniendo todo a pedir de boca; pues hasta asesores teníamos, tanto para los abonos, como para la siembra de nuestros productos; complementando la siembra de dos años de trigo y uno de garbanzas en aquellos terrenos arcillosos. Los garbanzos eran pequeños, pero muy finos en el puchero: Se hacían mayores, engordando en la hoya del puchero, entre la carne y el chorizo. Llegando pronto, de otros lugares, para comprar nuestros garbanzos.

No menos buenos eran nuestros melones; pues en carro de llanta, se iba hacia la Elíptica para venderlos en puestos asignado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid.

Parece ser, que el dinero empezó a correr en manos de todos los agricultores; y el gañán que no cultivaba sus tierras, era porque las tenía arrendadas a otro vecino de su pueblo.

Un día llegó a casa Custodio, diciéndome que había una variedad de un producto que se pagaba bastante bien, llamo girasol. Y como la intuición era mucha, enseguida comprendí el sistema económico del girasol; viendo a todos los chicos comer pipas: Unas bolsas que vendía un señor en un puesto en la plaza. Resultando un tanto fallido la siembra del girasol en aquel mismo año; por no saber cuidarlo y qué sustancia echarle. Los demás años, ya se nos dio mejor; al ser informados de la siembra del girasol y su cuidado: Pero al no estar atentos a dicho cultivo, algunos agricultores del pueblo, al llegar el calor se abarrotó su plasta, o donde se encontraban las pipas, en el Aquenio o cabeza del girasol.

Ya teníamos una cosecha más que acarrear, al finalizar su ciclo y de esta manera teníamos más dinero en las faldriqueras; que luego, al llegar los bancos los teníamos en nuestras cuentas al abonarlas con el dinero obtenido de nuestras cosechas.

Todavía, la ganadería no era extensiva; como en otro tiempo se ha dado; pero sí empezaron a cuidar, algunos ganaderos sus rebaños de ovejas, y

hasta alguna que otra vaca se veía al llegar al pilar, que era una fuente con dos caños gruesos, echando agua todo el día, para que abrevasen las bestias y el ganado.

Pronto se espabilaron los ganaderos; pues en vez de vender su ganado al peso, lo vendían en canal, obteniendo más dinero por cabeza: Pues pronto pusieron puestos esos mismos ganaderos, vendiendo su ganado ellos mismos para las personas del pueblo; así se creó una mesta de ganado un tanto considerable, para el sustento de aquellos ganaderos aguerridos.

A ese floreciente bienestar económico, le siguió la formación de una feria de ganado y de productos del campo, en donde llegaban de otros pueblos para comprar los productos que los ofrecíamos nosotros.

No queriendo que aquello quedase sin un broche de oro, formamos una feria en el pueblo, que ha llegado hasta nuestros días: En donde se ofrecía vino y algunos frutos, como la oliva y el producto del girasol a todo el que llegaba al centro de la feria, o lo que es lo mismo, al real de la feria.

Principio de un amanecer floreciente para los habitantes de aquel lindo pueblo; pues todos sus moradores le queríamos mucho y estábamos orgulloso de ser hijos del pueblo.

Pero todavía había trueque entre ellos; se intercalaban los víveres, los unos con los otros, y así no corría la moneda de mano en mano, ya que había poca calderilla guardada en los bolsillos de aquellas personas tan trabajadoras y nobles como ellas mismas.

La nobleza era un blasón que blandían entre ellos: Preferían dar una mano a denunciarse los unos a los otros; defendiéndose los unos a los otros, como si fuesen familias de hecho.

Lo que uno se hubiese enterado del otro, nunca se comentaba, ni se decía en público; guardando el secreto para sí hasta la tumba: Siendo una sociedad parental, como se ha dicho. Sin recelos, los unos de los otros, sin ver mal lo que cada cual hacía; allá él con sus hechos y sus enseñanzas morales. Era un compendio de virtudes y de afectos entre ellos.

Entrándome por derecho, un día, mi buena amiga Catalina; para en caso de que ella falleciese, se hiciese su santa voluntad.

CATALINA -. Quiero que guardes en tu baúl, en lo más profundo de él éste documento firmado por mí; para que se cumpla lo que digo en esta carta.

FERNANDO -. Así será, Catalina.

En vez de ir a sus hijos o a su marido, aquella señora vino a mí; para que guardase sus últimas voluntades en vida y las presentase en caso de fallecimiento.

Ni tan siquiera las leí; guardándolas en lo más profundo del baúl; donde mi mujer no se atreve a tocar nunca.

Éramos una piña, un grupo de personas formadas para la convivencia entre todos nosotros; con un afán de superación de hermandad entre dicho grupo, al sabernos unidos por lazos virtuales, más bien fraternales.

Si se ponía malo uno de nosotros, los demás parecíamos que sufríamos la misma enfermedad que el paciente, en su cama postrado; buscando, enseguida, algún remedio casero, más bien de hierbas medicinales, sabiendo muy bien cual de ellas le podía curar su dolor o su enfermedad cogida a causa de alguna bacteria al andar con los brotes de algún tomillo o chaparro infectado.

Lo peor era cuando se te hinchaba una mano por haber tocado una pizarra sin saber qué tenía en su exterior o qué huevos guardaba en sus hendiduras; pues hasta ahí llegábamos todos. Una especie de Tenosinovitis, que se te hinchan los tendones de las manos y si no te curas puede causar gangrena; por eso, tal vez no era los tendones, pero que parecía igual a la hinchazón de los tendones: Pues se te había metido el mal en la carne de la mano y llegaba hasta el hueso.

En éstas dilucidaciones entró mi amigo Marcos al corral de la casa, para preguntarme algo; pero yo me encontraba viendo salir el hilito de líquido viscoso por aquel pequeño agujero; cuando al darme cuenta, tenía Marcos detrás de mí mirando cómo salía dicho elemento de las entrañas de la tierra; clamando algo, que no me gustó nada.

MARCOS -. ¡Anda!: Pero si eso es petróleo.

FERNANDO -. ¡Qué va!. Es agua con cieno: ¿O es que no lo ves?.

MARCOS -. (Haciéndose para atrás). No, eso no es cieno, huele muy mal y es totalmente negro y viscoso.

FERNANDO -. Tal vez es herrín al contener hierro el agua; por eso tiene ese olor característico de hediondez. ¿No lo crees tú?

MARCOS -. Si tú lo dices: Así será.

Todo quedó en eso; en que era agua con hierro y un agua podrida, la que salía por aquel hilito de las entrañas de la tierra.

¡Bueno!: ¿Eso creía yo?; pues en pocos días se presentó todo el consorcio de concejales en mi casa, queriendo ver lo que salía de las entrañas de la tierra, y al verlo exclamó el forastero: ¡ES PETRÓLEO!.

¡Acabáramos!: Aquello se había difundido como la pólvora; teniendo en pocos días unas máquinas haciéndome polvo la puerta de mi corral, queriendo entrar en él. Y al terminar la prospección dijo el facultativo algo así, como: “Es un espejismo todo esta salida de petróleo; pues no tiene más que una bolsa y de las más pequeñas que se han dado en la historia del petróleo”.

Respiré tranquilo; pero al ver la puerta de mi corral caída y partida en dos, no hacía yo más que exclamar por los gastos de mi puerta.

FERNANDO -. ¡EH!; oiga. ¿Quién me va a poner una puerta nueva en mi corral?.

Nadie respondía y todos se hacían los despistados, como no queriendo saber nada de ese asunto. Hasta que todos salieron de mi corral rumbo a su destino; pero al siguiente día estaba yo en el Excelentísimo Ayuntamiento de mi pueblo reclamando, que me pusieran una puerta nueva en mi corral; pues era de Ley, según yo, que me hiciesen caso. Hasta que en una de esas discusiones, salió un concejal para decirme: -. Que arreglarse la misma puerta; ya que se podía arreglar, y que no pidiese nada más -.

¡Pues qué bien!, fue dicha respuesta a mi demanda, de que me ayudasen por haber roto mi puerta. ¡AH!: Y sobre todo, que olvidase de hacer obras en dicho sitio. Que tapase bien aquella tierra, para que no oliese tanto; dando fin a ese tema.

Ya no podía ver el hilito que salía de la misma tierra, con una viscosidad que manchaba las manos; así que tendría que estar siempre sin saber qué pasa en mi corral, por haber tapado el pozo que hicieron los técnicos con mucho cuidado.

Pero andando cerca de mi corral, por aquellos campos, y a donde hacía una pequeña depresión, pude ver que supuraba la tierra ese líquido viscoso; entrándome ganas de coger un poco en un recipiente para ver si valía como

abono. ¡Qué va!: No valía como abono; era más, pues secaba las plantas donde yo lo echaba.

No obstante, al cabo de unos días, pude darme cuenta que esas plantas reverdecían y crecían con más fuerzas que lo normal; achacándolo yo a los fosfatos de amonio y a la urea contenida en el petróleo. Y era que en vez de echar el petróleo en la tierra, regué las plantas con él; y al ir puro no dejaba respirar a la ovo célula de las hojas, por falta de oxígeno. La hoja no podía respirar nada, por estar tapada con ese líquido viscoso toda ella ni podía hacer la fotosíntesis y al llover al siguiente día dejó libre esa parte de la hoja para hacer sus funciones.

Bien sabido, que yo no podía emplear dicho elemento, por ser un líquido viscoso; que se vería desde lejos y sabrían los agricultores del pueblo, qué sustancia estaba empleando para abonar mis tierras.

Me crucé, aquella misma mañana con Yolanda, que echándose para atrás me indicaba algo, que ella había percibido por el sentido del olfato.

YOLANDA -. ¡UY!, hijo. ¡Qué olor traes en tu cuerpo!.

FERNANDO -. He sacado el estierco de las cuadras.

Se arrimó, todavía más a mí Yolanda; no dando creencias a que fuese, ese olor, por sacar el estierco de las bestias y de las bacas.

YOLANDA -. ¡AH!, no; no es ese olor característico del estiérco: Tú has sacado algo más de las cuadras.

Dando media vuelta se alejó de mí Yolanda, sin decirme algo más; pero ya me había dicho bastante: Así que me tendría que guardar para no dar qué pensar ante mis vecinos. Y llegando a casa me lavé bien, con jabón y esponja; poniéndose totalmente negra la esponja y quedándose el jabón con un brillo negro, todo el.

A lo pocos días veíamos correr por el campo a nuestros hijos y a los hijos de nuestros amigos, los vecinos del pueblo. Pues habíamos formado una caldereta en una especie de chaflán que había, entre una colina y una pequeña depresión en aquel terreno.

Como corría el vino a raudales, las personas invitadas a la caldereta comenzaron a ponerse alegres y a charlar las unas con las otras.

MARCOS -. Fernando: ¿Qué es lo que estás empleando para abonar tus tierras?.

FERNANDO -. Un compuesto de fosfato de amonio y urea, que me dijeron unos señores; cuando se pararon en mis tierras.

CUSTODIO -. ¿Y eso es efectivo?.

FERNANDO -. Totalmente, Custodio.

Bueno, ¡bueno!; así se quedó todo, hasta que uno de ellos me pidió la dirección de aquellos señores, y al momento tuve una inspiración en mi cerebro para poderle responder según mis intereses particulares.

ALEJANDRO -. Fernando, dame la dirección de esos señores; que quiero abonar yo mis tierras con lo que tú las estás abonando.

FERNANDO -. La buscaré y te la daré de inmediato: No te preocupes Alejandro, que así lo haré.

Por lo menos me había quitado, de encima, a mi amigo Alejandro; que al parecer estaba interesado en emplear la misma composición química que yo había empleado en mis tierras.

Siguiendo con la alegría todos juntos, los de aquella reunión tan alegres y dicharacheros; pues tan alegres estaban, que algunas señoras al reírse se caían de espaldas enseñando parte de sus prendas más íntimas y con ella la forma de sus piernas. . .

Una de aquellas señoras, que se cayó para atrás fue la mujer de Alejandro, Yolanda; enseñándome sus formas juveniles con toda la atracción física como ella tenía.

Pero al poco tiempo, se arrimó Yolanda donde yo estaba, volviéndose a caerse para atrás. Y cuando yo la intenté sujetar el cuerpo la cogí, sin querer, por los muslos; desplazando mis manos hacia abajo, como si algo

me dijese que aquello estaba mal: Que respetase a la mujer de Alejandro, mi amigo.

No podía dejar pensar en aquellas carnes de mujer joven y esbelta, ni en su olor característico de nardo como ella traía empapado en su cuerpo y en su ropa.

No llegó la sangre al río; pues mi mujer se vino donde yo me encontraba, preguntándome algo insólito.

SONIA -. Hijo: ¿Qué color rosado tiene la cara?.

FERNANDO -. Será los rayos del Sol, excitado por el vino que he tomado.

SONIA -. Pues no bebas más, hijo.

Veíamos a nuestros hijos correr por aquellos campos, llenos de abrojos y matas chaparreras, con todo el esfuerzo del mundo, como si en ello fuese su existencia.

El niño, se acercó donde estábamos nosotros para poder beber un vaso de agua; ya que se le veía sudar como nunca; pues como nunca corría por aquellos campos de poca vegetación.

Nada más se fue mi mujer Sonia de mi vera, Yolanda me echó las piernas por encima; como sujetándose en mi persona y hasta me tocó en lo más profundo de mi ser, notándose mi hombría a pleno ritmo.

No pasó nada por casualidad; ya que se vino con nosotros la mujer de Custodio, Catalina; que al ver aquello se quiso ir otra vez donde estaba antes, pero la hice yo una señal con las manos para que se quedase con nosotros.

Catalina se sentó dándonos la espalda a nosotros dos, a Yolanda y a mí; para no ver nada, ni saber nada de lo que pudiese pasar allí, entre esa señora y yo. No pasó nada, en absoluto; pues yo haciendo un esfuerzo brutal, conseguí quitarla las piernas a Yolanda encima de mí: Yéndome a sentar cerca de donde se encontraban aquellas señoras. Pues al parecer Catalina fue a consolar a Yolanda, en sus penas por haber tomado un vaso de vino pitarrero: Donde no se pierden los sentidos, pero se queda una franja en la cabeza, como mareada. Es un vino asequible para la naturaleza humana; pudiéndose beber muy bien, pero con mesura.

Y como se me veía en el centro de los pantalones un poco machado, por esa sustancia viscosa; me fui a lavar esa parte de los pantalones, en un barreño de agua que había allí mismo para poder enfriar las botellas de bebidas: Y menos mal que no me vio nadie; pues de lo contrario hubiese sido un escándalo mayúsculo.

Volví a echar la mirada a Yolanda: Una señora, que no estaba mal, pero que nada mal se encontraba aquella señora; estando todavía enseñando los muslos y hasta el canalillo de sus pechos.

Lo peor fue, cuando se acercó a ella un hijo suyo, viéndola en tales posturas, delante de las personas que asistían a la caldereta, diciendo algo así como -. ¡OH!, mamá; tápate un poco -.

Surtió efecto lo que la dijo su hijo a Yolanda; tapándose sus carnes en ese preciso momento, que su hijo se lo pedía: Porque si no iría a enseñarnos todas sus vergüenzas.

Por la noche, cuando llegamos a casa no había luz eléctrica; así que impregné un trapo de aceite, retorciéndole un poco para que pareciese una mecha y metiéndole en un recipiente de hierro cóncavo con aceite le hice arder arrimándole una cerilla encendida y así pudimos tener luz aquella noche. Pues a las mujeres las gustaban coser y remendar camisas y pantalones a la luz de la noche, contando lo que la había gustado de aquel día que se había ido y comentándolo con el marido; así como repasando las tareas que traían los hijos a casa de la escuela.

Eran días del estrujón; pisando la uva cogida de las viñas en una pila de granito, sujetándose a una cuerda que estaba atada a una argolla en el arco de aquella pared. Entre cante y cante se pasaban las horas quitando las uvas del racimo; para que fuesen esparcidas de dicho racimo, para más tarde quitarlas tantas pepitas como caían en los baños o en los barreños que habían puesto en un grifo de esa pila, que estaba a nivel más bajo.

Se traían las uvas en serones, en aguaderas o en carros de llantas, echándolas en el patio para que macerasen; y así, una vez que las había

dado el sol, hacían mejor vino: Comenzando el estrujón de dicha uva, con las tareas antes indicadas.

El contenido del mosto se volcaba en unos conos de barro; pero antes se tapaba el orificio de salida, que estaba abajo del cono, donde su sección se estrecha. Se tapaba ese orificio con un tapón de corcho, entrando una caña en él, para que pudiesen salir el mosto a los barreños y llenar las garrafas de ese mosto dulce, a veces y seco otras; una vez que había cocido el líquido de la uva. Para trasegar dicho vino, de una garrafa a otra a los tres meses y así hasta que adquiría la consistencia suficiente, como para tener una buena tesitura en la boca de las personas que lo probaban, que eran por lo menos tres trasiegos.

Teniendo mucho cuidado, de que el personal que manejaban los conos y el trasiego no tomasen mucho vino; ya que se los subía a la cabeza una especie de mareo, pero que pronto se lo quitaban esos mareos: No cogían tan fuertes como los demás vinos a las personas. Era como si una cinta se te pusiera rodeándote la cabeza en poco tiempo.

De aquel vino, comíamos todos los días mi familia y yo; ya que lo vendíamos a las personas del pueblo y a las de los pueblos cercanos.

Y como aquel vino había precedido a la venta de higos y almendras, teníamos para nuestro sustento, por lo menos durante tres meses; pasando las Navidades en completa armonía, mi familia y yo.

Y máximo, si se rifaba alguna garrafa de vino: Se sacaba doble, que si se vendía; pues las personas se habían acostumbrado a aquel vino: Con mucho cuerpo y aroma a frambuesas, y un poco seco o mucho seco; según se meciese el cono. Mientras más se mecía, más seco salía el vino, más “retamoso”.

Tuve un golpe de suerte; pues me pusieron una oficina de conservación de tierras, por el petróleo que me había salido en el patio. Ahí, se suponía que querían conservar ese lugar a la vista; no fuese a ser que la bolsa pequeña de petróleo, no fuese a ser tan pequeña. Ahí estaba yo para hacerla, todavía más pequeña; para que no pudiesen volver otra vez más, las prospecciones en mi corral.

Me daban un dinero, para que vigilase ese terreno todos los días y los diese las variaciones que yo viese; así que aunque un día pude darme cuenta que se estaba resquebrajando la greda, no dije nada al respecto; pues pronto volvió a ponerse en su sitio. O sea: que se volvió a allanar el suelo, tal y como estaba antes, de existir ese fenómeno de querer salir el líquido viscoso a la vista de todos nosotros.

Yo amplíé las viñas y entre las viñas sembré higueras y almendros; ya que la almendra, en aquellos años se pagaba a buen precio. Hablando con mi mujer Sonia de dar carrera a nuestros hijos.

SONIA -. ¡UF!: ¡Qué va!: Si hace falta mucho dinero para poder dar carreras a nuestros hijos.

FERNANDO -. De Maestros Nacionales: Son dos años de estudios en la Normal.

SONÍA -. Se podían presentar como libres y así nos quitábamos del gasto de la pensión de nuestros hijos.

FERNANDO -. ¡Bueno!, bueno. Ellos que hagan el Bachiller elemental y ya hablaremos.

Sí; pues nada más hacer el bachiller elemental, se comenzaba a estudiar en la Normal de Maestros: Primero ingreso y después dos cursos. Y si todo fuese bien, lo podrían estudiar nuestros hijos; pues con el dinero que ganase uno de ellos, la mayor, y con nuestro dinero terminaría la pequeña de ellas la carrera y así con dos ayudas; podría hacer su carrera el niño. Pero Sonia solamente me estaba escuchando y mirándome, por si acaso decía yo aquello con toda la propiedad del mundo: Creyéndome todo lo que yo la estaba contando, en aquella noche mirando a las Estrellas.

Hubo un momento que vi brillar los ojos de mi mujer, Sonia, al pensar en lo que yo la estaba diciendo; hasta se estaba atusando la barbilla de ese mentón femenino.

SONIA -. ¿Sabes lo que te digo?.

FERNANDO -. Dímelo.

SONIA -. Que si tú estás dispuesto hacer tal sacrificio por nuestros hijos, yo también estoy dispuesta hacerlo; hasta el punto de no comer.

Yo me eché para atrás al oír aquello, dicho por mi mujer Sonia; con tanto amor y deseos hacia nuestros hijos.

Pensé, que desde entonces deberíamos ahorrar dinero para que nuestra hija mayor pudiese estudiar y sacar la carrera de Maestra Nacional.

FERNANDO -. Desde hoy tenemos que comenzar ahorrando dinero; para que nuestra hija mayor saque la carrera de Maestra Nacional.

SONIA -. Así será, Fernando.

Para ello nos fuimos al campo, por la mañana para acarrear unos cardillos y arreglarlos con un arroz, que nos chupamos hasta los dedos de lo bueno que estaba dicho arreglo; no esperando más por aquel día, ya que los chicos tenían de cena un buen queso y un poco de chorizo.

Al día siguiente nos fuimos Sonia y yo a un reguero, cerca de una fuente en el campo, para coger unos berros y aderezarlos con un poco de aceite y vinagre; sabiéndonos a poco aquella ensalada; yendo yo a sacar unas lonchas de jamón, de uno que teníamos colgado en una pared en la cocina.

Lo malo fue al siguiente día, que anduvimos por todos los sitios del campo para coger un manojo de espárragos trigueros, que están buenísimos en una tortilla de patata.

Para irnos al cuarto día a la ladera de un monte, con una espátula y poder sacar parte de las criadillas que había en aquella ladera del monte. Una especie de patata más rica y fina que las mismas patatas: En la sartén con un huevo, nos sentó de primores aquella merienda que hicimos aquel día.

Repitiendo el ciclo cada semana; nos alimentábamos en casa, aquella primavera y aquel verano; pues hasta lo higos nos sabían a gloria.

Decidimos meterlos entre el higo unas almendras, para que comiesen los niños a las cinco de la tarde y se pudiesen poner fuertes y sanos; además, les dábamos un puñado de aceitunas aderezadas, viéndoselos con una fuerza descomunal en su cuerpo.

Lo malo sería cuando viniese el invierno; y para ello decidimos secar higos y guardar almendras, así como hacer aceitunas para el año: Al quitarlas todos los días el agua y renovárselas, en los garraones donde las teníamos metidas para que se endulzasen. Y en vez de matar un guarro, matamos dos; metiendo la carne en unas hoyas de barro para que se conservase todo el año.

Lo fundamental estaba hecho, pero lo primordial faltaba por hacer; que era darlos un sustento de algún alimento para el calcio de sus huesos. Y ahí

buscamos la leche de las vacas que teníamos en los establos, con la leche de ovejas, que yo pastoreaba.

De esta manera logramos ahorrar un dinero, para que comenzase a estudiar nuestra hija mayor, en la Normal, Maestra Nacional. Y aunque asistió a clase pocos días, por estudiar en casa, aprobó el ingreso en la Normal.

Un empujoncito teníamos que dar, en dos años que la faltaba a nuestra hija para ser Maestra Nacional, en aquellos tiempos.

Pero cuando uno se cree, que todo estaba echado y hasta las cuentas bien claras: Cayó enfermo mi hijo, con paludismo, así como mi segunda hija, que la diagnosticó el doctor viruelas: Y menos mal que no eran viruelas locas, como se llamaba a las más malas en aquellos años.

Ahí sí tuvimos que hacer un desembolso de dinero, llevando a nuestros hijos a la capital; a ciento veinticinco kilómetros de nuestro pueblo, fueron unos gastos adicionales al ahorro de dinero para que nuestra hija mayor sacase la carrera.

Pero en vez de ponernos nerviosos, su madre y yo; templamos nervios y nos acomodamos a lo que había: Y lo que había, era tan poco; que teníamos que tener mucho cuidado para no hacer gastos algunos y guardar el dinero a buen recaudo.

Hasta jabón casero comenzó hacer su madre, de las sobras del aceite al freír los alimentos. En un barreño de cobre y a la llama de una lumbre, al

principio fuerte, para terminar siendo una llama menos poderosa; para que no se abarrotase el aceite con la sosa.

Aquel jabón parecía medicinal; pues nos quedaba la cara y las manos lisas, blancas y hermosas: Parecíamos todos nosotros, unos angelitos bajados del mismo Cielo.

No solamente el efecto de ese jabón provocó tales hechos, que curaba granos y fortalecía la piel ante las bacterias. ¡OH!, la, la; que cosa tan buena habíamos encontrado para toda la familia, sin haberlo buscado; así que se nos veía a alguno de nosotros, mover, hacia el mismo sitio aquella masa para que se cuajase. Más tarde lo hicimos en frío, sin lumbre aquel jabón tan buenísimo.

Por aquel entonces, se hacía arropo, bateo, canalones, estrellas, mantecados y otros tantos dulces en casa; que eran las delicias de los chicos, para el desayuno o el tentempié de la tarde: Ya que no había que olvidar estábamos en pleno invierno.

Arropando a los niños con mantas al estilo zamorano; metiéndolos un cazo grande de cobre en la cama, lleno de brasas, del brasero. Pero antes se pasaba dicho cazo por toda la cama, encima de la última sábana; para calentar el lecho donde iban a dormir aquellas criaturas; y hasta se empleaba, dicho cazo para nosotros.

Como en todas las casas había una cocina con chimenea; allí se cocía el puchero, quedando las ascuas de esa lumbre; habiendo calentado toda la

casa y sus habitaciones. ¡Frío!: Nada de eso. Solamente cuando se salía a la calle, se notaba ese frío aterrador, de vez en cuando.

Mi hija mayor, no dejaba estudiar mucho metida en su habitación; pues ya estaba en primero de Maestros Nacionales, de los dos que costaba dicha carrera por aquellos años.

Yo era asiduo a leer la prensa; y un día leí que hacían falta muchos Maestros Nacionales, alegrándome por aquella columna del periódico: Alegrándome el sentido y todo mí ser. Así que me fui derecho a los hijos, anunciándolos lo que había leído en una columna del diario de aquella provincia.

Como que se me alegraron todos mis hijos, por aquella buena noticia; no dejando yo presentarme en el Excelentísimo Ayuntamiento, para saber si me podían echar una mano, con respecto a los estudios de mi hija mayor.

Se me dijo, que había dos becas solamente y eran para párvulos en la escuela; que para los estudiantes, que ya estaban terminando su carrera, no se concedía beca por parte del consistorio municipal: Que preguntase en la Normal, que era donde me podían informar. Dónde podría yo ir, para que concediesen una beca a mi hija mayor; diciéndome que, eso se podía reclamar al principio de curso, no cuando ya el curso estaba muy avanzado; llegando a mi casa con desánimo y decaído, por tales explicaciones.

Pero en vez de arredrarme, me crecí y esperé a que formalizase el nuevo curso mi hija mayor; pues yo estaba seguro de que ella iría aprobar el primer curso, y así fue.

Mi premura era, que mi hija pequeña estaba haciendo el ingreso en la Normal y tenía que ir, algunos días entre semanas, a clase; así como mi hija mayor; que cuando había algún examen se quedaba en una casa, en un cuarto alquilado.

Con mucho esfuerzo, con muchas penalidades; sacaban mis hijos los estudios. Y créanme: Que ni verano disfrutaba mi hija mayor de ese relax que merece un joven; pues en vez de salir con las amigas, se quedaba estudiando los libros de segundo: Dándolos un repaso. Pues en aquella fecha no se cambiaban los libros: Eran siempre los mismos. Pasándose los libros de uno a otro estudiante. A mi hija se los dio una compañera que había tenido en la casa donde ella se alojaba en tiempos de exámenes en la Capital de la Provincia.

Con beca y muchos estudios, consiguió terminar su carrera mi hija mayor; quedándose en el pueblo como Maestra Nacional: Y ayudando a sus hermanos para que estudiasen y pudiesen terminar sus carreras; que al fin y al cabo era la misma que ella había hecho. Viendo yo en todo ellos un afán de superación personal, por terminar pronto sus estudios y poderse quedar en una plaza cercana o en el mismo pueblo; como había conseguido su hermana mayor.

Así estaba todo, en mi casa; en nuestra casa: Ya que mi hija pequeña estudiaba primero y mi hijo comenzó hacer el ingreso en la Normal.

Un susto recibí yo un día, cuando oí un estruendo en el doblado de la casa y al ir a ver qué había pasado, vi que una cumbrera que sostenían ciertos palos del tejado se había venido abajo.

SONIA -. ¿Qué hacemos?, Fernando.

Aquello me lo dijo mi mujer Sonia a media voz, como si tuviese miedo de hablarme. Y mirándola yo de frente, la calmé para que no llorase; ya que estaba a punto de hacerlo.

Ya sabía yo que la almazara del pueblo, me había escogido como contable; como así una serradora, que se había asentado en el pueblo, que había llegado al pueblo en aquellos días. Dándola las cartas a mi mujer, Sonia, para que las leyeras; pues tenía otra carta, en la que me decía, que en dos meses me quitarían la asignación la compañía de petróleos. Pero al leerla mi mujer, me dijo algo así como -. No te fijas, Fernando -. Y al volver yo a leer la carta de nuevo y ya más calmado; pude darme cuenta, que irían a instalar una central de inspección en el pueblo, que se quería arrendarles el corral lo podía hacer, como así quedarme al cargo de dicha central: Ya que yo sabía, muy bien, los manejos de aquellos barómetros correspondientes, en la inspección general de la zona petrolífera.

SONIA -. ¿A que esto no lo has leído tú muy bien?.

FERNANDO -. No me di cuenta. Solamente al leer que desaparecía la asignación en dos meses, me puse nervioso perdido.

SONIA -. Pues hijo: Hay que leerlo todo y bien; sin ninguna clase de nervios.

Pues claro que quise arrendar mi corral a la compañía petrolífera, sin saber qué iban hacer allí, aquella compañía. En pocos días, me tiraron las tapias del corral; comenzando una obra, que parecía iba a ser una buena oficina.

Yo dejé hacer a su manera las cosas; pues lo principal era que me empleasen a mí en dicha oficina.

Comencé a tener problemas en la aserradero; pues tenía más quintales métricos guardados, que me permitía la Ley; no dudando buscar a otra aserradero, que tuviese menos quintales métrico para endosarla a ella el resto que me sobraba a mí. Y como no había terminado el plazo de cerrar el balance, aceptó, de buenas ganas, aquel otro aserradero dicho endoso, en forma palpable. Teniendo en cuenta siempre, que aquellos quintales métricos me pertenecía a mí: ¡Bueno!; quiero decir a la empresa del aserradero, aunque yo fuese el contable de la empresa. Y era que allí no llegaba nadie de los dirigentes de aquella empresa familiar: Ni padres, ni

hijos; solamente estaba yo haciendo y deshaciendo como buena mente se podía, para que continuasen las cuentas en aquella serradora.

Era una causa inédita en aquellos parajes tan desérticos; pues no había ningún árbol: Pero que en aquel aserradero existía más quintales métricos que la Ley permitía. Y eso, que no había ningún árbol en los contornos de aquel pueblo.

Y era que ya, en tiempos de llevanza contable, se buscaba un pueblo económicamente poco fluyente; más bien que no corriese mucho o nada el dinero, y alejado de los demás pueblos, por falta de carreteras principales; Siendo mí pueblo el asignado para hacer un gran almacén de madera en sus alrededores.

Problemas tuvimos, cuando le pedí al otro aserradero que me mandase los quintales métricos que la había mandado yo para que lo almacenase ella; ya que como dijo el otro aserradero: Las había empleado por tenerlas en su balance anual. Y aunque yo tenía un papel, no dejaba ser eso: Un papel mojado, que no servía para nada; por no haberlo pasado a la forma contable de un abogado o de un notario; ya que había que ir a la Capital y yo no me moví. Aquel papel, no se había entrado en la forma jurídica, para reclamar, delante de un juez dichos quintales. Y además, como fueron endosados los quintales métricos; ya que el papel tenía por atrás mi firma y el cuño de la empresa: Estaba hecho a la suma perfección de un sistema contable.

Aquel papel servía como un verdadero cheque endosado a la segunda serrería; teniendo yo que dar cuenta a los amos de la primera serrería.

Fui el primer despido que se dio en el pueblo, no teniendo derecho a nada; puesto no había firmado un contrato con la empresa, como que yo sería el contable. Llegándome a mi cabeza el pensamiento de ese dicho popular, que decía: “De caídas, se aprende”. Siendo ya tarde para deshacer lo andado.

Por aquel, entonces, me vi un poco apurado económicamente; pero echando cuentas, supe que podría salir hacia delante con mis otros ingresos. Y máxime, cuando mi hija menor comenzó a estudiar el último curso de su carrera: Que no sé por qué, mi hija tenía que marchar a la Capital de la Provincia con más asiduidad que mi hija mayor; dándome cuenta más tarde de aquellos desplazamientos a la Capital de la Provincia: ¡Se había enamorado!.

Yo miré a mi hijo, que estudiaba el primer curso de carrera, de los dos que estaban prescritos para terminar Maestro Nacional.

Menos mal que comenzó a actuar la oficina de la agencia del petróleo, como vigilante de aquellas tierras; cobrando yo un dinero, por haberme hecho cargo de ella.

Así mismo, nos dieron un coche y dos furgonetas, para que pudiésemos ir de un sitio al otro viendo el terreno y sus fallas; para asentarlas en un cuaderno que nos habían dado; todas esas variantes, que pudiéramos ver en

cada palmo de terreno. Y por supuesto, he dicho que nos dejaron un coche y dos furgonetas; porque estábamos tres personas, de momento, en la oficina; no teniendo un rato de relax para poder descansar: Ya que cada hora teníamos que salir al campo, para ver su variación y medir algo; ya que nos habían dejado unos instrumentos de medidas: Unos para una cosa, otros para otra.

Claro que yo, me quedaba más en la oficina; al cuidado del teléfono y de las medidas de todo tipo de variación del sismógrafo, enlazado a un sismómetro; para ver las variaciones de la tierra, en aquellos parajes.

Pero como yo estaba ducho para apuntar dichas variaciones y otros compendios de aquellos instrumentos, me habían mandado me encargase yo de la oficina sismógrafo.

Pasar, como pasar; no pasaba nada de nada en ningún día que estuve antes en dichos menesteres y ahora, con el nuevo y más sofisticado sismógrafo; así que estaba totalmente tranquilo, que aquello no me daría mucho que hacer, ni ningún dolor de cabeza.

Los únicos dolores de cabeza los tenía por parte de mi hija menor; que de vez en cuando llegaba con un suspenso a casa, después de haber estado cinco días en la Capital.

No sabía como abordar con la madre aquella situación que me estaba provocando mi hija: Si a caso se molestase por las maneras y las formas en

que yo se lo dijese; pero tenía que hacerlo, por ser mi santo deber. No podía dejar a mi hija desamparada, a los pies de los caballos, como se suele decir. Aproveché la ocasión, que su madre se encontraba, una tarde sola y disfrutando del jardín que teníamos en casa; pues habíamos habilitado una parte de la casa, en donde nada se podía hacer. Un pico de la casa; que por estrecho no veíamos la forma de emplear aquel lugar, como no fuese para abrirle a la intemperie y formar un pequeño jardín.

Cogiendo a la madre de nuestra hija menor descuidada; siendo la mejor forma para decírselo, ya que no pasaba nadie por la calle.

FERNANDO -. Sonia. ¿No te has dado cuenta de una cosa?.

SONIA -. ¿Que nuestra hija está por los huesos de un chico?.

Tal y como lo dijo mi mujer, Sonia, me molestó mucho; pues estábamos hablando de nuestra hija, no de una chica de otra familia. Nuestra hija menor, formaba parte de nuestra familia y así se lo hice saber a su madre.

FERNANDO -. ¡Mujer!; dicho así, resulta una palabra mal entendida.

SONIA -. Esa niña, está dentro de nuestra familia. Es mejor hablarlo claro, que no dar rodeo.

FERNANDO -. Es nuestra hija menor y merece otro trato por parte de sus padres. Está enamorada, solamente.

SONIA -. ¡Está bien!, hijo.

Aquello la sentó mal a su madre, que dándome la espalda se marchó sin decirme una sola palabra; encontrándola yo, más tarde, tricotando un jersey de lana para el niño. Y para no molestarla me arrimé a ella con pasos cortos y decididos para hablar de nuestra hija; y para ello me senté en un sillón que había cerca de dónde ella tenía el huso y al son del ruido de la rueca no me hablaba nada, pues ella oía el ruido que hacía al dar la vuelta la lana, en vez de escucharme a mí.

Pero en vez de escucharme, se levantó de su sitio para irse de aquella habitación a otra; parecía como si quisiera estar sola; yo me fui a la oficina para poner bien unos papeles que tenía que rellenar, y así lo hice.

Cuando volví a casa, ya se encontraba más calmada mi mujer, Sonia: Hasta me hizo un café de primores, con unas pastas que me supieron a gloria. Se veía que las había comprado de la tienda hacía poco; mientras yo me encontraba en la oficina.

No me podía estar allí quieto; pues eran tiempos de vender el aceite, en la almazara, almacenado en él: Esperando a los clientes, que vendrían con un camión para llevarse la mayoría de los kilos almacenados de aceite.

Así fue: Pues en un par de horas tenía en el almazara aquel camión, no más de siete toneladas; los camiones antiguos, que corrían a ochenta y ya era demasiado dicho kilometraje; para volver al siguiente día con el mismo

recado, llevarse otras tantas toneladas para su distribución. Cosa que nosotros no hacíamos por falta de medios y de clientes; aunque aquella almazara sería un buen proveedor para sus clientes; y máximo en aquellos tiempos, donde tanta falta hacía proveer de aceite a las Capitales de Provincias y a los pueblo con el número de mayores habitantes: Pues ya se distribuiría entre los pueblo más pequeño aquel aceite.

Los hice un buen negocio a los dueños de la almazara; pues el aceite le había vendido a precio superior del otro año; debido que aquel año había habido poca aceituna: La cosecha fue corta y la demanda era mucha; así que los precios subieron como de escándalo. Diciendo algunas personas, que ese precio se había dado en el aceite, por la exportación; siendo totalmente falso, ya que tal coyuntura los había cogido, a los exportadores descuidados.

Pues no quedó desapercibido aquel monto de dinero que se ingresó en la cuenta corriente de la almazara; ya que en la paga de aquel mes, al ver las cuentas que había echado yo, y al comparar los ingresos del año anterior, con respecto al año en curso: Se me dio una paga adicional, correspondiente a los beneficios obtenido por la vente de aquel aceite.

Y como en aquella fecha estábamos haciendo una pequeña obra en la almazara, aquella paga la puse en el balance como gastos de materiales, en vez de cómo paga adicional.

Me fui satisfecho a mi casa, con una sonrisa en la cara; que pronto me lo vio mi mujer, Sonia. Poniéndose cerca de mí, para más tarde dar una vuelta completa alrededor mío; mirándome muy seria, al no saber el motivo de esa tranquilidad, como yo estaba teniendo en casa aquel día, pues al parecer no había motivo de tanta euforia, según ella.

FERNANDO -. Les he hecho una buena inversión a los propietarios de la almazara.

SONIA -. ¡Claro!. ¿Y tú vienes alegre, porque hayan ganado ellos?.

FERNANDO -. Cuenta el dinero que hay en el sobre.

Sonia, no dejaba mirarme muy extrañada; pero al contar el dinero que había en el sobre, se alegró toda ella, para exclamar un vocablo mal entendido por ella.

SONIA -. ¿Te han subido la paga?.

FERNANDO -. No. El resto son los beneficios que han obtenido mis jefes.

Enseguida se la vio a Sonia desinflarse, al ver que no me habían subido la paga; sino que era el resto los beneficios obtenido de la venta del aceite.

Pero con el tiempo se conformó Sonia con aquel dinero extra, de una paga en donde se había añadido los beneficios que obtuvo la empresa;

animándome para que volviese hacer otro tanto de lo mismo. Diciéndola yo, que aquellos clientes no eran despistados; que se daban cuenta de lo que podía valer el aceite que compraban en un tiempo determinado. Y si no fuese por una contabilidad ecuánime, entre ellos y nosotros, se podía hacer otro tanto de lo mismo.

Aproveché al día siguiente para hablar a solas con mi hija menor de la probabilidad que tenía para hacer que su hermano terminase la carrera; ya que ella, si seguía así, iría a repetir curso.

Me miró con cara de enfado; pero supo reaccionar en seguida y echando mano a su bolso sacó unas notas buenísimas: Siendo al comienzo del último semestre del curso.

Aquello me decayó un poco; al ver que yo no estaba en la onda, para nada de sus estudios: Pues otros meses traía notas que eran mejorables, con estudiar un poquito más.

Me tuve que callar por sentarse mi hijo, con nosotros, en la mesa esperando la merienda. Y la merienda la trajeron entre su madre y su hermana mayor: Que con una maestría insuperable, nos sirvieron la sopa y los filetes empanados, así como los huevos rellenos; para terminar con una ensalada que estaba buenísima.

Café, copa y puro me gané yo aquel día, de alegría en mi casa; tomando ella una copa de helado, con un Bailey bien frío. Quedándonos en la sobremesa hablando de los estudios; que era lo que yo quería. Oír algo que

dijesen las chicas, para saber cómo iría su hermano en los estudios: Aunque para decir verdad, ya no dependía tanto de su hermana mayor; así que cuando nos quedamos solos su madre y yo, la hablé de la asignación que le hacía a su hija menor. Quedando la madre, que cuando la hija pequeña terminase su carrera; pues sería ese mismo año: Nuestra hija mayor, se guardase su paga por entero, ya que era totalmente suya.

Pues después de terminar su carrera, mi hija menor, mi hijo comenzaría el último curso; pudiéndolo sufragar su madre y yo, con lo que cobraba, entre la almazara y la oficina.

Estaba terminando, ya, el curso; cuando su madre y yo fuimos un sábado, que no llegó nuestra hija pequeña a casa, para ver por dónde andaba ella, por dónde iba y venían sus pasos. Y nada más llegar a la Capital de la Provincia la vimos sentada con el chico que la desvelaba los sentidos, en una mesa de un bar, en plena calle.

FERNANDO -. Mírala, Sonia: Allí se encuentra nuestra hija, con el chico, que la ha enamorado.

SONIA -. Y están enfrente de la joyería de su padre.

Haciéndome una señal con la vista, me indicó una joyería que había en el centro de la Capital; pareciendo aquel comercio de lujo, no de un simple joyero como otros.

SONIA -. Además, hemos pasado por una de sus fincas.

FERNANDO -. ¿La que tenía los toros?.

SONIA -. ¡Justamente!.

Ahora comprendí todo: El por qué de ese interés que ponía su madre, por que nuestra hija siguiese con ese chico; ya que heredaría una fortuna.

Pero más interés que su madre; ponía yo porque mi hija terminase su carrera en aquel curso: “Ya que hay muchos enamorados y pocos casados”.

Quedaba mes y medio, para el examen final y mi hija se estaba portando fenomenal. Había tomado conciencia de lo que tenía que hacer; y en vez de salir mucho con su chico, le ataba corto para que la dejase estudiar, y así poder terminar aquel año su carrera profesional.

Nos sentamos con ellos, una vez que su madre y yo los saludamos, no tardando llegar el matrimonio formado por Marcos y Andrea; que pidiendo permiso para sentarse pidieron al barman que trajese lo que nosotros quisiéramos, después de pedir ellos. Aquel matrimonio iba con su hija, la única descendencia que tenían ellos. Una muchacha modosita y callada; prudente y buena, donde las hubiese: Y con unos gestos femeninos que rallaban el infinito. Guapa como ella, no había más de cuatro; seguro que sí, no estoy por confundirme.

A mi mujer Sonia y a mí, nos encantó aquella chica, que al parecer la caía bien nuestro hijo; ya que había jugado con él a la peonza, en el pueblo. Y como la escuela de chica estaba cerca de la escuela de los chicos, siempre que salían, se encontraba ellos: Según nos dijo aquella chica, tan modosita y buena. Mirádonos de frente en todo momento; sintiendo nosotros que aquello sería buen comienzo para los jóvenes, para nuestro hijo y la hija de aquel matrimonio. Paisanos y amigos del pueblo.

Volvimos a casa Sonia y yo, como desvelado; por el interés que traíamos metidos en nuestros cuerpos, al saber lo de mi hija menor y la amistad que tenía mi hijo con la hija de Marcos y Andrea.

Llegó el verano y mi hija menor terminó la carrera de Maestra Nacional, cogiendo plaza en un pueblo cercano al nuestro. Solamente quedaba nuestro hijo por terminar la carrera: Un año, nada más que un año le quedaba para ser Maestro Nacional.

Yo no me podía estar quieto y fui hablar con el alcalde de nuestro pueblo; para informarle, que mi hijo terminaría la carrera al entrar el siguiente año.

Y como el Excelentísimo señor Alcalde del pueblo era, mi buen amigo Custodio; no tuvo impedimento alguno para elevar una súplica al gobernador civil de la provincia. También estaba escrita aquella carta; que no tuvo, por menos, el señor gobernador de la provincia, que hacer caso al señor Alcalde de nuestro pueblo.

Pero como pasaban los días y allí no llegaba nada del gobierno civil, yo me fui, con Sonia, a casa de Custodio; que al verme pasar en su casa, se imaginó para que fuera yo a visitarle. Y como había llevado yo un buenísimo vino pitarrero; entre copa y copa, se le desató la lengua a Custodio para decirme algunas cosas que yo no sabía de aquel pueblo, con respecto al gobierno civil de la provincia: Pues Custodio había hecho la “Mili”, con el secretario del señor gobernador provincial. Cosa, que aquella noticia, que me estaba dando Custodio, se me animó el Alma: Echándome unos cantares, que despertó a todos los concurrentes ha dicho acto.

CUSTODIO -. Pues sí; querido amigo, Fernando. No sé cuando va a dar su visto bueno el señor gobernador de la provincia a mi petición. . .

Yo le hice un gesto, con un dedo; poniéndomele en los labios, como sellando mi boca: Comprendiéndolo Custodio y cortando aquella conversación tan interesante para mí.

Pero como la intuición es mucho; yo me le llevé a parte, a una especie de chabola, donde se hacían los quesos, tan deliciosos al paladar, por parte de Custodio.

FERNANDO -. Custodio. Siguiendo con la conversación de antes: ¿Dime algo?.

CUSTODIO -. Te estaba gustando: ¿Verdad?.

FERNANDO -. ¡Hombre!: Se trata de mi hijo.

CUSTODIO -. Desde luego, Fernando; se trata de tu hijo. Y te diré para tu completo bienestar: Que me ha dicho mi amigo, el secretario del señor gobernador, que ya está firmado y mandado al boletín oficial. Si no mañana saldrá pasado en el boletín oficial, siendo realidad un puesto nuevo de Maestro Nacional en nuestro pueblo.

Respiré fuerte y agaché la cabeza, conformándome con aquella noticia, tan bueno que me estaba dando mi amigo Custodio. Pero con todo y eso, no me podía callar; parecía que tenía un colibrí en mis tripas dando saltos.

FERNANDO -. ¡Custodio!.

CUSTODIO -. ¡Que sí!.

Custodio me estaba dando la afirmación, que esa plaza era para mí hijo; así, que salí de casa de Custodio con los ánimos elevados y muy alegre.

Encontrándonos los dos, Sonia y yo, a nuestra amiga Andrea; que venía de comprar en la tienda, unos plátanos y un pescado buenísimo: Ya que llegaba su hija en el coche de línea ésa misma mañana: Dentro de unas horas.

Yo decidí, cuando llegamos a casa, seguir la ruta hacia la almazara; pues tenía que echar unas cuentas a un deudor nuestro: Tenía muchos asientos apuntados como moroso.

Y al dar la vuelta a la esquina, vi coger agua de la fuente a la amiga Yolanda; que se encontraba enseñando, como siempre, ya que estaba echada por completo sobre el brocal de la fuente. Y aunque me vio llegar, no hizo nada por rescatarse y taparse sus carnes. No sabiendo yo qué hacer: Si darla los buenos días o seguir mi camino tal y como iba; pues iba a tres piernas. Me miró de reojos Yolanda; sobrándola otra mirada, pues se dio cuenta como estaba yo.

Pues claro, que se dio cuenta, si no podía ni andar: Andaba como espatarrado al no cogerme la cosa en los calzoncillos.

Se reía Yolanda, mirándome a mi centro; y como en un movimiento extraño, pero afable de amiga, me dijo algo que no pude andar más.

YOLANDA -. ¡Anda!: Sácame el cántaro de la fuente. Pesa mucho y no puedo con el.

FERNANDO -. Yo lo haré.

YOLANDA -. Gracias.

Y como Yolanda no dejaba mirarme a la entrepierna; por poco rompo el cántaro, ya que pequé con el en una baldose de aquella fuente. Llevándome la mano, al dejar el cántaro, al corazón.

FERNANDO -. ¡Por poco!. Qué poco ha falta para que rompa el cántaro.

YOLANDA -. Tú lo que quieres, es romperme algo.

Cogí aquella indirecta que me estaba soltando mi amiga Yolanda y ni corto ni perezoso la dije algo, que la quedé cortada a aquella mujer; tan guerrera para mí y para mis pobres pensamientos. Al verla decir yo aquello y al sentirla de aquella manera: Tan eufórica y con tanta fuerza y convicción de que yo no iría hacer nada.

FERNANDO -. Lo tienes, ya, roto.

Me echó una mirada de desaliento; como si comprendiese ella, que yo no estaba por dicha labor. Y dando yo media vuelta seguí mi camino sin despedirme de ella.

Estuve un par de horas en la almazara, para poder cuadrar las cuentas y prepararlas para el fisco; que dentro de unos meses las tenía que presentar a dicho departamento oficial.

Al llegar a casa se me desinfló el ánimo; pues no había salido en aquel día, en el boletín oficial la plaza de Maestro Nacional de mi pueblo; consultando yo con Custodio, para ver lo que pasaba con dicha plaza.

Custodio me dijo, que se había atrasado unos días la salida en el boletín oficial, por haber puesto una querrela contra dicha plaza; pero que no me pusiera nervioso, ya que aquello había sido una estrategia: Pues todavía estaban eligiendo plaza los señores y señoras Maestros Nacionales, que habían aprobado el último curso.

CUSTODIO -. Según mi amigo, el secretario; están pidiendo destino los aprobados en este curso. Y si sale en el boletín oficial, algún Maestro Nacional pediría plaza fija en dicho pueblo, en el mío. Así que quédate tranquilo; no pasa absolutamente nada.

FERNANDO -. Y la querrela interpuesta, ante la Ley: ¿Qué es lo que pasa con ella?.

CUSTODIO -. Será desestimada, una vez que se haya estudiado en profundidad.

Custodio sabía más que lo que yo creía; o por lo menos había hablado con su amigo de la “Mili”, con más asiduidad que lo ordinario, para poderme ayudar en mi petición, con respecto a mi hijo.

Una mañana floreciente, me llamó Custodio, enseñándome el boletín oficial con aquella nueva creada en el pueblo de Maestro Nacional. Y como los nuevos Maestros Nacionales tendrían que permanecer en sus plazas un cierto tiempo, no podían pedir el traslado a la plaza, creada nueva, de Maestro Nacional en el pueblo: Dando tiempo, para que mi hijo aprobase el último curso y formalizar la petición de dónde quería ir como docente.

Le asignarían la plaza a mi hijo; teniendo yo dos hijos en el pueblo trabajando como Maestros Nacionales, si a caso eso fuese así. La espina era, que mi hija pequeña estaba asignada a un pueblo de aquella provincia; llegándome un día con bastantes quejas; ya que la paga de Maestro Nacional, en aquella fecha, era corta, teniéndose que dedicar a otros menesteres; no sabiendo cual menester sería mejor para que compaginase con la docencia. Así, que yo la apunté una actividad; que no sería cosa de mucho trabajo para ella, ya que el oficio de vendedor de libros, no daba mucho trabajo, ni tampoco dinero para la persona que lo ejecuta.

Pero de esta manera, sería un suplido; para que mi hija menor saliese de apuros todos los meses, por corta que fuese ese dinero ganado en las ventas de los libros: Que por otra parte se leía poco, en aquellos tiempos.

Comenzándose a decir; que una casa no era agradable si no tenía una estantería llena de libros. Y eso sí: Que algunas personas llenaban su estantería para decir que ellos eran cultos; pero solamente eso. No leían ni un solo libro, por así decir.

Algunas personas, te ponían la estantería, llenas de libros, nada más entrar en casa; en plenas narices del visitante: Y con aquello, ya sobraba para decir que ellos leían algo, o por lo menos eran cultos.

¡Algo, era algo!: Mientras se ganase mi hija menor un dinero adicional, que siguiesen comprando libros aquellas personas; fuese para ponerlas en una estantería y no volverlos a mirar o para presentarlos a sus amigos, cuando visitaban su casa.

Tal movimiento de libros, fue favorecido por una noticia, echa de boca en boca de algunos libros magistrales, según los encargados de vender aquellos preciosos libros.

El pueblo seguía igual que siempre, con sus penurias económicas cada habitante de esa urbe; excepto, que un día se comenzó a habilitar una casa para que fuese sede de un banco. ¡Un bando!; un banco en el pueblo; ¿Quién lo había de decir?. Si allí no había nunca un banco y ahora querían ponernos uno.

Terminadas las obras en la casa donde se instalaría el banco, nos pusieron un pequeño cartel, como denominación del banco: MONTE DE PIEDAD; que así se llamaba el banco, que nos querían traer al pueblo. Un banco más bien para promocionar el ahorro en los hogares; con una poquita ayuda a los vecinos: Como obtención de préstamo o alguna hipoteca de casa. Más tarde se transformó en uno de los mejores bancos.

Destacaron como director de aquella oficina bancaria a un joven, que tendría, poco más o menos, la edad de mi hija mayor. Corriendo mi hija mayor, enseguida, a la sucursal de ese banco, para hacer un depósito de dinero y abrir una cartilla bancaria.

No se tardó ver hablando a mi hija con aquel señor en las calles del pueblo; pues además éramos casi vecinos del banco. Y hasta un día se la vio a mi hija mayor sentada en una mesa de un bar, en plena calle; tomándose un refresco con el director de la sucursal del Montepío.

Como su madre y yo la habíamos visto alguna vez más, acompañada por aquel señor, más bien chico; no pudimos por menos, que preguntarla por las características sociables y religiosas de aquel joven, que la cortejaba. Agachando la cabeza mi hija mayor, al darla vergüenza de hablar sobre su acompañante; pues todavía no era nada de ella: Estaba siendo un simple acompañante y nada más. Así nos lo hizo saber ella; que entrándose en su habitación, cerró la puerta con un golpe seco. Nunca la habíamos visto así a mi hija, su madre y yo.

FERNANDO -. Hay que saber de dónde es dicho joven.

SONIA -. ¿Por qué?.

FERNANDO -. Para preguntar por él a su cura párroco.

SONIA -. Está bien.

Aconsejándome mi mujer, Sonia, que nos estábamos precipitando a los acontecimientos; que era mejor cuando ya las relaciones estuviesen consolidadas, más bien al principio. Ni me parecía bien, ni me parecía mal aquella idea que había tenido mi mujer, Sonia. Una cosa había en su contra: Que mientras más dejásemos correr el tiempo, más se afianzarían aquellas relaciones, entre mi hija y el joven; haciéndola, todavía, más daño a su sensibilidad femenina, y a su sentido de relacionarse con las personas.

No hizo falta que le preguntase mi hija a su acompañante de qué pueblo era; pues nos lo dijo nuestra amiga Catalina, la mujer de Custodio. El chico era de un pueblo cercano al nuestro: De una familia de agricultores, más bien burgueses; pues tenían una finca envidiable por todo el pueblo.

Pero aquello que nos había dicho Catalina, no estaba completo; queríamos saber las condiciones morales de su familia, y al escribir al pueblo, a su cura párroco nos dijo, que aquella familia costaba de cinco personas. Contando a sus padres. Que aquella familia era devota y creyente; ayudando a la Iglesia en su “modus operandi” para desarrollar su labor, así como con dádivas dadas de vez en cuando: Siendo sus padres unos grandes protectores de la Iglesia.

Aquellas dadivitas o donativos, las daban los padres de ese chico voluntariamente; para que la Iglesia pudiese ayudar a las personas más necesitada de aquel pueblo. Y entre medio cesó el señor Gobernador de la provincia a Custodio como alcalde; pero fue por poco tiempo.

Al saber aquello, por la mano de la Iglesia; dejamos correr la amistad, entre mi hija mayor y aquel chico; que al parecer parecía buena persona. Y no que pareciese, que era bueno: Según pudimos saber un día, por la boca de nuestro buen amigo Alejandro; que entrándose en nuestra casa, y una vez que ya había visto juntos a los chicos, se decidió anunciarnos una buena acción por parte del director de la sucursal bancaria del Montepío.

Se lo agradecemos de corazón, aquella noticia que nos estaba dando a su madre y a mí, de nuestra hija mayor; al saber, que estaba saliendo con una persona, decente y buena a la vez.

Pero la noticia que nos encantó, fue que el señor Gobernador de la Provincia había cesado al señor Alcalde y estaba el pueblo deseoso nombrase otro, para ver quién era el dichoso.

Yo, lo único que temía era; que saliese la plaza de Maestro Nacional anunciada en el boletín oficial: Pero al saber que el Gobernador de la Provincia había nombrado Excelentísimo Alcalde de aquel pueblo a Custodio, una vez más. Di un salto de alegría y una voz alta de, ¡hurra!. Y menos mal que me encontraba en mi casa: ¿Qué hubiese sido, si me hubiese encontrado en plena calle?.

Desde aquel día, no hubo más problemas con el nombramiento oficial de dicho puesto; pues se atrasó todo lo posible, para que se anunciase publicado en el boletín oficial: Dando tiempo, a que los nuevos Maestros Nacionales, pidiesen plaza en otro pueblo.

Cuando ya se vio claro que nadie se movería de su sitio, salió dicha plaza anunciada en el boletín oficial; estando mi hijo terminando su carrera: Y aunque otro señor hubiese pedido dicha plaza, había una depuración de personal por parte del consistorio y del Excelentísimo Alcalde del pueblo.

Llegó el verano y con él las notas que había obtenido mi hijo, como Maestro Nacional del último curso: Siendo de notable a sobresaliente; pues era un chico estudioso y obediente, como él mismo.

En aquellos años cobraban los Maestros Nacionales treinta y dos mil pesetas al año, teniendo seiscientas sesenta y dos para abastecimiento en la escuela. Además si una escuela tenía habitación para el maestro, la ocupaba el que ejercía y trabajaba el cargo; así que cedió mi hija mayor, la habitación a su hermano; teniendo este su cuarto de estar y de estudios a la vez en ella.

Yo pensaba mucho en mi hija, la pequeña de las hembras; así que cuando podía la íbamos a ver a su puesto de trabajo, para mejor decir, al pueblo donde ejercía mi hija; quedándola un cierto dinero para sus necesidades personales, así como quesos y jamones, con chorizos y algún que otro dulce, hechos en casa. Pues aquella niña se estaba quedando famélica de no comer lo necesario; y eso, que tenía un novio burgués, por así decir.

Me acuerdo un día que a mi hija menor, de las hembras, la llevamos una buena cesta llena de cardillos, espárragos, berros y criadillas (patatas bravías de la tierra). ¡UHI!: Qué salto pegó mi hija; si parecía que se

alegraba más que la hubiese llevado aquellos alimentos, que no el jamón y el queso, con una ristra de chorizos, secos al son de la lumbre de la cocina.

Al siguiente sábado no pudimos ir para ver a mi hija; ya que había muerto el padre de Alejandro teniendo que asistir al entierro mi mujer, Sonia, y yo.

La forma de dar el pésame en la Iglesia y en la casa de los dolientes era: “Te acompaño en el sentimiento”.

Pues bien; cuando me tocó a mí acompañar en el sentimiento a la nuera, la señora Yolanda: Esta me agarró de la mono, no queriéndomela soltar para nada. Era más, que me atrajo hacia sí, propinándome un beso de agradecimiento en toda mi boca. Saliendo yo de la Iglesia, como un pimiento morrón de colorado y mirando a mi mujer; pues esta no decía ni una sola palabra, por lo tanto lo tenía que decir yo.

FERNANDO -. Ya no sabe ni lo que hace Yolanda.

SONIA -. Es comprensible.

Menos mal que lo comprendía mi mujer, Sonia; lo que había hecho aquella señora conmigo: Pues de lo contrario no había explicación alguna.

Un día me entró ganas de ir a la habitación de la vivienda, en la escuela; cogiendo a mi hijo pintando al óleo, y muy bien que lo estaba haciendo.

Al llegar a casa, no sabía yo cómo se lo iba a decir a su madre; aprovechando la hora de la merienda, ya que mi hijo se sentó cerca de mí:

Preguntándole yo por aquella atracción que tenía con la pintura. Que fue cuando su madre se enteró de lo que hacía en su habitación vivienda en la escuela, cuando no venía a casa.

Creí que se enfadaría su madre: Todo lo contrario; pues aplaudió aquella afición que tenía nuestro hijo, preguntándole por los cuadros que ya tenía hechos.

Al saber la madre, que su hijo; ya tenía siete cuadros le animó para que hablase con Custodio, para que le dejase exponer los cuadros en una sala del consistorio.

Su madre no se conformó con aquello; que le hizo llamar a Custodio a la prensa, a través del responsable cultural del consistorio a un periódico provincial. Cosa nefasta, según yo; pero que surtió efectos económicos para mi hijo: que en poco tiempo le oí hablar con su hermana, de tener deseos de devolverla lo que sus padres se habían gastado con él. Cosa que su hermana rechazó de plano, y hasta se puso totalmente colorada: Diciéndole algo así, como: ¿Tú no sabes cómo soy yo?. Y sí, sí que lo sabía mi hijo cómo era su hermana.

Al nombrar a su hermana mayor, me vino a la cabeza una idea que ya me rondaba en ella; era el hacerme de una casa para habilitarla como vivienda en el centro del pueblo, y así se lo hice saber a su madre.

FERNANDO -. Tengo en la mente una idea.

SONIA -. ¿Cuál es esa idea?.

FERNANDO -. El noviazgo de nuestra hija con el banquero, va muy avanzado.

SONIA -. ¿Y qué?.

FERNANDO -. Debemos comprar una casa, para habilitarla como vivienda, para nuestra hija mayor.

Indicándome una que había a las afueras del pueblo, destartalada y casi sin tejado; pero a la vez comenzó a reír a carcajadas: Dando la sensación, que aquello me lo decía de broma.

Sin esperarlo yo, Sonia siguió hablándome de una casa en el centro del pueblo; pues la tenía ya apalabrada. Y como en aquellos tiempos la compra y venta de las casas estaba casi totalmente nula; no teníamos que correr mucho para adquirirla. Aunque ya había dado ella una señal para comprar aquella casa, sin haberme dicho una sola palabra del caso. Yo me quedé como helado; sin saber qué contestar a mi mujer, Sonia. Pero esta, se me vino a mi lado, echándome un brazo por lo alto para que me calmase; ya que me veía un tanto nerviosos, por haberse adelantado ella a tal inversión privada.

Dada la señal de reserva; no cabía otra cosa, más que comprar la casa cuando antes; y así lo hicimos. Empezando la obra de rehabilitación de

aquella casa al mes, con algún que otro apuro; ya que debíamos ahorrar para la boda de nuestra queridísima hija.

Fuimos avisados por nuestra hija mayor, que los papás de su novio nos irían a visitar el sábado siguiente y así lo hicieron.

Era una familia normal, pero pudientes; ya que tenían fincas y un negocio, de un molino de cereales, obteniendo una harina finísima y muy blanca.

Eso lo supimos, cuando fuimos hacerlos la visita correspondiente, al pueblo de los padres del novio de mi hija; pues nos veíamos con el deber de hacerlos una visita a dichos señores.

Tenían una casona, al estilo de la nuestra; pero con mejor gusto que teníamos nosotros la nuestra: Había arcos y celosías; pudiendo haberlo puesto nosotros, también, en nuestra casa.

Aquella visita, afianzó nuestra amistad con los padres de nuestra hija; ya que como vimos, eran personas buenas y sencillas. No nos darían disgustos algunos, por su condición de creyentes, al igual que nosotros: Que éramos creyentes y practicábamos dicha creencia; yendo a Misa y participando en los actos de nuestra Iglesia, en nuestro pueblo. Hasta el punto de haber dado una buena cantidad de dinero, para que se arreglase el tejado de la Iglesia.

Tiempos de noticias; ya que un día vi a mi hijo acompañando a la hija de Marcos y Andrea; pues ya era sabido el afecto que tenía mi hijo por aquella

chica: Pero de ahí, a que la acompañase por las calles, aquello no lo sabíamos su madre y yo.

Cuando llegué a casa, no sabía cómo decírselo a su madre: Comencé dando vueltas y vueltas para decirla aquello que yo había visto, referente a mi hijo y a aquella chica. Notándome Sonia el nerviosismo, tan enorme, que yo tenía metido en mi cuerpo.

SONIA -. (Mirándome de frente).- ¿Te puedes estar quieto?.

FERNANDO -. Te tengo que decir una cosa.

SONIA -. Dímela, si es de bien.

FERNANDO -. He visto a nuestro hijo acompañando, por las calles, a la hija de Marcos y Andrea.

SONIA -. Eso: Ya lo sabíamos.

Lo sabíamos; pero no con tanta asiduidad como se los estaba viendo: Todos los días acompañaba mi hijo a la hija de nuestros vecinos; unas veces llegaban a pocos metros, otras veces se pasaban de metros, siendo kilómetros los que andaban juntos. Hablaban de algo que a ellos los interesaba mucho, según la atención que ponía la chica para oír a mi hijo. Y mi hijo iba como un pichón, con los brazos abiertos; como diciendo, que él era el dueño del Mundo.

Mi economía no daba para tanto; pues tenía que esperar un par de años, para poder casar yo a otro de mis hijos; sonando la campana en el pueblo que estaba mi hija menor, según las hembras.

Una mañana me llamó la pequeña, para decirme, que querían conocerme los papás de su novio; o sea; los señores joyeros de la Capital de la Provincia. No sé si me expresé bien con mi niña, en aquella mañana; pues estaba yo echando cuentas y no me salían: Me encontraba, económicamente apurado.

Pero mis palabras fluían por mi boca, como si fuesen un chorro de agua fresca y cristalina; así que me hice entender por mi hija: No habiendo problema entre ella y yo. Por lo menos así lo creía yo: El día de mañana, ¡ya veríamos!.

Yo rezaba porque se casase mi hija mayor cuando antes; no teniendo descanso, hasta que un día sonó las campanas a boda. Entrando mi hija mayor en la Iglesia, como una dama bien vestida y peinada.

Mi mujer, Sonia, fue la madrina y el padrino el padre del novio. Iban todos como dandi, bien vestidos y perfumados. A mí se me cayeron sendas lágrimas al suelo; y menos mal, que se encontraba mi hija pequeña y mi hijo conmigo; que si no, no sé qué hubiese sido de mí en aquella ocasión: Donde tenía yo encogido el corazón, con un agobio enorme dentro de mi cuerpo.

Y como el arroz echado al voleo, me dio por completo en la cara y en la cabeza; despeinándome yo mismo, al quitarme los granos de arroz de los pelos. Menos mal, que mi hija sacó del bolso un peine y me peinó a su manera; mirándome mi hijo para exclamar algo así, como -. ¡Papá!: Que bien estás ahora -.

Cuando llegamos a la casa donde se iba a celebrar el banquete, me miré al espejo; pareciéndome a un joven por el peinado que mi hija me había hecho.

Para ese día había matado dos ovejas y un guarro; encargándose las mujeres de hacer unos dulces buenísimos: Que era lo que regalábamos, a cada cual, cuando decían eso de -. “Que sea para bien y para muchos años” -. Una frase ya echa por el pueblo. Echando lo que podían de dinero en una bandeja que teníamos encima la mesa, donde se formalizaba dicho acto.

A los hombres se los daba un puro y con eso, ya era bastante; para sentarnos todos a la mesa, más tarde, y poder probar una comida succulenta y bien echa, a base de muchas horas echada en ella.

El vino corría a granel por toda aquella habitación, donde nos encontrábamos comiendo todos juntos. Y hasta se veía la comida tirada por los suelos. Pensando yo, que eran los chiquillos, los que tiraban tanta comida por el suelo; pero no: Pronto me di cuenta, que las personas mayores eran las que más derrochaban la comida. Por supuesto, lo que vi no me gustó nada, pero que nada.

En aquel tiempo, no había salones para las bodas; tenía que poner una habitación los padres de la novia: Más o menos, ancha y larga, para que se diese el banquete de boda.

Mi alegría se cortó, cuando eché una mirada a mi hijo, y este me la echó a mí, como diciendo: -. A la próxima, me toca a mí -.

Pensando yo que aquella boda sería muy prematura; además, que su hermana me había hablado de presentarme a los papás de su novio.

Cuando nos vimos, a solas en nuestra alcoba, Sonia y yo; nos abrazamos llorando a mares: Pues sabíamos, que nunca más tendríamos a nuestra hija mayor en casa viviendo. Y para que su madre no se ahogase en lágrimas, la di ánimos con unas palabras.

FERNANDO -. Es ley de vida.

Sonia me miró, con unos ojos llenos lágrimas, reposando su cabeza en un hombro mío, en señal de abatimiento; afirmando mi respuesta.

SONIA -. Así es, hijo mío. Pero aún siendo ley de vida, no deja de ser penoso no tenerla en casa.

FERNANDO -. Pero lo bueno es, que la tenemos en el pueblo, viéndola todos los días. Y si su marido tiene que viajar, se podrá venir a su cuarto,

cuando ella quiera. No te preocupes, Sonia; que a nuestra hija mayor la estaremos viendo todos los días el año.

A los pocos días le mandó llamar Custodio a Fernando; yendo a casa de este con su mujer, Sonia; y así poderse tomar un refresco en la casa de Custodio.

Pero para lo que le llamaba Custodio, era para anunciarle algo sorprendente para Fernando; pues en la Diputación de la provincia había una plaza anunciada para personas mayores de treinta años. Y como le dijo Custodio: -. Nunca te verás en mejor ocasión -.

Desde luego formalicé la matrícula; y como no sabía para qué cuerpo, estando anunciada en la Excelentísima Diputación Provincial, pregunté a Custodio.

FERNANDO -. ¿Para qué cuerpo es dicha plaza?.

CUSTODIO -. Para bedel.

Como vi que mi mujer, Sonia, se había echado para atrás; como asustada, yo no sabía lo que decir. Y al cabo de un buen tiempo, se me ocurrió decir algo: -. En el último cuerpo-.

Respondiendo, rápidamente Custodio a aquella insinuación de desprecio a la plaza donde yo quería opositar.

CUSTODIO -. Pero no deja de ser funcionario.

¡Pues claro!: Fuese donde fuese publicada aquella plaza; no dejaba de ser funcionario el que la ocupase. Y así se me vio un día jurar el cargo en mi puesto de trabajo.

Como los viernes, por la tarde había una recesión en mi trabajo; hasta que el jefe de la Diputación no formase pleno: Yo me iba a mi casa, al pueblo, para estar con mi mujer y mis hijos.

Encontré en una casa particular una habitación; alquilándola por muy poco dinero. Pero al correr el tiempo, vi en una habitación de la Diputación un camastro; que sería para que algún bedel, que me había precedido, se acostase en el.

Pese a que la señora de la casa, que me había alquilado una habitación me cobraba lo mínimo; yo me despedí de aquella señora, empezando a dormir en aquel camastro que había encontrado: Así ahorraría más dinero para los intereses de mi casa: Teniendo en mente hablarlo con mi mujer Sonia el próximo sábado, cuando estuviese tomando un vino pitarrero en el jardín de mi casa; viendo las personas pasar por la calles y saludando a todo el que transitaba por aquella acera. Llegando dicho día, casi no puede hablar con mi mujer Sonia, por estar muy concurrida la acera; y entre “Vaya usted

con Dios”, y otros dimes y diretes, se nos pasó la mañana saludando a las personas que transitaban por aquella acera.

A la hora de la merienda, no se podía estar quieta Sonia en su silla; no sabiendo cómo iría a preguntarme por aquella opinión que quería decirme a mí.

Se levantó para traer el cazo para la sopa; cuando se la iluminó la cabeza, preguntándome por algo que ella creía la iría a decir yo en aquel día. Creyendo ella, Sonia, que era el mejor momento para sonsacarme la conversación, que ella creía tuviese yo en mente.

SONIA -. (Tosió dos veces: Col, col) -. Fernando, hijo; ¿qué te pasa?.

Y sin poderme dar opción, Sonia siguió preguntándome por las causas que había para que estuviese pensando toda la comida en algo, que todavía no había dicho yo.

SONIA -. ¿Qué te inquieta?.

FERNANDO -. Estoy pensando toda la mañana, en algo que nos podría sacar de apuros.

SONIA -. No entiendo.

FERNANDO -. Nos sacaría de apuros.

No tardó contestarme Sonia; ya que ella miraba para todas las Partes de la casa, no viendo ningún desperfecto en ella. Tal vez sería algo fuera de la casa a lo que me refería.

SONIA -. No sé yo qué apuros tenemos, en nuestra casa.

Me encontraba remiso hablar de lo que tenía in mente; pero dando muchas vueltas en la cabeza, me atreví a decirla a Sonia, lo que yo había pensado, para el acomodo de nuestra casa.

FERNANDO -. Sonia. He pensado que tú te debías encargar de la oficina petrolífera; así como de la contabilidad de la empresa.

SONIA -. Yo no sé nada de eso.

FERNANDO -. Yo te lo enseñaré.

Pidiendo permiso a la compañía de petróleo española, para que mi mujer llevase ese cargo y enseñándola las cuentas del almazara, vio claro Sonia que sí se podía hacer de los mandos de aquellas oficinas; ya que yo tenía también detallados los asientos, que se podía seguir su contabilidad: Y por otra parte, no era tan difícil dar cuenta de las variaciones que alteraban aquellos instrumentos petrolíferos. Pero con todo y eso, me pidió; que cada vez que viniese al pueblo, la tendría que echar una mano en toda la

contabilidad de la almazara y de aquellos instrumentos de precisión y medida: Para que todo resultase a las mil maravillas. Ya que ella era las primeras veces que estaba al cargo de tales precisiones.

Todo fue a pedir de boca; ya que en casa entraba dos sueldos, en vez de uno; haciendo frente a los pagos que teníamos por la hipoteca abierta en el banco: Monte de Piedad.

En poco tiempo estuvieron las estructuras del edificio hechas; solamente faltaba chapar la casa y embellecerla un poco. Pero el peso dinerario, sería cuando nos dispusimos a comprar los muebles; viendo, que nos faltaba el dinero para tal acometida.

Del banco no podíamos esperar nada; ya que nos hizo firmar, que no volveríamos a pedir ningún crédito a dicho banco u a otro.

Solamente, nuestro trabajo cotidiano nos sacaría del atolladero que teníamos con los muebles, de la casa de mi hijo. Pues la cuestión era seguir trabajando con normalidad y con alegría en nuestras Almas metida.

Menos mal, que nuestra hija pequeña, según las hembras; tenía asignado casa por parte de los papás del novio. Pero yo no me podía estar quieto; ya que como yo veía, se me iría a pedir, que amueblase, también, aquella casa. ¡Y qué casa!. Era enorme aquella casa, para poder hacer frente, nosotros solos, su madre y yo, para amueblar las dos casas.

No sé cómo llegó mi niño ha tener conocimiento de los apuros que estábamos pasando su mamá y yo: Que un día llegó diciéndonos, que él

trabajaría en lo que pudiese compaginar la enseñanza, con el trabajo elegido por él. Pero no sabía yo en qué podría trabajar mi hijo; ya que eran pocos los trabajos que había en aquel pueblo, en aquella fecha. Y cuando todo lo veíamos perdido, el padre de un alumno de mi hijo le ofreció llevar la contabilidad de un negocio, que tenía en el pueblo.

Un sábado, que había llegado yo al pueblo, mi hijo me llegó agobiado por no saber, por dónde iba a arrancar, para comenzar la contabilidad de aquel negocio; pues antes no se denominaba empresa, hasta años más tarde.

Yo tuve que ir a la historia de aquel negocio; haciendo balance de sus existencias: A las compras y a las ventas, sin fijarme en el Libro Mayor.

Y así, a “grosso modo”, pude encarrilar la contabilidad a mi hijo; ya que no había nada de nada.

En cuando al pago de los tributos, cada persona daba lo que él creía había sacado en el año pasado; según su conciencia: Ayudado por otro señor, que sabía lo mismo que el sujeto pasivo, que tributaba en aquel año.

Aunque poco a poco, se fueron poniendo normas y varemos a las cuentas de los contribuyentes; no gustándolo nada lo que estaba haciendo Hacienda aquellos años: Pues los mermaba la capacidad adquisitiva de su cartera de beneficios.

Encuadrando entre los contribuyentes pasivos, a los carpinteros, herreros, albañiles y cualquier otra actividad industrial que hubiese en el pueblo; así como a ganaderos y agricultores. Todos, todos pagaban sus impuestos, tal y

como decía un regidor, que el gobierno mandaba a cada pueblo, con una maleta para que guardase los recibos pertinentes y le diese copia al sujeto pasivo, como que había pagado su deuda con el Estado. De esta manera surtió el efecto contrario; que cuando iba a llegar el tiempo de pago, todos los vecinos se asustaban.

No sé qué pasaba, que no ahorrábamos el dinero suficiente, como para hacer frente a eso que nosotros queríamos, que era: Comprar muebles para dos casas.

Menos mal, que mi hijo tuvo un golpe de suerte vendiendo uno de sus cuadros a precio de oro. Se lo vendió a un millonario, que pagó por el una fortuna; saliendo en el periódico dicha venta, hasta la radio la dio como noticia, nombrando a mi hijo como el creador de dicha pintura.

Eso fue el escopetazo de salida, que hizo a mi hijo vender sus cuadros a precio considerable: exponiendo en las mejores salas de la Nación.

Todo eso, gracias a un millonario; que se le había antojado un cuadro de mi hijo, por una figura que representaba a una señora dando la mano a alguien, que no se veía en el cuadro.

Un día me llegó mi hijo; hablándome de lo mucho que estaba ganando con los cuadros. Alegrándome yo por aquella buena noticia, que estaba diciéndome mi hijo; pero a la vez me transmitió el deseo de darme el dinero que faltaba para comprar los muebles: No solo de él, sino de su hermana.

Cosa que me agradó; pero no podía coger ningún dinero a mi hijo; ya que era de él, de lo que había ganado pintando cuadros, horas tras horas.

No obstante, se obcecó mi hijo: Teniendo que coger el dinero que me ofrecía, para la compra de los muebles, de las dos casas.

Yo dejé vender libros, cuando tuve un sustituto, dedicándome solamente a mi tarea de Bedel en la Excelentísima Diputación Provincial: Mi penuria había terminado, por aquel entonces; no sabiendo yo si volvería a estar tan apurado, como hasta ahora, en otros tiempos.

Seguía yendo y viniendo al pueblo todos los viernes por la tarde; siempre que el trabajo me dejaba; pues cuando tocaba pleno, no podía ir a mi pueblo para nada.

Y como yo dormía, dentro de la Excelentísima Diputación, pensé todo lo mejor del Mundo; para que se me tomase en cuenta. Siendo el pensamiento, que llevé a cabo: Levantarme temprano, para hacer café y chocolate, para todos los señores Diputados; amenizándolos con unas buenas pastas o con un pastel comprado del día siguiente.

Aquella predisposición que tuve yo, los gustó mucho a los señores Diputados; ya que en vez de desayunar en el bar de la esquina, llegaban a su tiempo, para degustar un café traído de estraperlo de Badajoz. Era un café cubano, buenísimo: Con una aroma, que elevaba los ánimos a aquellos buenos señores.

Desde entonces, se me trataba con mejor vista; y a la pacotilla de SEÑOR, se me pedía por favor, que trajese tal o cual legajo de papeles, de tal o cual sitio, sabiendo yo dónde se encontraban todos esos legajo de papeles.

Ya no era, tráeme el botijo para que beba; más bien se me pedían las cosas por favor y con buenos modales.

Hasta salía al banco, acompañando a uno de aquellos señores, en calidad de acompañante; no de bedel de la Excelentísima Diputación.

Había alguno que sabía dónde vivía yo, de qué pueblo era: Habiendo por aquellos contornos infinidad de liebres, conejos y hasta buenas perdices, así que me pidieron cobijo en mi casa, para poder ir a cazar los sábados por aquellos campos llenos de conejos.

En vez de molestarse los agricultores, se alegraron; hasta el Excelentísimo Señor Alcalde, le sentó bien que cazasen aquellos señores; ya que eran conocidos míos. Viéndole yo una picarona sonrisa a Custodio en la cara: Así no seguiría hablando tanto en las partidas de los bares los agricultores. Y máxime, criticando la labor de Custodio; que con toda su buena voluntad, estaba un tanto retraído, por no saber cómo atajar el daño legalmente, hecho por tantos conejos que habitaban en aquellas tierras.

No digo yo, que se llevasen toda la caza a la Capital de la Provincia aquellos señores; pues sabido era, las necesidades que estaban pasando mis paisanos. Aquellos señores, apartaban un tercio de la caza para algún

habitante de aquel pueblo; así, si cada uno cazaba quince conejos, cinco era para el pueblo.

Además se empleaban muchas personas, para ahuyentar a las liebres y conejos y levantar el vuelo a las perdices; quedando agradecido todo el pueblo a esos señores, que tan bondadosamente, dejaban sus piezas a la administración de aquel pueblo, a través del señor cura párroco, que era el que sabía a quién le podía dar esos alimentos; por ser la persona menos agraciada del pueblo, o por tener una familia numerosa.

Aquello chocó con la voluntad de algunos concejales del consistorio; ya que como ellos decían, también sabían quién estaba pasando penurias y calamidades.

Los apuros los pasé yo, cuando un sábado vinieron los padres de la novia de mi hijo a visitarnos; ya que nosotros no habíamos ido a pedir la mano de su hija, todavía.

Marcos se sentó frente de mí y su mujer Andrea se sentó con mi mujer Sonia; hablando de todas las cosas: Hasta del tiempo hablamos.

Lo peor fue cuando la conversación se desvió hacia otros derroteros más asiduos a la llamada del corazón.

ANDREA -. Pues nada, hijos. Que nos hemos dicho, vamos para visitar a los padres del chico que acompaña a nuestra hija.

FERNANDO -. (Me salió sin pensarlo)-. Y nosotros os lo agradecemos.

SONIA -. Desde luego, no nos visitamos con tanta frecuencia que antes, por estar mi marido ausente durante la semana; pero los sábados podíamos hacer alguna comida juntos, como otras veces.

MARCOS -. Se alegrarán los chicos.

Desde luego que sí se alegrarían los chicos, si supiesen que sus padres tenían buenas amistades entre ellos; pues hacía ya bastante tiempo, que no nos reuníamos entre todos los amigos. Y para paliar dicha circunstancias; quedamos, en que al siguiente sábado haríamos una caldereta en la finca.

Al irse dicho matrimonio a su casa, nos quedamos hablando Sonia y yo de la vergüenza que habíamos pasado, por hacernos la visita aquel matrimonio, bien allegado; en vez de ir nosotros antes a su casa, para pedir la mano de su hija, que era lo formalizado.

Yo seguí igual en mis tareas como funcionario en la Excelentísima Diputación Provincial; haciendo el desayuno para los señores diputados y yendo y viniendo para todas las partes que me mandasen: Pero a la vez, pensando en que los debíamos una visita a nuestros buenos amigos, Marcos y Andrea.

No pudo ser; no pudimos visitar a nuestros amigos, por tener que correr al pueblo dónde vivía nuestra hija, al saber que estaba indispuesta: ¡Nada!; era cosa de la enfermedad de la mujer.

La tuvimos que llevar al ginecólogo, para que la auscultase su enfermedad; siendo causa de una infección en la orina dichos picores; pero que si no se curaba llegaría ha ser grave. El apuro nos entró, a su madre y a mí, para que nuestra hija se curase; quedándonos con ella algunos días, para tener cuidado con el medicamento que la había mandado el doctor: Pues como dijo el doctor, no se debía pasar ni un solo día sin tomar aquel medicamento que él había mandado a nuestra hija. Cumpliendo con nuestro santo deber todos los días que permanecimos en casa de nuestra hija menor. Cuando volvimos al pueblo celebramos la caldereta en el chaflán que construimos al amparo de un monte; siendo un día inolvidable, para todos nosotros.

Aunque ya no veíamos correr a nuestros hijos por aquellos campos, sí los veíamos cerca de nosotros, pues ya era bastante. Unos casados y otros con novia o con novio; siendo la felicidad completa para sus padres.

Y aunque yo no me acordaba de otras celebraciones de calderetas, me lo recordó Yolanda con enseñarme sus carnes a simple vista; pues una vez que entré en el chaflán para coger unas botellas, allí se encontraba ella enseñándome hasta medio cuerpo, sin ropa interior alguna.

Yo me puse como un camión, no pudiendo salir del chaflán por vérseme toda mi hombría a simple vista. Pero nada más se calmó aquello, salí de aquel recinto corriendo afuera del chaflán, no queriendo mirar para atrás, para no ver ese cuadro que me estaba enseñando Yolanda.

Ahora sí, que me tomé una copa con Marcos; pues me la estaba ofreciendo él mismo, poniéndome un poco alegre: Ya que yo no bebía nada y con una copa me cogía aquel alcohol que tenía la copa. Hasta me permití aplaudí en aquellos cantes de nuestra tierra, que estaba cantando algunos de nuestros amigos.

Tan alegre se me veía, que no pudo, por menos, que acercase a mí mi mujer, Sonia, para preguntarme por aquella euforia que yo estaba presentando delante de todos los amigos.

SONIA -. Fernando, hijo: ¿Qué es esa alegría?.

FERNANDO -. Tengo a toda mi familia cerca de mí: Me siento alegre y complaciente con ellos.

Así quedó sentado la alegría que yo presentaba a todos mis amigos; quedando complacida Sonia por aquella respuesta que la di yo.

Pero las alegrías, a causa del vino, no son buenas; de modo que, en un descuido mío, se volvió a arrimar Yolanda a mi persona: Que estaba con un etílico elevado en mi cuerpo; de esta manera me dejé hacer por Yolanda; Más bien, un abrazo y un beso de amor, como nunca había recibido yo.

Pero aunque tuviese el etílico elevado, sí me daba cuenta de lo que hacía o me dejaba hacer; de esta manera me retiré de Yolanda, limpiándome la boca de la saliva que me había echado esta señora. Y menos mal, que

cuando entró en el chaflán Alejandro, ya nos encontrábamos Yolanda y yo separados, por lo menos un metro de distancia. Preguntando el marido de esta señora algo como.- ¿Qué hacéis, aquí los dos? : Si la fiesta está afuera de este chaflán.- ¡Que se lo creía él!: Pues menuda fiesta habíamos tenido su mujer y yo, hacía unos momentos dentro del chaflán.

Los tres salimos riendo de allí; pues la que primero empezó a reír fue la mujer de Alejandro; comenzando nosotros la risa, al verla a aquella señora con tanto afán por reír a la vida y a la celebración que estábamos haciendo.

No me di cuenta; pero cuando salí del chaflán me encontré a mi mujer Sonia en la puerta de aquella construcción que hicimos un día todos los amigos; pues se conservaba tal y como la dejamos la última vez: Ya que allí no había entrado nadie. Los habitantes del pueblo, no tocaban nada que no fuese suyo: Y si una persona hacía algo, se quedaba hecho para toda la vida; máxime, cuando aquel chaflán lo hicimos entre todos los amigos.

El vino corría de mano en mano; como si fuese un refresco: Por lo tanto, todo el mundo se encontraba alegre y dicharachero. Con esa alegría que una persona percibe cuando ha tomado el tanino de ese mosto agraciado.

Llegamos a casa a ponerse el día; pues hasta cenamos allí, con las sobras que nos habían quedado de la merienda; acostándonos temprano, por el cansancio que teníamos en nuestro cuerpo.

Por la mañana nos levantamos con la cabeza abombada; yendo yo al salón para ver a mi hijo acostado en un sofá y al preguntarle, me dijo que su novia estaba acostada en su cama.

Un desbarajuste; pues mi hija mayor se había acostado en una habitación y mi hija menor en otra; estando acostado su novio en un sillón que había en la puerta de la habitación: Así que corrí para hacer el café y el chocolate, comprando unos churros, tres puertas más a bajo de donde vivíamos nosotros; siendo una churrería afamada en todo el pueblo, por los churros tan buenísimos que hacía.

Puse en la mesa del salón el desayuno, con café, chocolate, churros, pastas y bollos artesanales; siendo las delicias de mi mujer y mis hijos: Hasta el punto que me preguntó Sonia, cuando nos vimos solo, por el manejo que tenía para preparar el desayuno.

SONIA -. ¿Dónde has aprendido tú a preparar así el desayuno?.

FERNANDO -. Todos los días me lo preparo.

SONIA -. ¿Y te deja la patrona hacerlo?.

No hubo respuesta alguna a aquella pregunta que me hacía mi mujer, Sonia; solamente emití como palabra una sonrisa, que me salió de lo más profundo de mi Alma. No haciéndome mi mujer, Sonia, ninguna pregunta

más; por ver mi poca predisposición que tenía para poder hablar aquella mañana de resaca.

Calmados nuestros cuerpos, al siguiente día; todo siguió igual que estaba: Haciendo nuestras tareas cotidianas y trabajando como otros días, que estábamos serenos.

Mi hija menor y su novio se habían marchado al pueblo, donde trabajaba mi niña; pues él también tenía sus tareas encomendadas en dicho pueblo; así que todo estaba en orden y en paz.

No tanto me encontraba yo en paz, cuando supe que tenía que hacer un cursillo en Madrid; más alejado de mi pueblo y de mi mujer. Y heme aquí, en la capital de España; sin haber estado nunca en dicha gran urbe.

Sus calles, sus edificios tan altos y bonitos; su manera de andar por aquella gran Capital y la manera de expresarse de las personas, aquel olor cuando pasabas por una cafetería a bollos, sus bellos escaparates de más de tres metros algunos, con aquellas luces, que por la noche parecía como de día, el sentirse dentro de aquella gran urbe. Su configuración física, como atrayendo al peatón dentro de su ser más íntimo como muchedumbre inagotada de personas e ideas. . . En una palabra, como se suele decir: “De Madrid al Cielo”.

Fui cautivado de inmediato, por ese hado que esa urbe tiene para con todas las personas que la visitan. Pensando de momento; Dichoso el que haya nacido en dicha Capital de España.

Fuentes madrileñas: la Cibeles, Neptuno; de estilos neoclásico. La fuente Cuatro Estaciones o Apolo, es de estilo más moderno. Habiendo un río subterráneo, el Abroñigal que como su nombre indica dejaban la basura todo los ganados que pasaban por su orilla, las boñigas, surtiendo de agua a la Cibeles; siglos más tarde, pasando por encima la M - 30.

Lo dicho, ¡señores!: “De Madrid al Cielo”; sobretodo cuando se está en la Gran Vía, con sus cines, sus bares, sus comerciales abiertos con luces que brillan en todo el asfalto de esa vía. Paseando por aquella gran vía, como es la que llevaba el mismo nombre; bajando hasta la Puerta del Sol.

Para llegar a la Plaza Mayor y metiéndose en la calle Arenal; totalmente madrileña, todas esas calles, por sus luces, su alegría y sus buenísimos restaurantes y comercio, como así sus Hoteles. ¡Todo!; todo ello me sedujeron los sentidos sin darme cuenta yo; pero que parecía estaba embrujado. A los madrileños nos llaman “gato”; porque nos gusta salir por la noche, al igual que a los gatos.

Y sí, aprobé aquel examen, en forma de concurso; teniéndome que quedar en Madrid, por no a ver plaza del cuerpo, al que yo había ascendido en la capital de mi pueblo. Llevándome, por la mano un buen compañero a una casa particular, conocida de él; pues era su tía.

Aquella señora la hacía falta el dinero, alquilándome una habitación amplia y hermosa; donde yo podía poner un infiernillo, preparándome la merienda todos los días.

No sé cuanto tiempo haría, que yo no iba al pueblo; para disfrutar de mi familia: Ni sabía nada de lo que estaban haciendo mi mujer y mis hijos. Si la casa estuviese ya terminada; para que la habitase mi hijo, o mi hija mayor necesitaba alguna cosa, que pudiésemos proporcionarla su madre y yo, cuanto antes.

Que me creía yo, que iba a estar sin ver a mi mujer: Un día vinieron para verme mi mujer con el marido de mi hija mayor y esta; pues no sabían cómo me encontraba yo en aquella habitación, ni lo que estaba haciendo en Madrid. Una Ciudad cosmopolita donde las haya. Y desde luego, había toda clase de diversiones en dicha gran urbe; sobre todo, por la noche. Esas noches llenas de misterios y de bohemios que se dan para correr de calle en calle, de taberna en taberna; teniendo un Espíritu abierto a todas las tendencias y queriendo aprender de todas ellas.

Al ver mi mujer Sonia aquello, decidió quedarse conmigo, en la habitación que yo tenía alquilada a una señora, que vivía sola en su casa.

Al saber aquello la señora de la casa: ¡Claro!, que accedió para que mi mujer Sonia se quedase conmigo en mi misma habitación; siendo bien visto por mi hija menor; que se quedó a cargo de su hermano, en los días, que su madre estuviese conmigo.

Cada día que llegaba a casa, para la merienda; veía a mi mujer y a la señora de la casa, juntas haciendo la comida, ya que comíamos los tres juntos y oíamos la radio en el salón de la casa.

Recuerdo un día, que jugó España con otra Nación; un futbolista nuestro marcó un gol: Se levantó de donde estaba sentada, aquella señora; dando saltos a más y mejor. De tal manera, que enseñaba todas las sayas (falda), que era lo que se llevaba antes, y hasta mostraba alegría sin par.

Nunca he visto mujer que fuese tan aficionada al fútbol como aquella señora, la patrona que nos tenía acogidos a mi mujer Sonia y a mí. Durmiendo aquella noche con sumo placer, al ver que era buen sitio, donde mi mujer Sonia y yo, estábamos acogidos, como huéspedes en aquella casa de paz y de tanta seriedad, como tenía la señora de la casa; tanto era así, que a mí me costaba hacer ruido alguno. Hasta cuando salía yo hacia el trabajo, lo hacía con todo el sigilo del mundo; para no despertar aquellas dos señoras, tan excelentes.

Hasta que un día me llamaron a secretaría para decirme que me tenía que jubilar, debido a mi edad. Yo me veía capaz de desarrollar mis tareas, dentro de la Excelentísima Diputación de Madrid; pero era inapelable, que toda persona se jubilase a los setenta años, como dictaba la Ley. Más tarde se trasformó en sesenta y cinco años la edad de jubilación.

Heme aquí, en mi pueblo; una vez más, tomando las riendas de la oficina y de la contabilidad del almazara, con todos los deseos del Mundo.

Cuando llegó mi primera paga de jubilado, cobré el cien por cien de aquello que me correspondía a mí; y así, con mi paga de jubilado, lo que mi mujer cobraba por la oficina y la contabilidad de la empresa, pudimos

terminar la casa para mi hijo. Pero antes tuvimos una noticia, que no nos esperábamos: Pues mi hija menor se quería casar en pocos meses; preparando su madre y yo todo el ajuar, que una señorita debía llevar, en aquellos tiempos en su boda.

Como en aquellos tiempos se mostraba el ajuar, que los padres regalaban a las hijas, en una habitación de la casa: Nosotros pusimos la mayoría de ese ajuar tendido en la habitación asignada para ello. Y entre sábanas, almohadones, ropa interior, cubertería, loza y otros menesteres que sirviesen para la casa, llenamos aquella habitación de todo lo que se necesitaba para llevar el principio de una casa. No queriendo yo decir, que he obviado otros enseres, que no he nombrado, por vergüenza propia.

¡Claro, que sí!: Sí se casó mi niña menor en la parroquia del pueblo; siendo el celebrante de aquella boda, el cura párroco del pueblo, habiendo sido invitado, también, el señor cura párroco a la boda.

En un bar, que tenía un salón espléndido, fue el convite de la boda; viéndose el señorío de los papás del novio: Cofia, estola de visón, zaparos de charol, y vestido de seda, con un rosario de perlas y cuentas colgadas en el cuello. Tal y cual se llevaba antaño.

Terminada toda aquella expansión corporal de tantas personas invitadas a la boda; a los pocos días me fui para buscar cardillos en unos montes cercanos al pueblo, aludiendo lo que yo hacía antes, de marcharme como bedel a la Capital de la Provincia.

Disfruté como nunca buscando los cardillos por aquellos montes; aunque estuviese solo, me encontraba cobijado con mis ideas; que eran abrir una tienda de alimentación en mi pueblo; ya que hacía mucha falta se abriese una buena tienda de comestibles.

Al llegar a casa la trasmití a mi mujer, Sonia, la idea que yo llevaba en mi cabeza; haciendo gestos, como de desaprobación: Ya que como dijo esta, nos sobraba con lo que cobrábamos. Pero mi idea era primordial, no teniendo descanso para desechar esa idea de mi cabeza.

Como yo hacía opresión a mi mujer, Sonia; expresándome todos los días con aquella idea, esta cedió con la condición de que nombrásemos una señora como dependienta de la tienda de comestibles.

Estando hablando con mi mujer, Sonia, llamaron a la puerta para vendernos unas alcachofas que parecían cardos borriqueros; con la simple mira, de que era tiempo de Reyes Magos, no teniendo que darle aquella mujer, de edad, nada a su nieto; alegando que su otra abuela le había regalado una espada de madera, hecha por el carpintero del pueblo.

No quisimos hacer de menos a aquella señora, comprándola las alcachofas y además la dimos un dinero adicional, para que comprase a su nieto un buen regalo: Lo que había en el pueblo; caballos de cartones, espadas de madera, pelotas de gomas y poco más.

Viendo a los niños jugar en la plaza del pueblo al siguiente día con las pelotas que los habían echado los Reyes Magos, con todo el amor del Mundo.

Aquello era lo más grande que se daba en la Tierra, por aquel entonces, en el pueblo. No dudando nunca, los habitantes del pueblo, que era el mejor lugar para vivir, y el mejor pueblo que había en todo el Mundo.

Tanto era así: Que se celebró aquel carnaval con todo lo mejor que tenían aquellas personas: Unas vestidas con sayas, otras con faldas largas y los varones con un pantalón de pana, comprado para tal evento; y una camisa sin abrochar; enseñando todo su pecho lleno de pelos. Pero como así se llevaban las camisas en aquel tiempo, nadie decía nada al respecto; era más que el que la llevase abrochada al cuerpo, no se le veía como si fuese de aquel pueblo, tan maravilloso y lleno de amor, de esperanza y de misterio.

Comenzó a ver zapateros, que hacían unas botas tan fuertes, que no podían los terrones de la tierra con ellas; machacando todo el terrón y haciéndole polvo, convirtiéndole en arena todo el: Por eso se las comenzó a llamar a aquellas botas: “Tripa terrones”.

Pero también comenzó a ver otro zapatero más fino que el siguiente; ya que se necesitaba unas hormas especiales y saber cortar el material según como fuese el pie del que estaba alquilando su trabajo; para que le hiciese unos zapatos.

¡Pues claro que sí!: Si se comenzó a ver algunas personas con zapatos; pues antes usaban unas zapatillas de esparto, en su planta; para terminar cerrándolas con paño fuerte. Más tarde se comenzó a ver unas sandalias hechas con un material muy fuerte, que duraba toda la vida. Y era, que antes, algunas personas iban descalzas; por no poder comprar ningún calzado para sus pies, ni lo había. Tenían que ir a otro pueblo, más cercano al suyo, para poderse agenciar un calzado; ya fuese, zapatillas, sandalias o zapatos.

El estanco, seguía teniendo solamente tabaco de picadura: Unos cartones pequeños y otros mayores, enrollándolo el tabaco en papel de fumar: Un papel fino, que se sacaba de donde había otros tantos, terminando en una especie de goma de pegar, una vez se mojaba con la lengua aquel borde.

El pitillo, no existía en el pueblo; llegó eras más tardes, llamados Celtas, que posteriormente se trasformaron en Celtas cortos y Celtas largos. Habiendo en otros pueblos, otra denominación a la cajetilla de tabaco.

Entonces se le comenzó a llamar cigarro; no así a los puros, que años más tarde serían denominados cigarros puros. Pero que al pedir ese producto en el estanco, todo el mundo decía: Véndeme puros.

Algunos consiguieron sembrar, en la orilla de un arrollo, una cantidad módica de tabaco; pues estaba prohibido, por ser un monopolio del Gobierno. Pero con una cierta picardía; ya que el tabaco rubio valía más que el negro.

Esa hoja de tabaco lo criaban entre cañas o entre zarzales enormes; para que no se viese; secándolo más tarde, cada uno, en su casa. Y así poderse hacer con una perra gorda o perra chica, cinco céntimos o diez céntimos; aunque algunos llegaban a recopilar un real por la venta de ese tabaco picado en una panera pequeña, hecha de juntos o de mimbres algunas: Para que su aroma se conservase en la hoja picada del tabaco.

No tardó llegar la recolección del grano; ya fuese trigo, cebado, centeno, avena y otros productos que servían como pienso a las mulas y a los burros; que era el ganado para labranza que tenían todos ellos.

Considerando también que el mijo los serviría como harina fina, al verse una semilla pequeña y suave al tacto. Pero pronto se comenzó a saber, que los pájaros lo tragaban perfectamente, por ser semilla muy digestiva, al igual que el panizo. Se sembraba de todo; era un afán de querer desafiar el hambre en aquel pueblo; no consiguiéndolo del todo y menos los más indigente de la periferia del pueblo.

Me anunció un día mi hijo, que se quería casar; yendo a la Iglesia para poner las amonestaciones: Una hoja, donde la Iglesia ponía, a la vista de los feligreses para que alegasen algún impedimento o fuesen gustosos de que esa pareja se casase.

En el mismo bar que se celebró la boda de mi hija menor, se celebró la boda de mi hijo; con unos trescientos invitados: Casi todo el pueblo, fue a la boda de mi hijo, invitado por él.

Yo creía, que mi hijo no se iba a casar; ya que hacía bastante tiempo que era novio y no daba señales de quererse casar algún día; pero ese día llegó y en pleno convite, me hicieron salir a mí para que bailase con la madrina, que era mi mujer Sonia. El padrino fue su papá del novio; que también le hicieron bailar con la madrina.

Por la sala donde se estaba celebrando la merienda, corrían mis nietos, con todas sus fuerzas; saltando y haciendo bulla con la boca. Mi hija menor, sostenía en sus brazos a un niño de poca edad, más bien de meses.

Ya los tenía casados a todos y al día siguiente así se lo comenté a su madre; una vez que estuvimos a solas ella y yo. No sin antes haberla preparado; pues di muchas vueltas antes de entablar dicha conversación: No fuese a ser, que mi mujer lo tomase a mal.

FERNANDO -. Sonia, hija. Ya tenemos a todos nuestros hijos casados.

SONIA -. ¡OH!, Jesús. Parece como si te estorbasen.

Claro que lo cogió a mal; pues aquella conversación, haciéndose recta siempre la coge a mal la mujer. Parece como si el padre quisiera echar de casa, cuando antes, a los hijos.

FERNANDO -. ¡OH!, no; Dios. Yo no he querido decir eso; bien lo sabes tú.

SONIA -. Lo acabas de decir hace un rato.

Me callé, para no liar más la madeja que estaba liada; y con ese aplomo que una persona tiene en algunas ocasiones, comencé comentándola otra cosa fuera de aquel texto que habíamos tenido antes.

Así se aplacó mi mujer Sonia, con mi persona; pues aunque ella no me veía malo, en ese momento de desesperación, por tener a sus tres hijos fuera de casa, derivó la conversación por otros derroteros que no eran lo que yo quería, por lo menos no me expresé con la debida luz en mis palabras, como para que su madre, de mis hijos, lo cogiese como buenas aquellas palabras que yo dije, estando solo con ella; en el salón de nuestra casa. Y lo dije con todo el pesar del mundo, por mi parte: Pues quién se le iba a meter en la cabeza, que un padre se alegrase porque sus hijos hubiesen salido fuera del hogar. Eso no se lo ocurre a nadie; solamente, que su madre se encontraba nerviosa, al saber que no volvería a tener a sus hijos dentro de su casa: Ya que habían formado un hogar a parte del hogar de sus padres.

Un día, que me daba un paseo cerca donde teníamos el chaflán los amigos, en el mismo monte vi a un paisano del pueblo cogiendo criadillas y lo que es mejor, cardillos; preguntándole yo por aquel buen manjar, diciéndome él que ofrecería a mi mujer Sonia le comprase esas criadillas y cardillos; pero que todavía tenía que recolectar berros y espárragos.

Al siguiente día comimos todos, y al decir todos; digo también mis hijos, esos manjares que había cogido el señor que encontré buscando las criadillas y cardillos por el monte del chaflán; pero al decir verdad, también se fue a siete kilómetros, para coger berros de una fuente, que daba a un riachuelo allí escondido: Buscando por los caminos de la sierra, unos buenos espárrago, criados en las callejas de la sierra.

Aquello sí que eran buenos espárragos: Más largos que los trigueros y con color blanco por la caña y violeta o morados por arriba; muy deseados por los Gourmet franceses.

Menos mal, que me cogió a mí llegando a casa; pues le vi con los brazos abiertos y sin aquellos buenos alimentos, al señor que los había cogido.

FERNANDO -. ¡AH!, no. Sonia, querida: Déjale a ese señor, parte de esos productos para la cena; ya que él tiene hijos, como nosotros. Y querrán los niños cenar algo de esos manjares.

SONIA -. Lo había pensado yo.

Y partiendo por medio los haces de cardillos, espárragos, atados con juncos, criados al amparo de una fuente, se lo dio a aquel señor; que sin esperarlo, después de dar las gracias, salió corriendo para su casa como si llevase un tesoro entre sus brazos.

Sonia y yo nos quedamos mirándonos, con cara de pedir algo a la Divinidad; que no de sorpresa: Pues en ese pueblo, estábamos todos de vuelta, por saber lo que estaba pasando en aquella urbe pequeña.

No nos habíamos entrado en casa, cuando llegó una señora queriendo vender a mi mujer, Sonia, una perdiz, cazada en una viña que teníamos nosotros a pocos kilómetros del pueblo.

SONIA -. Sí señora; pero si me ayuda usted a pelarla.

Se quedó mirando la señora a mi mujer, pensando en lo que la había dicho. Aquella señora accedió ayudar a mi mujer, Sonia, a pelar la perdiz. Y como aquella perdiz era ya vieja, la tuvieron que entrar en una hoya para que cociese un poco y se quitasen mejor las plumas. Abriendo en canal la perdiz mi mujer y; poniendo la otra mitad en un plato, tapado con una servilleta, dándoselo a aquella señora para que comiesen sus gentes en casa aquel día. Dando las gracias la señora, que había vendido la perdiz a Sonia, salió con ella como si llevase un tesoro; sin mirar para atrás, como temiendo que se arrepintiese Sonia de dicho acto.

Qué va: Sonia no se arrepentía por hacer un acto bueno. Es más, que mi mujer gozaba con hacer el bien y no el mal.

A los pocos días me llamaron de Madrid, para que fuese a firmar un impreso, que me hacía falta para mi jubilación; tomando el tren, en una población cercana a la nuestra.

Eran día de mucho trasiego, para las personas que vivían separadas de su familia por el trabajo; así que el tren iba abarrotado: Hasta me atrevo a decir, que se encontraba todo el pasillo de aquel vagón, que no cogía nadie más en él. Pero todo no fue eso; que a la vuelta, se los veían a los soldados elevados los pie a la ventanilla y el otro a la puerta de un compartimiento de aquel vagón, teniendo de bajo de él, un saco de patatas y un aula con gallinas.

El Mundo estaba al revés; pues en vez de llevar desde casa a la gran Capital los productos sembrados y las gallinas, estaba siendo todo lo contrario. Y era, que aquel año había sido nefasto para los productos del campo; tanto para los cereales, como para los productos de la huerta.

Viéndose unas gallinas famélicas, por falta de pienso; como así una escasez de trigo y cebada, que era bochornoso mentar aquello. Parecía que no tomábamos en serio al agricultor.

Yo no conocí el año del hambre en la Nación; pero sí conocí el segundo año del hambre en la región de donde yo era. Y créanme, que se pasa bastante mal; por lo que yo pude comprobar en aquella fecha.

Personas tiradas en el suelo, comiendo raíces de alguna planta, que ellos sabían que era buena; o no dejando crecer las flores, por saberse que no hacían mal a nadie su contenido de ellas.

Personas que andaban como sonámbulas por las calles al no haber comido nada en tres días; pues los días que habían precedido a esos otros, no comían más que una sola vez y tal vez pan.

Al decir pan, he querido decir algo; pues si a un pan de cebada se le puede llamar pan. . . No sé qué pensar. Se le quedaban a uno, unas raspas en la garganta que no podía tragar ningún alimento más.

Más bien, los que podían, comían pan de garbanzos: Y esos, se tenían que conformar con los garbanzo y darse por bien servidos.

Sí, en aquel año, contiguos a otros, había habido una buena cosecha de garbanzos; que aunque una buena parte de ellos habían rabiado, se limpiaban y se comían. Los salían una cenicilla, por no curarlos en tiempos de sequía.

Hasta decir, que yo vi queriéndose comer a un señor, en el campo cardos borriqueros: Con las espinas que tienen. No pudiendo terminar el cardo, por las llagas que tenía en la boca, hechas con las espinas de ese cardo. A otra persona la vi lavando algo, que no me atrevo a decir; pues como ella se explicaba: Bien lavada aquella cosa, se quedaba parte de los alimentos que había tomado la caballería. No digo yo que no; pero mucha hambre se debe tener, para hacer aquello.

Se comenzó a verse a las personas sin calzado alguno; pues en casa tenían poco dinero y el que había entrado, los servían para comprar sardinas aprensadas, cuando las habían; pues todos ellos tenían una cartilla o cupones, que presentándola los daban el pan que necesitaban ellos en sus casas. Que no se desgarré nadie las vestiduras; que esta novela, va de esto.

Se cuenta vivencias vividas en mi pueblo; un pueblo agrícola y ganadero, donde los haya. Ya lo he dicho.

No todas las personas del pueblo estaban empleadas en algo; es más, que no estaban empleadas en nada.

Un día se me acercó un señor de mi pueblo ofreciéndome cupones de comidas, para que se me entienda, si yo le dejaba dinero para comprar tabaco; teniendo tres hijos y mujer a su cargo.

Sí, le di lo que valía una cajetilla de tabaco con el papel que hacía falta, para liarlo; pero rechacé, que me diese los cupones aquel hombre; que no sabía lo que hacía.

Pero como él, se negó a coger el dinero si no cogía yo los cupones; los tuve que coger: Y acto seguido, antes que llegase a su casa aquel señor, me adelanté yo para llegar a la casa de aquel hombre y dárselos a su mujer explicándola lo sucedido.

No podía quedar sin comer tres días a aquella familia, que nada tenía que ver con las ansias de fumar por la cabeza visible de la casa.

En ese mismo día recibí una carta certificada, de que prescindían de mis servicios la compañía petrolífera; ya que el servicio de vigilancia lo harían con su propio personal.

Quise cobrarlos un alquiler por las instalaciones de la oficina; pero recibí una bofetada moral, al decirme la compañía de petróleo, que los terrenos donde se encuentra la oficina habías sido comprados, y que por otra parte, el edificio de la oficina había sido construido por la compañía de petróleo.

No solamente, quedó ahí todo; que el aserradero se estaba cerrando por falta de clientela: No había demanda. Era comprensible; ya que estábamos lejos de las principales vías de comunicación y para llegar a donde se encontraba el aserradero, había que tener mucho valor para llegar allí.

Dando una gran voz, cuando no me oía nadie; calmé mis nervios con mental a Dios y ponerle como escudo protector.

Yo miraba de reojos a los que buscaban raíces comestibles en los campos; pensando que eso me iría a pasar a mí, si seguía la racha de quitarme trabajos que hasta ahora había desarrollado yo con mi familia.

Solamente me quedaba el trabajo de la contabilidad del Almazara; sabiendo, que durante el resto del año, no tenía ninguna actividad en dicho centro de extracción del aceite: Contratándome por días trabajados.

Llegó, llegó el día y la hora de que tenía que reciclarme por completo; estudiando las pertenencias que yo tenía: Entre olivos, tierras de labor, huertas y unas cuantas hectáreas en un terreno de pizarra, no pudiendo

laboral aquella tierra por no crecer allí nada; no sabía qué hacer con aquellas hectáreas. Así me encontraba yo: Decaído y sin ganas de levantarme, para nada.

Mi mujer, Sonia y mis hijos me veían serio; pero yo no quería decir las causas que me inducían para estar agobiado. Hasta que mi hijo, se enteró del cierre de la serrería y el despido que sufrimos en casa por parte de la compañía petrolífera: Y al decir sufrimos, lo digo con pensamiento propio; ya que la que estaba encargada de la oficina, era mi mujer, Sonia.

Quise construir una casa de campo, en las hectáreas de pizarra y al hacer los cimientos, salió como una especie de vaho, parecido al humo; oliendo a azufre. Paralicé aquella obra y llamé a la compañía petrolífera de inmediato, y de inmediato se presentaron allí dos altos cargos, para peritar dichas hectáreas de terreno.

Ahora sí, que no me iría a pasar lo de antaño; allí tenía yo que hacer un contrato bien definido a la compañía petrolífera, en donde yo seguía siendo el amo de aquel terreno. Me tenían que emplear a mí, dándome, a demás, un tanto por ciento por la explotación petrolífera del terreno.

Después de hacer unas pruebas en la pizarra, se paralizó las obras; quedando en nada lo de explotar como yacimiento de petróleo aquellas hectáreas pizarrosas. Quedándome yo muy extrañado de aquello; pero más extrañado me quedé, cuando vi realizar unas muestras de terreno en frente del mío; como a trescientos metros. Se sacaba alguna pizarra y se partían

allí mismos; para dejar aquel trabajo de la noche a la mañana, sin decir nada a nadie. Parecía que era la manera de actuar de aquella compañía petrolífera.

Me estaba hundiendo por momento: Mi moral no valía nada, y mi voluntad se cegó; al saber que el terreno de mis hectáreas, no tenía gran cosa, según yo: Por haberlo abandonado la compañía petrolífera.

Una idea me dio buena, cuando pusieron en la oficina a una persona a cargo de ella; haciendo mediciones del terreno y mandándolas, cada día, a la central de dicha compañía. Pero al poco tiempo quitaron a esa persona y cerraron la oficina; llegando a ella un empleado, una vez al mes.

Todo lo tenía perdido con aquella oficina; yo no volvería a ser empleado nunca más de aquella empresa de petróleo. Me dio rabia, al verme desamparado del todo: Pero así estaban todas las personas de nuestro pueblo querido.

Tantos nervios cogí yo en aquellos días, que me fui al banco para hablar con mi yerno, sobre un posible préstamo para comprar un tractor; pues otra cosa no tenía a mano, más que labrar mis tierras, como un verdadero agricultor y hortelano.

Puse hasta colmenas en una viña, que tenía cerca de la carretera; dándome buena miel, ya que allí mismo había unos ocalitos, saliendo de aquel terreno unas buenas flores para que las abejas construyeran su miel.

Lo único malo fue, que tenía que ir para venderla a otros pueblos; sobre todo, los más cercanos al mío.

Me pude dar cuenta, que era un producto muy demandado y poco asiduo en aquellos terrenos: No por falta de ocalitos y flores; porque no construían colmenas en aquellos pueblos.

¡HUY!, ¡HUY!: Lo que me estaba dando cuenta también; que se necesitaba gentes que hiciesen carbón. Y heme aquí, formando unos chozos incandescente con los troncos cortados de los olivos, para que se quemasen poco a poco y sirviesen de carbón a las personas del pueblo y aldeaños.

Me llamaban, alegremente; las personas de otro pueblo, “el carbonero”, y otras, “el piconero”; pues vendía carbón y carbonilla: Que aunque las personas piensen, no es lo mismo.

En aquel año, la cosecha de cereales fue corta; pero no como la del año anterior, que no teníamos ni para hacer pan. En cambio sí hubo en otras regiones cercanas mucha cosecha de cereales; pero la fiscalía no dejaba que pasase de una región a otra el trigo, ni la cebada.

¡Bueno!: Menos mal, que ese año; por lo menos, sí tuvimos algo de trigo y cebada para hacer harina de ellos. Así como muchos higos verdejos y blancos, también los huinganes y los negros; que servían para hacer a los niños la merendilla a las cinco de la tarde, entrándolos en el medio unas almendras: De las pocas que hubo aquel año.

Aunque para decir verdad, los higos huinganes y los negros son negros; variando el color negro en una, en los huinganes que es como color violeta o moreno y los negros haciendo gala a su nombre de negro.

Los higos huinganes son mayores que los negros y con más sicono; siendo más exquisitos los negros, por su sabor.

En los pueblos, no había muchas tiendas dedicadas al embellecimiento; por lo tanto, en casa, comenzamos hacer jabón de sosa, con aceite ya cocido; que quedaba la cara y las manos suaves y finas. Otro éxito, que tuvimos, mi mujer, Sonia y yo; pues vendíamos todo el que hacíamos: Parecía, que nos lo quitaban de las manos las personas del pueblo y de otros pueblos cercanos al nuestro.

Mi mujer, Sonia, hacía por las noche jersey que daban mucho calor; por lo bien hechos que estaban; ¡vamos!; que era un verdadero rastrillo lo que llevábamos en el tractor, mi mujer y yo, cuando salíamos para vender en los pueblos, nuestros productos.

Un día, cuando pasé por las escuelas; pude ver que los niños llevaban un calambuco con brasas del brasero para calentarse en ese mismo centro docente. Al alzar la vista, vi a mi hijo que me estaba mirando fijamente; dándole con la mano: Él respondió con otro tanto.

Desde entonces pensé, que se viniesen a merendar todos los domingos con su madre y conmigo; recibiendo una buena noticia su madre y yo de mi hija mayor: Estaba embarazada.

La alegría fue tal, que los invité a mis hijos y a sus cónyuges para visitar un lugar de encuentro, dentro de la provincia de Madrid. Y como ellos eran estudiosos y cultos, me los llevé al Escorial; visitando todos los recintos en su palacio: Hasta hablamos en una habitación con ellos, por medio de una cuerda atada a un calambuco. Y créanme que se oían las voces y hasta lo que decían ellos, mis hijos.

Fue un día agradable para todos nosotros; y aunque pudimos volver a la Capital, merendamos en dicho pueblo lo mejor del Mundo. Pues aunque la comida no era como las de ahora; era comida que se pegaba al riñón, como se suele decir. Unas habichuelas coloradas, con un chorizo de la tierra, que me supo a poco: Y como dichas habichuelas tienen mucho cuerpo; a penas cené por la noche.

Repitiendo, otro tanto de lo mismo, en la Capital de España: Carillas; lo que en el pueblo se llama: “Muchachos con chalecos”. También contenía parte de un chorizo, que elevaba el ánimo a todos los comensales.

Como al día siguiente llegamos temprano al pueblo, su madre de mis hijos, los preparó un cocido bien suculento; pues a parte de tener unos garbanzos finos y sabrosos, contenía chorizo, carne, tocino añejo y tocino del año para que mojásemos el pan en el. Y piqué un tomate, con los garbanzos que me quedaba en el plato, echándolos un poco de aceite; sabiéndome todo ello a Gloria Bendita.

Los demás días, tuvimos que hacer su madre y yo régimen severo; por haber gastado tanto dinero en la excursión de aquellos dos días. Freímos unas sardinas y mojamos pan en ellas; sabiéndonos como si fuese un manjar de los mejores que se comen en los grandes hoteles de la Capital de la Nación. Para después descansar oyendo el parte en la radio; Y como estábamos poniendo toda la atención que se debía poner, oímos una noticia que nos alegró la vida. Vendría al pueblo, el señor obispo en pocos días; para visitar a los feligreses de aquella parroquia.

Se colgaron banderitas en las calles y los niños esperaban, en fila, para que llegase Monseñor, el obispo de la diócesis. Y qué bullicio se formó, cuando se vio llegar el coche que traía al señor obispo.

Entre ¡viva! y la alegría de todos los niños y los mayores; se bajó el señor obispo dando la bendición a todos los feligreses que se encontraban recibéndole a él.

Salieron cuatro hombres de la Iglesia sosteniendo el palio, para llevar al señor obispo bajo palio a la Iglesia. Y así fue; pues entró con todos los honores deseados por el pueblo.

En el Altar Mayor, había toda clase de donativos dados por los habitantes de aquel pueblo: Diciendo el señor obispo, que se diese, dichos alimentos, a los más necesitados del pueblo.

Mientras entraba el señor obispo en la Iglesia, repicaban las campanas con todo su sonido característico; así como cuando salió de la Iglesia.

Quedando el pueblo, en paz y en concordia al siguiente día; pues parecía que las personas estaban cansadas de tanto, ¡viva! y entre dimes y diretes, como echaron al señor obispo en aquel día de gloria para ellos: Pareciendo que andaban como sonámbulos por las calles del pueblo.

DÍAS: Días de penuria incontrolada; pues podía más el hambre que la vergüenza. Se veían a las personas del pueblo andar por las calles como si estuviesen dormidas. Y era el desmayo que llevaban en su cuerpo; al no haber comido nada desde hacía días.

Yo ideé un proyecto para estar un poco alimentado; pues no iba a ser todo comer de los productos del campo: También se podía comer lo que se criaba en esa tierra de personas nobles y buenas.

Sí; me hice de un ganado bovino, con cinco ovejas y un carnero; para poder tener leche en abundancia, para mi casa y la casa de mis hijos; Así como para que criasen las ovejas y poder comer carne, sin tener que pensar cómo sabe las chuletas de ovejas.

En aquel terreno, eché también cerdos; una guarra y un guarro para que criasen y me diesen carne fresca, así como buenos jamones: para algo servirían las hectáreas que tenía yo, más bien pizarrosas.

Vallé toda la finca, echando ganado bovino y porcino; pero no me conformé con eso, que en un rincón de la finca criaba siete gallinas y un gallo: Teniendo unos huevos frescos y muy sabrosos en mi casa, como así en la casa de mis hijos.

De vez en cuando la hacía llegar a mi hija pequeña un componente de cada especie que he nombrado; agradeciéndomelo esta de mil maravillas: Ya que me decía lo bueno que eran las cosas que yo mandaba; como diciéndome que la sabían a poco, y que mandase más jamones, huevos, y carne fresca de las ovejas matadas, como de los guarros. Así lo estuve haciendo; hasta el día que me enteré de una cosa, muy agradable para mi persona.

Aquella noticia se complementaba con una apertura de otro banco en dicha plaza; pero me era impensable saber lo que iba a pasar con aquella sucursal bancaria que estaban abriendo en mi pueblo. Ni tan siquiera supe quién estaba edificando una casa frente a la mía, en un terreno baldío que había allí.

Pero como algunas personas no se pueden callar, supe quien era el que edificaba dicha casa, en aquel terreno que tenía yo frente a mi casa: Era, ni más ni menos que mi hijo; pues ya había vendido otro cuadro pintado al óleo por muy buenos dineros.

FERNANDO -. ¿Te habrás enterado?.

SONIA -. ¡Qué corazón tiene nuestro hijo!.

No hubo respuesta mía; pues no sabía por donde me había caído aquello, que estaba diciendo mi mujer en ese preciso momento.

SONIA -. He dicho: Que nuestro hijo es noble y bueno; pues tiene un corazón tan noble y grande como las eras del pueblo. ¿Por qué sabrás ya la noticia?, que corre por el pueblo.

FERNANDO -. No solamente la sé; es que la estoy viendo. Veo que se está edificando una casa, frente a la nuestra.

Como desde la puerta la había llamado Catalina a mi mujer, Sonia, para que saliera a la calle con ella; para ver alguna cosa que yo no sabía. Pero antes de salir de casa Sonia, me dijo algo que me heló la sangre,

SONIA -. (Volviendo la cara hacía atrás) -. La está edificando, nuestro hijo; es el promotor de la construcción.

Saliendo a la calle mi mujer, Sonia, me quedé como quién ve visiones; pues yo no daba crédito alguno, para saber por qué estaba edificando esa casa mi hijo. Si ya tenía una casa hecha por mí enfrente de la mía; pero como aquel local se encontraba, también, casi enfrente; quería ampliar la casa para que fuese su vivienda habitual.

No sabía; ¡qué sé yo!, si yo no sabía lo que pensaba él; ya que no me lo había comunicado. Pero pronto lo supe, y de balde; ya que al pasar por el nuevo banco, ya en funciones, vi a mi yerno en la puerta de aquel banco.

Le saludé muy cordialmente y al preguntarle qué hacía allí, me contestó -. ¡AH!; ¿Pero no se lo han dicho?. Diciéndole yo, enseguida: -. A mí no me han dicho nada -. Quedándose mi yerno muy serio; para responder en unos segundos, algo que me elevó la moral y me hizo el hombre más agraciado de la Tierra. Mi yerno, había pedido aquella plaza; Pues se había ampliado las plazas de maestros nacionales en el pueblo, concediéndosela a mi hija menor.

Despidiéndome, hasta la hora de la merienda, de mi yerno, me fui a la escuela para preguntarle a mi hijo por la construcción de la casa que estaba haciendo, como promotor de la obra.

Mi hijo me miró de frente a los ojos, para decirme más tarde el por qué de esa construcción; ya que él había vendido, en esa fecha un cuadro de pintura al óleo, obteniendo un dinero considerable; y estaba echando, parte de ese dinero, en la construcción de la casa, para que fuese vivienda habitual de su hermana; ya que tomaría posesión de la nueva plaza de maestra nacional en unas fechas.

Le comuniqué, que ya había visto a su cuñado en el banco y que me había dicho lo mismo; pero solamente, que había ganado la plaza como maestra nacional mi hija.

Nos abrazamos los dos; oyéndole a mi hijo decirme: -. Papá; ya estamos aquí toda la familia -. Anunciándome mi hijo, que había expuesto cuadros en una exposición en Madrid; teniendo que irse en pocos días a la Capital

de España; y que ya había pedido permiso a través del señor inspector, para poderse mudar de plaza en aquellos dos días. Aquello que me estaba diciendo mi hijo, me llenaba de orgullo y satisfacción; al verle hecho un profesional de la pintura al óleo.

Cuando llegué a mi casa, consulté con mi mujer, Sonia; diciéndome esta, algo que me sorprendió.

SONIA -. ¡AH!, cariño: Pero tú no lo sabía?.

FERNANDO -. No me has dicho tú nada.

SONIA -. Perdóname, hijo: La alegría, no me ha dejado pensar nada en estos días.

FERNANDO -. Estás perdonada.

Una vez que supe se venía para ocupar una plaza de maestra nacional mi hija menor, me fui a la cantina; tomándome un vaso de vino e invitando a todos los que estaban en aquel establecimiento.

No solamente me conformé con eso; Que al salir de aquella cantina me fui a una tasca, que había más retirada de las calles céntricas; para poder estar con aquellas personas, tan buena y noble, como son todas ellas, por su condición humana.

Allí me encontré a tres señores solamente, convidándolos un vaso de vino a todos ellos; y aunque aquel vino se paladeaba picado, bien ácido: Aquel

vino me estaba sentando lo mejor del mundo. No queriendo yo salir de aquella tasca, tan pronto como me había bebido el vaso de vino; por si aquellos señores creyeran, que yo los hacía de menos. ¡Qué va!: Si me encontraba entre ellos con toda la complacencia que una persona puede tener dentro de sí; como para sentirse agradable entre las demás personas que le rodean. Y eso fue lo que me estaba pasando; que yo me encontraba tan bien, entre aquellas personas nobles y sinceras, que las volví a invitar a otro vaso de vino.

No sé por qué: Cuando salí de aquella tasca, me llevaban entre dos hombres a mi casa; y al verme llegar así, mi mujer tomó un enfado morrocotudo: De esos que no se olvidan tan fácil mente. Y eso, que no llegaba muy malo, como se suele decir; pues yo llegué con todos mis conocimientos y sentidos. Notándoseme bien lo que hablaba; pues solamente tomé dos vasos de vino y no muy grandes: De esos que se llaman, “un chato”. Un vaso pequeño, de media caña y estrecho.

Qué tendría aquel vino; que se me cogió a la cabeza como una especie de cinta, sin yo perder mis sentidos, ni el conocimiento; solamente sentía como un algo que tenia alrededor de la cabeza, zumbándome toda ella.

SONIA -. Eso por ir a sitios baratos.

FERNANDO -. Yo me junto con todo el mundo.

SONIA -. Ya lo sé, hijo. No he querido decir eso: Te puedes juntar con todas las personas que tú desees.

FERANDO -. ¡Faltaría más!

SONIA -. Pero siempre con moderación y medida.

FERNANDO -. Han sido dos “chatos”, lo que me he tomado en la tasca.

Sí; dos “chatos” tomados en esa tasca y otros tantos en la taberna del tío Paco. Y al mezclar los vinos, se me produjo un estado de nervios y de depresión mental, que apenas sabía dónde me encontraba yo.

Al siguiente día, me levanté temprano y al pasar por las escuelas me llamaron mis hijos: Mi hija mayor y mi hijo. Me tenían preparado un café muy cargado en la habitación asignada a un maestro: Y allí me tomé ese café, que me sentó de maravillas.

Tenían cerca de la cafetera, unas pastas y un bollo; pero yo no quise tomar nada de eso: Para que hiciese efecto aquel café tan cargado, como me habían dado mis hijos. Diciéndome mi hija: -. Papá; cálmate, que tu hija pequeña llegará al pueblo pasado mañana -.

Aquello que me dijo mi hija, me sentó estupendamente; así que me fui a casa para disfrutar de mi mujer, Sonia: Encontrándome allí a los amigos, Alejandro y Yolanda.

FERNANDO -. Buenos días, pareja.

YOLANDA -. Te encontramos bien y dicharachero.

FERNANDO -. No es para menos: Llega mi hija menor, pasado mañana; para tomar posesión de la plaza, que ha ofrecido el departamento ministerial en este pueblo.

ALEJANDRO.- Ya sabía yo, que se había nombrado otra plaza de Maestro Nacional. Y al parecer pensé en tu hija menor: En que se podía venir aquí y estaríais todos juntos.

FERNANDO -. Gracias, Alejandro por el interés que pones en mi familia.

Después de tirarme varias lisonjas a mi persona, entre Alejandro y su mujer, Yolanda; estos me dijeron las causas de su visita. Que no era otra, que hablase con alguien que yo conociese para que los empleasen a ellos dos en lo que se pudiese.

Con el único que yo podía hablar, era con Custodio por ser el Excelentísimo señor Alcalde de la localidad; y allí que me fui para hablarle al amigo Custodio sobre las necesidades de nuestros dos amigos.

CUSTODIO -. Fernando. Ya me han hablado ellos; diciéndoles yo que esperen unos días, ya que habrá una remodelación entre el personal de conservación. Pues primero les emplearé en ese departamento de limpieza; para el día de mañana darlos otro puesto de trabajo, más allegado a sus condiciones, físicas, intelectuales y morales.

FERNANDO -. Eso no me lo dijeron, los dos amigos. He venido haciendo el ganso, como creo.

CUSTODIO -. No; para nada. Tal vez ellos han creído que tú tendrías algún conocido en otra actividad.

FERNANDO -. ¡Actividad!, ¿dices?.

CUSTODIO -. ¡YA!: Te entiendo. . . pero lo que sí va a salir, dentro de unos días, es el puesto de conservación de las aulas de las escuelas.

FERNANDO -. Me interesaría a mí.

Todo quedó en eso: Que nuestro amigo Custodio tendría en cuenta, cuando se hiciese en un par de día la remodelación de los puestos de conservación a Alejandro y Yolanda.

Pero conservación se ajustaba, también, a la sección de carpinteros y fontaneros; empleando a Alejandro como carpintero y a Yolanda como fontanera.

Pero como Yolanda no sabía nada de fontanería, fue la comidilla de todo el pueblo; teniendo que cambiar de trabajo de inmediato. Sabiendo yo, que el señor que tenía el Almazara, como personal empleado todo el día en dicha actividad, se iba a despedir, por haber encontrado un trabajo mejor remunerado en Madrid; ya que lo estaba diciendo todo el pueblo.

El gerente de la empresa, me dijo: Que sí la contrataba, teniendo que empezar al siguiente día a encargarse de las tareas del Almazara, si yo admitía ser el contable del Almazara.

Me quedé un poco extrañado; ya que me lo estaba imponiendo: Cosa que él me dijo no haber tenido dicha idea de imponerme ser el contable de la empresa; solamente, me lo estaba pidiendo de sumo agrado.

Mal que me pusieran con Yolanda, y solos los dos en tiempos de tener que cuadrar yo las cuentas y ella hacer tareas de limpieza en todas las partes del Almazara, sin mirar dónde lo hacía. Yo dudé un rato en aceptar aquella propuesta, que me estaba haciendo el señor gerente del Almazara; pues en esta ocasión, no era igual tener que cuadrar las cuentas del Almazara o a tener cuidado de la limpieza y mantenimiento de todas las dependencias de aquella actividad aceitunera.

Una mañana temprano, que yo me disponía a apuntar en el libro de salida un cargamento de aceite, hecho por un transportista hacia tierras lejanas; vi que estaba entrando en el despacho de los contables, Yolanda, con la falda arremangada y diciendo algo así como -. ¿Ves como me estoy poniendo?; a esto no tiene derecho el amo: A que yo me ponga así de pérdida, con tantos lamparones en la falda -.

FERNANDO -. ¿No sé qué tengo que ver yo?. Ten cuidado y no te manches.

YOLANDA -. Eso se dice muy pronto. ¡Por qué no lo haces tú?, hermoso.

Al decir aquello Yolanda, se me echó, prácticamente encima de mí sin ninguna contemplación por su parte. Y arrimándome una alcucilla, me invitaba a que yo la llenase de aceite, sin mancharme.

FERNANDO -. ¿Para que me das esto?.

YOLANDA -. ¡Toma!: hazlo tú, si te atreves.

FERNANDO -. No es mi acometida.

YALANDA -. Ya lo sé; pero hazlo tú: Para ver si no te manchas.

Me levanté de mi sillón y fui para llenar la alcucilla de aceite con sumo cuidado; y al no mancharme Yolanda se desesperó, dando media vuelta, sin pensar que estaba yo en su camino; arrastrándome con ella hacia la otra parte de aquel departamento. Dando yo con mi cuerpo en el suelo y Yolanda cayéndose encima de mí.

Nos miramos detenidamente a la cara y a los ojos; para ver si alguno de nosotros decía algo; pues con una mano, se estaba sujetando Yolanda en mis partes sin saber quitarla de allí.

Yo tuve la mala suerte, que al querer quitar a Yolanda de esa posición, de encima de mí; se me fue la mano tocándola el pecho: Y al ver cómo

palpitaba su pecho al respirar ella, me puse que el astil de la bandera no tenía nada que ver conmigo.

En un santiamén, me vi desabrochado el pantalón, con toda mi furia adentro de su cuerpo.

La apreté bien fuerte al cuerpo, con todas mis fuerzas; viéndola un estado de delirio en la cara, pero pronto tuvo que desistir de aquello: Al ver que yo la había quitado de donde se encontraba, con un fuerte empujón.

Nos quedamos mirando el uno al otro: Yo de pie y ella tumbada en el suelo, como en son de esperar algo que no llegaba; ya que estaba abierta de pierna queriendo recibir lo que no se la daba. Y con una fuerte vuelta de cuerpo, me marché a mi oficina, sin poder hacer nada; por el estado febril que yo me encontraba en ese preciso momento: Con ansias de hacer algo, que mi religión no me dejaba hacerlo. Estaba obligado a permanecer fiel a mi mujer, Sonia, y así lo hice.

Cerré al entrar la puerta de la oficina; teniéndola que abrir en poco tiempo, por el calor que hacía en la oficina con la puerta cerrada.

Yolanda creyó, que yo abría la puerta de la oficina para esperarla a ella; pues sabía cómo tendría que estar yo de excitado, no nervioso, en esa precisa hora de alumbramiento de mí Alma, de mi ser y de mis deseos carnales a tope.

Mentalmente recé un AVE MARÍA, calmándose Yolanda y yo mismo: No sé qué sería aquello; pero lo cierto fue, que mi amiga no volvió a dar señales de inquietud en toda la mañana, calmándome yo por completo.

En ese mismo día entró en la oficina del Almazara Catalina, la mujer de Custodio, para anunciarme alguna cosa que se había aprobado en pleno; pues tal vez me interesaría. Sin llamar a la puerta entró Catalina, eufórica, para anunciarme una noticia, que me encantaría.

CATALINA -. (Sentándose en el borde de la mesa). -. ¿Sabes lo que te digo?, Fernando.

FERNANDO -. Dímelo pronto.

CATALINA -. (Mirando para la otra habitación; por si estaba oyendo Yolanda) -. Se ha aprobado una plaza de administrativo en el Excelentísimo Ayuntamiento: Te lo digo, por si te interesa. . . A mi simple opinión, no debes desaprovechar ésta ocasión, que te brinda la vida.

FERNANDO -. Quien me lo brinda es tu marido Custodio; que es el que te ha mandado a decirme tal noticia. Así no le achacará nadie el favoritismo dado a un amigo.

Con una inclinación de cabeza afirmaba, rotundamente, tal aseveración que yo la estaba diciendo. Y para no infundir ninguna clase de sospecha en la persona de Yolanda, se despidió tan deprisa como había venido.

No acababa de irse Catalina, cuando entró en la oficina Yolanda; con unos ojos enormes y con ganas de saber lo que me había dicho nuestra amiga. Pues Yolanda no dudó, ni por un momento, que hubiésemos intimidado Catalina y yo: No había dado tiempo para nada.

Para que se calmase, la dije: Que todos los amigos íbamos a merendar una caldereta en el chaflán, que teníamos cerca de un monte. Y así se conformó aquella mujer; que al parecer, no doblaba su brazo, en cuando al afán que tenía en conquistarme.

Me levanté y salí del Almazara a buen paso hacía el Excelentísimo Ayuntamiento, para hablar con mi amigo Custodio; que al verme entrar en su despacho, echó mano a un cajón sacando unos impresos, con el interés de que yo los firmase, y formalizase el contrato que me estaba brindando, como personal administrativo. Cosa que me dio qué pensar; pues si yo firmaba ese contrato me quedaría de por vida trabajando en el Excelentísimo Ayuntamiento; así que alargando la mano y sin decir una sola palabra eché la firma y la rúbrica en aquel impreso que me estaba enseñando mi amigo Custodio.

Sin haber hablado, ni una sola palabra él y yo; había firmado un contrato para trabajar como escribiente, así le llamaba el pueblo al que trabajaba como administrativo.

Seguía sin hablarme nada Custodio; solamente me miraba y se reía aquella buena persona, que me estaba ayudando. Dando media vuelta Custodio, se

fue a un armario y abriéndole sacó una botella de buen vino “pitarrero”, con un pitillo de lo mejor que se expedía en el estanco.

CUSTODIO -. De modo, ¿Qué? . . . ¿Estás contento?.

FERNANDO -. Mucho. . . Desde luego, que mucho.

Y agarrando yo un lápiz y una cuartilla de papel escribí en ella “Y MUY AGRADECIDO”, entregándosela a Custodio, que leyéndola la rasgó y la puso encima del cenicero, quemándola con una cerilla; pues los mecheros que se vendían eran de chispa, dándolos un golpe hacia abajo en una rueda y esta al girar encendía la mecha por medio del pedernal, que tenía el mechero; llamado también chisquero, que al retraer la mecha en el tuvo se apagaba por falta de aire: Pero que eran los más seguros y limpios que yo he visto en mi vida. Pidiéndole a Custodio, que me encendiese el pitillo; pues me lo quería fumar tranquilamente con mi amigo. Y así pasamos un rato entrañable en el despacho de Custodio.

CUSTODIO -. Lee cuando tienes que empezar a trabajar en este Excelentísimo Ayuntamiento.

Y bajando la vista, me pude fijar en una fecha; viendo que el comienzo de mi trabajo en aquella entidad de funcionarios, era al siguiente día de haber firmado dicho contrato.

Mucha prisa se daba mi amigo Custodio, para que yo comenzase a trabajar como personal funcional contratado; pensando que allí pasaba algo y no muy bueno.

Haciéndole una sugerencia a mi amigo Custodio, este se levantó de su sillón, yendo a un armario, donde se guardaban los impresos ya formalizados y firmados; para presentarme uno de ellos.

CUSTODIO -. ¡Toma!.

Y alargándome uno de aquellos impresos, pude fijarme bien en las cuentas que ponía en el: Un descuadre de cinco mil duros. Aquel impreso no se balanceaba bien; ya que a las entradas no correspondían las salidas; por lo menos en el monto de capital que reseñaba en el. Y sí; existían un descuadre de cinco mil duros en aquel balance, presentado en su día. Siendo muy fuerte aquello para tan poco pueblo, con tan poca capacidad adquisitiva.

Dándome cuanta del interés que ponía en ello mi amigo Custodio; también pude intuir lo que quería de mí el Excelentísimo señor Alcalde de mi pueblo. Y sin preguntarle nada, comencé diciéndole a Custodio.

FERNANDO -. ¿Cuánto tiempo tenemos que estar trabajando para saldar esta cuenta?.

CUSTODIO -. Dilo bien: para balancear este balance. . . Que yo ¡no sé! . . .

FERNANDO -. (Cortándole sus lágrimas, para que nadie le viese de esa manera). -. ¡Vamos!, vamos: No se hable más. Cuadraremos el balance en poco tiempo.

CUSTODIO -. ¿Tú lo crees?. ¿Si son cinco mil duros?. . .?. . .¿De dónde vamos a sacar tanto dinero?.

FERNANDO -. De nuestros sudores y trabajo, con mucho valor, humildad y tensón. Somos hombres de bien y honradas personas: Así, que lograremos ese dinero con fe y rezos.

CUSTODIO -. Más bien, di; con trabajo y sudores, lo sacaremos.

FERNANDO -. ¡Pues no faltaría más!.

CUSTODIO -. Gracias, Fernando.

Al siguiente día me encontraba yo revisando todos los balances que se habían hecho desde hacía seis meses; así como las facturas de pagos y las recibidas por nuestros clientes.

Los balances estaban bien hecho, si acaso fuese todas las partidas verídicas: Ahora tendría que cotejar con las facturas que teníamos en nuestro poder; siendo las facturas pagadas igual a lo que ponía el balance. Pero al llegar a

las facturas recibidas como pago de nuestros clientes ya no era igual; había una factura de cinco mil duros que no se había contabilizado. Teniendo que contabilizarla en el balance.

Al consultársele yo a Custodio, le dije: Que rehabilitase al anterior contable; pues aquello había sido un fallo humano; hablándome Custodio, que en el día de la fecha había habido un vino de amistad entre ellos.

Así se hizo, se rehabilitó al contable anterior; viéndome yo sin esa cadena de atoramiento ante la persona del señor contable.

Seguí con mi vida rutinaria; al igual que Yolanda seguía teniendo cuidado con el almacén del Almazara: Llenando garrafas para ponerlas a la venta y ayudando a cargarlas en los vehículos o en los camiones.

Yo seguí con mi mujer, Sonia, haciéndolas las delicias pertinentes; en cuando se podía hacer, por los pocos eventos que había en el pueblo. Pero sí hacía que se sintiese comfortable con mi persona; dándola yo motivos, por los besos y arrumacos que la daba. Hasta se reía conmigo Sonia, cuando la decía yo algo; para conformarla a ella en sus tareas cotidianas.

Bien sabido, que los hombres no hacíamos tareas en casa; solamente nos limitábamos sentarnos en nuestro sillón cuando llegábamos a casa de nuestro trabajo.

Sí acarreábamos la leña para la morilla; pues echábamos unas lumbres, que por poco quemábamos la casa: Hasta salía la llama por la chimenea.

En tiempos de Semana Santa se veían a las personas de rodilla y hasta descalzas asistir a la procesión, en un empedrado muy pronunciado; haciendo daño a esas personas que seguían las Imágenes Sagradas.

Pero ya en el estío y en lo más caluroso del año; nos íbamos a la era para trillar el grano, durmiendo en la parva de paja, con una manta toda la noche; hasta nos traían de cenar allí las mujeres, estando un rato con nosotros, en compañía.

Aquello se llamaba, acostarse a “prao”: Una forma de denominar, que se habían acostado en camas en la parva que formaba la trilla.

El agua que teníamos estaba caliente, muy caliente: Pero envolviendo la botella con un trapo mojado, se conservaba un tanto fresca, que no fría.

La comida era primordial en aquellas fechas: Pan con tocino, con chorizo hecho en casa; que se resbalaba por la boca y el mentón, cayendo al suelo la pringue que contenía. ¡Pero qué chorizo!: Era la gloria viva, por así decir; ya que nos gustaba mucho aquel embutido hecho artesanalmente, por manos expertas en la cuestión. No olvidando nunca el tocino, que comíamos a medio día, en la era, con un buen pan candeal; de los de antes.

Eso sí, íbamos a casa todo lleno de paja; hasta nos tenían que lavar las mujeres cuando llegábamos a casa, para acostarnos a siesta un buen rato.

Yo no era una manita, pero me lo tenía que hacer; porque entonces, tendría que llamar a los albañiles, fontaneros y carpintero: Haciendo yo de todas

las profesionalidades que había en dicho pueblo; o por lo menos, lo intentaba hacer.

Recuerdo un día, que se había desperfectado parte de un canalón, el desagüe del tejado, subiéndome yo a una escalera y cuando quise arreglar la unión que tenía con la pared, me caí de la escalera; magullándome todo el cuerpo: No había parte de mi ser que no hubiese un moratón.

SONIA -. Cada uno a lo suyo.

FERNANDO -. ¿Y qué es lo mío?, Sonia.

SONIA -. Llamar a un albañil.

En aquel tiempo, no estábamos muy boyantes en dinero; así que no se podía llamar a nadie, para que te arreglasen las cosas: O aprendía, o se estropeaba cada vez más.

Hasta tuve un día que usar el cepillo de carpintero y más tarde el limón, para allanar el quicio de una puerta, que cerraba bastante mal. Con tanto afán lo estaba haciendo y con tantas fuerzas, que se me escurrió el limón de carpintero, dándome con el un buen corte en una mano.

Como estaba allí mi mujer Sonia, me miró de frente haciendo un gesto con la cabeza de desaprobación: al ver que yo no podía hacer solo las tareas de esos oficios: A cada cosa lo suyo.

Llegaron las fiestas del pueblo, la feria; unas fiestas en donde solamente se divertían las personas que vivían cerca del centro urbano, que era donde estaba dicha feria o recinto feriar. Los cuatro de siempre asistíamos a las doce del medio día a Misa Mayor; quedándonos en el real de la feria para tomar el vermut o vermú en unas mesas que había a las afuera de los pocos bares que existían en el pueblo, llamadas “velador” por todas las personas del pueblo; no es donde velaban al Santísimo los días de Semana Santa, era más bien una mesa redonda, en donde se sentaban, alrededor, dos o tres personas para chatear: Tomarse un vino.

Lo más característico de aquellas fiestas era el tiro al pichón, las carreras de saco, el jugar a la peonza, competición futbolística con un pueblo cercano; y en caso de faltar dicho pueblo, entre la juventud del pueblo. Así como traer al pueblo un cantaor flamenco de los de raja y tope; para hacernos las delicias de los que podíamos asistir a dicha velada; fuese donde fuese: Ya fuese en la prensa, en la era, o en la plaza del pueblo.

No tenía el pueblo mucho contante y sonante en aquella época; pero hacía alarde de traer lo más granado de cantaores flamenco en la feria del pueblo. Por aquel pueblo, pasaron los mejores cantaores de flamenco que había en la Nación, sin escatimar nada; con tal de quedar bien y que fuese una feria rumbosa, de esas que se tiene que recordar en todo los tiempos; allá, cuando las comadres y viejas estuviesen alrededor de la lumbre de la morilla en la cocina, recordasen al son del agua que caía de las canales en

el invierno, esos lamentos desgarrado que tiraban al son del viento, los cantantes grandes en el pueblo. En una feria humilde pero altanera en actuación flamencas, como ninguna.

Unos días más tarde se sintió mala Sonia, teniéndola que llevar mi hija mayor a un especialista en la Capital de la Provincia; siendo su enfermedad de un simple acople que sufre las mujeres en una edad específica.

Cuando llegó el verano, la llevamos, mis hijos y yo, a la Capital de la Nación; para que se divirtiese mi mujer Sonia y no pensase en nada: Pues ese sistema de agobio que la entraba, era causa de la simple rutina.

No daba crédito mi mujer Sonia, cuando se vio en la Puerta del Sol al ver tantas personas pasear por aquella plaza tan inmensa; y mucho menos cuando la llevamos para ver La Gran Vía. Abarrotado todas sus aceras de personas y abarrotado el asfalto de coches de todas las clases.

Allí nos sentamos en una de sus terrazas para tomarnos un refresco y poder ver las personas pasear por aquella calle, sin fijarse en nada ni en nadie; ellas solamente iban a lo suyo: Que tal vez lo suyo sería ir para ver un espectáculo en aquellos teatros o algún cine, que presentaban unas películas estupendas, todos ellos. Dándome a mí la idea de llevar a mi mujer, Sonia, a un cine; para que viese una buena película que estaban poniendo en uno de ellos. Y nada más entrar Sonia en el cine, me asustó con un aspaviento que hizo para atrás; al ver ese cine tan enorme como era: Con tantas butacas, para que se pudiesen sentar en ellas gran cantidad de espectadores.

Salimos en la noche por las calles de Madrid, para que viese mi mujer Sonia, la gran cantidad de luces que había en aquellas vías públicas; llenas de personas, yendo unas hacia una parte y otras a hacia otros lugares. Desde luego se quedó mi mujer Sonia con la boca abierta; no solamente por ver tantas luces, que parecía como de día, sino también por la gran cantidad de personas que había en aquellas bonitas y graciosas calles.

Yo iba extasiado en el paseo que estábamos dando en aquella hora punta, en que las personas madrileñas salen al centro de la Ciudad para comprar o para tomarse un pisco-labis; aunque fuese solamente para dar un paso por aquellas calles.

Tan extasiado me encontraba y tan fuera de sí, que no me di cuenta de que mi mujer ya no iba con nosotros. y volviéndome sobre sí, pregunté a mi hija mayor por su mamá; y esta volviéndose para mirar hacia atrás, exclamó algo que no me gusto.-. ¡Anda!: Es verdad -.

Así afirmaba mi hija mayor, no saber nada de su mamá; pues ninguno de nosotros sabíamos dónde se encontraba Sonia: Y desandando lo andado, la encontramos mirando a un mímico que había al principio de la plaza. Para no asustarla, la cogí de un brazo indicándola el camino que teníamos que llevar en ese tiempo; y así fue como se unión, otra vez, al grupo de su familia Sonia, sin saber que se nos había despistado en un momento, que ella mismo se paró para ver lo que hacia el mímico. Nadie la dijo nada sobre el respecto; solamente yo la dije lo que había pasado con ella.

Desde entonces no la dejaba de la mano; la llevaba en todo tiempo cogida de la mano, para que me pudiese seguir y no se despistase con nada, que ella pudiese ver en aquel paseo nocturno, por las calles madrileñas.

Al día siguiente llevamos a La Casa de Campo a Sonia, para que viese el imponente pulmón de recreo que tiene Madrid con aquel terreno; comiendo en un chiringuito cerca del estanque que hay en ese lugar.

Y todavía nos dio tiempo para dar un paseo en las barcas del estanque; viendo a mi mujer un poco aterida por el miedo que tenía en montar en una de tantas barcas como hay en ese estanque.

Pero por la tarde nos fuimos al pueblo; pues mi hija mayor tenía que asistir a su marido en casa; ya que no sabía hacerse una comida, ni siquiera la cama.

Al llegar a casa mi mujer paró en seco a mi hija mayor; pues quería entrar ella sola la maleta que habíamos llevado a Madrid. Me sorprendió mucho aquella decisión, que había tomado mi mujer, Sonia, con respecto a mi hija mayor: Y en un momento que nos encontramos a solas, pregunté a mi mujer por aquella decisión que ella había tomado, diciendo a mi hija mayor que no entrase aquella maleta. Mi mujer me miró extrañada; como si yo no comprendiese nada de lo que estaba pasando.

SONIA -. ¿Es que no ves, que nuestra hija mayor está embarazada?.

FERNANDO -. ¿No digas?.

SONIA -. Sí, que digo. ¿No te has dado cuenta cuando se ha agachado?.

FERNANDO -. Creí que fuese la ropa que lleva puesta.

SONIA -. ¡Qué hombre este!.

Así descargaba toda su conciencia mi mujer, Sonia, conmigo; al decírmelo aquello con un poco de picardía; para que me diese cuenta, otra vez, de que nuestra hija mayor estaba embarazada.

Claro que sí me di cuenta, una vez que se agachó mi hija mayor, para coger su bolso; pues se le había dejado en el suelo. Y sí, estaba embarazada: Hizo bien mi mujer Sonia, en no dejarla coger la maleta; pues los esfuerzos, sin antes haberla visto el doctor, eran contraproducentes.

Nada más que se hubo marchado mi hija mayor a su casa, nos abrazamos mi mujer, Sonia, y yo: Por sentirnos abuelos de un bebé, no sabiendo qué género sería lo que tenía en la tripa metida; pues en aquellos años no se sabía si era una niña o un niño hasta que se diese a luz.

Yo saqué una botella de licor, brindando por tal hecho concebido en mi niña mayor; viendo a su madre, que estaba pegando botes de alegría sin poderse contener: En vez de entristecerse por haber llegado a los años de abuelas, como otras mujeres. Pero no: Mi mujer, Sonia, estaba repleta de alegría por todo su cuerpo. No pensando que dicho ser, nos hacía, cada vez, más viejos; no habiendo remedio para nosotros dos. Pero como yo la veía repleta de alegría, no me entristecí.

Pero sí la vi al siguiente día tricotando unos patucos para el bebé, con toda la alegría del mundo; yéndome yo a una huerta que tenía cerca de un pozo, no más de un kilómetro del pueblo.

Allí estuve toda la mañana, hasta que logré hacer unos surcos en toda la huerta, para que corriese el agua a todas las plantas que tenía yo sembrado allí. Hasta se posó un canario en un limonero que había en el centro de la huerta y en una higuera que tenía en un lado de la huerta, vi posarse una tórtola dando comida a sus pichones.

Aquello me quería decir algo; o por lo menos yo lo entendí así: Que elevándose el espíritu me hizo sentirme el hombre más agraciado de la vida: Comer no comeríamos; pero reír, sí que reíamos a carcajadas.

En estos devaneos me encontraba; cuando vi a un hombre del pueblo mirando unas lechugas que yo tenía sembradas a plena vista.

Me fui hacia él preguntándole -. El por qué de su mirada -. Diciéndome este, que no había comido una lechuga hacía ya varios meses; por no tener una huerta como la mía.

Yo me fui donde tenía las lechugas sembradas y arrancando dos las metí en una cesta; pero no solamente me conformé con dicho acto, que me dirigí a donde tenía los nabos y las zanahorias para poner algo de ellos en la misma cesta; así como unos tomates y unos melones de compañía: Para que aquel señor, que estaba mirando, con cara de ansiedad; saciase sus deseos, comiendo aquellos majares, él y su familia.

Dicho señor se fue contento a su casa, después de darme a mí las gracias; siendo extensivas, esas gracias, para mi mujer, Sonia.

Yo, al oír aquello; no pude por menos que echar una lágrima al suelo de mis ojos al pensar en aquellas palabras, dicha por aquel señor, en lo más profundo de su Alma.

Me había quedado sin aquellos manjares; pero me sentía de lo más dichosos de la vida, al saber que se los comería aquel señor, junto con su familia: Que por cierto, tenía tres hijos.

Cuando llegué a mi casa, ya lo sabía mi mujer, Sonia, lo que había hecho durante toda la mañana que estuve en la huerta.

SONIA -. Hijo: Ese acto te honra.

FERNANDO -. He hecho surcos en la huerta, para que corra el agua.

SONIA -. No me refiero a eso. Es más bien, el ayudar a una persona necesitada.

FERNANDO -. ¡AH!. ¿Te has enterado, que he regalado unos buenos manjares a un paisano, que se ha acercado a la huerta, con cara de deseos?.

SONIA -. ¡Y qué sustentos!.

FERNANDO -. Pues, sí.

Sí; aquello fue lo mejor que hice yo en aquella mañana de sol y de alegría: Pues aquel padre de familia, no se me podía ir sin yo darle algo de la

huerta. Y qué sustento tan bueno que le di; pues al siguiente día estaba llamando a mi puerta, trayéndonos una buena sandía en las manos.

“Hoy por ti y mañana por mi”; así reza el refrán que toda persona hace a su igual en tiempo de penuria y de pocos alimentos.

En la huerta no se me tocó nada; nadie entró a hurtadilla para llevarse unos ajos o unas cebollas. Todas las personas del pueblo respetaban lo de otro, del mismo pueblo.

Agua que bebiese, me parecía la mejor agua del Mundo; siendo el agua de un pozo: Que de vez en cuando le teníamos que limpiar, para quitarle una lapa que se adosaba al brocal del pozo, y a las paredes del mismo. Siendo esa lapa flatulenta; pues se cogían unas diarreas enormes para aquel que bebía de aquella agua donde se criaban las lapas. Máxime, si el agua estaba estancada, hacía ya bastantes meses en el pozo; por no haber llovido desde hacía todos aquellos meses, que se ha dicho: Transformándose en agua pesada, el D2O.

Qué alegría en verano; cuando teníamos tantos alimentos y buenísimos; pues a lo sembrado en la huerta; podíamos coger, en primavera espárragos, cardillos, berros, criadillas y un sin fin de productos criados en la naturaleza. Sembrados por manos Divinas; pues hasta la verdolaga, nos sabía a gloria y a deseos de ángeles; no olvidando a la correhuela, que echábamos en el puchero de casa. Siendo la correhuela laxante y

beneficiosa para la tensión arterial; cociendo sus hojas secas; pues pueden coger, fácilmente, el oídio.

Habiendo otras clases de raíces, durante todo el año, en aquellos campos de abrojos y de espinos; como cardos borriqueros. Recogiendo las hojas de los frutos jóvenes, siendo los frutos jóvenes nutritivos y también los carnosos como: El arándanos y la mora. Con la corteza interior de algunos árboles como los pinos se hace pan.

Desechando los frutos que huelan mucho o tengan hojas marchitas o secas o plantas con pelillos. Las semillas no pueden llevar cornejuelo, siendo una protuberancia negra; pues es tóxico y venenoso.

En fin: Que hay innumerables frutos y cortezas, como así tubérculos muy comestibles; pero se debe saber cuales son y su tratamiento.

Como había pasado el verano, sin pena ni gloria; llegó el otoño y con él el invierno; llevando yo un día, en una talega, que es donde se debe llevar, unos tubérculos buenísimos para la comida del día: Ya que en aquella época no había ninguna clase de tienda que vendiese frutos o verduras. Si se obtenía algún plátano, era porque algún miembro de la familia se encontraba malo. Sabiendo, todo lo que se encontraba en el campo y fuese comestible, era bien venido a casa de aquellas personas que formaban la urbe de aquel pueblo; en donde ni carretera buena, ni mala había: Ya que un camino de piedras te dirigía a la villa más cercana y desde allí podías coger una carretera, como asfaltada. Que fue la que cogió mi hija menor

con Custodio; pues se le había declarado apendicitis gangrenosa o microscópicamente perforada; a punto de perforarse.

Sin pensarlo fui a la escuela, llamando a mi hija mayor; para exponerla el caso del amigo Custodio, ya que no había tiempo que perder.

Mi hija mayor consultó con su hermano, que uniendo las clases consiguieron dar lecciones a todos los alumnos que tenía a su cargo mi hija mayor.

Yo no sabía si mi hija mayor, quería salirse de la carretera de piedra, pues iba yo con ellos; saltando las piedras a más de dos metros cuando las pillaba las ruedas del coche. Teniendo un pensamiento un poco febril, sobre aquella velocidad.

FERNANDO -. Hija: ¿No será contraproducente ir con tanta prisa por la carretera?.

Mi hija me miró sin decir nada, ni una sola palabra al respecto; siguiendo con su marcha en aquella carretera sin asfaltar y con infinidad de piedras en la mismas. No teniéndolo yo consigo para nada; ya que cada vez que el coche cogía una piedra, el vehículo saltaba a causa de la misma, moviéndose mucho el coche: Y tal vez, ese movimiento no sería bueno para el vehículo. Así, que volví a mirar para mi hija mayor, no inmutándose esta para nada. Solamente tenía la vista puesta en la carretera aquella y al

llegar mi hija a la carretera que se creía mejor; no era que redujese la velocidad, sino que metió la directa para llegar cuanto antes.

Al llegar al hospital estaban preguntando las causas del enfermo a mi hija menor, pues habíamos llegado a la vez. Dándole una nota del Médico de cabecera de Custodio: Mirando mucho, a mi hija menor, el doctor que nos estaba recibiendo en la puerta de URGENCIAS y sin poderlo retener la dijo: -. Ha tenido usted suerte, pues este paciente no aguantaría muchos más kilómetros, sin una perforación -.

Yo la cogí del brazo a mi hija, atrayéndola a mí lado para decirle algo, que ella ya sabía la iba hacer un reproche.

FERNANDO -. Con un enfermo no se corre tanto por estas carreteras.

Solamente se limitó mi hija a mirarme y a encogerse de hombros: No volviendo a decir yo nada más; pues no sabía si aquel doctor dijo aquello de que “no aguantaría más kilómetros, sin una perforación”.

No volví abrir la boca para emitir una palabra; pues tal vez tendría razón mi hija, al haber corrido tanto como lo hizo ella.

Pero cuando íbamos de vuelta, vimos una vez más al carro de Anselmo por la carretera; pues a penas había conseguida avanzar unos kilómetros; así que paró mi hija mayor, ayudando al enfermo que llevaba Anselmo en el carro, acostado todo lo larga que era aquella señora. Anselmo iba con dos

mulas tirando de aquel carro, sin conseguir andar muchos metros sin echar los frenos al carro, por los baches; siendo el freno una especie de manivela, que dando vueltas hacía la rueca que tenía aquella vara, apretaba con la zapatilla, a la rueda metálica.

De aquella manera, se llevaba los enfermos al hospital para que los curasen los doctores; no había otro medio de comunicación; al no ser que se esperase al coche de línea que pasaba una vez al día hacía la ciudad donde existía un hospital provincial. Llegando con la mujer de Anselmo a tiempo, de cogerla al punto su enfermedad.

Tenía una hija estupenda; no sabía lo que hacerse, cuando tenía que ayudar a otra persona; y máxime, si era por motivos de enfermedad.

Cuando llegué a casa, abrí la alacena para ver lo que se podía hacer para merendar aquel día; viendo dos bulbos, raíces, en ella. Llamando a mi mujer, Sonia, totalmente preocupado, por la poca comida que teníamos en aquel día.

FERNANDO -. Sonia, apenas tenemos comida.

SONIA -. Tú déjalo. Haré algo, con los dos bulbos que tenemos en la alacena. Los arreglaré con patatas y arroz.

FERNANDO -. Sacas una merienda de donde no la hay.

Así hablaba yo con mi mujer, Sonia; sobre la comida de aquel mediodía, sin acordarme que mi mujer tenía una imaginación enorme: Sacando comida de donde no la había.

Me habló, como nerviosa, diciéndome: -. No dejes traer algo del campo -. Como si acaso sospechase, que no había tanta comida como se creía en el campo.

Pero sí: Sí había comida suficiente, siempre que uno sepa sacar esos beneficios a la tierra de aquellos contornos de nuestro pueblo. Yéndome largo aquel día para pararme en un terreno de encinas; cogiendo unas buenas bellotas dulces, donde yo sabía que las había: Pues no había dicho nada a nadie, sobre aquel terreno.

Era cosa de no decir nada a nadie de los productos encontrados en el campo; ya que era todo el pueblo que estaba comiendo, al obtener los alimentos que daba la tierra de aquellos terrenos, colindantes a nuestro pueblo.

Mi mujer, Sonia, hizo una buenísima comida con aquellas bellotas: Endulzándolas y sirviéndola como sopa y plato de comida fina, en aquel preciso momento; ya que pan, sí teníamos. Para más tarde, servirnos un buen vaso de leche migado. Hablando entre nosotros dos, de las muchas penalidades que estábamos pasando; no diciendo nada a nuestras hijas, para que no se preocupasen de nuestra suerte. Ni tan siquiera se lo decíamos a nuestro hijo; que tantos beneficios estaba sacando con cada cuadro que

vendía: Pintando cada vez más y mejor. Siendo un pintor afamado en el óleo.

El invierno se estaba terminando; pero con todo y ello, cayó una nevada impresionante en aquella época: Aislándonos a todos los habitantes del pueblo en nuestras casas. No podíamos salir ni a la puerta de nuestra casa, por tener en la puerta más de un metro de nieve.

Un sábado, por la mañana, vimos a nuestros hijos quitando la nieve que cubría la puerta: Y al poder pasar a casa, nos abrazamos tiernamente, los unos con los otros. Viéndose claramente, que la que capitaneaba a los otros dos hijos, era mi hija mayor; que hacía las tareas de madre, con sus hermanos.

No solamente se conformaron con despejarnos la entrada de la casa; pues traían en la fiambra unas viandas impresionantes. Y al preguntarles a mis hijo de dónde habían comprado aquello, me dijeron; que el señor taxista se encargaba de comprarlo en pueblos principales, abasteciéndolos de comida y de productos de limpieza. También los traía ropa interior y algunas prendas que él pudiese saber comprar por la talla.

Supe, que no siempre traía el señor taxista la comida; pues solamente la traía cuando podía: Cuando esperaba a algún paciente que saliese de su consulta, o que algún paisano lograra esperar en el despacho del señor notario más de una hora. Entonces, y solamente entonces; era cuando el señor taxista lograba escabullirse por las calles de los grandes pueblos y de

las ciudades, yendo para comprar lo que le habían encargado, las personas del pueblo; para su propio abastecimiento de comidas o de ropa.

Una cosa más que habíamos aprendido Sonia y yo: El emplear al señor taxista para encargarle dichos abastecimientos.

Qué bien habíamos comido, con los alimentos que nos habían llevado nuestros hijos. Y desde ese día, uno de ellos visitaba la alacena viendo lo que teníamos, su madre y yo, en ella; ya que el día de la nieve, la habían registrado, no viendo nada en la alacena.

Un domingo, por el mediodía; llegaron nuestros tres hijos, con una hoya enorme repleta de comida, para que nos la comiésemos todos juntos. Y qué bien los sentó a mis yernos y a mi nuera aquella comida, que degustamos el domingo a mediodía.

Eso sí: No sabía yo, si mis yernos y mi nuera habían degustado muy bien aquella comida, porque tenía hambre; o porque estaban a gusto con nosotros dos, con Sonia y conmigo.

Hasta el punto, que volvieron hacer la comida de los domingos, todos los domingos de cada mes, con nosotros. y nosotros dos, Sonia y yo; tan a gusto con ellos. Pues eran parte de nuestro cuerpo y de nuestra sangre, y el que no: Así se sentía. Por esos lazos fraternales que una persona tiene con respecto a la otra, cuando está a gusto con dicha persona. Y máxime, cuando han venido los niños a la casa de cada uno de ellos; porque sí

habían llegado ya los niños: Dos niños y una niña. Mi hijo menor había tenido una niño y las otras dos hijas; cada una de ella, sendas niñas.

No había uno sin dos; todos los días nos quedaban a sus hijos con nosotros: ¡Qué mejor, que con sus abuelos!, yéndose a la escuela los padres y a los bancos los demás. Encontrando un trabajo, la mujer de mi hijo; como tener cuidado de los niños más pequeños del pueblo: Lo que más tarde se llamaría guardería.

Por fin se atrevió abrir una tienda un señor del pueblo; pero que para comprar un par de plátanos teníamos que hacer fila desde las primeras horas de la mañana, ya que lo traía él con un motocarro desde el pueblo más cercano.

Poco a poco la normalidad llegaba al pueblo, para obtener alimentos un poco adecuados a nuestras posibilidades y a la conservación de esos alimentos; pues nos llegaban de un almacén, ya tardíos.

No sé qué parecería mi casa; pero algo así como a una guardería: Ya que los hijos de nuestros amigos, también dejaban sus hijos en nuestra casa: Huían llevarlos al centro, que había abierto el Excelentísimo Ayuntamiento, encargándose mi nuera de aquellos niños.

Nos empezamos a dar cuenta, que lo estábamos haciendo mal; así que nuestros hijos comenzaron a llevar a dicho centro sus niños y niñas, arrastrando a la mayoría del pueblo. Estando remisos para llevar a sus niños, los mas desprotegidos de la providencia económica; los de los

barrios más alejados del centro del pueblo. Para hacerlos llevar a sus hijos al centro que regía mi nuera, se dio un bando oficial para hacerlo; estando comprometido todas las personas del pueblo, para llevar a sus hijos a la escuela de párvulos, que se había abierto.

Cuando llegaban las madres de los barrios más periféricos del pueblo, se quedaban todas juntas y sin juntarse con las del centro. A penas se hablaban entre ellas; existiendo algunas miradas de pánico con alguna de las madres periférica del pueblo.

Pese a que mi nuera los sentaba unidos, los unos con los otros; poco a poco se iban separando y uniéndose entre ellos, pese a su corta edad. Parecía que lo tenían metido en la cabeza esa manera de ser.

Era previsible que los niños de la periferia se sintiesen retraídos delante de los niños del centro del pueblo. Mientras que los niños del centro llegaban a la escuela de párvulos con toda clase de juguetes nuevos, los niños de la periferia, llegaban con muchos mocos; por haber pasado mucho frío por la noche en su casa.

Siendo decisión de los diligentes, darlos un vote, a cada uno, de leche en polvo; así como a media mañana, darlos un baso de leche en polvo, con unas galletas a los niños. Sabía decisión.

Más tarde llegó la leche condensada; que desparramándola en una rebanada de pan, se lo comían los niños con sumo deseos; pues sabía muy bien aquella leche. Poniendo más interés, todos los niños, a las explicaciones de

quién los estaba enseñando a leer: Comenzando, por lo menos, a saber las letras del abecedario de carretilla. Y más tarde a juntar las letras, para formar palabras.

Hasta comenzaron a saber sumar dos dígitos, todos los niños de párvulos; para seguir con tres. Aquel año llegaron a la cuenta del siete, multiplicando todos ellos.

Pero como se los debía pasar, oficialmente, de cursos y hasta de grado; se tuvo que nombrar a una maestra nacional dada de alta, para que firmase los exámenes: Obteniendo todos ellos unas notas buenísimas.

Pasando a estudiar la primera, de cuatro que costaba aquel bloque de estudios; pues hasta los diez años no se podía hacer el ingreso en el bachillerato: siendo los cuatro primeros años el bachiller elemental con la reválida y los otros dos con la reválida, el bachiller superior. De esta manera se pasaba, directamente, a la facultad que el chico quisiera estudiar. Tiempos aquellos, que las personas tenían el corazón puro y limpio; no pensando en nada, como no fuese el hacer el bien y trabajar; ya que no veían ninguna clase de impedimento en sus intereses particulares, para poder estudiar.

Todas las personas de aquel pueblo, se las veía con una cierta clase de fe, bien dirigida; sin ningún recelo, ni de cortapisa para poder asimilar aquellas creencias, que sus párrocos los enseñaban; con toda la buena voluntad del Mundo.

La topografía era irregular; pues a veces había montes y otras veces llano; así como alguna depresión pequeña, no más de cinco metros, estas los menos.

Un día encontramos una máquina en la carretera, la única que teníamos para llegar a la carretera general. Siendo esa máquina la que estaba allanando el suelo de la carretera de piedra y tierra; pues se quería asfaltar cuando el firme fuese fiable.

La alegría que nos entró en el cuerpo a todos los habitantes del pueblo, fue enorme; pues una buena vía que llegase al pueblo, era causa de atraer más personal a dicha urbe. Siendo de esta manera; ya que hasta los marchantes de embutidos, telas y otros productos que se pudiesen vender en el pueblo, acudían a él, presentando sus catálogos.

Hasta el punto que cuando llegaron los Reyes Magos, se vieron más niños con caballos de cartón y ruedas mágicas: No solamente iban a ser los de las calles céntricas, los que jugasen con los juguetes en ese día señalado.

La única ausencia que teníamos, era el agua; pues no había agua corriente: Se tenía que traer en burros, cántaros en las aguaderas para llenar depósitos que tuviesen puestos en las terrazas de las casas, por ser el lugar más alto de la misma.

Por lo tanto se edificaron dos pozos bien anchos y profundos, en donde se veía que había agua; para surtir al pueblo de dicho líquido elemento; haciéndose unas conducciones para el agua, siendo la cañería del agua

corriente, como se suele decir. Pero no llegaba a todos los sitios que se quería; al no tener presión la corriente de agua, por encontrarse con montes y cerros; así, que otra vez ganaban las casas del centro: Por tener su depósito más arriba de donde estas calles se encontraban.

Al pueblo acudieron casas comerciales de abono; ya que era la expansión del abono por toda la geografía de España. Unas nos decían que el abono diez por veinte era el mejor para los olivos; alegando otros que el veinte por veinte era el mejor: Sin a ver analizados las tierras. En un terreno sería mejor un abono y en otro terreno sería mejor otro abono. Siendo en general tierras ácidas, las de debajo de la sierra, por la gran intensidad de pizarras que estaba compuesto el suelo.

Una vez que salimos de aquella reunión, nos reunimos para hablar entre los amigos; no teniéndolas nada consigo. Ya que tal variación de abono y de precio no se ajustaba a la realidad.

CUSTODIO -. Veo dos opiniones que se chocan entre sí.

FERNANDO -. Yo diría, dos conceptos que no tienen que ver el uno con el otro.

MARCOS -. Se contradicen entre sí.

FERNANDO -. Como he podido observar: Unos vienen de tierras más fértiles y llanas y los otros de tierras más secas y altas.

ALEJANDRO -. Lo mismo digo yo.

No sabiendo a quién comprar el abono; hasta que un representante de una casa comercial de abono, llegó desde la capital, sin opción de vender nada: Solamente llegó para ver qué suelo teníamos en el pueblo y así adecuar el abono en cada parte del terreno.

Así logramos abonar nuestras fincas; según la variedad de tierra que existía: Si ácida o base. Aquella casa, nos sacó de dudas; enseñándonos una buena lección al corriente de saber, qué abono necesitaba nuestras fincas, según donde se encontrasen.

Mi mujer, Sonia, y yo; ya teníamos agua corriente en casa, así como cada uno de nuestros hijos: Bebiéndola con completa seguridad; ya que habían hecho una depuradora, en una parte séptica de aquellos declives del terreno, cerca del pueblo. Y sabiendo, que se echaban, en los depósitos del agua: Permutita y zeolita, para depurar el agua en aquellos depósitos.

Como los purines de los cerdos y las cagalutas de las ovejas servían de abono para las cepas, las abonábamos con aquel excremento que nuestro ganado desechaba. Poniéndose las cepas, cada vez, más frondosas y bellas; así que decidimos echárselos a los olivos: No solamente valía los excrementos de las bestias, cuando limpiábamos las cuadras, que también valían los excrementos de nuestros guarros y de las ovejas. Eran más lentos los beneficios que hacían en las plantaciones, que el abono que comprábamos a nuestros proveedores de la Capital de aquella provincia, sin

duda alguna. Así que seguimos comprando el abono a buen precio, para tener una cosecha buena de uvas y de aceitunas, en nuestros olivos.

El asfalto de la única carretera que teníamos, se había echado; llegando cada vez más personas al pueblo, como ya se ha dicho. Hasta yo me atrevía ir al pueblo más cercano, que tuviese unos buenos comercios y tiendas de pescados y de carne. No olvidando nunca, comprar lo poco que había en nuestro querido pueblo; pues había que dar vida a las pocas tiendas que teníamos en aquel pueblo pequeño.

Hacía ya meses que no hacíamos una caldereta entre todos los amigos; reuniéndonos en el chaflán, para hacer una buena caldereta. Y como Alejandro y Yolanda eran amigos del cura invitaron al cura párroco a la caldereta. De esta manera se oían alzarse unas voces, como de alegría, hacia nuestro querido párroco -. ¡Viva el cura párroco!. Que viva don Casimiro!.

Don Casimiro, se hacía querer; y al llegar la hora de la merienda, le pedimos, con mucho respeto al sacerdote que bendijese la comida. Haciéndolo con una fórmula magistral.

Pero antes de empezar a comer, vimos aproximarse un coche a donde nos encontrábamos nosotros; bajándose de el un señor con sotana y bonete en la cabeza, con un crucifijo en el pecho mayor que lo normal.

Don Casimiro se levantó, de inmediato, de donde estaba sentado para ir a saludar a Monseñor reverendísimo; pues el hombre que había llegado a

donde estábamos nosotros, era el señor obispo de la diócesis de aquel pueblo tan querido por todos sus feligreses.

Y después de dejarlos saludarse al cura párroco con Monseñor reverendísimo, oímos hablar entre ellos, con mucha bondad y sosiego; para sentarle a la mesa, nuestro cura párroco a Monseñor reverendísimo. Y si uno decía un chiste, es que el señor obispo decía tres; pues era un hombre campechano donde los hubiese: Así llenó la Iglesia de fieles el día que celebró misa y dio la confirmación a los niños. Despidiéndole con banderitas, al son de ¡viva el señor Obispo!. Ya que había ido, casa por casa preguntando por las necesidades de sus moradores.

Todo los habitantes del pueblo pedían a Monseñor reverendísimo, que volviese al pueblo con más frecuencia; para estar con él y disfrutar de su compañía.

En la homilía que echó nuestro curra párroco el domingo en Misa Mayor, a las doce del medio día, dio las gracias a todos los habitantes del pueblo; por lo bien que habíamos tratado a Monseñor reverendísimo: Sin darse cuenta, que fue él, Monseñor, quien nos había tratado bastante bien, en su compañía.

Como la vida tenía que seguir, siguió en el pueblo con sumo agrado; hasta el punto que las calles se veían más llenas de personas, con más vida que antes: pues se había abierto un comercio nuevo en el centro del pueblo: Siendo sencillamente de confección y un poco más de mantelería; que con

el tiempo se amplió a productos de limpieza y productos de belleza. Abriéndose otra tienda nueva, en las calles más distantes del pueblo; para que sus habitantes, no tuviesen que llegar a las calles más céntricas.

En aquella Semana Santa se vieron más personas acudir a los oficios en la Iglesia; ya que aquellas gentes se estaban acomodando en las costumbres que los mayores los habían dejado: Fe y creencias religiosas.

Estábamos ya, dejando los años mil novecientos cincuenta y estábamos entrando en los años mil novecientos sesenta; creándose una emisora en la Iglesia, que narraba todos los eventos que había en ella.

Además, se veían, de vez en cuando, alguno que otro coche circular por las calles del pueblo; con pocas cilindradas. Siendo esos coches los primeros que conocimos en el pueblo,

Pero la alegría duró poco; ya que en ese periodo llegó a ese pueblo, lo que se denominaba “La gripe . . .”; que aunque no era muy virulenta, se llevó bastantes personas por delante, como se suele decir en estos contornos de nobleza y de decir las palabras por derecho.

Se confinaron en el pueblo todas las personas; pues así se dijo en un Bando que el Excelentísimo señor Alcalde había firmado y había hecho pregonar por las calles del pueblo.

Nosotros nos limitábamos a mirar por las ventanas, a través de los cristales de estas; para anunciar quién era el que pasaba por aquella calle. Siendo un día que pasó el médico del pueblo con su maletilla, para asistir a un

paciente, que se encontraba malo; un poco más abajo de nuestra casa. Esperando a que volviese a pasar el señor médico y como no lo hacía tuvimos que empezar hacer la merienda de aquel día.

Entró el verano y con él, se paralizó aquel virus tan infeccioso, que estaba diezmando a los habitantes del pueblo; saliendo todos los habitantes del pueblo a la calle, con deseos de vivir la vida; pues los habían quitado unos meses de vida, según ellos.

Ya se volvió a ver pasar por la calle a gañanes con sus mulas para arar las tierras y sembrar el grano en las fincas de un propietario.

Los niños se volvieron a ver correr y jugar por las calles, sin peligro de que los pasase nada; pues a penas había coches: Dos coches había en aquel pueblo; y eso, que era un pueblo de ganaderos y agricultores. Ganándose los jornales con sus brazos, cuando los empleaba alguna persona para que labrase sus tierras. Que era, fundamentalmente, donde se ganaban el salario muchas personas del pueblo, como: Cogedoras de aceituna, vareadores, yunteros, manijeros, sembradores de grano con un morral al hombro o un saco estrecho; donde se echaba la fanega de trigo, para ir vertiéndolo con la mano, de trecho en trecho, hasta que se terminaba el trigo, siendo esa la fanega de terreno. Allí donde se terminaba el trigo de ese saco.

También existían albañiles, zapateros, carpinteros; siendo estos, los que habían sido enseñados por sus padres. Hasta el herrero había cogido fama: Por tener mucha demanda de ventanas, que daban a la calle; ya que se

llevaba ponerlas rejas a las ventanas, para que nadie pudiese trepar y entrar en casa por aquellos ventanales. Más bien se defendían de las personas desconocidas para ellos: Las personas que llegaban de otros pueblos, al no saber sus inclinaciones morales.

Eso sí; de las personas llegadas de otro pueblo no se las tenía fe alguna; no hablando con ellas nada, por si pudiesen confundir a las personas del pueblo.

Tiempos: Tiempos de “puchas”, arrope, bateo, estrellitas, manga gitana, canalones y otro sin fin de ricos dulces que se hacían en ese pueblo. Las puchas son una especie de gachas manchegas, pero más espesada; donde se puede echar leche al final, cuando ya quedan menos en el plato, con un sabor dulce.

Detrás de la Virgen íbamos todas las personas del pueblo muy compungidas, como apenadas por la muerte de Cristo, su hijo. Hasta se veía alguna persona descalzas, más bien las mujeres.

En ese tiempo se cerraban los bares que había en el pueblo para dar más opulencia a la forma pastoral de dicha procesión, en el pueblo.

Las épocas del año se sucedían con suma rapidez, sin darnos cuenta de que ya estábamos en el verano; en esa época que las personas se levantan temprano para dar paseos alrededor del pueblo: En donde los amaneceres los veíamos todos fuera de casa, en pleno campo o en plena calle de aquel pueblo, tan querido por todos nosotros: Donde canta la alondra y croa la

rana en los charcos que había cerca de los pozos de agua, en donde se ve madurar la uva y las higueras te brindan esas brevas bien exquisitas; para darte, más tarde, los higos, con un sabor dulzaino.

Las escuelas del pueblo se paralizaban su enseñanza; por lo menos en tres meses, pudiendo los niños jugar a sus anchas, sin que tuviesen que cortar esos juegos a media tarde para hacer los deberes o tareas.

Las margaritas crecían al pie de espinas y cardos, como las amapolas entre los trigos que cubrían toda la extensión llana de aquellas tierras. Viéndose a los labriegos segar la cebada verde para que sirviesen de comida a sus bestias. Los labradores sembraban un poco más de terreno de cebada, para luego segarla verde y así sirviese de alimento a las mulas y burros.

En la charca que yo había construido cerca de un pozo, me paraba todas las mañanas para desparramar un poco de pan en ella y así dar alimentos a las carpas que sembré yo en ella. Habiendo sembrado aquella charca de carpas con alevines de ellas.

Las personas se estaban despabilando cada vez más; pues se los enseñaban a leer a todo el que quisiera, por parte del Excelentísimo Ayuntamiento; haciéndose algunas con el carné de conducir. Pues para obtener dicho carné, se debía ir a la Capital de la provincia; que era el único centro donde se podían examinar. Y así obtener dicho carné; volviéndose en el coche de línea en el mismo día: Ya fuese aprobada la persona o no aceptada para el manejo del automóvil. Así que algunos volvían alegres y otros con cara de

circunstancias, al haber sido suspendido para la práctica de la conducción de un coche, que se pudiese comprar aquella persona.

Las prácticas se hacían en un terreno de la Dirección General de Tráfico: Poniendo un tronco enorme de ocalito como separando el aparcamiento del otro terreno, rodeado de dos estacas de hierros a cada lado. De esta manera no te salías de tu aparcamiento; pues no te lo permitía la cumbrera que formaba el tronco del ocalito cortado; así como caer alguna estaca que había a cada lado del aparcamiento, por estar bien clavadas en el suelo.

El carné lo mandaban, una vez aprobado, por carta: Dándolos un justificante a la persona aprobada.

Verano, ¡puro verano!. Donde el día se junta con la noche; no que llegase la luz del día a suplir la luz de la noche, sino, que eran más largos los días que las noches. Si había tardes que daban las once de la noche de día, en el pueblo durante el verano y todavía no podíamos salir a la calle por el calor que hacía.

Yo, antes de salir a la calle por la noche, me lavaba en un barreño de agua que tenía en el patio, donde nadie me pudiese ver; pues el calor que había resistido durante el día me producía picores todo mi cuerpo, por quedarse en la piel como si fuese una masa, ese sudor que había tenido en el día.

Así salía a la calle para tomarnos un refresco en una mesa de una terraza en plena vía pública, de cualquiera de esos dos bares que teníamos en el centro del pueblo: Pasando una agradable velada, con mis hijos, por la noche; que

ríanse ustedes de cualquier sitio, por bueno que fuese; ya que yo me encontraba con mis hijos y eso para mí, era lo más principal.

Hasta las tres, sí señores; hasta las tres de la noche nos encontrábamos sentados en la mesa de la terraza de un bar, refrescándonos por fuera y por dentro; y hablando no solamente de fútbol, sino de nuestras cosas más generales.

La emisora de la Iglesia estaba lanzando una convocatoria a los feligreses para que acudiésemos el miércoles por la tarde a la Iglesia; pues se nos iría a decir algo, sobre nuestras preocupaciones sociales.

Aquella noticia que lanzaba la emisora, nos preocupó mucho; no sabiendo lo que el señor cura párroco nos quería decir, con aquella misiva que nos estaba mandando.

Yo no pude más y fui a ver al señor párroco en la Sacristía de la Iglesia; para que aquella visita costase como oficial. Y al verme entrar Don Casimiro en la Sacristía, se imaginó para que estuviera yo entrando en ese recinto sagrado.

DON CASIMIRO -. No pasa nada, hijo. No pasa nada del otro mundo, que no sea el aleccionaros para que ayudéis al necesitado.

FERNANDO -. Tal y como se ha dado la noticia; creíamos que era cosa importante.

DON CASIMIRO -. ¡AH!: ¿Y esto no lo es?.

Pese a saber ya para qué nos llamaba el señor párroco, se llenó la Iglesia de feligreses devotos y buenos creyentes. Comenzando el cura párroco de aquella iglesia, diciéndonos las necesidades y penurias que estaban sufriendo parte de aquella congregación, dentro de su demarcación.

Nos comenzamos a mirar los unos a los otros, con cara de creerle al cura; pues bien sabíamos nosotros que era verdad lo que nos estaba anunciado el párroco de la Iglesia. Nos apuntamos uno por uno a unas listas que se confeccionó, para dar una dádiva estipulada por el párroco cada mes; para ayudar a los menos pudientes y decaídos feligreses de aquella Iglesia.

Urgía mucho que se los ayudase, por momentos, a esas personas que teníamos en el pueblo; ya que no tenían posibilidades económicas: Así que comenzando por una perra gorda, hasta la peseta, todas las personas se apuntaron en aquella lista. Pues con una perra gorda se hacía bastantes cosas y más con una peseta, que fue como me apunté yo en la lista.

Desde luego, sí recibieron todas aquella personas que lo necesitaban la ayuda necesaria; al parecer, totalmente íntegra recibieron esa ayuda, que el pueblo les estaba dando de su bolsillo.

Nos enteramos de que no se habían quedado con nada de dinero, para la Iglesia; aunque la estaba haciendo falta recorrerla el tejado; ya que estaba muy desperfectado. Y esa generosidad agradó a todas las personas que habían dado su donativo, para que se ayudase a las personas más

necesitadas de esa parroquia. Siendo causa de congratularnos todas las perronas del pueblo; al ver tan honrados a los que llevaban las cuentas.

Esto lo supimos; porque yo se lo pregunté al tesorero, que era una bella persona y muy amigo mío: Enfadándose mucho, al creer que yo tenía dudas de él.

Se ideó algo, para que todas las personas tuviesen un rato de evasión corporal y mental: Ya que se constituyó un equipo de fútbol con los chicos de aquel pueblo. Y hasta la ficha de confederado, se los dio a cada uno de los componentes del equipo; así como un seguro médico. Cumpliendo con el reglamento, que había publicitado la confederación futbolística.

Esta vez iba en serio; pues nos agruparon a los pueblos más cercanos de nuestra sede social: Teniendo que jugar todos los domingos con uno de ellos en una liguilla, en donde se jugaban dos puntos, si se ganaba y si se empataba un punto.

¡Mala!, tan bueno que era jugar con los pueblos más cercanos; pues nada más llegar al pueblo, el conductor, que era el portero del equipo de nuestro pueblo, comenzó a increpar todo ser humano que pasaba por su lado. Y al decirle por qué hacía eso, nos dijo: -. Así los entrará miedo -. Siendo totalmente al revés; pues el miedo nos entró a nosotros, cuando comenzó a rodar el balón por aquel campo de piedras; ya que el partido se desarrollaba en la era del pueblo. Había peñas alrededor del campo; pero muchos chinarras en el mismo campo, como así guijarros desgarrados de aquellas

peñas: Conservando el equilibrio a duras penas. Y aunque ellos conocían ese campo, también se sostenían por casualidad.

Lo último que colmó el baso de agua, fue cuando el árbitro pitó un penalti, estando a cero el marcador; pidiendo el portero nuestro tirarlo. . . ¡UF!, la que se formó con los espectadores del campo, siendo unos cincuenta.

Cuando el señor árbitro pitó el final del partido, tuvimos que salir corriendo a la furgoneta: Oyendo toda clase de golpes en ella; así como palos, piedras y otras clases de objetos contundentes.

Por suerte, salimos indemnes todos nosotros; hasta la furgoneta sufrió pocos desperfectos, algunos arañazos.

Llamándole la atención al portero, el señor entrenador del equipo; puesto por el Excelentísimo Ayuntamiento, ¡Y qué bronca enorme!, le echó al portero; una vez que se vieron en el pueblo. A mi simple parecer, no volvería hacer lo que hizo aquella tarde en el campo contrario al nuestro.

No: No se portó mal nuestro portero de fútbol al otro domingo; cuando llegaron los futbolistas de otro pueblo; ya que el partido se desarrolló con sumo entendimiento, entre unos y otros equipos. ¡Eso sí!; sin parecer que éramos familia todos nosotros: Pues hubo sus más y sus menos, en empujones y patadas. Pero como se veía, aquello era causa de una competición deportiva: El fútbol. No saliendo nadie con genio, ni con mala cara; pues cuando se terminó el partido nos saludamos todos; aunque nosotros habíamos ganado por dos a uno. Teniendo ya. Cuatro puntos a

nuestro favor. Yéndonos todos a un bar, aquella misma noche para celebrarlo con unos refrescos; al cante de aupar a nuestro equipo de fútbol.

Duro contendiente teníamos al siguiente domingo; pues el pueblo, que nos habían asignado era tres y hasta cinco veces mayor que nuestro pueblo; teniendo infinidad de chicos jugando al fútbol.

Pronto nos dimos cuenta al domingo siguiente, que aquel gran pueblo, tendría muchos chicos jugado al fútbol; pero no sabía elegir sus futbolistas: Pues aunque eran fuertes y aguerridos, no pasaban de eso. Pues al correr y dar las vueltas les costaba mucho: Eran chicos ya hechos y fuertes: ¡Eso sí!, pero incapaz de correr más de dos metros sin cansarse.

¡UF!: Nosotros al ver aquello, corríamos como gamos; pasando todo el desarrollo del partido. Solamente les contaré que ganamos siete a cero. Dándonos las manos los unos a los otros en señal deportivo.

Estando terminándose la primera vuelta de aquel campeonato de fútbol, no viendo la derrota para nada.

Una cosa mala hicimos los amigos; pues pedimos permiso a mi hijo que era el presidente de aquel equipo, que nos dejasen invitarlos una caldereta en el chaflán el sábado anterior a jugar el siguiente encuentro.

Todos comieron, ¡todos! . . ., poniéndose ciegos todos ellos de comida y de bebidas; levantándose al siguiente día todo el componente de fútbol como teniendo la cabeza abombada y bebiendo mucho agua. Teniéndola que expulsar esa agua bebida en el mismo campo donde estaban jugando ese

mismo domingo, por la tarde. ¡Qué vergüenza!, madre; que vergüenza nos dio a todos nosotros cuando veíamos, de vez en cuando salir a uno de nuestros jugadores para desechar agua, en una umbría que había allí cerca. Dicho encuentro terminó dos a uno a favor de los locales.

¡Qué les cuento!; que les cuento, si contar yo no puedo por tanto mal que hicimos al equipo el sábado anterior; teniendo que ir a un campo contrario, para jugar nuestro encuentro de fútbol, buenamente y como podíamos.

Yo veía que mi hijo se preocupaba mucho por el equipo de fútbol; hasta ponía él mismo el dinero para que aquella escuadra de fútbol siguiese con toda sus fuerzas. La idea que tenía mi hijo era, el subir de categoría; entrando al equipo en primera regional; aunque le costaría mucho más dinero a mi hijo, por ser los trayectos más lejanos y los futbolistas tendrían que cobrar algo.

Dejando el fútbol, nos centraremos en los hechos cotidianos de nuestras vidas; que eso sí era un verdadero problema entre todas las personas de aquel pueblo.

Menos mal a la nobleza de aquellas personas; pues no trabajaban en nada o en casi nada. De vez en cuando se arreglaba una calle, tocando a mi calle un buen arreglo; ya que se metió la conducción del agua potable dentro de las casas, adoquinando la calle, con adoquines que se traían, no lejos de nuestro pueblo. Y como el primer empedrado, de las aceras, constaba de los señores que vivían en cada número de aquellas casas, tuvieron que pagar

dicho arreglo por su cuenta; quedando un mal sabor de boca entre los habitantes de mi calle: Cuando todos creíamos, que lo pagaría el Excelentísimo Ayuntamiento.

Sin esperarlo, hicimos una merienda en el chaflán todos los amigos; hablando cada uno con Custodio, muy calorosamente; como si en ello fuese nuestras vidas. Siendo yo el primero que inicié la conversación del arreglo de las aceras.

FERNANDO -. ¿Te parece bonito; que paguemos nosotros el arreglo de la primera acera?-

CUSTODIO -. Cuando se hace la primera acera, la paga el contribuyente.

MARCOS -. ¿Los contribuyentes somos todos?.

CUSTODIO -. ¡Claro!, Marcos.

Se hizo un silencio sepulcral: Nadie hablaba, nadie se atrevía a decir una sola palabra, por si fallaba en sus palabras; hasta aquel silencio fue interrumpido por Yolanda, al decir algo que chocaba con lo que Custodio había dicho.

YOLANDA -. Pues a la señora Matilde, la han hecho una acera nueva, sin cobrarla nada a cambio.

CUSTODIO -. Los habitantes de dicha calle, están considerados como personas no solventes en la capacidad de dinero.

Aquello, que dijo Custodio, sentó mal a todos los que estábamos allí; pues en aquel pueblo, éramos todos por igual: Estábamos medidos por el mismo rasero.

No obstante supimos de momento que no era de Custodio aquello que él dijo hacía unos momentos; pues aquel dinero lo pagaba alguien de arriba, como se decía en el pueblo.

Los días amanecían con más bondad para las personas que vivíamos en el pueblo: No se agudizaba más el hambre entre aquellas personas, por no haber pagado la primera vez el arreglo de algunas aceras, no se moría uno por nada, no cenaban las personas por hacer abstinencia. Y así un sin fin de penalidades más, que se daba en aquellos tiempos. En contra posición, se deba ese bienestar social que gozábamos todas las personas; pues allí no pasaba nada de nada: Existía una paz moderada, permanentemente en las personas del pueblo.

Los hombres eran nobles; haciendo gala de esa franqueza que llevaban en el corazón metida: No se metían los unos con los otros, no se denunciaban, no se contaba lo que se oía por casualidad, se callaban muchos secretos, se respetaban las personas y hasta se apreciaban, por ser del mismo pueblo. Si una persona no tenía una cosa y le sobraba al vecino, le daba parte de esa

cosa que le estaba sobrando al necesitado. Si alguien sufría, sufrían todos con él; participando en su sufrimiento moral o físico. Eran días de alegría y moral metida en sus corazones; influenciados para hacer el bien y no el mal, ya que lo habían visto en sus casas aquellas personas, por habérselo enseñado sus padres. Nadie copiaba a nadie en sus trabajos o en la vida social que llevaba; se solía respetar la voluntad de los demás, para el bien de la colectividad.

Eso dio pie para que aquella sociedad fuese buena y se portase bien con sus iguales en el pueblo; no habiendo rencor en ninguno de ellos y por consiguiente en ninguna casa, que se apreciase de tener fe.

Fe sobraba en aquellos tiempos; pues todas las personas creían en lo Divino, según las enseñanzas de Don Casimiro: Nuestro cura párroco.

Todo esto fue compendio de unas buenas enseñanzas en las escuelas de nuestro pueblo; pues los maestros nacionales que impartían lecciones en ellas, eran todos creyentes y buenos cristianos católicos. Así salían los niños enseñados desde la escuela: Creyendo en lo humano, pero también en lo Divino.

No era de extrañar, que cuando Monseñor obispo llegaba al pueblo, saliesen todos los niños de las escuelas con banderitas para recibirlo, al son de: ¡Viva Monseñor Obispo!. Hasta en aquel día, se presentó una quesera con medio queso, para que nos lo comiéramos en casa y disfrutásemos de aquel día, tan agraciado para las personas del pueblo; pues según ella, todas

las personas tenían que tener alegría en su cuerpo y ser benignos los unos con los otros: Pues así eran las enseñanzas de Cristo.

Nada más que se fue la señora quesera, saqué yo una navaja cortando trozos a trozos aquel medio queso para comérselo mi mujer y yo, con un buen vaso de vino pitarrero; sabiéndonos a poco, pues aquel medio queso, fue la comida del día que hicimos los dos, Sonia y yo.

Por la noche tuvimos la visita de Custodio y su mujer, Catalina; con la sola idea de llevarnos a un circo, que se había montado en la plaza: Pues al parecer, dicho circo, era muy afamado. Allí nos encontrábamos todos los amigos, y hasta mis hijos con los suyos: Cosa, que me dio qué pensar; pues mis hijos no nos habían llevado a los suyos para que tuviésemos cuidado con ellos. Sí, porque en estos eventos, nunca llevaban a sus hijos; ya que eran demasiados pequeños y no se enteraban de nada.

Al empezar el circo, el señor presentador anunció tener una lista de las personas que se había merecido una reseña particular, por parte del Excelentísimo Ayuntamiento, según su comportamiento con respecto a las demás personas del pueblo.

Yo me puse orgulloso y hasta hice ademán de levantarme; cuando el señor presentador del circo, anunció el nombre de mi mujer, Sonia. Quedándome enteramente extrañado por tal decisión tomada por las personalidades del pueblo; sobre todo, por Custodio, mi amigo Custodio sabía bien lo que hacía y el por qué la daba el palmito a mi mujer, Sonia.

Conllevaba dicho premio unas papeletas de racionamiento; teniéndosela que dar Sonia a la persona que ella creyese fuese menos pudiente de todo el pueblo.

En ese preciso momento, Sonia, no estaba en condiciones de decir a quién quería se la diesen esas papeletas para comprar alimentos; debido a que estaba delante de casi todo el pueblo. No siendo propicio nombrar a ninguna persona, por supuesto, delante de la mayoría de los habitantes del pueblo.

Yo abracé, eufóricamente, a mi mujer, dándole las felicitaciones por aquel nombramiento tan excelente, como tuvo. Hasta yendo hacia casa, la besaba y la felicitaba por aquel galardón, que la habían concedido las autoridades del pueblo.

Desde aquel momento tuve más en consideración a mi mujer, Sonia; al saber que era una persona buenísima. ¡Qué digo yo!: Excelente.

Para felicitarla a Sonia acudieron todos los amigos a casa, siendo un día grande y hermoso para Sonia. Y no solamente para Sonia fue un día de grandeza; si no, que para mí fue otro día de sentirme el hombre más agraciado del mundo, al tener dicha mujer.

Uno a uno la iban felicitando aquella tarde los amigos que teníamos más allegados del pueblo: Hasta el punto de traerla algunos regalos todos ellos; unos presentes, que sirvieron para sacar el mejor queso que teníamos guardado en casa y calar el mejor jamón que teníamos curado en el ático de

la casa; sin ninguna clase de miramientos por lo que pudiéramos consumir en aquella tarde y también en aquella noche: Ya que cuando llegó la noche, no se habían ido de casa nuestros queridos amigos.

Lo mejor de todo, fue cuando llegaron mis hijos de implantar la catequesis a los niños que irían hacer la primera comunión en aquel año; pues la alegría fue mayor al verlos su madre y yo en casa, con sumo cariño.

Aquellas felicitaciones, nos llevó al filo de las tres de la noche o de la madrugada, por así decir. Teniéndose que marchar mis hijos a las doce de la noche por tener que comenzar muy pronto, en la escuela, sus tareas docentes.

Una vez que yo fui a la cocina de la casa para coger una botella de vino, sufrí un estrangulamiento en mis partes nobles; pues una mano femenina, me estaba aprisionando el glande, con todas sus fuerzas. Y hasta me acariciaba los escrotos con suma paciencia; creyendo yo que fuese mi mujer, dándola una expresión de cariño por mí parte.

FERNANDO -. Cariño: O me sueltas, o echo todo lo que tengo pendiente contigo de una vez.

YOLANDA -. Guárdalo para la ocasión.

Yo, al oír la voz de Yolanda no me pude contener y dando media vuelta la separé de mí lo más pronto posible; ya que podía entrar en la cocina algún

amigo, o lo que es peor: podía entrar su mismo marido para coger alguna cosa que se le antojase.

No se quedó muy conforme Yolanda, con no aceptarla yo; que hizo afán de echarse sobre mí, separándome de ella al momento. Viendo en sus ojos ese estado de desánimo, cuando una persona ha sido rechazada por otra.

Saliendo de aquella cocina, Yolanda, con una especie de genio incontrolado; al punto de verla así su marido. Para entrar de repente mi mujer, Sonia; diciéndome algo así como:

SONIA -. ¿Qué la ha pasado a Yolanda, para salir así; como ha salido?.

FERNANDO -. ¡Cómo ha salido?.

SONIA -. Con genio y furor en su Alma metido.

Hice un ademán de no saber nada; o de no haberme dado cuenta de nada: Explicándola, que sin querer la había dado un empujón. Y si era por eso; yo la pedía disculpa por no haberme dado cuenta de su presencia.

SONIA -. ¿De verdad, no te has dado cuenta?; de que estaba aquí Yolanda.

FERNANDO -. Para nada.

Con aquello que la dije yo a mi mujer, Sonia; parecía que se conformaba: Pero al dar yo media vuelta la vi hablar con Yolanda a mi mujer muy

acalorada y sin creerla absolutamente nada. Saliendo yo con mucho sigilo de la cocina para que no me viesen aquellas señoras, que parecían estaban riñendo por algo.

Logré escabullirme de ellas, por cruzarse Marcos por medio, cuando yo estaba saliendo de la cocina y así no me pudieron ver las dos señoras, que estaban hablando a más y menos de sus cosas.

No supe como salía; pero en un momento determinado, me cogió un amigo con la mano de un brazo, entrándome en una especie de cuadra que había allí mismo.

Cuando me repuse de aquel acontecimiento; pude ver en aquel amigo, que era Custodio: Que me estaba señalando a todo mi centro, como si yo lo tuviese roto. Y en vez de roto, lo tenía mojado, por un líquido viscoso. Y en una palangana que había allí mismo, de beber las palomas, me lavé esa zona tan mojada; saliendo al cabo de un buen rato de allí, cuando supe que estaba ya seca.

Con la primera que me di de bruces fue con mi mujer, Sonia; que se quedó mirando a esa zona, con sumo interés. Y al no ver nada, comenzó agudizar la vista, sin miramiento: Hasta el punto de querer ver algo, que ella ya no observaba allí. Dándose cuenta todos los amigos del interés que estaba poniendo Sonia por verme algo, que ella no veía. Dirigiéndose todas las vistas hacia mis partes nobles; dándome mucha vergüenza, ya que yo no era de los que se dejaban mirar.

Cuando hubo pasado aquel bochorno para mí, se acercó Marcos preguntándome por las causas de esas miradas.

MARCOS -. Cuéntame.

FERNANDO -. No sé qué te tengo que contar.

MARCOS -. Por ejemplo: ¿El por qué de esas miradas?.

FERNANDO -. Me lo tendrán que explicar.

MARCOS -. ¿Estabas en forma?.

Di media vuelta y me fui para ayudar a los demás en sus faenas; ya que estaban limpiando la loza y barriendo y fregando los suelos, con todo el afán del mundo.

Uno más; sí señor, uno más era yo entre aquellos aguerridos amigos: Que en vez de estarse quietos, como si con ellos no fuese nada; comenzaron a fregar los platos y a barrer el suelo; para que quedase la casa un tanto adecentada.

ALEJANDRO -. ¿Una partida?.

FERNANDO -. Yo me iré al salón para ver el partido que echan en la televisión, en diferido.

Así lo hice; viendo un magnifico partido en la televisión, junto con otro

amigo de la infancia: Celebrando y regocijándonos en el desarrollo del partido de fútbol, que se estaba dando por televisión. Y hasta me atreví a tomarme un chato de vino en el transcurso del encuentro.

Eran horas avanzadas de la noche, cuando decidieron marcharse todos los amigos de mi casa; para poder descansar y estar pletoritas al día siguiente todas nuestras graciosas Almas.

CATALINA -. Los domingos teníamos que descansar.

ANDREA -. Algún día llegará el descanso de los domingos.

CATALINA -. ¿Tú has oído algo?.

ANDREA -. Lo he leído en el periódico.

Así hablaban las dos amigas; cansadas de no parar, ni un solo día de trabajar; dando crédito a lo que había leído en el periódico Andrea.

Y desde luego, por mediación religiosa, se comenzó a librar los domingos; para que los feligreses pudiesen asistir a la Misa ese día tan señalado para todos ellos.

Fue un respiro para todo el que trabajaba; sobre todo para los funcionarios, que se podían ir para visitar a sus padres en sus pueblos.

Todas las personas estaban esperando que llegase el domingo, para poder descansar de la semana que habían llevado, con tanto trabajo; y así tener un relax de Espíritu y de descanso para sus cuerpos; haciendo lo que ellas

buenamente deseaban: Dar un paseo por el campo, sacar a sus animales de compañía de paseo, ir a otra ciudad para ver monumentos, o tener un huerto y poderlo atender con agrado.

Con agrado nos recibía Don Casimiro los domingos, cuando íbamos a la Iglesia; pues hasta se ponía en la puerta del Templo saludando a los feligreses de la parroquia.

No era tanto así, cuando llegaba la hora de la catequesis ya que Don Casimiro iba a buscar aquellos niños a su casa, si no habían ido para recibir las enseñanzas de Cristo.

Mis hijos tenían doble trabajo en el tiempo de las catequesis; pues a parte de tener que implantar lecciones en las escuelas, tenían que asistir a la catequesis como docentes de la religión. Hasta el punto que su madre y yo no los veíamos, por lo menos hasta el domingo a la hora de merendar en casa; ya que aquella merienda se hacía, todos los domingos, en casa de sus padres: O sea, en nuestra casa, la de Sonia y la mía.

Al entrar un amigo en mi casa y al oír hablar a mis hijos del mucho trabajo que tenían, se enzarzó con ellos; sintiéndose superior, por ser mayor y ser uno de los amigos de la infancia nuestros: La de sus padres.

MARCOS -. No me gusta oír hablar de esa manera; pues vosotros no hacéis un trabajo, que no se pueda soportar.

FERNANDO -. No los hables así a los chicos.

Así quedó sentado; que Marcos no volviese hablar de esa manera a mis hijos; pues cuando ellos decían, que tenían mucho trabajo, era porque lo tenían.

No sé por qué, me llamaron al Excelentísimo Ayuntamiento para hacerme una propuesta de abastecimientos de alimentos en el almacén del consistorio. Y como yo tenía quesos, vino, aceite, oliva, productos huertanos; no debía comprar mucho para poderlo vender a bajo precio a todos los habitantes del pueblo: Siendo más bien, un economato oficial que había abierto el Excelentísimo Alcalde de aquel pueblo, Custodio.

Yo empecé a vender mis productos, abajo precios, a todos los habitantes del pueblo; pero, eso si, los vendía. Pues antes me costaba mucho, que una persona se allegase a mi casa queriendo que le vendiese una alcuza de aceite o una arroba de vino “pitarrero”. Y no digamos nada, de los productos huertanos; pues casi todo el pueblo tenía, en tiempo de obtener productos huertanos, un huerto en el pueblo.

CUSTODIO -. Ya sabes lo que tienes que hacer.

FERNANDO -. Agenciarme un frigorífico enorme.

No había cámaras frigoríficas en aquellos tiempos; solamente había unos frigoríficos muy pesados y pequeños: Eso era lo que yo quería; pues al

llegar a la casa donde vendían dichos frigoríficos, vi unos enormes, que estaban a la venta. Solamente tenías que pedir permiso y saber para qué lo necesitaba; rellenándome un impreso el Excelentísimo Ayuntamiento, para qué necesitaba yo aquel enorme frigorífico.

Desde entonces, empecé a congelar las frutas y verduras para mejor tiempo; vendiendo el vino y las aceitunas del año con buen precio, a los habitantes de aquel pueblo.

Haciéndome de otros frigoríficos más pequeños; comencé a vender carne de las ovejas que yo compraba a los ganaderos; empezándose a rellenar la carne de las matanzas, que aquellas personas hacían en su casa, con carne de guarro y oveja. Pues aunque estaba más duro aquel chorizo, gustaba más por su contextura dada a la masa.

No me conformé con eso; ya que en algunos comercios de los pueblos mayores, que teníamos más cerca, se vendían ropa, que al parecer estaban bien: Sobre todo de buena vista. Quitándomelas de las manos aquellas personas, mis paisanos. Pero como los vi, a algunos, descalzos quise traer calzado de esos pueblos, donde eran cabecera de las ventas de toda la comarca. Ahí, me tuve que parar un poco, al ser aquel calzado de importación de otras regiones de la Nación; no adquiriéndose a bajo precio. Pero sí las sandalias y zapatillas de tiras cruzadas; ya que esas sí se hacían en la región. No solamente proveí de calzado ligero a todas las personas del pueblo; sino, que las vestí decentemente: Ya no se veían tantos remiendos,

como hasta ahora; sobre todo en los pantalones y camisas de los agricultores y ganaderos: Así como tantas rebecas remendadas con hilo de otro color.

La economía de la Nación iba bien, alzándose como uno de los mejores comercios de exportación dentro de Europa; así como todos los súbditos trabajaban para engrandecimiento de su patria codo con codo.

Se lograban adelantos insospechados; hasta se comenzó hacer pantanos por toda la piel de toros; dando trabajo a la mayoría de los que demandaban un puesto de trabajo.

Dos coches se veían, solamente, en el pueblo hasta la fecha; viéndose más coches entre aquellos paisanos, que en otros tiempos no habían soñado con tener uno de aquellos automóviles.

La FE y la constancia, hacían a los súbditos de la Nación, trabajar con ese impulso que una persona tiene cuando ve fructificar su trabajo. Y máxime, cuando a esa persona se la está llenando la tripa de comida y el bolsillo de dinero; por tener trabajo ella misma.

Los Excelentísimos Gobernadores Provincias, daban mas dineros a los Excelentismos Ayuntamientos, a través del fondo de prevención que esas direcciones de provincias tenían formadas en sus cuentas.

Así comenzó a dar trabajo aquel pueblo a los habitantes de dicha localidad; embelleciendo sus calles y jardines, así como sus plazas: Pues al poco

tiempo el pueblo parecía otro, no era el mismo según creíamos nosotros por estar todas las calles empedradas, cuando no asfaltadas.

Parecía que estábamos saliendo de la penuria económica en la que estábamos sumidos; sobre todo cuando se abrieron unas plataformas, dentro de la península, para que aterrizasen los aviones de la NASA.

Con ese dinero obtenido de la apertura de las plataformas, la Nación comenzó la escalada del bienestar social; pagando pagas de jubilación, asistencia social a las enfermedades. La Nación se dividió en clases sociales, más definidas; no como hasta ahora había habido: Que si tú, que si yo o alguien más.

Era la pura realidad, dentro de las clases sociales en las que estábamos encuadrados todos los súbditos de la Nación; floreciendo la prensa, los diarios o periódicos se leían en todo el territorio nacional, con buen deseo de saber algo de la bolsa o del ejecutivo político.

Las personas, comenzaron a vestirse mejor y la que no hablaba bien, se las intentó formar en unas especies de escuelas paralelas a las oficiales; así como se los dio transistores de radio a las personas que no podían venir al pueblo para ser impuestos en las letras o en el habla más allegadas a ese tiempo. Esas personas, eran los pastores; que se pasaban día y noche cuidando a su ganado bovino, más principal; pasando las noches en chozos contruidos por ellos; donde el viento no entraba, ni el frío, ni el calor.

Aquellos chozos estaban herméticamente tal construido, que no entraba el aire dentro de ellos, por la orientación de su puerta; ya que hacía una ese para amortiguar tanto viento.

Dentro de los chozos hacían las mujeres la comida; pues tenía un sistema de ventilación en lo alto de los mismos chozos, para que saliera el humo de la lumbre. Allí se contaban historia y acciones increíble de algunas gestas, hechas por sus antepasados: Así como algunas historietas de fantasmas o aparecidos, dadas muy asiduamente entre aquellas personas creyentes en el más allá.

Yo tenía pocas ovejas; teniéndolas en un redil por la noche, para por el día soltarlas en plenos cerros, ya que lo tenía vallado su perímetro. Fui el primero en vallar donde tenía yo las ovejas.

Un día llegó corriendo Marcos; anunciándome, que se estaba quemando el almacén donde yo tenía los víveres y productos de limpieza, como así ropa para que se vistiesen mis paisanos.

FERNANDO -. Voy corriendo.

MARCOS -. Pero corre con ganas; que está allí medio pueblo apagando las llamas.

Era verídico: Estaba allí medio pueblo intentando sofocar las llamas que salían por el tejado, con una fuerza imponente. Algunas personas tenían

puesta unas mangueras; pero estas eran para regar las plantas, así que poca agua salía por ellas. A la velocidad del rayo, pensé en el seguro que tenía yo hecho, con una buena agencias de seguros: Echando números, mentalmente, pude comprobar algo insólito. Si se quemaba todo el almacén, yo recibiría tanto montante económico, como para levantarle de nuevo, y de esta manera sería nueva su construcción.

Por lo tanto no daba mucho impulso para que las personas aquellas se apurasen y apagasen el fuego fuese como fuese: Pues ese fuese como fuese, llevaba una carga de conciencia encima de mí ser, que no me dejaba pensar en nada.

Si yo les pidiese que se esforzasen a aquellas personas, lo harían de buena gana; pero iba en ello su existencia o quemarse en parte todo su cuerpo. Así que decidí callarme y no pedir ninguna clase de esfuerzos extraordinarios a mis paisanos de aquel pueblo.

Quemándose el almacén por completo; ya que la ropa almacenada allí era mucha, como los calzados y productos de sábanas y mantas. Y al ir para cobrar el seguro, me anunciaron; que me estaban haciendo un balance, a parte del que tenía yo hecho: Pues según los metros cuadrados que tenía el almacén, no correspondía a guardar en el, tantos productos de ropa y mantas como tenía yo en el metido. Y era que no había leído la letra bastardilla que había en el contrato.

Haciendo otra cosa mal; pues al preguntarme la policía local, si yo sabía las causas del incendio les dije; que posiblemente habría sido producido por un brasero que yo tenía en una camilla en mi despacho. Y como había sido una imprudencia, tuve que pagar la parte proporcional de todo lo que se había quemado en aquel día, dentro del almacén. Pensando enseguida, que el que mucho habla, mucho hierra. Pese a que estábamos en aquel tiempo; donde las tres cuartas partes de los habitantes del pueblo, eran analfabetos: La parte jurídica no lo era.

Sí me pagaron la techumbre, por haber sido deteriorada por las personas que se añadieron para sofocar aquel gran incendio: Alegando yo, que lo mismo había pasado con las diferentes puertas de entradas y las que había dentro del almacén; así como la cal que se había caído de las paredes, por empotrar en ella las escaleras, para apagar el fuego. Siendo avalado todo esto, por los habitantes del pueblo; así que recibí tanto dinero, como para retocar paredes y puertas, como así hacer techumbre nueva.

Pero como al adquirir dichas mercancías, había hecho un seguro de porte y defecto; recibí un dinero adicional: No pagando a las casas comerciales tanto montante económico como yo había creído.

No lo pensé y nada más que se enfriaron las paredes, comencé a rehabilitar aquel almacén, para su huso en la actividad que yo tenía en él. Las personas del pueblo, estaban deseosas que yo abriese de nuevo el almacén; para poderse vestir y comer bien, así como para comprar alguna cosa más en él.

Hasta Don Casimiro me pidió unos pañitos para el Altar Mayor de la Iglesia. Y si podía, comprase un manto para la Virgen; ya que se acercaban las fiestas y el manto que tenía la Madre de Jesús era ya viejo.

Me dio reparo preguntar a Don Casimiro, si había echo alguna colecta para el manto de la Virgen; pues por poco que fuese, era demasiado caro para mis intereses económicos.

Hice pesquisas entre las perronas del pueblo, no encontrando yo a nadie que hubiese dado un donativo para el manto de la Virgen; sintiendo, que el que tenía que pagar el manto era yo: Pues tal vez, el cura párroco me creía pudiente y capaz de hacerlo.

Menos mal, que al llegar cerca de la Plaza Mayor madrileña y al entrar en el local donde revendían las cosas religiosas, me dijeron el color y la talla del manto; no sabiendo yo, ni una, ni otra cosa.

Cuando llegué al pueblo, sin manto; me fui para ver al señor cura párroco, encontrándole en la capilla, dispuesto a impartir las enseñanzas de la catequesis a lo niños de las escuelas: Estando dentro de la Iglesia mis hijos con sus pupilos.

DON CASIMIRO -. Como sea, hijo. ¡Cómo sea!

FERNANDO -. Padre: ¿Y si el manto le viene largo a la Virgen?.

DON CASIMIRO -. En este pueblo, hay señoras que saben coser muy bien.

Se le corta al manto un trozo y en paz.

Como alzaba la voz Don Casimiro; parecía que me estaba riñendo, que me lo parecía a mí: por eso me puse colorado, como un pimiento morrón, no dando pie con bolo; para contestar al señor cura párroco. Saliendo de la sacristía como si me hubiese picado algún bicho. Menos mal que me paró mi hija pequeña, para ver qué me pasaba; acudiendo los otros dos hijos al reclamo de su hermana.

Como debido al azoramiento que yo tenía en aquella ocasión, no les puede decir muchas cosas o explicarme mejor; por lo tanto, estaban en casa mis tres hijos por la tarde. Explicándoles, con mejor quietud en la tesitura que me había puesto el señor cura párroco.

Mi hijo, se vino donde yo estaba, echándome los brazos sobre mis hombros, para tranquilizarme un poco. -. Tranquilízate, papá.

Era muy fácil decirlo, pero muy difícil cumplirlo. Que yo me tranquilizase, cuando tenía que comprar un manto a la Virgen yo solo, sin ayuda de nadie.

Al siguiente día volví otra vez a la tienda donde se vendían los mantos para la Virgen, adquiriendo un manto bueno; ya que yo era creyente y no iba a ser menos que los demás.

Iba preparado para ello; para comprar un buen manto a la Virgen: Ya que había pasado, el día anterior, por el banco, reintegrando una cierta cantidad, para que me sirviese agenciar el mejor manto para la Virgen.

¡UF!: Cuando llegué con el manto a mi casa; que fue a donde fui primero; estando allí mis hijos. Los tres, juntos con mi mujer, se echaron las manos a la cabeza por ver el manto tan bueno que había comprado yo para la Virgen y sobre todo que era buena tela; según se podía ver a simple vista. Mirándome de frente toda mi familia: No como reproche; más bien diciéndome, ¡ole ahí, los hombres rumbosos!.

Hasta Don Casimiro se echó para atrás, cuando vio el manto, que yo había comprado para la patrona del pueblo. Solamente había un impedimento, en aquel manto: Que los hilos de oro no se podían tocar; arrastrando un poco el manto la Virgen. Pero he ahí al carpintero del pueblo; engrandeciendo la base para sostener a la Virgen, que era de madera.

No se tocó ni un solo hilo del manto de la Virgen. Y como el señor carpintero lo había hecho también, la virgen iba de luces. Como se dice en el argot taurino.

Llegaron mis hijos a casa, por la tarde, entregándome una fortuna; por así decir, para como era el pueblo, al no tener capacidad adquisitiva para recopilar tanto dinero para el manto de la Virgen. Pues habían formado mis hijos una colecta, entre las personas del pueblo.

Yo era legar y se la fui a entregar, el dinero de la colecta, al señor cura párroco; poniéndome una mano extendida delante del brazo, diciéndome:

DON CASIMIRO -. No, ¡no!: Hijo.

FERNANDO -. ¡sí!, ¡sí!: Don Casimiro. ¿No sé qué hacer con este dinero?.

DON CASIMIRO -. Pagar el manto, hijo.

FERNANDO -. Es lo que pensaba hacer, Don Casimiro.

DON CASIMIRO -. Ya ves lo que se dice del siervo de Dios: Si llego a ser yo, el que forma la colecta no cojo ni una parte de ese dinero.

Al decirme aquello Don Casimiro, se levantó la sotana, enseñándome las piernas sin pantalón alguno.

Pagué el manto de la Virgen, con aquel dinero; pues aunque yo había desembolsado el dinero en la tienda de cosas religiosas; al darme aquel dinero, que era una colecta de los habitantes del pueblo, para pagar el manto de la Virgen: Desde luego, eran ellos los que habían pagado aquel manto a la Virgen. Al quedarme yo aquel dinero, como rehabilitando mi cartera de beneficio, por lo bien que lo habíamos hecho todos los habitantes del pueblo.

En pocos días le llevé unos pantalones a Don Casimiro para que me aceptase aquel regalo: Volviéndome a poner el cura párroco la mano abierta en el brazo para que no le entregase aquel pantalón.

DON CASIMIRO -. No, no; hijo.

FERNANDO -. Sí, sí: Padre.

DON CASIMIRO -. Gracias por tu buena fe; pero no puedo coger regalo alguno, de mis feligreses.

FERNANDO -. Don Casimiro: No me haga usted este feo, que no podré vivir de aquí en adelante.

Le intenté tocar las fibras del corazón aquel cura, tan bondadoso, como era nuestro cura párroco; y así, poco a poco, fue extendiendo el brazo para coger el pantalón, que tanta falta le hacía.

Pero cosa curiosa: A los pocos días le vi sin pantalones; ya que jugaba al fútbol con unos chavales, con la sotana remangada hasta media pierna.

Pero sí los vi puestos a un paisano, que no tenía medios de subsistencia económica; como no fuese el sistema caritativo de los habitantes del pueblo.

Aquel cura daba todo, hasta tenía remendada la sotana; no teniendo otra y eso que estaba cerca la fiesta de la patrona del pueblo.

Llamé a una señora del pueblo, que se encargaba de hacer pantalones y chaquetas, para los habitantes de esa villa, tan bonita y deseada de todos nosotros. Viendo, a simple vista, la talla que tenía Don Casimiro: Y en un viaje que hice yo a Madrid le compré una sotana nueva a nuestro cura párroco. Y al llegar al pueblo; ya tenía mi hijo, recaudadas unas cuantas perrillas para la sotana, siendo unas donaciones desinteresadas que algunos

señores y señoras del pueblo habían hecho para comprar la sotana de nuestro cura párroco.

Aquella donación altruista me libré de tener que desembolsar yo tanto dinero, por mi parte. Volviéndole a regalar yo otro pantalón; para que gozase, ese día de fiesta de él con todo su esplendor y sosiego. Así lo hizo Don Casimiro; viéndole todo el pueblo con sotana nueva y con buen semblante de cara: Al saberse la atracción de todas las personas del pueblo, que asistían a la Misa y a la procesión de la Virgen.

Cosa curiosa: Pues iban todos los feligreses que asistían a la procesión de la Virgen con el Espíritu elevado y el semblante compungido; como pensando en el bien que estaba haciendo nuestro cura párroco.

Nunca más dirían algo de aquel sacerdote; que por dar: Daba hasta los pantalones, si le hacía falta a algunos de sus feligreses.

En las fuentes del pueblo parecían que manaba más agua de ellas; pues al terminar la procesión y el acto religioso, se vieron a las mujeres con cántaros en el cuadril y en la cabeza, repletos de agua de las fuentes y manantiales que teníamos cerca del pueblo y hasta en el mismo pueblo.

Algunas personas achacaban eso a la gracia Divina, yendo con dádivas a la Iglesia para dárselas al señor cura, pidiendo confesión algunas personas que estaban en el templo rezando.

Al día siguiente, por la mañana, se vio cerca del pueblo y en una cañada un gran charco de agua remansada en ese terreno de labranza. La explicación

la estaban dando algunas personas, que se creían saber lo que estaba pasando; diciendo, que era un venero de agua marina que había salido por allí, por aquel terreno.

Pero lo cierto era, que estaba allí todo el pueblo mirando a aquel fenómeno, que se había provocado la noche anterior en aquella parte de terreno quebradizo, sostenido por una cañada; pero que cada hora que pasaba había más y más agua en aquella charca; hasta convertirse en una gran laguna de agua, a la vista de todos los habitantes del pueblo.

Los servicios geológicos dijeron que había habido un fallo en una textura de la última capa de tierra; quedando un gran pozo de unos once metros de alto; así que nadie se echase a baño en dicha laguna, pues podía ser absorbido por la presión del agua hacia dentro del pozo.

Pero eso sí, tal laguna sirvió como abrevadero de burros, burras, mulos, mulas, yeguas, caballos; como así para llenar la cantimplora antes de las tareas que cada persona hiciese en el campo: Ya que era un sitio de mucho calor, en donde se fríe la chicharra y arde la tierra; no pudiendo salir en horas de siesta, para nada, al campo. Y mucho menos, salir para hacer las tareas agrícolas encomendadas a aquellos fieros hombres.

Como aquella agua fue analizada; siendo totalmente potable, se podía beber y hasta se podía bañar una persona en la laguna; tendiendo, como se ha dicho, mucho cuidado de no meterse muy adentro de la misma.

El pueblo estaba abastecido de agua bastante bien; no desistiendo las personas ir a las fuentes, que ya había anteriormente y a la laguna, por motivos de tener sospechas, infundadas, sanitarias sobre el agua de la laguna, que había sido analizada y declarada potable.

Lo que sí se empezó a notar, fue que el agua de la laguna cocía mejor los garbanzos: Los ponía más tiernos y hacía a la carne que se echaba en el puchero más agradable al tacto lingüístico, más fina al paladar. Era así algo, como hacer los garbanzos o puchero como allí se llamaba, más sabroso y tierno. Y si querían arreglar alguna comida, se iba a la laguna a por agua de aquel hermoso y rico manantial.

La vida nos estaba ofreciendo sentirnos más comfortable en el pueblo; pues a la laguna formada por fallas de terrenos, siguió un tiempo que corría el dinero entre las personas del pueblo, por haber abierto los préstamos los bancos del pueblo. Dando pie a las personas, para trabajar, en las pocas demandas que había en aquel pueblo.

Como Custodio era una persona lista, comenzó a obtener dinero de las altas esferas, como aquí se decía; empezando a adoquinar las calles y a decentar las plazas a más y mejor. Así como a extender una red eléctrica mejor delineada; ya que no quería ningún cable que colgase de un soporte en la pared y además, quitó los palos que sostenía la antigua red eléctrica para dar más anchuras a las calles.

Una vez que Custodio estaba tomando en mi casa un chato de vino con jamón y queso, le dije algo, que él no había pensado, ni su equipo de gobierno había caído en ello.

FERNANDO -. Custodio: ¿Sabes lo que está haciendo falta a la red eléctrica que estás montando en el pueblo?.

CUSTODIO -. No caigo en ello. Dímelo tú.

FERNANDO -. Un elevador eléctrico.

Custodio se me quedó mirando, con cara de zorreas; ya que él sabía la poca potencia que había contratada en el pueblo. Lo único malo que él veía un escollo, era en que no había bastante dinero; como para pagar la factura de la luz cuando tuviese más potencia en el pueblo.

FERNANDO -. ¡No!, Custodio. Se ponen contadores eléctricos en cada casa para que paguen la luz que gaste cada uno; así lo he visto yo en lo grande pueblos donde yo voy.

CUSTOIO -. ¿Cómo es eso?.

FERNANDO -. Dejando la única luz que tienen en las casas menos pudientes; ya que lo paga las grandes esferas. E instalando contadores en las demás casas.

CUSTODIO -. Te estás olvidando de algo. ¿Y qué será cuando vayan a enroscar la bombilla los paisanos?. Si la potencia eléctrica viene más elevada. . . calambrazos tras calambrazos a esas personas poco pudientes.

FERNANDO -. No; si les pones un fusible para que no pase a dichas casas tanta potencia eléctrica.

Para Custodio, las ideas que le di eran buenas; pero él no entendía nada de lo que yo le estaba hablando, en aquel preciso momento. Pero lo bueno era, que allí se encontraba, también, el señor secretario del Excelentísimo Ayuntamiento del pueblo: Que no perdía nada de lo que yo le estaba diciendo a Custodio, con mucho interés para que este hombre saliese airado de entre los habitantes del pueblo.

No sé cómo fue; pero lo que yo le dije a Custodio hacía unos días, se estaba llevando a cabo por el único eléctrico que había en el pueblo, con su ayudante y así quedó sentado, de que se podía enroscar las bombillas que se habían puesto en las casas menos pudientes; para que pudiesen ver mejor las personas durante la noche: Aunque algunos habitantes del pueblo, no las apagasen ni por el día; al tener miedo a desenroscar y enroscar la bombilla, por si recibía alguna descarga eléctrica en su cuerpo.

El pueblo estaba muy bonito; hasta su equipo de fútbol ganó la liguilla que se había formado, con los pueblos más cercanos.

Estando dando los últimos estentóreos el verano al llegar las primeras tormentas, con mucho aparato eléctrico algunas y otras con cantidades asombrosas de agua.

Yo salí corriendo a donde tenía la viña; por haber caído tal cantidad de agua aquella noche, que parecía se iba a hundir el Cielo, sobre nosotros.

Teniendo que recolectar las uvas cuando antes; pues cuando saliese el Sol las abriría y no valdrían para hacer el vino con ellas. Ese vino tan exquisito y medio dulzaino a la vez, al emplearse uvas pasas y moscateles. Aunque en aquel año, las tuvimos que cortar unos días antes de lo debido; así que se habilitó un local, a Cielo abierto, para que las diese el sol, tumbadas en serones: Secándolas al mismo tiempo; no dejando se pudriesen las uvas por el agua caída aquella noche y por la fuerza de los rayos solares.

Pues con todo y eso: El vino pitarrero de aquel año, no tenía tanto cuerpo, ni tanta fuerza en el paladar. Al probarlo, no sentían las personas ese cosquilleo en la uve lingual, dentro del paladar.

Aquel vino se debía vender el primero; pues estaba a punto de picarse; ya que hubo un conato hasta en los mismos conos, donde se fermentaban sus heces: Ya que las primeras heces dentro del cono, en la cabeza, estaban ácidas. Teniéndolas que sacar con un cazo desde la boca del cono; para hundir la cabeza de las heces dentro del mosto, con una panoplia de corcho incrustada en un palo de ocalito: Ya que con la mano hubiese sido peor, pues se acidan las heces. Al igual que si se sacan las aceitunas con las

manos del barreño donde están metidas: Se debe hacer con un cazo de madera.

Por supuesto, comencé a vender antes el vino del año; una persona se llevaba media arroba y otra una arroba de vino. Sabiendo por estas personas, que el vino de ese año estaba buenísimo; no sabiendo yo a qué se debía aquel buen paladar que quedaba el vino en la boca.

Un día vi a Sonia andar con un cazo y un barreño de cerámica; para guardar posteriormente un paquete de azúcar en una alacena, que teníamos en la bodega, donde se hacía y fermentaba el vino pitarrero. No quedándome satisfecho, me fui donde estaba mi mujer; para ver qué era lo que hacía ella. Y nada más llegar yo, se puso nerviosa cuando me vio coger el paquete de azúcar en las manos.

FERNANDO -. No Sonia, no. Esto no se puede hacer; por si hay alguna persona, que nos compre el vino, que esté diabético.

SONIA -. Se estaba picando el vino.

FERNANDO -. Aunque se perdiese todos los conos de vino; no se debe endulzar con azúcar común o azúcar de mesa: Más bien si se le quiere echar algún componente para que le de saber dulce, tiene que ser con un edulcorante llamado fructosa o azúcar de frutos.

SONIA -. ¡Qué hacemos?.

FERNANDO -. Pasar el vino de los conos, que hayas echado la azúcar común por un tamiz; ya que las moléculas de azúcar son mayores y pesan más. Así como limpiar los fondos de los conos; ya que se queda en ellos casi toda la azúcar, por no haberse movido en el mismo cono todo el mosto contenidos en ellos.

Se tardó en hacer aquella operación de limpieza; ya que cada cono contenía algunos kilos de azúcar. Como para no ir deprisa en sacar toda aquella azúcar del fondo de los conos. Y menos mal, que solamente había echado azúcar a dos conos; que si hecha azúcar a todos los conos, estamos haciendo la limpieza más de una semana, seguidos todos los días: Trabajando día, tarde y noche en esas tareas de limpieza de aquellos grandes conos, como los que yo tenía en la bodega. Para con un trapo húmedo pasarlos a los conos ese trapo y limpiar su exterior; ya que sudan por la fermentación y es causa de acudir a ellos el mosquito, que es el que hace se piquen las heces y con ellas el mosto. El suelo de la bodega lo barrimos y lo fregamos lo mejor que pudimos; pues también pueden acudir los mosquitos a esa especie de viscosidad, que impregna el suelo, una vez que se vierte el vino pitarrero al suelo, por la gran cantidad de azúcar que contienen esos mostos nuevos.

Solamente nos quedaba ducharnos nosotros en conciencia; pues hasta el pelo lo teníamos pegado, no entrando el peine entre ellos.

Al siguiente día de haber descansado nosotros, Sonia y yo, tuvimos que volver a fregar el suelo, por haberse escapado parte del mosto por la boca de un cono. Y es que no se debe llenar hasta la boca los conos de mostos; ya que al fermentar suele escaparse el mosto por la boca de los conos al subir el mosto por culpa de la fermentación.

Cuando salíamos de la bodega nosotros dos, Sonia y yo, nos miramos a los ojos como diciéndonos, algo así, -. ¿Habremos terminado de limpiar la bodega? -.

Sí, si habíamos terminado limpiar la bodega; ya que tuvimos mucho cuidado de que no se llenasen las bocas de heces y de el mosto producido por el estrujón de las uvas, al ser comprimidas todas las uvas en una máquina que las troceaba y las estrujaba en un barreño, para ir echando en los conos, con un cazo enorme el vino en los conos; después de haber separado los granos del mosto: Así salía mejor por la chapina el mosto, después de haberla introducido por el agujero, al poner el tapón de corcho una caña de hinojo, para que no se atascase por las heces.

Eso, que ya se anunció a los ayudantes: -. No bebáis mucho mosto, que contiene gran cantidad de azúcar; al ser mosto nuevo -.

A las dos horas entré en la bodega, viendo a Yolanda que estaba mirando fijamente a una parte del cono donde ella estaba recogiendo en un baño de cerámica el mosto y teniendo cuidado para que no se atascase la salida del mismo mosto. Esta mujer se quiso levantar de donde estaba sentada,

dándose un batacazo en el suelo a todo lo larga que era; pero no fue eso solo: Que Alejandro hizo intenciones de ir para ayudarla, cayéndose encima de su mujer, Yolanda.

Miré a Marcos que estaba más fresco y este me hizo una mueca con la cara para que no me asustase; pues ya había pasado otros años lo mismo, con ellos. Pero cuando me quería ir de ese lugar vi que salían unos pies de entre el cono que estaba más cercano a un rincón: Eran los pies de Custodio, que se sostenía a duras penas de pie; pero no así su mujer Catalina, cayéndose nada más que se levantó.

CUSTODIO -. Nada, Fernando: Todos los años lo mismo. Esto es momentáneo; solamente se queda una franja en la cabeza que le amorra a uno, pasándose enseguida sus efectos. Este vino es puro y muy digestivo.

No dije nada; solamente me limité a mirar los platos de queso y de jamón, como así de lomo, que estaban sin tocar en los platos: No habían comido nada de aquellas buenas viandas, que yo les puse para que pasasen la mañana cómodamente y agradablemente.

El vino de los conos a los tres días estaba envasado en garrafas; teniendo que trasegar el vino, cada tres meses a otra garrafa; pues trasegar, es cambiar el vino de garrafa a otra garrafa. De esta manera, cuando llegó el siguiente año, en otoño, se embotelló dicho vino.

Custodio me había puesto en mi despacho la bandera española; no quitándola yo por tenerla cariño de madre. ¡Así andaba la cosa!.

Estaba muy arraigado el sentido de bandera y patria en aquellos tiempos: Todas las personas la venerábamos a la bandera y queríamos a nuestra patria. No había ser que por pequeño fuese, como así personas mayores, que no sintiese algo por su bandera y su Patria.

La Iglesia y las instituciones sociales eran la causa de inculcarnos en el Espíritu y meternos en el corazón aquellas ideas de amor a nuestra Nación y con ello, todo lo que conlleva ser español. Así como tener que hacer el servicio militar los jóvenes de esta Nación, querida por todos.

El verano se estaba terminando, estaba dando fin el estío de aquel año, en el pueblo; preparándose todas las personas para entrar en el otoño pues ya se veían algunas personas que cambiaban la ropa de verano por la de otoño y aún por la de invierno, hasta comenzaron a ponerse otra clase de calzado más adecuado a temperatura ambiente de aquella estación del año.

Viéndose algunas chimeneas echar humo por su boca, como se suele decir.

Algunas personas decían entre sí -. Son los meses peores para mí, los más aburridos -. Y en parte tenían razón; pues los meses de Octubre y Noviembre son lo meses que más dañan al intelecto humano, hundiéndose en un sistema de depresión psíquica como en ninguna otra etapa del año.

Pero como no llovía e hizo mejor temperatura que otros otoños, se pasaron los dos meses enseguida para las personas de aquel pueblo; al hacer parte de sus vidas fuera de casa, al relacionarse con otras personas.

Metiéndonos pronto en “Manolito chiquito. . .” y así llegó Navidad, con un cierto aire de fiesta y de recogimiento; al oír tantos villancicos cantados por la radio y vistos en las televisiones, en blanco y negro,

Mi hijo se encargó de hacer una representación teatral en el atrio de la Iglesia, componiendo él un bonito villancico.

AMEMOS AL NIÑO JESÚS

(Villancico moderno)

Algarabía llevamos,

Algarabía traemos;

Alegrándole a ese niño,

Queriéndole con deseos.

Recen todos, recen, recen,

Ya que rezo yo también;

Delante de este belén,

Que se ha montado entre preces.

Ole que ole, que ole, que ole,
El niño, sí nace aquí,
En este Mundo de dichas:
Pues con honor se le quiere,
Con gran lealtad y agrado.

ESTRIBILLO -.

Ole que ole, ole, que ole, ole;
Ese gran amor nos da
La excelsa Virgen María.

Amando al niño Jesús,
Sabiendo que es Navidad:
Rezando, cantando en alto,
Anunciando que aquí está.

Al niño Jesús queremos;
Con la gracia y corazón:
Venga, venga esa alegría.

Aquellas navidades fueron las mejores que pasamos en el pueblo, por ver que la economía de nuestras casas se estaba apañando, como se dice en el argot de este pueblo, tan querido por todos nosotros.

No solamente se veía un influjo de economía en las personas del pueblo; sino, que en toda la Nación se veía un floreciente aumento de bienestar social por todo lo alto: Ya que había aumentado el alquiler de las plataformas que los teníamos arrendados a una grande y poderosa Nación, USA.

Aquellos formidables señores, se presentaban con coches de marcas y de lujo, por toda la geografía española; hasta alquilaban los mejores hoteles; queriendo ser todos los nacionales igual que ellos.

No podía ser que todas las personas llegasen a cobrar igual que aquellos aguerridos pilotos de una buena organización militar. Hasta se decía, aludiendo a aquellos señores -. Estás montado en el dólar -.

Nos hacían gestos de fraternidad, para que confiásemos en ellos; y hasta llegaban a gastarse una fortuna en cualquier pueblo donde se encontraban.

La economía de cualquier pueblo, estaba resuelta con la sola presencia de aquellos buenos pilotos; aunque siempre hay alguien que no le gusta lo que a los demás nos encanta: Ya que los comenzaron a llamar Yankee o yanqui; no sabiendo yo con qué sentido se lo decían algunas personas del pueblo. Pero cuando vi algunos señores del pueblo, de las calles más alejadas del

centro, me pude dar cuenta; que aquellos señores lo decían con un sentido despectivo: Como estadounidenses.

Una gracia más nos hicieron, subvencionando parte de la televisión en color; ya que esa técnica era costosísima.

Y, UF!; cuando llegó la televisión en color a todos los pueblos. No se apartaban las personas delante de la televisión: Viendo esos programas tan exquisito que echaba la televisión en aquella fecha, tan señalada.

Habían una diferencia brutal de programas en la televisión en color; pues algunos eran de juegos, otros de ganar mucho dinero, otros de preguntas: Hasta se echaban películas excelentes y toda clase de deportes, encomendados a la segunda cadena de televisión nacional.

Lo que es mejor: Llegó nuevas inversiones de capital a la Nación; algunas de construcción de edificios, otras para la poca industria, que siempre ha habido en la Nación y algunas otras, para que llegasen a las personas de los pueblos. A las personas de a pie.

Todo ese enjambre económico, comenzó a aprenderlo las autoridades Española: Creándose las primeras subvenciones para el campo: Para la agricultura y la ganadería. Que después, tuvieron que ser los promotores, las diferentes Naciones que hay en Europa. Pero la primera Nación que enseñó el camino de las subvenciones, fue Los Estados Unidos del Norte de América. Como así, nos enseñó a comer las comidas ligeras, Como sándwich, perritos calientes y otras clases de alimentos prefabricados, antes

que se sentasen las personas en las mesas de los “Burger” a degustar aquella sabrosa comida.

Ya se veían más televisores en color en algunas casas de los habitantes de aquel pueblo, como también más transistores en las manos de todos los jóvenes del pueblo. Empezaban a ser otros tiempos, otra era económica para la nación; de esta manera desapareció el economito, ya que las personas tenían más capacidad económica que los tiempos pasados.

Yo me limité a cultivar mi vino; potenciando las cepas madres en la viña, con abono para tal fin. Y con una mano de gato, un rastrillo, quitaba la última corteza del tronco de la cepa, para que no anidase allí el sampedito, un coleóptero agresivo a la cepa. Como así también, quitar las hojas que estorbaban al gajo de uva, para que le diese el Sol de lleno y no provocase, en la sombría el mildiu; tan malo para la uva; despuntando los sarmientos para que no chupasen tanto de la sabia ascendente. Y en este trabajo, respetábamos los nidos de perdices que había cerca del tronco de las cepas, sin tocarlo; pues si los tocábamos los aborrecían la madre.

No obstante se curaba la pampa de la cepa, la hoja, con azufre cuproso, espolvoreándolo por encima de ella, y si se podía en el envés de la hoja; que era a donde se criaba el ovo célula dañina a las hojas de la cepa. Así obteníamos una uva sana y un buen vino, a consecuencia de tanto trabajo echado en las cepas de la viña.

También redoblé mis esfuerzos en el pequeño rebaño de ovejas que yo tenía en un redil por la noche y suelto en un vallado a plena luz del día; haciendo unos quesos, que las personas se chupaban los dedos, cuando lo probaban.

Pero como no quise quedarme solamente con las ovejas, compré cuatro vacas de leche; para surtir a las personas del pueblo de aquel exquisito lácteo. Para ello, habilité una construcción en el mismo sitio de las vacas, alzando una habitación, que servía para venta de aquella leche; ya que estaba cerca del pueblo: Llegando todos los habitantes del pueblo para comprar aquella leche pura y bien tratada.

No me olvidé de la huerta, que yo tenía, cerca de los olivos; pues me daba para vender su producto a las personas del pueblo; ayudándome mi mujer Sonia a tales menesteres: Haciendo zanjas para que corriese el agua, sembrando semilleros de tomates y lechugas; para después plantarlas yo en surcos ya hechos por mi mujer con un azadón, y así una gran variedad de productos huertanos. Como también teníamos árboles frutales: Como melocotoneros, perales, ciruelos; todo ese fruto se vendía asiduamente como si fuese rosquillas a las personas del pueblo. Y de paso, al terminar comprar los productos de la huerta aquellas personas, llenaban sus cántaros de agua de un manantial, que había en la huerta; pues aquella agua era potable y fina a la vez.

Lo bueno era, que yo ofrecía algo sin cobrar; cuando iba a comprar los productos de la huerta. Eso era un revulsivo para las personas del pueblo; que un comerciante, ofrezca algo de balde en su local a las personas que se acercan a la tienda para comprar sus productos.

En la lechería, además de leche vendía quesos; dándolos a probar a los clientes con sumo agrado y buen carácter a la vez. Siendo mi mujer, Sonia, la que se encargaba de vender la leche y los quesos; para hablarlos un poco a las personas que venían para adquirir dichos productos de venta.

Ya teníamos nuestra edad; pero si nos quedábamos quietos hubiese sido peor, al no podernos mover en poco tiempo. Aquello lo tomábamos nosotros dos, mi mujer y yo, como un deporte: Sin hacer grandes esfuerzos y cuando nos cansábamos, nos sentábamos.

Por la tarde –noche llegaban a casa los amigos de la infancia, para saborear el vino que los sacábamos, mi mujer y yo. Así como las rodajas de lomo que los ofrecíamos; ya que el queso se guardaba para la venta. También se sacaban, en aquellas tertulias unos buenos tacos de jamón serrano.

De esa manera, se afianzaba cada vez más la amistad que teníamos todos nosotros, siendo amigos de la infancia. Sellando esa amistad, con una buena confianza entre todos nosotros. Y para cerrar el broche de amistad entre todos; decidimos hacer una excursión a un pueblo cercano.

La excursión se decidió hacer a un pueblo que tenía algo que ver, entre monumentos y algunas otras hendiduras en las rocas, que la hicieron en la edad media.

Nada de edad media; esas hendiduras que decían las personas, eran como trincheras hechas en una guerra. Si hasta se veían allí, todavía, los cazos ya oxidados por el tiempo.

Tenía unas galerías al aire, en forma de zigzag, otras escavadas en las rocas que circundaban aquel terreno. Esas eran las que llamaban mayor interés por parte nuestra, la de todos los amigos.

No había otra variante, que mereciese la pena; más que unos huecos hechos en las rocas, para guardar el material, el suministro bélico como cajas de balas y así como avituallamiento de los soldados en la contienda. Aunque está claro: Allí no había ninguna clase de material guardado, como el que yo he numerado, en las fechas que estábamos. Solamente vimos las paredes y su emplazamiento.

En cuando a los monumentos que vimos en ese pueblo; no eran cosa del otro Mundo. Algunas fuentes, algunas pocas estatuas y nada más.

Lo único agradable que vimos, fue un concierto dado de una coral en la Iglesia de ese pueblo; y por la noche fuimos a un teatro, que merecía la pena verse.

Se había montado un buen teatro en el cine de ese pueblo; así que salimos todos los amigos con cara de alegría y de buen gusto, por haber visto la

mejor obra de nuestra vida. Yéndonos, al salir del teatro, a un local donde había un juego, más bien de ganar o perder en el, parte o la totalidad del dinero apostado, en esa mano.

El póker o póquer, era el juego de azahar en que los Ases eran el deseo de todos los que jugaban en esa baza.

Nos fuimos a la fonda a horas avanzadas de la madrugada, cantando y palmeando todos los amigos y el que más cantaba era Custodio, pues llevaba una carga mortífera de etílico, dentro de su cuerpo; haciendo muecas con la cara su mujer, Catalina.

No es, que los demás amigos fuésemos bien; pues no digamos Marcos, que aunque se sostenía de pie, sus piernas no podían ponerse rectas. Cogiéndole a Marcos de la cintura su mujer, Andrea.

Era mala hora para entrar en la fonda aquella noche, tal y como estábamos; así que decidimos agruparnos todos los amigos; entrando en la fonda en tropel, para que la patrona no viese tal espectáculo entre nosotros.

Así como a las doce del mediodía, nos levantamos todos para marcharnos a nuestro queridísimo pueblo; después de haber corrido una juerga en el pueblo que habíamos visitado.

Al llegar al pueblo parecía que todo estaba en orden; pero eso sería en la ficción: Pues un hecho tradicional se había producido en el pueblo. Y nada más saberlo, se nos heló la sangre; ya que el señor cura párroco, se había caído del campanario de la Iglesia, no soportando las heridas causadas por

aquella caída mortal, como la que hizo Don Casimiro la tarde anterior. Mientras nosotros estábamos de parranda y visitando monumentos, en un gran pueblo vecino.

Hasta el señor Obispo celebró la misa, junto con los sacerdotes de los pueblos más cercanos: Entre llantos y lágrimas de los feligreses de aquella Iglesia, o sea: Todos los vecinos del pueblo.

Don Casimiro no era muy lejos de nuestro pueblo; pues había nacido en un pueblo cercano al nuestro: Llevándosele a enterrar a su pueblo, en la tumba de su madre.

En aquel pueblo, quedó el señor Obispo a un sacerdote entrado en edad; esperando que se nombrase un cura párroco, para el regocijo de sus feligreses, que al verle se alegraron fuese tan joven.

Tan joven era, que dio una vuelta enorme al equipo de fútbol; jugando él también, como delantero de nuestro equipo. Entonces fue, cuando nuestro equipo comenzó a sentir los colores que llevaba en la camiseta; ganando a casi todos los contrarios, en la liguilla que organizaba la confederación futbolística de aquella región. Y entre victoria y victoria consiguieron subir a la tercera división nacional: Jugando con los más fieros equipos de media Nación.

Y créanme, que esa media nación se quedó corta para las aspiraciones de nuestro equipo; ya que cada domingo el goal, o el gol average era a favor de nuestros futbolista, que es tanto como decir de nuestro equipo: Llevando

los colores del equipo por todos los campos de esa división: Tercera nacional. Y luciendo palmito, todos los futbolistas confederados en dicho equipo de fútbol.

Un pueblo tan pequeño aspirando a lo mayor, en cuando al fútbol; pero era, que también aspiraba a ser el primer pueblo en cuando a FE y creencias Espirituales; pues el nuevo sacerdote, así nos hacía saber que fuésemos todos a Misa los domingos. Desde la Iglesia se organizaban excursiones a otros pueblos cercanos y de vez en cuando se organizaban a ciudades más distantes al pueblo.

En la lechería, vendíamos de todo; hasta bollos hechos en casa, que era la envidia de otros pueblos, ya que con aquellos bollos se almorzaba estupendamente, al sentar tan bien al que los comía.

Yo esperaba una ocasión, para hablar con mi mujer, Sonia, con respecto a la venta que teníamos en el cobertizo del rebaño de ovejas. Pues allí se vendía de todo; siendo yo el que preparaba la mayoría de las cosas: Tanto en el campo, como en casa.

Aquella ocasión me la proporcionó el cambio de Gobernador Provincial; siendo el mismo que habíamos tenido en fechas atrasadas. Y por consiguiente, nombró Excelentísimo Alcalde a Custodio.

Sentándome muy bien aquel nombramiento; pues ya podía yo hablar con mi mujer, Sonia, con más confianza, de que lo que yo la estaba proponiendo fuese llegar a buen puerto: A ser otra vez el Alcalde del

pueblo, nuestro amigo Custodio, sin que lo molestase a nuestro amigo Custodio, ni hacerle ningún daño en sus funciones como para que no se resintiese la alcaldía.

De esta manera, senté a Sonia frente a mí, una noche en nuestro despacho, viendo la televisión; bajando un poco el sonido de la misma. Y al darse cuenta Sonia, que había bajado el sonido de la televisión, se me quedó mirando con ganas de saber algo de aquel hecho.

FERNANDO -. Teneros que hablar, ¡querida!.

SONIA -. ¡AY!, madre. ¿Es que he hecho yo algo malo?.

Se me escapó una risa sarcástica de mi boca; apreciándola Sonia con mucho reparo, por si yo la tuviese que decir algún reproche. Solamente la eché los brazos por lo alto de los hombros, dándole un beso de amor, como nunca se lo había dado. Iniciando una conversación con mi mujer, Sonia, con todo el cariño del Mundo.

FERNANDO -. Sonia. Somos ya mayores, para llevar solos todas las tareas que tenemos encomendadas nosotros. . . ?. . . ¿Tú qué piensas?.

SONIA -. Lo mismo que tú, Fernando.

FERNANDO -. Te parece bien que traspasemos todo el negocio alguna persona?.

SONIA -. ¡Me parece horroroso!.

FERNANDO -. ¿Y eso?.

SONIA -. Más bien sería contratar a alguna persona para que nos ayudase con tantas tareas como tenemos nosotros.

Me la quedé mirando a Sonia, con el deseo de saber más de su buena opinión; pero como no seguía hablando, la indiqué que tendríamos que reunir a todos los amigos de la infancia; para que lo supiesen todos ellos.

Solamente, Sonia, afirmaba con la cabeza aquello que yo había dicho; de tener que reunir a los amigos de la infancia, para que estuviesen enterados de nuestros proyectos: Ya que ellos tenían hijos e hijas, con edades de trabajar.

Así lo hicimos: Pues un domingo, reunimos a nuestros amigos, para hacerles extensiva nuestra idea: El contratar a una persona joven para que nos ayudase en nuestras tareas.

ANDREA -. Mi hija, está buscando trabajo.

FERNANDO -. Habíamos pensado en ella.

Al tiempo que levantándose de donde estaba sentada Yolanda, exclamaba con voz de desesperación, un trabajo para ella. Yo la hice un gesto con las manos, para que se sentase; dándole toda clase de confianzas con ese gesto

que yo la hice, indicándola que siguiese sentada y confiase en Sonia y en mí. Haciendo caso Yolanda a mi indicación; para comenzar hablar mi mujer Sonia con Yolanda de aquella demanda de trabajo que había lanzado a mi persona.

SONIA -. No te preocupes, querida: Que aquí hay trabajo para dos personas a la vez.

Y así fue, como comenzaron a trabajar la hija de Andrea y la misma amiga de la infancia con nosotros dos: Sonia y yo.

Coincidimos Sonia y yo, que Yolanda llevase los olivos y la huerta, así como los productos al pueblo que los vendíamos; sabiendo nosotros, que a Yolanda la ayudaría su marido Alejandro.

Claro que la empezó ayudar su marido Alejandro a Yolanda; pero un día se vino a casa, la amiga de la infancia, reclamando un incentivo para su marido. De esta manera le tuvimos que dar lo que correspondía a media jornada; pero le hicimos que fuese a vender los productos a otro pueblo, además de donde se vendían, que era en el pueblo más cercano al nuestro.

SONIA -. ¿Sabes lo que te digo?.

FERNANDO -. Tú dirás.

SONIA -. Estamos ampliando nuestro negocio.

Al decirme aquello mi mujer, Sonia; yo me levanté del sillón para coger una carpeta que había en la librería. Y acercándome a Sonia, la di la carpeta para que leyera un contrato de compra-venta que había hecho yo, el día anterior de una buena finca: Donde había bastantes manantiales y dos lagunas hechas a base de cantería, rellenas con tierra.

Como el trabajo era ímprobo, comenzamos a trabajar nosotros dos, Sonia y yo; ya que Yolanda no daba abasto cuidando las huertas y los olivos, pues eran muchos y muy variados sus trabajos. Llevando los quesos y la leche a otro pueblo. . . Y todavía quería yo ampliar mi negocio, vendiendo esos quesos buenísimos y la leche casi pura al pueblo siguiente, un poco más lejano al nuestro. Y era más, que ya estaba vendiendo yo mis productos en dicho pueblo.

Entre productos de huertas, servicios lácteos; como quesos y la propia leche. Así como productos de árboles frutales; higueras, melocotoneros, ciruelas, perales y otro sin fin de árboles, que teníamos sembrados para su huso particular y para su venta. Siendo las almendras un caso a parte; pues estas las vendía en la misma capital de la provincia, en un comercio, que estaba adecuado para su compra.

A la venta de almendras iba yo; pues llenaba la furgoneta de sacos, sonando todas sus tuercas del peso que llevaba; temiendo yo, que también sonase a la vuelta, ya que no podía con tanto dinero como llevaba a casa de

la venta de las almendras. En la venta de las almendras ganaba pingues beneficios; pues se vendían a precio de oro, no pudiendo ir a casa, cuando llegaba de la venta de las almendras, por el dinero que tenía en un saco pequeño; teniendo que irme derecho al banco para ingresar aquel dinero.

Días de bonanzas para mi casa; aunque tuviese que dar unos cuantos jornales a cuenta de haberme ayudado a distribuir mis productos y venderlos.

En el pueblo hice una gran nave, con un letrero bien visible desde todas las calles del pueblo; poniendo su marca que distinguía mis productos; hasta el día que se constituyeron las empresas en todo el territorio de la Nación.

Tenía que hacerme empresario, o dejar de vender mis productos; ya que así me lo exigían las retribuciones de la recaudación.

En ese preciso momento, desapareció la figura del recaudador de impuestos; teniendo que ingresar el dinero en mi banco a cargo de una cuenta ya constituida para tal fin por el Estado Español.

España se abría al resto de todos las Naciones europeas; de tal manera, que comenzó adquiriendo derechos propios en algunos productos.

La prosperidad y el bienestar de las personas lo decían a voces; ya que entre electrodomésticos, coches, casas nuevas, correr del dinero y muchos puestos de trabajos se asomaba tímidamente al bolsillo y a la cartera de todos los españoles. De tal manera, que yo me veía imposibilitado para llevar mi negocio solo, sin ninguna ayuda contable, que llevase mi

contaduría a buen fin. No sabiendo quién me podría ayudar en las cuentas de mi empresa; hasta que por fin encontré, en la Capital de la Provincia a un señor experto en cuentas.

Yo no tenía mucha fe, de que mis cuentas saliesen bien: O por lo menos, no creía que alguien supiese echar tantas cuentas individuales, como hacía falta en mi negocio. Así que un mediodía, estando merendando mi mujer y yo, la hablé con el corazón en las manos, como se suele decir, y con el cerebro.

FERNANDO -. Sonia. ¿No te da a ti un poco de recelo, que llevemos tantas cuentas?.

SONIA -. ¡AH!, no. ¿Qué quieres decir?: ¡Dímelo!.

FERNANDO -. Que ya no tenemos la edad, para seguir jugando; pues esto es un juego para los jóvenes; no para nosotros.

SONIA -. Comprendo que la ilusión es el principal factor para llevar una actividad a cabo: Pero también juega ese gusanillo, que todas las personas tienen dentro de sí; indicándolas, que deben seguir con su voluntad y no sesgarla por un miedo repentino.

Tenía razón mi mujer Sonia; pues si a nosotros nos faltaba esa juventud, que siempre piensa en el infinito, a base de imaginación e impulsos: Nosotros suplíamos esa imaginación, contratando a personas jóvenes para

que nos ayudase a la llevanza de la cuentas; así como a portar nuestros productos de un pueblo a otro. No siendo impedimento, el saber que nosotros, ya no éramos lo bastante jóvenes como para sostener una actividad empresarial, en el ranking de la economía española y la demás naciones.

Se construyó una oficina en las traseras de la nave, donde se vendía la leche y otros productos alimenticios, más bien para los contables y el grupo jurista que venía una vez a la semana, al ser una agencia de asesoramiento jurídico, tributario y de llevanza a los obreros en sus cuentas sobre el fisco. Así, con una vez a la semana, llegaba un notario de un pueblo cercano; siendo nuevo aquel notario en el pueblo, ayudando a las personas del pueblo en sus menesteres.

Tal fama alcanzó aquella oficina; que se los veía llegar, a las personas, desde otros pueblos cercanos; no teniendo ningún aparcamiento libre cerca de la oficina: Ya que yo me había encargado de que se hiciese bastantes aparcamientos alrededor de la oficina: Valiendo solamente lo que estaban frente a la oficina, pues los otros aparcamientos se clausuraron por orden de la autoridad competente de aquel pueblo, al no ser fiable su posición para que se viese quién había allí, o quién estaba montado en el coche.

A mí se me ocurrió volver hacer testamento a favor de nuestros hijos; ya que lo que se hace en una oficina Notarial, llega a formar parte de todos los testamentos que se hacen en todas las oficinas notariales de España: Por

estar centralizado toda la documentación en un edificio, en Madrid. Teniéndose que pedir dicha notificación a Madrid, para que le mandase a la persona que lo pedía dichos documentos. Había ampliado la actividad de la empresa y por consiguiente se había duplicado su valor como empresa, al tener más subsistencia física y económica y a engordar más la cartera de beneficios.

Sí; porque los gastos eran pocos, por no decir ínfimos; ya que los jornales y las pagas dadas a mis ayudantes eran de poca monta: Pues el montante empleado para pagar sueldos, eran ínfimo en aquellas fechas.

Si a una persona que se la pagase cinco pesetas, ya era un verdadero jornal en aquella fecha; en donde todo se compraba por una perra chica o por una perra gorda: Cinco o diez céntimos. No digamos nada, si lo que se compra llega al real: Aquello era una excepción y un verdadero derroche en la economía de una persona o de una casa familiar. Y como la perra gorda constaba de diez céntimos y la perra chica de cinco céntimos; se veía claro, que dos perras gordas y una chica formaban un real de pesetas, y la peseta de cuatro reales.

El que tenía una peseta, tenía un gran capital; y no digamos nada, si esa persona se hacía de cinco pesetas: Ya era capitalista. Sí, porque los billetes de cien pesetas a penas se veían; pero circulaban, de mano en mano más que los billetes de quinientas: No diciendo nada de los billetes de mil peseta: Esos ya no se veían circular en el cauce económico de las personas

de a pie. Ni los bancos los tenían; pues si alguna persona quería comprar una finca, tenía que ir tres días antes al banco, para que se los proveyesen esos billetes de mil pesetas.

Pero sí, claro que se veían; se veían en manos de otras personas, que no en las nuestras, los billetes de mil pesetas. Tenía que existir una moneda o billete que facialmente pusiera tal cantidad de dinero, para dar más valor al mercado español.

“Una, dos y tres, tres vianderillos en el redondel”. Pero, ni una, ni dos, ni tres céntimos tenían algunas personas en aquel tiempo en el bolsillo; teniendo que salir para pedir subsistencias de puerta en puerta, en todo el pueblo. Acción Católica. Que en aquellos tiempos, era como una ONG de las de ahora; asidua a la Iglesia católica, apostólica y romana, pero con la suficiente capacidad de obrar por sí sola. Llevada por laicos. Hasta que Juan Pablo II se metió con la Acción Católica italiana; siendo hoy día, la que reina en la Nación de España, es Caritas Diocesanas. Creo haber contado los hechos, no el por qué.

Abriéndose una nueva etapa, para ayudar al necesitado, con una especie de ONG dentro de la Iglesia católica, apostólica y romana. Llevando toda clase de ayuda a los necesitados, allí donde estuviesen; como ayudando a pasar la enfermedad a cada persona que está enferma, abatida en su cama y yacente: Ofreciéndola esa conformidad, que una persona siente, cuando recibe a Dios tomando una Ostia consagrada. No teniendo más parangón en

la historia, que unos rezos y unas ayudas económicas de alimentos y del buen estar entre la sociedad. Que Dios las ayude a llevar a cavo su Grandeza Celestial. Así como a cualquier otra ONG constituida en la grandeza Divina; dentro de las múltiples religiones que hay en la Tierra.

En ese mismo tiempo, se comenzó hacer exámenes para todas clases de oposiciones; ya que no había habido tanta plaza para ocupar como en esas fechas. En aquellas oposiciones no había limitación de edad; por lo menos en la que yo había leído. Siendo una llamada a todas las generaciones de personas en la Nación española. En otras oposiciones la edad de comienzo era de dieciocho años, con un límite de edad preestablecido.

Como no hay una sin dos; presenté la matrícula para tal oposición, admitiéndome en la lista de conformes.

¡UF!: Cuando se enteró mi mujer Sonia, que yo me presentaba a una oposición, como funcionario, la tuve que explicar, que no era como funcionario; más bien como personal laboral a cargo de la conservación de un edificio y de sus muebles, también como persona de carga y descarga en mi puesto de trabajo.

SONIA -. ¿Qué vas a descargar tú?: Si tienes una edad, como para quedarte quieto.

FERNANDO -. Así ganamos un dinero adicional para nuestra casa.

SONIA -. ¡Anda!, que has dicho; para nuestra subsistencia.

No, no había dicho para nuestra subsistencia; pero ese dinero ayudaba a pagar los gastos de la luz, el agua, algún puesto de trabajo en nuestra querida empresa. Intentando convencerme mi mujer, Sonia, de que no me presentase a tal oposición; ya que yo no sabía ni clavar un clavo en la pared.

Desde luego, no había quién me quitase la idea de presentarme a dicha oposición, dentro de la administración española. Por consiguiente, llegó el día del examen; no viéndolo yo muy claro, al ver algunas pruebas de fuerzas y otras de cómo nos manejábamos con pinturas, limas, y material de limpieza en las oficinas.

Eso sí, me tuve que bajar los pantalones en la revisión médica; para saber aquellos galenos, que yo no estaba herniado; Y mucho menos, cuando en vez de un saco de arena lleno, me eché a las espaldas dos sacos de arena.

Suerte, mucha suerte tuve yo; cuando supe que se me había dirigido al Ministerio de Cultura y enseñanza: Habiendo una plaza libre en mi pueblo, en las escuelas de mis hijos.

Mis hijos esperaban en una fecha a un señor de conservación; ya que estaban desperfectonadas algunas puertas del interior de las clases.

Ese mismo día que mis hijos esperaban al personal de conservación, llamé yo a la puerta del aula de mi hijo; abriéndome él, para alegrarse al verme, diciéndome que estaba esperando a un señor que ocuparía la plaza como

personal de conservación. Y ¡UF!; cuando le dije yo que ese señor era mi misma persona, presentándole mi credencial; pues me había presentado a la oposición, habiéndola aprobado y destinado a dicho centro educativo.

Mi hijo llamó a sus hermanas, todo él asustado: Llegando sus hermanas al tiempo que mí hijo las decía -. He aquí, al personal de conservación -. Haciendo mis hijas mueca con la cara de no creérselo.

Entre, -. ¡No fastidies!, u otra cosa menos exquisita; como, ya puedes tú arreglar las puertas. Eso se lo decía mi hija mayor a su hermano.

A los pocos días llegó un inspector observando las aulas y todos los muebles; y menos mal, que me había ayudado el chico, que si no, no sé qué hubiese sido. Sí, si se veían los muebles bien apañados y las puertas arregladas; pero como debía tener una actividad pública, dicho inspector se fue a donde yo había puesto que tenía una carpintería.

Como la visita del inspector se anunciaba el día antes; yo le hice serrar algunas maderas y limar otras al chico, con mucho empeño; para que se viese las virutas y el aserrín en el suelo, como que tenía yo una actividad cara al público.

Me hice vendar una mano, como que estaba lesionado, ayudándome el Médico que teníamos en el pueblo al pasar por la carpintería, al preguntarme por la mano. Y no a gusto con lo que yo le dije, me hizo quitarme la venda para ver cómo iba mi mano: Y claro que estaba hinchada; ya que yo me había puesto una moneda de duro en la mano bien

fuertemente atada. Al verlo el señor inspector se le dejó escapar unas palabras de su boca diciendo -. Está hinchada -. ¡Pues claro que estaba hinchada!: Mi mano se encontraba hinchada, de tal manera que se veía a simple vista.

Al irse el Médico, llegó a la carpintería Andrea para que la hiciese una mesa para el brasero o sea, una camilla. Y como todo estaba preparado de antemano con mis amigo de la infancia y con el chico que me ayudaba, yo la pregunté por las medidas que quería para la camilla, que serían unos ochenta centímetros de largo y cuarenta centímetros de radio; así como si quería una tarima para sostener el brasero; diciéndome esta señora, que eran perfectas dichas medidas y que también quería la tarima.

Al salir Andrea de la carpintería, llegó Yolanda preguntándome por su cómoda y al decirla que ya estaba totalmente terminada, me pidió el favor que se la llevase a casa.

Como yo tenía una mula enganchada a un carro, me ayudaron todos para poner bien la cómoda encima del carro. También ayudó el señor inspector, que al ver me iba con el carro a casa de Yolanda, se despidió de mí, con mucho respeto, limpiándose el aserrín y las virutas que tenía en los zapatos. Desde luego yo me sentía primoroso; pues de verdad, que las puertas de las aulas en la escuela estaban totalmente arregladas; así como las puertas de la vivienda y los lavabos de los escolares; ya que se veían en ellos algunos azulejos puestos como nuevos. Allí se veía mano de obra echada en pocos

días; eso fue el revulsivo que dio pie para que yo me lo tomase en serio y me gustase dicha profesión como personal de mantenimiento en las escuelas. Poniéndome, enseguida, a pintar todas las puertas de las escuelas, quedándose como nuevas.

Pero aunque me había dado ese gustillo de querer valerme por sí sólo; no podía hacerlo, ya que sin el chico mañoso, me veía incapacitado al no saber manejar las herramientas. Y hasta que no aprendí, no tomé yo ninguna clase de decisión a solas.

Aprendí cómo se quita una puerta o ventana para luego ponerla, aprendí como se ponen los pernios de las puertas y los ajustes que hay que hacer para ello, aprendí a chapar. Buenamente, algunos arreglos que se veían entre los azulejos y a solar los pisos, como revocar la pared con mezcla para que esté más bella y no se vean los ladrillos y otros sinfines más de aplicaciones a mi trabajo encomendado en las escuelas. Así como usar la plomada y el nivel para poner baldosas en el suelo.

Parecía que no, pero era que sí; que sí había ganado al emplearme en dicho trabajo, como personal de mantenimiento. Ya que lo que ganaba, se unía lo que sacaba yo por la actividad agrícola; pudiendo emplear al chico que me ayudaba en mi trabajo de mantenimiento.

Pero si echaba un vistazo a mi alrededor, veía muchas lagunas sin resolver en aquellas nobles y humildes personas; trabajando en el campo, ya que no había otra cosa, desde que amanecía hasta bien entrada la noche. Su trabajo

lo hacían con mucha dignidad y conciencia; no abriendo la boda para nada y sin decir las penalidades que estaban pasando en casa, para sacar a los suyos, a sus hijos hacía adelante en la vida.

Yo sabía, que estaba entre penalidades rodeado; por eso, me tenía que guardar y no dar a entender lo que yo ganaba. Y si lo ganaba, era con mi trabajo y esfuerzos personales: No pudiendo dormir algunos días, por tener que asistir a un parto de vaca o de oveja; así como levantándome antes del amanecer, fuese verano o fuese invierno, para ayudar a Yolanda en las tareas agrícolas; pues un jornal más, sería sacar los números rojos en dichas tareas del campo: Ya fuesen los olivos, como la huerta y así las viñas.

El vino, aquel año, había bajado de precio; ya no se sacaba tanto vino, por ser las cepas viejas: Pero sí daban un mosto, que muchos lo quisieran haber probado. Las cepas viejas dan mejor vino que las nuevas: Con más fuerza y más cuerpo, siendo la madre de todo; dejando un poso en la botella que es donde está la esencia.

Si alguien llegaba a mi puerta pidiendo que le ayudase, nunca se iba ninguna persona sin ser ayudada. La daba lo que podía, pensando si a caso me hubiese pasado a mí. Así, que daba todo lo que yo podía a las personas menos pudientes; y pensando, también, en mis hijos: Pues si yo los viese necesitados, me agobiaría.

Ese pensamiento, me dio hincapié para llegarme a la Iglesia y rezar por todas las personas del Mundo: Para que sean más buenas y nobles a la vez,

no teniendo ninguna clase de envidia, los unos a los otros; ayudándose mutuamente, como si todos fuésemos hermanos. Ya que estamos en la Tierra como nobles personas y creyentes feligreses.

Nunca creí, que un amigo mío de la infancia me pudiera pedir ayuda para su subsistencia personal y para la de sus hijos. Era Marcos; que me llegaba muy apurado, por tener un préstamo que no podía hacer frente a él.

Yo me levanté del sillón, donde estaba sentado y me fui a sentar en el sillón del escritorio; echando cuentas y cuentas, para hallar una partida como despistada en la venta de la lana de las ovejas; pues aquella se había vendido a un pellejero que había venido al pueblo comprando lana y pieles de oveja. Refiriéndome al cuero de las ovejas, más bien seco.

FERNANDO -. Marcos: ¿Cuántas cuotas te faltan para pagar el préstamo?.

MARCOS -. Me faltan tres.

FERNANDO -. Yo te las pagaré.

MARCOS -. Yo te iré dando el dinero, cuando pueda.

FERNANDO -. Eso; cuando puedas. Y no digas nada de esto.

MARCOS -. No te preocupes, Fernando; que de mi boca no saldrá nada.

Así se quedó apalabrado, de que Marcos no dijese ni una sola palabra del pago de las cuotas que le faltaban para pagar el préstamo al banco; saliendo

de mí casa Marcos más alegres que unas castañuelas: Pues él sabía que el préstamo lo tenía ya pagado.

Yo quedé enteramente complacido, por haber hecho un bien a un amigo de la infancia; saliendo aquella mañana de casa para dar un paseo hasta la lechería. Quería saber si se habían empezado hacer los nuevos quesos, para cuando llegasen las fiestas poderlos vender a buen precio en todo el pueblo y en los pueblos más cercano al nuestro.

Al entrar en la quesería, vi un gran manejo en ella; ya que Andrea tenía organizado un buen trabajo a sus ayudantes: pero estaba todo despilfarrado por el suelo. Se había vertido parte de la leche, los soplillos de esparto estaban en el mismo suelo y hasta los trapos de secado los tenían, algunos encima de donde se trabajaba el queso y otros en el suelo.

No me pude callar: Llamando a parte a Andrea, para decirle lo que yo sentía al ver aquel desorden en el trabajo de la quesería.

FERNANDO -. Ven aquí, Andrea.

Llevándola a un sitio reservado, para poderla hablar; la hablé con el corazón en las manos.

ANDREA -. ¿Me tienes que decir algo?, Fernando.

FERNANDO -. Pues claro que te tengo que decir algo.

ANDREA -. Tú dirás.

FERNADO -. ¿Qué te parece si entra alguien, para comprar un queso?.

Qué pensaría de momento si ve este desorden que tienes organizado en la quesería. Se iría de inmediato, sin haber comprado ningún queso; llevándose una idea fatal de tu trabajo.

Otro escollo tuve, cuando salí al redil; pues estaban las ovejas en él metidas; sin haberlas sacado al campo para que pastasen. Las abrí la puerta del redil, saliendo el carnero como si le hubiesen pinchado en la piel con un alfiler. Corría hacia el campo, saltando las peñas como si fuese una cabra montesa.

Aquellas oveja tenían necesidades de pastar y estar en el campo; e inclusive, de revolcarse por la tierra para quitarse los parásitos de la lana.

Me fui derecho a la quesería, diciéndola a Andrea, lo mucho que se habían alegrado las ovejas que yo las sacase a pastar por el campo.

ANDREA -. No se puede hacer todo a la vez.

FERNANDO -. Pues es poca cosa: Abrir la puerta del redil y nada más.

Así me expresaba yo delante de Andrea, que quedándose cohibida la salían sendas lágrimas de los ojos. Y al ver yo que Andrea estaba con los nervios retraídos, la quise calmar en su estado anímico; para que siguiese confiando

en ella. No pudiendo retenerme más en dicho sitio; pues a mí también se me encogió el corazón, al ver de esa manera a Andrea.

Mi hija mayor era la que estaba al frente de las escuelas; teniéndola yo que pedir permiso para faltar el sábado; ya que teníamos todos los amigos una reunión en un sitio, cerca del último olivar que yo había comprado.

No la dije más; pues con un -. Me tengo que ausentar del pueblo el sábado; de modo que tú ya lo sabes, hija -.

Mirando mi hija mayor para las puertas de la única dependencia que había, me dijo algo así, como -. Papá. ¿Y si llega el inspector, le digo que has dejado tu trabajo para irte de caldereta?: No ves, que lo que yo quiero es, que sigas en ese puesto de trabajo toda la vida -. Así se expresaba mi hija mayor, como vigilante empedernida de las escuelas; teniendo una forma y unos hechos, a los que su madre y yo la habíamos inculcado: Fe en sí misma, no abandonando el puesto de trabajo por nadie, ni para nada y siendo cumplidora con lo que se la mande hacer, por parte de sus superiores.

Mi hija mayor, era muy resistente en su trabajo; no existía ni día ni noche para ella, si acaso tuviese que hacer una tarea extra, encomendada a su persona.

Y he amé aquí, pintando las puertas de la residencia en las escuelas, aquel día; mientras mis amigos de la infancia estaban de caldereta en el olivar último que yo había comprado.

A la hora de salir me despedí de mi hija mayor; deseándome que me fuese bien y me divirtiese mucho; mirando a las puertas de entrada de la estancia de las escuelas, viéndolas completamente limpias y bien pintadas. No dando crédito alguno a lo que estaba viendo. Y echándome una mirada de cariño, se levantó para darme un beso de hija, por lo bien que había hecho yo mi trabajo, en aquel día.

¡UF!; cuando llegué a donde se encontraban mis amigos de la infancia: Eso fue un derroche de alegría, por parte de mis amigos y de la mía. Llegué a punto de la merienda. Estaban repartiendo la carne y las patatas en los platos; así que a mí me sacaron un plato dándome parte de la carne y de las patatas, de aquella deliciosa caldereta, que habían hecho ellos.

Comimos, brindamos y cantamos todo a coro; habiendo alguno de ellos que se arrancó por un fandango. Pero cuando terminamos de merendar, fregamos los platos y los vasos; para más tarde jugar una partida de mus, en aquel olivar, tan fresco y con tan buena agua, como tenía la fuente que manaba allí mismo.

Saliendo al centro de donde habíamos puesto el tajo, Yolanda; para decirnos algo que nos sorprendió, por la manera de decirlo.

YOLANDA -. A mí no me quedéis basura en el olivar; que luego la tengo que limpiar yo, a base de brazos y de fuerza.

Nos miramos todos a una; como queriéndonos decir, que nadie tirase nada al suelo: Y si es, que se le cayese algo al suelo, lo recogiese apresuradamente para que no se viese basura alguna. Así quedó el lugar donde comimos, más limpio que el jaspe. Siendo inspeccionado, aquel sitio por Yolanda con mucho interés, antes de marcharnos de allí.

Yo me quedé con Yolanda, preparando la estancia de la pequeña casa que tenía aquel olivar: Limpiándola y fregando su suelo a conciencia. Pero cuando habíamos terminado de limpiar toda la nave de aquella casa, se me vino hacia mí Yolanda, con cara de querer decirme algo. Yo me aterí, sintiendo un frío horroroso por todo el cuerpo; y máxime, cuando tenía cerca de mí a la amiga de mi infancia: Yolanda.

Me hice para atrás, sintiendo un bochorno enorme: Estando a punto de salir corriendo, pero me faltó el valor para hacerlo. Poniendo las manos hacia delante, para decirle algún vocablo neutro, según yo.

FERNANDO -. (Con cara desencajada). ¡NO!.

YOLANDA -. ¡Sí!.

Y abriendo las piernas, echo allí mismo un chorro de orina como nunca había visto yo, desechar de su vejiga tanto líquido.

FERNANDO -. ¿Cuántas cervezas has bebido?, Yolanda.

YOLANDA -. Me parece que bastantes.

FERNANDO -. Ya lo veo.

Como se había remangado la bata, enseñando sus piernas, yo estaba hecho un mulo delante de ella. Viéndome en esa posición Yolanda, no lo pudo resistir; lanzándose hacia mí y dándome un empujón, me cayó en un camastro de jerga, que había allí mismo. . .

Cuando me pude levantar y me estaba abrochando el pantalón, me decía Yolanda, algo así como.

YOLANDA -. ¡Chico!; como nunca.

Se bajó la bata y yo me puse bien el pantalón, mirándonos frente a frente; recordando la escena que habíamos montado minutos antes.

Salí corriendo de aquella pequeña casa, de una sola nave; queriendo irme al pueblo, pero como mi mujer Sonia, se había llevado el coche, solamente quedaba el de Yolanda. Así que la tuve que esperar, para que se pusiera bien, se recogiese el pelo y pareciese una mujer de su casa; pues yo no estaba para andar tanto a pie. Montándome en el coche de Yolanda, no quedándose quieta esta mujer, ni cuando iba conduciendo el coche; ya que cada vez que iba a cambiar de marcha, la única palanca de cambio que encontraba era el mío. Dándonos un susto enorme, una vez que miró para

abajo, cuando fue a cambiar de marcha; pues montó la rueda de adelante en una piedra dando un salto: Y como Yolanda no estaba ducha en dominar el coche, este se quiso salir de la carretera. Y así hubiese sido, si no hubiese estado atenta para doblar un poco el volante, acelerando el coche.

FERNANDO -. Mira hacia delante, Yolanda.

YOLANDA -. Eso hago.

FERNANDO -. ¡Qué vas hacerlo!.

YOLANDA -. Quiero saber, qué llevas ahí: Si parece que es el astil de un pico. . . ? . . .

Yo me ruboricé, no consiguiendo Yolanda ruborizarse para nada; parecía que aquella mujer era mi familia. Teniendo la culpa de conocernos hacía bastantes años; así que Yolanda lo tomaba tan normal portarse de esa manera conmigo.

¡Bueno!: Ya sabíamos el uno del otro. ¿Y ahora qué?: Que de ¡qué!; de nada. Eso era para mí aquel acto que habíamos hecho en aquella hora fatídica de ser amante de mi amiga de la infancia.

Llegué a casa con más vergüenza en la cara, que un niño cuando hace algo malo; notándomelo mi mujer, Sonia. Sin preguntarme tan siquiera por ello; ya que ella me quería dar suma confianza; para que yo siguiese creyendo en ella y ella en mí. No siendo impedimento, el color con el que yo había

llegado a casa para mi mujer, Sonia. Sin prueba fehaciente, no había delito para ella, para mi mujer Sonia: Aunque ella se lo imaginaba, lo que había pasado en el olivar; cuando nos quedó solos a Yolanda y a mí, sin nadie que nos vigilase. Por lo tanto, no tenía ninguna clase de saber, si el color rosado era por el esfuerzo que yo hice en el olivar al retirar tanta basura como se había echado en el suelo aquel día, o por haberme tomado los posos de cada botella, que había encima de la mesa, donde merendamos.

Me salvó esto último; ya que sí iba oliendo a alcohol aquel día; pues después de recoger las botellas para tirarlas; antes las desocupamos en vasos, bebiendo su contenido, Yolanda y yo.

Acercándose a mí Sonia con mucho esmero y cariño; para darme ánimos y confianzas a mi persona; no diciendo más que lo que se podía decir.

SONIA -. ¿Qué te pasa?, cariño.

FERNANDO -. (Titubeando). A mí nada: No sé por qué me tiene que pasar a mí algo.

SONIA -, (Haciéndome una caricia con la mano en la barbilla). Que te has bebido todo el mosto que quedaba en el culo de cada botella. . . ¿Verdad?, cariño.

FERNANDO -. Verdad.

Así afirmaba yo lo que había hecho, en realidad; que era, beberme el culo de lo que había quedado en cada botella; una vez que se habían marchado todos del olivar. Ya que, no sabía ni lo que hacía cerca de Yolanda. Y sobre todo, cuando esta mujer me miraba fijamente a la cara y con deseos carnales. De tal manera que se complació con atosigarme a mí; humillándome en mi moral y en mi manera de ser. No diciéndoselo esto a mi mujer, Sonia.

Llegando el domingo, para poder salir con los amigos de la infancia a un buen bar; recreándonos en sus dependencias, tomándonos un refresco y hablando de nuestras cosas; como también, del fútbol: Pues tuvimos que separar a Marcos y a Alejandro, por motivos de no saber quién ganaba los partidos de fútbol, si eran los árbitros o el buen fútbol que hacía ese equipo; siempre ganador en toda contienda. Y si era siempre ganador; más seguro que lo estaba haciendo bien y tenía a los mejores futbolistas, de entre toda la contienda.

Aquella noche pasé más vergüenza que nunca; ya que todas las personas que estaban en aquel establecimiento, nos miraban como a cosa rara.

Al salir del bar, mi mujer me comenzó hablar; una vez que nos vimos solos, yendo a casa.

SONIA -. Habrá que separar a nuestros dos amigos: A Marcos y a Alejandro.

FERNANDO -. No, ¡para qué!. Si la van a liar, la lían con nosotros y sin nosotros.

SONIA -. (Pensando un rato). Pues tienes razón.

FERNANDO -. Y tanta.

De esta manera quedó sentada, de que no separásemos a nuestros amigos; ya que, en todo momento no irían hablar de fútbol. Llegando a casa, mi culpabilidad infinita: Por no haber intervenido en aquella contienda de palabras, entre los dos amigos.

Aquella noche no podíamos dormir ninguno de los dos, Sonia y yo; pensando si tal vez hubiese pasado algo malo a alguno de nuestros dos amigos, al acalorarse tanto el otro amigo. Levantándonos los dos, Sonia y yo de la cama, para ir al Walter. Y una vez que nos cruzamos, me dijo algo Sonia, como que Marcos llevaba la razón; ya que al equipo que él se refería, era buen equipo.

Aquella noche no pude dormir; pues avalaba Sonia al equipo contrario del mío; cogiendo una manta y mi almohada, para irme a poner bien en el sofá que teníamos en el salón de la casa.

Oyendo al poco tiempo de estar allí, unos pasos que se dirigían donde yo me encontraba: Durmiendo en el sofá de la casa.

SONIA -. ¡Vamos!, Fernando: Eres como un chiquillo.

FERNANDO -. Ahora, arréglalo.

SONIA -. (Como con apuros). No he querido decir eso: Ha sido más bien, un apunte sobre tu comportamiento.

¡Qué comportamiento!, ni nada. Ya que yo no había dicho ni una sola palabra al respecto; viniéndome a dormir al salón de la casa, en el sofá.

Me erguí en el sofá del salón, para decirle alguna cosa a mi mujer, Sonia; pero al poco tiempo decliné hacerlo, ya que no iba a saber qué la decía yo.

Al tiempo que se iba Sonia a nuestra habitación, me invitaba para que yo la siguiese; no queriéndola hacer caso para nada: Ya que la afición que yo tenía y sentía por mi equipo de fútbol, era mucha y con mucha fuerza en mi Alma metida.

Si yo sentía afición por mi equipo de fútbol, no menos sentía mi mujer, Sonia, de afecto para mi persona; pues nada más despertarme tenía encima de la mesa el desayuno.

Me incorporé en el sofá, cuando comencé a oler ese tufillo que dejaba, en el medio ambiente, el café que me tenía preparado Sonia en una taza. Un café puro y limpio como ninguno; ya que no había en la taza posos de ese café tan puro, como el que yo tomaba aquella mañana.

Le asistía al café, una bandeja de magdalenas, un plato de tostadas y al pie de dicho plato había mantequilla, manteca y miel de ocalitos.

Cogí una tostada y la impregné en mantequilla, echando por encima un chorreón de miel; para toármela con aquel café que olía a Gloria. No quise tomar más; ya que el día anterior no había hecho gimnasia, ni bicicleta alguna: Siendo contraproducente tomar un gran desayuno aquel día, cuando la merienda iba a ser copiosa, en toda su extensión, al conocer yo a mi mujer Sonia, y así fue. Esa abundancia de comida no me hacía a mí ningún bien; ya que estaba un poco tocado por mi afición a un equipo de fútbol.

Efectivamente, esa inquietud que yo tenía dentro de mí, me hizo que no hiciese bien la digestión, al estar totalmente preocupado y al no masticar bien: Ya que me comí la tostada, casi sin masticar; bebiéndome el café, no a sorbo, más bien de dos tragos, sin paladear ese sabor, que te da los granos del cafeto molido.

Pues claro que sí; sí me había sentado mal el desayuno al tragar como un energúmeno. Por así decir. Devoré los alimentos del desayuno, en vez de masticarlos. Envueltos en la saliva, para saborear todos sus componentes de aquellos manjares, tan buenísimos que me había puesto mi mujer, Sonia, encima de la mesa.

Aquella mañana salí a la calle con idea de dar un paseo por el campo; y así lo hice. No me acompañaba nadie en aquella hora tan temprana: Eso creía yo; pues al mirar para atrás venía siguiéndome mi perrita “graciosa”. Pues se llamaba así, por estar siempre alegre y enseñando los dientes en son de amistad y afectos a todas las personas que la hacían una caricia.

Como en una vaguada, de entre aquellos cerros, olía mal: Yo tiré una piedra para que mi perrita Graciosa, fuese a por ella; parándose en el mismo lugar que había caído la piedra. Mirándome de frente, para después mirar a una hondonada que había en la vaguada.

Yo me quedé sin saber qué hacer, ni dónde ir; pues al parecer allí había pasado algo y no bueno. Pero armándome de valor, llegué donde se encontraba mi perrita Graciosa, viendo un cuerpo inerte en la hondonada de aquella vaguada.

Bajé por el lado donde tenía la cara vuelta aquella mujer, comprobando que se trataba de la madre de Yolanda. Estaba todo lo larga que era, en una pequeña profundidad que había en la vaguada. Y no solamente al parecer, que sí se veía que estaba muerta; existiendo, cerca de ella, un cesto lleno de nabos y rábanos, así como una garrafa de aceite, de la prensa que yo tenía en el olivar.

El aceite no me despistó, pero los nabos y rábanos me desarbolaron los sentidos; pues no era el tiempo en que se criase dichos productos huertanos. Como aquel día no estaba su hija, Yolanda, en las tareas de los olivos; ya que se encontraba en la lechería: Yo cogí la cesta y la garrafa de aceite, llevándomelos al cobertizo que había detrás de la lechería; para que no creyera nadie que dicha señora los había sustraído de la huerta y de la casa que había entre los olivos.

Sin decir nada a nadie, me fui a buscar al Sargento de la Guardia Civil, levantando acta, de tal hallazgo el mismo Sargento, entregándosela a un guardia para que lo hiciese él mismo, según como mi Sargento ponía en aquella cuartilla de papel: pues se veía que aquel guardia era novato en los servicios, no estando muy ducho en levantar actas algunas.

Como dijo el sargento, debía venir del olivar; según estaba caída de bruces sobre el suelo en la hondonada de la vaguada. Parecía lógico el argumento que dio mi sargento; pues si hubiese ido en contra, la cara y todo el cuerpo la tuviese mirando hacia el olivar, en vez de hacia el pueblo.

El sepelio se hizo al siguiente día por la mañana; dándola el pésame a Yolanda todo el pueblo y lo amigos de la infancia: Por supuesto, nosotros la dimos el pésame dentro de la Iglesia, Sonia y yo. No yendo a su casa, para cumplimentar aquel pésame, hasta tres días más tarde; ya que ese mismo día tendrían que dormir un poco, para formalizar papeleos a los siguientes días, que se produjo el ovito inesperado de la madre de Yolanda.

Nos abrió la puerta Alejandro, alargándole la mano para saludarle, le deseamos paciencia; para llegar al salón de la casa, que era donde se encontraba Yolanda totalmente abatida. Deseándola. También, paciencia y muchos rezos por el Alma de su madre muerta; así como alguna Misa dicha para su madre en la Iglesia del pueblo. Haciéndola ver, lo bien que se portó el cura nuevo; pues ese sacerdote era listo y se asociaba a todas las personas por igual.

Para no hurgar en la herida, al cuarto de hora de estar con los amigos Alejandro y Yolanda, nos despedimos de ellos: No sin antes desearla, a la madre de Yolanda, un descanso eterno y bien ganado en la otra vida; al hacer el bien a todas las personas que se relacionaba con ellas y al ser una mujer cabal, con el pensamiento, siempre, puesto en Dios.

Y con un “Dios la tendrá en su Gloria”, salimos de la casa de Yolanda; con el semblante terso y el Alma compungida, por ver a nuestra amiga con mucho sufrimiento.

Pronto la pasó a Sonia la pena por la madre de Yolanda: Al preguntarme algo, que me quedó helado.

SONIA -. Al recibirte, te quiso dar un beso.

FERNANDO -. Es lo más normal, en estos casos.

SONIA -. Sí: Pero en la boca.

Yo miré a Sonia con cara de incredibilidad; pero sabiendo que mi mujer tenía razón en lo que había dicho: Ya que al verme Yolanda, se levantó de su asiento, yendo hacia mí con la idea de darme un beso en la cara. Y menos mal, que yo retiré la cara a tiempo; porque si no, me da un buen beso en la boca de recibimiento.

Al llegar a casa mi mujer Sonia, no hizo por hacer la merienda de aquel día; ya que eran las mujeres las encargadas de cocinar en aquellas fechas, así como de todos los servicios domésticos: No teniendo por qué.

Tuve yo que freír un par de huevos y dos chorizos, con patatas fritas; siendo una delicia para nosotros: Ya que lo tomamos con un buen vino de nuestra cosecha. De ese vino “Pitarrero”, que quitaba el hipo a todo el que lo bebía; sintiéndose en la Gloria.

Pero el que no me sentía en la Gloria, era yo; ya que Sonia no hacía ni moverse para nada de su sillón: Donde se había sentado, nada más llegar a casa.

Puse el tocadiscos con una preciosa canción, que a ella la gustaba mucho; y en ese mismo momento, parecía que se estaba alegrando su cara, al oír aquella canción, que tanto la encantaba.

Hubo un momento que parecía se iba a levantar del sillón; pero pronto desistió de su empeño, al mirarme fijamente y a no confiar en mí para nada. Pasó poco tiempo, cuando en la segunda intención, y haciendo un esfuerzo mayúsculo, se levantó de su sillón; dirigiéndose donde yo me encontraba, para asirme de un brazo y atraerme hacia ella. Sin esperarlo, me dio un beso de amor, que me supo a poco: Diciéndome algo, que me llego al fondo de mi Alma.

SONIA -. Perdona si he dudado de ti.

FERNANDO -. Estás perdonada: No hay de qué.

Dejó caer sobre mi pecho su cabeza, echándose sobre mí con todo su cuerpo; en señal de que me quería; no diciendo ni una sola palabra al respecto. Quedándome yo totalmente anonadado, por ese acto de cariño y de querer estar a bien con mi persona; al ver ella que yo la quería tanto o más que ella a mí.

La merienda que hizo en aquel día, fue copiosa; toda llena de alimentos: Pues a una paella con gambas, que era lo único que se vendía en la tienda de alimentos, siguió un postre endulzado; una especie de arroz con leche, para terminar con un flan hecho por ella.

FERNANDO -. Pero, ¿es domingo?.

SONIA -. ¡Anda!; no seas así. ¿No ves que te quiero?.

Al decir aquellas palabras mi mujer, Sonia, me levanté propinándola un beso de amor, de lo más agradable que se pudo, llegándola a su simple intelecto; para en ese mismo momento, acariciarme la cara; con sus sedosas manos de mujer enamorada.

Un alivio me entró en mi cuerpo, que me sentí el hombre más feliz de la vida, al saberme querido por Sonia.

Me fui derecho al bar, tomándome un café y pidiendo me sirviese un puro de circunstancia; aunque yo no fumaba nada. Pero la ocasión lo brindaba y el sentido me lo pedía.

Salí de aquel establecimiento, tosiendo y un poco mareado por el humo del puro y el sabor de su rape, que no de la nicotina; ya que hacía yo esfuerzos múltiples para que saliese humo del puro y ver su punta en ascuas. Sintiéndome el hombre más querido del Mundo entero, al recordar los besos y las caricias, que hacía poco tiempo me había dado mi mujer Sonia en mi casa. No queriéndoselo decir a nadie, para conservar ese hado de ilusión dentro de mí.

Me prometí así mismo, no volverla a faltar en nada a Sonia: Una mujer que me quería tanto y que me hacía la vida feliz y complaciente, como ningún otro hombre haya tenido nunca.

Un día que estábamos sentados en el salón de la casa viendo la televisión en blanco y negro, mi mujer, Sonia, me estaba mirando mucho; con ganas de decirme alguna cosa interesante para mí. Y claro que me la dijo; me la dijo, nada más que yo la indiqué algo.

FERNANDO -. Sonia, cariño: ¿Me quieres decir alguna cosa?. Parece que me miras mucho y con gran interés.

SONIA -. Mira tú por dónde; que sí te quiero decir algo.

FERNANDO -. Soy todo oído.

Una propuesta: Una propuesta ideal para los dos me anuncio Sonia en aquel momento, que comenzaba abrir la boca; para decirme algo, que yo no comprendía muy bien a simple vista.

Como Sonia se encontraba cerca de mí; me comenzó a cimbrear como si yo fuese un junco, con motivo de que la escuchase y no perdiese detalle alguno de lo que ella me decía. Y ahora sí, que la entendí; por lo menos la entendí algo así como arrendamiento de las fincas rústicas.

Volví hacer que me lo repitiese una vez más; y sí, ella quería hacer arrendamientos, a las personas que llevaban sus tareas en aquellos sitios o lugares de trabajo, que se las habían encomendado.

FERNANDO -. ¿Parcelar todas las tierras?, en forma de arrendamiento rústico.

SONIA -. Te lo estoy diciendo.

¡YA!: Ya la estaba entendiendo yo, pues antes no la entendía: Creyendo que Sonia estuviese a gusto con llevar las tierras ella sola. Pero no: No estaba tan a gusto; ya que ella había oído que existían otros lugares de recreo más cómodos que en el pueblo: Siempre que tuviese dinero.

Preguntándola el motivo, me dijo: Que ya éramos mayores para ocuparnos de tantas cuentas y de tantas jornadas echadas por aquellos gañanes; como los que teníamos contratados en nuestras fincas y en nuestras propiedades.

Al decir propiedades, comprendí lo que quería con todo eso: Arrendarlo e irse a la playa con el dinero que produjese el arriendo de las fincas y de las actividades del pueblo.

Me la quedé pensando a mi mujer, Sonia, con cara de incertidumbre; pero a la vez sabiendo, de antemano, lo que ella me estaba proponiendo: Ya que yo había echado cuentas de lo que podíamos obtener por todos aquellos arriendos. Y agachándome, cogí un palo largo y estrecho, escribiendo una cifra en el suelo. Sonia se quedó boquiabierta, al ver tantos ceros como era lo que podíamos obtener por los arriendos.

SONIA -. O sea: ¿Qué ya habías echado tú las cuentas?.

Yo comencé a desglosar aquella cantidad de perras chicas y perras gordas, llegando a reales. . . Y como hice afán de seguir desglosándolos en pesetas, me paró Sonia, con cara de estar soñando.

No obstante, puse en pesetas lo que, posiblemente, iríamos a cobrar por los arrendamientos de las fincas y de las actividades empresariales, dentro del casco urbano.

Sonia se cayó para atrás, enseñando sus muslos y su conjunto interior de ropa; y menos mal que allí no había nadie, que si no, qué sería cuando Sonia se hubiese puesta recta.

SONIA -. ¡Mañana mismo!

FERNANDO -. ¿Qué hay que hacer mañana?.

SONIA -. Realizar los contratos de arrendamientos.

Cuando mi mujer Sonia decía aquello, yo miré hacia donde había puesto las pesetas que nos darían por todos los arrendamientos, con cara de circunstancias; al ver a Sonia tan ansiosa por arrendar las fincas y las actividades que teníamos en el pueblo: Como la quesería y la tienda de ventas cara a los clientes.

La anuncie, que era mejor lo hiciese su yerno, el banquero; ya que él estaba más ducho en tales menesteres de compra venta y de arrendamientos. Sería mejor un contrato en orden, que no un arrendamiento tirado al voleo.

Desde aquel mismo momento, nos dispusimos para visitar toda España, en las medidas que pudiésemos; ya que nuestros ingresos no nos daba para mucho, y menos para demostrar delante de los habitante del pueblo, que éramos pudientes: Cuando ni las fuerzas nos ayudaban, de nuestro cuerpo; ya que éramos personas mayores.

Una mañana temprano, nos montamos en el autobús que llegaba a la Capital de la provincia, para agenciarnos vestidos más cómodos y más acorde de las circunstancias sociales en aquella fecha.

Hasta playeras y bañadores, compramos en un comercio afamado en la Capital de la provincia, yendo a otro comercio, para adecuarnos la ropa de vestir a dichos tiempos más modernos.

A la siguiente mañana, nos montamos en un autobús, rumbo a una costa española muy nombrada; pero como nosotros éramos de tierra adentro, pronto nos cansamos de estar allí: Con tantas personas rodeándonos a nosotros dos. Si por lo menos tuviésemos, en aquella playa unos metros reservados a nosotros nos hubiese parecido bien. Saliendo con rumbo a otro pueblo; buscando menos multitud de personas; ya que parecía un enjambre lo que había en aquella costa española. Siendo un bello lugar, pero no para nosotros dos que habíamos llegado de un pueblo donde no existía nada de eso; ni tan siquiera creíamos que existiese.

Otro pueblo: Sí otro pueblo, siendo igual que el primer pueblo donde procedíamos hacía ya unas horas. Todo igual que el primer pueblo: Cantidad de personas en la playa y en sus alrededores.

Enseguida comenzamos a buscar un buen restaurante para merendar; pues el hotel lo buscaríamos más tarde, no pudiendo encontrar ningún restaurante bien acondicionado, ni en el pueblo, ni en la playa; formando parte de los chiringuitos.

En una calle, que parecía tener banderitas en los balcones, encontramos un bar- restaurante; donde se daba unas alubias baratas y un cocido barato, que quitaba el hipo.

Nos sentamos entre medio de un personal trabajador; viéndose por sus vestiduras, que eran personas de la construcción y de la pintura de brota gorda. Pero qué buenas estaban las alubias y el cocido; ya que cada uno de nosotros dos pedimos platos diferentes, para más tarde intercambiármolos.

En las alubias había un chorizo que quitaba las penas a las personas que lo probaban, y en el cocido un tocino añejo, con otro nuevo para que mojásemos el pan en él. Buscando más tarde alojamiento en hoteles y en hostales; sin encontrar ninguna habitación desocupada; produciéndonos un desánimo brutal en nuestros ánimos, por ver y disfrutar de aquella playa.

Pero como nosotros teníamos pagado el hotel, en el primer pueblo de playa española, nos volvimos allí sin pensarlo. Ya que no nos habíamos despedido del hotel. Y al llegar en el hall pedimos en recepción la llave de nuestra habitación, subiendo a ella en el ascensor.

¡Qué barbaridad!: Qué descanso y que paz interior nos entró a Sonia y a mí, cuando nos vimos tumbados en aquella cama deliciosa.

De esta manera, coincidimos viajar por toda España con nuestro coche, sin saber dónde íbamos ir a la mañana siguiente.

El primer viaje que hicimos fue a Madrid, y en La Elipa nos encontramos a Yolanda y Alejandro; que estaban vendiendo melones y productos

huertanos con infinidad de puestos en aquel círculo, que formaba el lugar donde el Excelentísimo Ayuntamiento los había colocado.

FERNANDO -. “El Mundo es un pañuelo”.

ALEJANDRO -. Frase repetida; siempre que se encuentra uno a otro del pueblo en Madrid.

SONIA -. Ya os vemos vendiendo productos huertanos.

YOLANDA -. Pues no creáis, que vendemos mucho; que no.

Los propusimos vender nosotros. También, esos productos que habían traído de la huerta y de los olivos; conformándose el matrimonio que tenía arrendado la huerta y los olivos, para que nosotros los ayudásemos en la venta de esos productos huertanos. Y así lo hicimos; ya que había un puesto sin ocupar a un lado y al otro también había un puesto solo. Y menos mal que los ayudamos; que si no, no hubiesen vendido muchos productos ellos dos.

Con el permiso pertinente de la autoridad competente, comenzamos a vender los productos que el matrimonio formado por Yolanda y Alejandro habían traído a Madrid en un camión: Totalmente lleno de esos productos huertanos.

A nuestras voces, demandando vender los productos que ofrecíamos a los clientes, se acercaban las personas para ver cómo eran esos productos de la huerta, que teníamos a la venta y a la vista de todos ellos.

Miré para los lados, viendo que todavía algunos vendedores no habían terminado de vender sus productos que presentaban a los clientes; mientras nosotros los habíamos vendido todos.

Nos sentamos a comer con ellos, unos buenos chorizos que traían en la talega y unos buenos torreznos que se pegaban a los riñones. Sacando de la fiamblera una tortilla de patatas bien hecha. Y con una bota de vino “pitarrero” hicimos la digestión de toda esa comida que nos metimos en el cuerpo, como se suele decir en el pueblo.

Tanto comí yo, que al levantarme del ato donde estaba sentado, no podía hacerlo por falta de fuerza mayor en mis piernas. Y apretando con los brazos conseguí elevarme de aquel ato, que habían formado los dos amigos en el suelo de La Elipa. Despidiéndonos Sonia y yo de ellos, para seguir nuestro periplo por todo Madrid.

Nuestro itinerario siguió por las Ventas para irnos a la Puerta de Alcalá, y allí pararnos en uno de aquellos bares que había cerca, para tomarnos un café bien cargado; con motivo de que se pasase todo aquella comida que habíamos merendado hacía poco tiempo.

Pero, como al parecer, el coche lo teníamos mal aparcado; según nos dijo el barman de aquella cafetería: Nos fuimos nada más que nos tomamos el

café, rumbo para Atocha. Y en una calle transversal a esta última, logramos aparcar el coche; saliendo a pie para visitar todas aquellas calles céntricas del Madrid de los Austria.

Por la noche fuimos para presenciar un gran teatro: Una función, que se había montado, en uno de los teatros que hay en el casco viejo de Madrid.

Visitando por la mañana los alrededores del Palacio Real y de la Opera de Madrid.

Bonitos jardines y bello palacio; aunque solamente lo vimos desde el exterior; entrando en una plaza, que a penas se podía andar por ella, debido a unas grandes obras que había allí mismo: Comunicándonos, aquellos obreros, que se estaba construyendo una gran Catedral: La Almudena.

Pues sí, que se estaba construyendo una gran obra, según los materiales que había en aquella plaza, para edificar esa gran Catedral, que sería la Catedral de Madrid.

Volvimos al pueblo, teniendo una visita por parte de nuestros tres hijos y su familia; estando mi hija mayor embarazada. Diciéndonos esta, que el alumbramiento tendría lugar a la próxima semana, para el miércoles: Que hiciese mi mujer, Sonia, el favor de estar con ella en la sala de espera del Hospital. Y al oírla yo decir aquello, la comuniqué mi más ferviente deseo de estar en esa sala también. No sin haberme azarado un poco.

FERNANDO -. Yo estaré también en la sala; pues soy tu padre: ¡No lo olvides!.

Me miró a la cara sin decir nada a cambio; pues ella bien sabía, que yo era su padre y que no la abandonaría para nada.

Esa mirada tan dulce, como me había echado mi hija mayor a la cara; me sentó fenomenal, pues nunca me había yo sentido tan agradable como en aquella ocasión. Cuando me miró mi hija a la cara, con esa dulzura que una hija tiene para con su padre.

Me cogió mi mujer, Sonia, de un hombro atrayéndome hacia sí; para decirme algo al oído; para que no lo escuchase su hija mayor.

SONIA -. Las hijas prefieren a las madres, en esta ocasión.

FERNANDO -. ¡AH!.

No dije más al oír aquel tiempo de interjección; produciéndome una sorpresa mayúscula: Pues los padres sí tenían que costar en el paritorio de un Hospital.

Dado las circunstancias, nadie entró en el quirófano; pues en aquella fecha, nadie entraba en los quirófanos, como no fuesen los doctores que asisten al parto de una mujer. No entraba nadie, porque no lo preguntaban los familiares de la parturienta, o porque era así normalmente.

Un niño precioso tuvo mi hija mayor en ese día de parto: Un día que era para recordarlo; ya que ese niño abría una etapa moderada en mi casa; al verme con un bebé en los brazos, siempre que su madre estaba en la escuela. Pues no le queríamos llevar a párvulos, para que no se constipase.

Al enterarse mi hija mayor, que no llevábamos a ese bebé a la escuela de párvulos, montó en cólera contra su madre y contra mi persona: Ya que ella era la jefa de estudios de todas las escuelas del pueblo; siendo la realidad, que había apuntado a su hijo a párvulos. Dando las faltas del bebé, la encargada de párvulos.

¡UF!; nuestro niño: pequeño y desprotegido de las inclemencias del tiempo, saliendo de casa a primeras horas de la mañana, cuando más frío hacía.

No siendo eso solo lo malo; que lo malo llegó cuando trajimos al niño a casa, con unos mocos que le llegaban hasta la cintura, por así decir.

Mi mujer, Sonia, se puso nerviosa, sin saber qué hacer, ni dónde ir para quitar tanto moco a nuestro bebé de encima. Saliendo a la farmacia del pueblo, con la sola idea de saber si había algo para remediar tanto moco, como había traído el bebé a casa de sus abuelos.

Al siguiente día, teníamos los nervios ateridos de frío: ¿Cómo iba a estar el niño?; si la temperatura en la calle era de dos bajo cero, en ese día gélido.

Y mirando, en la sillita del niño, a través de mantas y gasas; le vimos haciéndonos una caricia con la cara y sonriente.

¡Vaya!, niño: Cuando nosotros estábamos con un frío impresionante, él se encontraba jugando con su abuela y conmigo.

SONIA -. Ves, Fernando: Cómo es mejor traerlo a la escuela en párvulo.

FERNANDO -. Si no lo veo, no me lo creo.

Siendo que aquel niño no notaba la temperatura exterior a él, solo notaba la temperatura corporal que tenía dentro de la sillita metida; entre mantas y gasas. Siendo muy vulnerable los bebés al calor y al frío; pero como el niño iba vestido como nosotros, con tanta ropa o más que nosotros; se amoldaba alas circunstancias.

No es que no sintiese el frío exterior; pero como iba vestido igual que nosotros íbamos: Con tanta ropa como llevábamos nosotros, eso le favorecía no tener tanto frío en su cuerpo. Ya que le llevamos a su médico, diciéndonos cómo teníamos que abrigar al niño; quedándonos enteramente informado, pero a la vez un poco extrañado por tener un cuerpecito tan pequeño, que no sabíamos cómo abrigarle, hasta que nos lo dijo el especialista de los niños. Antes llamado puericultor, ahora pediatra.

Su cuerpecito pequeño, que no enseñaba más que las costillas sin hacer todavía, su mirada al frente por no ver nada. Hasta los seis o siete meses no conseguí yo verle mirándome de frente; pues en esa fecha era cuando comenzó a fijarse en las personas y en las cosas.

Tenía yo que saber, si el niño se fijaba de verdad en las cosas o era mi imaginación la que me hacía ver aquello; de modo, que le presenté una “piruleta” de dulce al niño, queriéndola coger con las manos.

¡Ahora sí!: Ahora sí, que me alegré en el infinito; al ver querer coger aquel dulce con las manos. Le estaba viendo perfectamente: Y no, que fuese mi imaginación; sino que era pura realidad completa.

Desde entonces, le compraba yo, de vez en cuando, un pirulí hecho artesanalmente. Y no todos los días; por no saber si le iría a sentar mal tanta azúcar como hay en los pirulíes. Haciéndose los pirhuines con 250 g azúcar, 125 cc de agua, 70 cc de glucosa, colocándolo todo en un bowl, cuenco. Así comencé yo a fabricarle los pirulíes a mi nieto.

Comenzaron los padres de mi nieto, a saber que el bebé tenía muchos sudores y se le pegaban las manos a su piel, cuando le tocaban.

En unos análisis previos, que hicieron al bebé sus padres, comprobaron que tenía mucha azúcar; llegándome mi hija con mucha premura, diciéndome que el niño tenía que comer alguna cosa con mucha azúcar. No queriéndola yo contradecir para nada, la dije; que le daba, de vez en cuando un pirulí hecho por mí, en un bowl; enseñándola a mi hija el cuenco donde yo hacía la mezcla de los pirulíes.

Con un -. No papa; no hagas eso -. Se despidió mi hija mayor de mí, sin decirme una palabra más. El respeto que me tenía mi hija mayor, era mucho; al igual que sus hermanos, mi hija menor y mi hijo.

Parecía que los habíamos enseñado bien, en el respeto a los mayores y con ellos a sus padres y el afán por seguir a Cristo, en cuando hombre venido a la Tierra.

Aquel domingo, me alegré por ver a mis hijos en Misa Mayor, todos juntos y rezando con fe y gran devoción a una Virgen Mariana: Para después ir a comulgar en parejas.

A la salida de la Iglesia, los estábamos esperando a nuestros hijos, Sonia y yo: Invitándolos en un café bar que había allí cerca.

Nuestros nietos estaban con todos nosotros; siendo algunos un poco mayor, por tener una edad que daba al juego y a correr por toda la calle sin freno alguno.

Uno de ellos se me fue a sentar en mis piernas, cogiéndole yo entre el muslo y la rodilla, para que no se cayera; dándole parte del aperitivo que me habían puesto en la mesa: Que al parecer, le había gustado mucho, comiéndoselo todo al instante y quedándome yo sin aperitivos, ni poder consumir hasta la última gota de vino que tenía yo en el vaso. Siendo agraciado por el camarero que me había traído el aperitivo; pues sin decirle yo nada, me trajo otro aperitivo igual que el anterior. Y ahí se formó la idea de merendar, todos juntos, en ese bar, cerca de la Iglesia.

Tuvimos una buena tertulia, todos juntos; pues hasta su madre, Sonia, se sentía agraciada teniéndolos a todos sus hijos muy cerca de ella.

Se habló de todo; más bien del fútbol, ya que jugaban sus equipos de sus corazones, de unos y de otros. La conversación empezó hablándose en voz baja, para subir el tono de voz en cuando uno de ellos, mi hijo, dijo el posible resultado que se fuese a dar en aquella tarde de encuentros futbolísticos. Entonces fue cuando se acaloró la conversación entre mis hijos: Unos partidarios de un equipo y otros del otro equipo. Viendo yo que aquello iba a más, los invité un café y copa en casa; llevándome los de aquel bar cuanto antes; para que no los viesen, las personas con la conversación acalorada, por culpa del fútbol.

Tanto dio de sí el fútbol, que se quedaron todos mis hijos a cenar en casa; y hasta tuve intuición, que se quedaban a dormir en ella si eso siguiese así: Con tanta actividad futbolística como hasta ahora.

Cuando se fueron, a la una de la noche, mi mujer y yo nos sentamos en el sofá para ver una película; ya que debíamos hacer la digestión de tanta comida y de tanta bebida como habíamos probado, en aquella noche de ensueño y de delicias, para nuestras personas. Y así estuvimos hasta bien entrada las dos de la noche; pues cansados del ajetreo de aquel día nos fuimos a dormir en nuestra cama, Sonia y yo, con gran sentimiento, por nuestra parte, de amor paterno a nuestros queridos hijos.

Nos levantamos tarde al día siguiente, sin ganas de hacer nada: Así que con un par de huevos fritos y un par de torrezno fueron bastante para saciar el hambre, por nuestra parte.

SONIA -. ¿No te encuentras satisfecho?, Fernando.

FERNANDO -. Igual que tú me encuentras: Satisfecho de que nuestros hijos vengan a casa con frecuencia.

Así hablábamos su madre y yo de nuestros hijos. Y llamándolos al siguiente domingo, para que viniesen a casa a merendar; quedamos enteramente satisfechos, su madre yo.

Aquel día nos enteramos de algo triste para nosotros; sobre todo para Sonia y para mí. Se le habían llevado al Hospital a Marcos con una peritonitis aguda; no sabiendo si tendría salvación, al no saber si el pus se había derramado en las tripas.

Dos días: Dos días de muchas penalidades pasamos todos los amigos de la infancia y hasta el que no lo era; sin saber qué había pasado con Marcos, en el Hospital. Y al llegar del Hospital Andrea, todos los amigos y conocidos nos fuimos derechos a su casa; para preguntar por su marido, Marcos. Diciéndonos Andrea, que la cosa no había ido a más, por bien poco; pues si hubiesen llegado unos minutos más tarde al Hospital, no hubiese tenido remedio alguno aquella peritonitis aguda, como la que llevaba nuestro amigo Marcos.

Todas las personas deseaban ver a Marcos; máxime, nosotros que éramos sus amigos de la infancia; así que el día que llegó Marcos al pueblo: Todas

las personas del pueblo se encontraban en la puerta de Marcos, para darle la bienvenida a él.

Los días pasaban tranquilos en aquella fecha para las personas del pueblo; pues allí no había otro contratiempo, que no fuese el trabajo propio y el poder llevar algo de comida a casa, aunque fuese obtenida en el campo.

Privilegios, ninguno; trabajo, mucho: Así se escribía la historia en aquel pueblo, agrícola y ganadero. Y que por siempre fuese un pueblo, agrícola y ganadero; que es donde se surten de comida y algo de dinero las personas que viven en esos pueblos.

Un día me llegó una persona del pueblo pidiéndome, que le concediese un préstamo personal; pues tenía a su hijo malo y debía llevarle al especialista alegando no tener dinero.

Yo le di a ese señor el dinero que él me pedía; diciéndome, que me lo devolvería cuando pudiese. Y cosa curiosa; pues en poco tiempo llegó a casa con el dinero que yo le había prestado a título personal.

No sabía yo de dónde había sacado el dinero aquel señor; así que lo tenía que averiguar cuanto antes: Pues era una persona humilde y poco pudiente, económicamente. Preguntando por él a mis amigos de la infancia. Uno de ellos, Alejandro, me dijo; que había vendido unos terrenos de su propiedad cerca del pueblo.

Siendo esos terrenos, los que yo quería comprar para dar más amplitud al redil y a la quesería. Yendo al señor que los había comprado, para saber si él los quería vender.

A buen precio los compré, aquellos terrenos lindantes a la quesería; para una vez en mi propiedad, llamar al señor que le concedí el préstamo y traspasárselos de nuevo a él.

Aquel señor me decía, que él no tenía dinero para comprar los terrenos: Y a la voz de se los vendo por un duro; se quedó anhelado y como con el corazón encogido.

Aquel señor no sabía cómo darme las gracias. Y hasta se atrevió a besarme las manos, sin saber que hacía. Diciéndome; que era la única manera de obtener alimentos para su casa. Ya que cultivaba los terrenos con todo el cariño del Mundo; sembrando de todo en ellos.

También presté dinero, a título personal, a otros dos vecinos del pueblo; el uno me lo iba pagando, poco a poco, todos los meses; el otro no llegaba por casa, para nada. Era más, que si se cruzaba conmigo, dirigía la vista para otro sitio. Hasta que por fin llegó a casa, diciéndome, que ya estaba en condiciones de irme devolviendo el préstamo en partes. Y así, todos los meses me daba un dinero, que yo apuntaba, hasta completar el préstamo que le hice a aquel señor; llegando el mes que completó su pago del préstamo que le tenía dado.

Aquellas personas eran nobles, aunque no tuviesen capacidad adquisitiva para hacer algo en la vida económicamente. Y sin esa disposición de dinero, nada se podía hacer para salir de la penuria económica en que estaban sumidas.

Pero era más; pues yo veía, que cada vez se hundían más y más en la miseria aquellas personas, vecinas del pueblo: Por no tener una bolsa de trabajo en el pueblo: No queriendo decir yo nada a Custodio, para no herirle más en su susceptibilidad, con respecto a no poder emplear a todos los vecinos del pueblo en las calles o en trabajos del Excelentísimo Ayuntamiento.

Un día que nos cruzamos, Custodio y yo, en plena calle; nos quedamos mirando el uno al otro con cara de no querernos decir nada.

CUSTODIO -. No digas nada, Fernando.

FERNANDO -. Custodio: Es mejor no decir nada.

CUSTODIO -. No puedo hacerlo.

FERNANDO -. ¿Por falta de liquidez?.

CUSTODIO -. No me mandan nada.

FERNANDO -. Comprendido.

Así quedó sentado, que Custodio no podía hacer otra cosa más que apretar los dientes y seguir en su puesto, de Alcalde. Sin ninguna acción; para

poder emplear a sus paisanos en el Consistorio. No tenía nada de dinero aquel consistorio para formalizar una bolsa de trabajos.

Yo seguí mi camino y él siguió el suyo: Derecho al Excelentísimo Ayuntamiento; en donde solamente tenía su silla.

Pero años más tarde, hubo un brote de bienestar social entre las personas de a pie; pues se abrieron unas plataformas para que una gran potencia, pudiera traer su personal para trabajar en esas plataformas.

Se había arrendado terrenos a esa gran potencia; corriendo el dinero por toda la piel de toro; llegando, una vez más, su alto mandatario, para hacer una visita de cortesía y de trabajo.

Se engalanó La Gran Vía, así como todo Madrid; para recibir a ese gran mandatario de una Nación amiga.

Comenzó la Nación a recibir productos alimentarios de lo mejor que había en el comercio, así como pantalones vaqueros y zapatos kiowas; pero había que ir a otro pueblo con mayor concentración de personal, que en nuestro pueblo, para agenciar dichos productos.

Se comenzó a ver prosperidad entre la clase menos pudientes; ya que empezó a ver trabajo para ellos: Comprándose toda clase de productos electrodoméstico, para sus casas, como; televisiones, planchas, aparatos de radio, secadores de pelo y así un sin fin de productos, que los sirviesen para el buen desarrollo de su hogar y la buena comodidad para todos ellos, sin

pensar en el pasado. Pues el pasado se tendría que escribir y todavía no estaba escrito.

De la memoria no se vive; solamente si hay que contar la historia tal y como fue. Pero eso, en un tiempo determinado y cuando hace ya unos sesenta años que ha pasado esa etapa de la historia.

La prensa escrita, se comenzó a comprar por todos los señores, que al parecer, se estimaban o se creían estimados por otras personas, al verlos leer el periódico.

Con carreteras mejores: Ya se podía ir a otro sitio, a otro pueblo, estuviese tan lejos como lo estuviesen; pues las personas se comenzaron a comprar coches. Siendo un utilitario, el primero que compraron todas las personas, de baja cilindrada; pues todavía no había carreteras apropiadas para correr mucho. Habiendo un cantar para esa marcha de coche, cuando corre por la carretera, “Siendo nuestra la carretera general”; según decía el cantar.

Agua fiesta siempre hay; no faltando el que decía: “Estamos abocado a una guerra nuclear”, por haber arrendado tierras españolas a una potencia de otra Nación.

Lo cierto era, que ya se encontraban más tiendas abiertas en toda España: Se vendía de todo, se compraba de todo, al tener la suficiente capacidad económica, como para que el español de a pie, hiciese frente a los gastos de su casa.

Comenzando los españoles a moverse por toda la piel de toros: Yendo a las playas asiduamente, todos los veranos. Hasta entonces, era un privilegio para unos cuantos; los más pudientes económicamente.

Los niños empezaron a crecer y ya necesitaban otra manera de trato. Ya no éramos abuelitos y abuelitas: Éramos, más bien abuelos todos los yayos.

Se la empezó a querer hasta a los tatas: Pues ese cariño que tenían las niñeras a los niños, era un cariño puro y limpio. No viendo en ello, más para allá de ser un afecto entrañable del Alma.

La niñera de la casa, comía y dormía en casa; donde se encontraban los niños que cuidaban; siendo parte fundamental de la familia. Se las tenía como de familia y así se las sentía en aquella casa; donde un tata hubiese estado más de cuatro años.

Con niño, tata, abuela, pelota, cubito, carrito, y los dos cónyuges; se iban de excursión un mes o unos días a otro pueblo más lejanos: siempre a la playa, que era donde se veía correr a los niños y jugar con la arena.

El frente de juventudes comenzó a funcionar perfectamente, al igual que la seguridad social y otros muchos estamentos del gobierno de España.

Cada día esperaban los españoles una noticia, que dijese algo bueno; pues a un día seguía otro día con noticias buenas y agraciadas para todos los españoles. Que si ahora se inaugura un embalse, que si ahora se inaugura un ferrocarril o un trozo de autopista. Y así sucesivamente, en el buen sentido de la palabra.

Los tractores se comenzaron a ver triplicados y a veces, hasta con aparato de radio: Comenzando a cerrarse sus cabinas y a ponerlas medios de refrigeración en ellas.

Los colonos se asentaron por toda la geografía de España, siendo su privacidad un ejemplo de buena conducta y buen quehacer en el regadío.

Eso sí; se vio, que aquellas parcelas no eran para que se quedasen los hijos de los colonos en ellas: Ya que no tenían las suficientes hectáreas como para que viviesen sus padres y ellos. Comenzando a migra la juventud, una vez se había hecho mayor, a otras tierras; donde había trabajo para ellos.

Los productos de las parcelas, se vendían al peso y se llevaban en camiones fuera de la región o a otra región, para su elaboración final.

Comenzando a ver una perfecta red de distribución de los alimentos, por parte de las empresas que se encargaban de ello. Y en medio de correr y llevar la moneda de un sitio a otro, se produjo un atasco en la demanda; ya que era enorme, siendo la producción más pequeña que la demanda.

No se pensó, se comenzó a traer de otra Nación esos productos que demandaban las personas a través de las tiendas de ventas; encareciendo los productos originales.

Allá por los años noventa, la demanda era feroz; no dando abasto la importación de los productos de alimentación, para el consumo humano.

Otra España, otro pueblo, que teníamos nosotros; pues de la noche a la mañana se levantaron unos grandes almacenes en el pueblo: tanto de

productos madereros, como de materiales de construcción. Viendo las personas un pueblo en auge y sintiéndose en otro lugar más próspero y más acogedor que el primer pueblo. Aquel pueblo que hasta la comida escaseaba; teniéndola que buscar en el campo, sin haberla sembrado, ya que la naturaleza da de todo.

Yo no tenía más opción, que el leer el periódico y hablar del fútbol; pues me hice un forofo de un equipo, pese a que la pese a mi mujer, Sonia: Ya que ella era forofa de otro equipo contrario al mío.

FERNANDO -. No te quiero decir nada.

Al decir yo aquello, Sonia miró lo que tenía entre las manos; haciendo un gesto con la cabeza de no gustarla nada, lo que yo la anunciaría aquella mañana.

SONIA -. Ganaremos.

FERNANDO -. De eso, nada.

SONIA -. Cero a dos.

No sé qué tendría Sonia, que por poco acierta; ya que ganó el equipo contrario por cero a uno, pudiendo haber marcado otro gol, si no hubiese sido por el cancerbero nuestro.

Sonia se levantó aquel domingo de su sillón con una cara de alegría, que no podía estarse callada; comenzando el cante de su equipo de fútbol. Yo también comencé a cantar el cante que tiene mi equipo; siendo para mí el más bonito de todos ellos.

Hasta las personas que pasaban por la calle, se paraban delante de la puerta; ya que estaba medio abierta: para saber qué pasaba allí adentro de la casa. Y al ver aquel alboroto que teníamos, dentro de la casa; se iban con un ¡UF!, en la boca. Una expresión, en ellos, de repugnancia; al no darse cuenta de lo que nos estaba pasando a nosotros dos, a Sonia y a mí; ya que entre aquellas personas y nosotros iba un abismo en la adquisición de dinero y de bienestar social, por parte de Sonia y mío.

En aquellos tiempos, no se podía ver a alguien hablar de otra cosa que no fuese de dinero y de comida; así como de un puesto de trabajo digno y remunerado.

No comprendían aquellas personas, que alguien pusiera tal énfasis en otra cosa que no fuese llevar comida para su casa, con el sudor de su frente; trabajando desde el amanecer, hasta el ocaso del Sol.

Un día pasé por la carpintería y la vi como desolada; ya no era la misma. El chico que me había ayudado, cuando aprobé la oposición de conservación en las aulas, ya estaba mayor. Me fijé bien, y le vi mirando fijamente a una cómoda que él había hecho en aquellos días; diciéndome, que no era lo mismo que en otros tiempos, tener una carpintería: Pues había muebles

prefabricados y con buena vista; prefiriéndolos las personas del pueblo, en vez de los que él hacía.

Me habló aquel hombre, de dejar la carpintería y jubilarse al tiempo que se cerrase, por ella sola, la carpintería. Y al despedirme de él: Recordé aquellos tiempos, en los que las personas del pueblo estaban a expensas de los muebles que las pudiésemos hacer nosotros, en la carpintería.

Con aquellos recuerdos me iba a casa, no dándome cuenta de que me estaba cruzando con mi hija mayor y mi yerno; anunciándome este su presencia en la calle.

Me paré con ellos, para convidarlos un chato de vino en la taberna, ya transformada en un gran bar de lujo y de buena acogida aquel local. Tanto era así, que vimos la carta de comidas: Anunciando unos buenos manjares en la carta de presentación en todas las mesas.

Mi yerno me miró, yo también le miré a él; sin saber lo que hacer. Hasta que se me abrió una luz en la cabeza; llamando a mi mujer y a mis otros dos hijos: mi hija menor y mi hijo.

Salimos de aquel local a las tres horas, no conformándonos con eso; pues su madre y yo los invitamos a comer en casa aquella noche. Y allí que nos fuimos todos, con los niños; alegrándose los benjamines por estar en la casa de los abuelos.

Allí nos enteramos, que los padres del marido de mi hija mayor, vendría en dos días, para ver a sus hijos y a sus nietos; no queriendo que se alojasen en

el hostel del pueblo, ni en la casa de mi hija mayor: Ya que su casa estaba en remodelación, no teniendo más que dos habitaciones habitadas en aquella ocasión.

Antes que llegase los padres de mi yernos, nos fuimos para reunirnos en la casa de nuestra hija mayor; hablando con su marido, sobre la posibilidad de sacarle fuera del pueblo, para que viese bien todos los pueblos de aquella comarca. Y hasta decidimos llevarlos a un buen teatro en la Capital de España, Madrid.

Fueron unos días agradables entre aquellas buenas personas; pues a demás de ser simpáticas, eran sociables cien por cien. Dejándose llevar por nosotros; ya que su hijo tenía que trabajar. Y los días que íbamos a otra ciudad, a otro pueblo, tenía que ser solos con ellos.

Así, que cuando se marcharon de casa, rumbo a su pueblo; sentimos un vacío imponente dentro de nuestro ser, al no estar con ellos.

A los únicos que no conocíamos muy bien, era a los papás de mi yerno, el que se había casado con mi hija menor y a los papás de mi nuera los conocíamos perfectamente, la que se había casado con mi hijo. No sabiendo nosotros dos, sus padres de los chicos; cómo íbamos hacer, para juntarnos todos en nuestro pueblo. Aunque fuese en otro pueblo más acorde a la distancia de donde vivían ellos, los papás de mi yerno.

No, no sabíamos cómo hacerlo; para disfrutar de aquellas personas, que a penas conocíamos: Por haberlas visto un rato durante la boda y poco más;

Para nosotros eran unos perfectos desconocidos. Pues solamente se carteaban con sus hijos; dándonos recuerdos a nosotros, a Sonia y a mí.

La fatalidad quiso, que fuésemos para ver al padre de mi yerno, el que se había casado con mi hija menor; ya que estaba ingresado en un Hospital en la Capital de su provincia.

Y entre muñeiras y vieiras; se nos cruzó en el camino, un sin fin de hechos tradicionales de aquella región deliciosa y fresca a la vez; ya que yo llegué al pueblo sin saber “para dónde poner el paraguas”: Si para una parte u otra. Ya que el viento soplaba, unas veces por atrás de nosotros y otras veces delante de nosotros, como así desde un costado. Pero eso sí: Pese a la enfermedad del padre de mi yerno; nosotros nos servimos bien de mariscos y de moluscos a la vez, rociado todo ello con un buen ribeiro o un albariño. El padre de mi yerno se puso mejor; dándole el alta en el Hospital de aquella Ciudad; despidiéndonos nosotros de ellos para volver a nuestro queridísimo pueblo.

Ya en nuestro pueblo, la vida se ve de otra manera: Más tranquila, más amable los unos con los otros. Siendo la pauta principal la convivencia entre las personas del mismo pueblo; ya que nunca había llegado persona forastera a dicha población.

Siendo verdad, que en casa se descansa mejor; pero como la vida sigue para todos: No se puede quedar nadie en casa, sin visitar otros lugares, sin saber de su cultura o de su arraigo personal, de sus costumbres y su manera

de vivir en aquellas regiones, en aquellos pueblos, en aquellas Ciudades o Capitales de provincia.

No se puede una persona encerrar en su casa, con el solo hecho de que esté mejor que en otros sitios, en otros pueblos, viendo y observando sus fuentes, sus calles, sus edificios, su arquitectura y un sin fin de cosas que engrandece a la persona, sabiendo todo eso.

Los oriundos del pueblo nos escuchaban explicarles lo que nosotros habíamos visto en las excursiones que habíamos hecho a otros pueblos. Se quedaban con la boca abierta, oyendo tanta grandeza como hay en el Mundo.

Y sin querer sorprender su poca actividad en las cosas de esta Tierra; nos callamos, para no desvelarles un Mundo nuevo, una manera de vivir nueva y acorde a estos tiempos.

Alejandro y Yolanda vinieron una tarde a nuestra casa para decirnos algo, que nos incumbía a nosotros; sentándolos en el mejor de los sitios del salón de la casa.

YOLANDA -. Os tenemos que decir una cosa, que a nosotros nos pesa haberla ejecutado.

SONIA -. Estamos atentos a lo que nos tengáis que decir.

YOLANDA -. Los tiempos van en contra de ser vinatero, o ser cosechero de aceitunas...

Cortando yo la conversación a Yolanda; por saber lo que nos quería decir aquella mujer a nosotros, a Sonia y a mí.

FERNANDO -. ¿No será a caso un préstamo?; que nos queréis pedir.

YOLANDA -. No hemos llegado hasta ese término.

FERNANDO -. ¿Por qué habéis cogido otro camino más recto?,

YOLANDA -. Exactamente. Os hemos creado una letra de cambio de clavo.

Yo veía, que su marido no decía nada; era ella la que hablaba, Yolanda. Abriendo y cerrando mucho las manos, como en señal de estar muy nerviosa y apurada a la vez.

Hubo un silencio sepulcral en aquel preciso momento, en que Yolanda nos decía aquello: Que habían creado una letra de clavo hacia nuestras humildes personas, Sonia y yo. No sabiendo yo de cuanto dinero se estaba empleando en aquel momento, por boca de Yolanda: Incitándola para que lo dijese.

FERNANDO -. Yolanda; ¿dinos cuanto dinero está reseñado en esa letra.

YOLANDA -. Trescientas veintisiete mil pesetas.

Al oír aquello, pegamos un salto Sonia y yo de donde estábamos sentados; por oír aquella suma tan abultada de pesetas en aquel tiempo.

YOLANDA -. Pero no os preocupéis, que ya lo tenemos estudiado.

SONNIA -. ¿Y cómo?.

YOLANDA -. En la primera venta de aceite que hagamos este año; pues está a punto de cogerse la cosecha.

Al oír yo aquello me calmé un poco; pues era verdad que ese año tenían una buena cosecha de aceitunas Molturando bastantes kilos de aceites en su prensa. Viéndose pronto la realidad de ese caso; que a poco de empezar a cosechar las aceitunas, salían camiones llenos de garrafas de aceite para su venta. Pudiéndose hacer eso, por no tener Pirielesisa o pirielesis; ya que las aceitunas se estrujaban en soplillos hechos de esparto; pudiéndose vender, cuando antes aquel aceite.

Visité la prensa cuando estaba en todo su apogeo, cogiendo una rodaja de pan y tirándola al barreño donde estaba el aceite caliente; sacando la pringada de pan para comérmela cuando antes: Ya que el pan caliente sienta mejor, además restregándola un ajo por arriba, sabía aquella pringada a cosa exquisita. Saliendo de la prensa, la almazara, relamiéndome los labios, por el sabor tan bueno como tenía la pringada aquella. Habiendo desayunado como nunca en mi vida.

A los pocos días supe que en la almazara había habido un paro, por romperse una pieza valiosísima; teniéndola que pedir a la misma empresa original de donde se había comprado los aperos de aquella prensa vieja.

Viniéndome muy serios los dos amigos, Yolanda y Alejandro, llorándome a mi casa; con idea de que los prestase treinta y seis mil pesetas para pagar aquella pieza que hacía falta para la molturación de la aceituna, aunque esté mal dicho; ya que lo que se hacía con la aceituna era prensarla con soplillos bien puestos. Se ponía un soplillo en una vara gruesa de acero, perpendicular; para después echar por encima del soplillo aceitunas: Y así uno tras de otro; hasta que aquella prensa tuviese la suficiente fuerza como para prensar aquellos soplillos.

FERNANDO -. Pero, con esto que yo os preste: ¿Sabéis, muy bien, que podéis pagar la letra?.

YOLANDA -. Sí, Fernando. Pagaremos la letra; aunque sea con los productos de la huerta.

Así hablaba Yolanda; pues Alejandro permanecía totalmente callado, sin decir ninguna palabra. Yo los miraba a los dos incrédulamente; pero, eso sí, confiando en su honradez. Además; ¡qué carey!: Éramos amigos de la infancia, en donde el engaño no tenía cabida alguna, entre nosotros. No dudando nunca de la voluntad de los dos, para pagar la letra de cambio, que

me habían extendido como clavo. Y eso, que yo no me creía nada de nadie, que estuviese totalmente arruinado. Y los dos amigos, lo estaban. Era mucho dinero lo que debían; teniéndolo que sacar de la venta de sus productos, si los hubiese.

Y claro que hubo aquellos productos; ya que había sido un año bueno para la huerta: Hubo bastantes productos de huertas, como para pagar aquella letra, con lo producido por la almazara y por las cosechas de la huerta.

Se me ensanchó el corazón, cuando los vi llegar a casa a Yolanda y a Alejandro, con la cartera llena de dinero: pues me devolvieron las treinta y seis mil pesetas que los presté.

Sonia y yo estábamos muy contrariados con nuestros dos amigos, Alejandro y Yolanda; pues si ese dinero lo hubiesen guardado, tenían ya un bonito capital para hacer frente a cualquier contrariedad que se los pudiese presentar al año siguiente. No se sabía si iban a caer malos; cualquier enfermedad cuesta mucho curarla.

SONIA -. Fernando: ¿Has visto?.

FERNANDO -. ¡Ya!; ya me he dado cuenta, Sonia. No digas más.

SONIA -. Es que lo debo decir.

Pues claro que lo dijo: Dijo en las dificultades que se encontraban esos dos amigos; por falta de no echar números y cuenta, cuando se coge una

cosecha y se vende al mejor postor. Aquello me quedó la sangre helada, por saber, que nuestros dos amigos iban a la deriva, por no tener cabeza ni dirección en su negocio.

Sin que me llamase nadie; un día acudí al despacho de Alejandro, encontrando en el a Yolanda: Echando tantas cuentas como ella misma podía; siendo al final de esas cuentas, dos y dos cinco. Pues Yolanda tenía la cabeza como abombada por tantos números como había manejado en ese día en los libros de la almazara y en los de la huerta.

Viendo arrimarse a Yolanda su marido Alejandro; y fue entonces cuando me dio valor para expresar lo que yo sentía, dentro de mí mismo.

FERNANDO -. ¡Pero Alma de cántaro!: ¿No puedes contratar a un señor que sepa de cuentas?.

ALEJANDRO-. No lo hay.

FERNANDO -. Emplea a tu hijo.

ALEJANDRO -. Ese, no quiere saber nada de los olivos, ni de la huerta.

YOLANDA -. La juventud, no está por estas labores.

¿Qué labores, ni ocho cuartos!: La juventud tendría que saber discernir, sobre lo que les convienen o no les convienen. Y por supuesto; el día de mañana, los sacaré de apuros los olivos y la huerta: Si no, ya veremos como es así.

Pues pronto, miren ustedes por donde; que su hijo comenzó a darle valor a los productos del campo, al saber cuanto dinero se sacaba de el, al final de cada cosecha. Y es que sus padres, Yolanda y Alejandro habían comprado más olivos; teniendo que modernizar la prensa; como hasta ahora la llamábamos, que de aquí en adelante se la comenzó a llamar almazara.

Pues comenzaron una remodelación en la prensa: Quitando todo los soplillos y las ruedas de cantería que molía las aceitunas. Dos piedras circulares con una muela central que molía la accitana sin romper el hueso.

Cambiándolo todo por una almazara de pirielisis; en donde el aceite sale puro y virgen; después de pasar unas especies de concentración y lavado, para que se posase el aceite abajo. Pagando las trescientas veintisiete mil pesetas. Habían encontrado un inversionista cubriendo los gastos ocasionados por aquel cambio; ya que todas las prensas, se estaban modernizando.

No pude más; yéndome derecho al despacho del almazara; para saber, de propia voz; las característica de aquel préstamo dado por una persona.

Cuando me vieron entrar, Yolanda y Alejandro en el despacho del almazara, se pusieron de pie; temiendo lo peor.

Comencé hacer con las manos, signos de tranquilidad; para que se sentasen, otra vez, donde ellos estaban.

FERNANDO -. ¡Vamos a ver!.

YOLANDA-. Dinos, Fernando.

FERNANDO -. ¿Por cuántos años habéis firmado el préstamo?.

Una vez que me lo dijeron, me calmé del todo; pues si lo hubiesen firmado por unos pocos años, no sería posible devolver tanto dinero, como había costado el cambio de maquinarias en la almazara.

Ahora sí iba la cosa encarrilada; sobre todo, la contaduría; ya que su hijo se encargaba de hacer las cuentas los sábados y los domingos, cuando venía a casa. Ya que no solamente se descansaban los domingos; sino que también, se descansaban los sábados cuando te tocase hacerlo.

Hubo un evento futbolístico en aquel año; yendo todos los amigos a la Cartuja para ver fútbol y de los buenos. Cada selección de esos países que participaron, se batían el cobre; para poder ganar aquella competición, tan publicitada.

En el camino de vuelta pude darme cuenta lo variopinto que es el territorio español: Allí donde había una colina, más adelante había un llano con una buena pradera; pero a pocos kilómetros existía una estepa, que en vez de causar tristeza, causaba una cierta simpatía hacia ella.

Pasamos, montes, sierras y cañadas a la vez; para llegar a nuestro pueblo: Así como dos regiones, con sus variedades de riquezas culinarias y astronómicas. Viendo la gran variedad de arraigo personal que había entre aquellas personas que nos cruzamos en el camino: Siendo una de ellas, la

diversidad de opiniones de unas a otras. Hasta sus fiestas eran diferentes, sus personas muy amables, pero todas ellas coincidían en lo más básico: Querer a su patria, a su Nación; con todo el cariño del Mundo.

Y ¡OH!, gracia que yo tengo: Me encontré con un conocido mío, que hacía ya bastante tiempo que no le veía, hecho un grande en su pueblo; pues tenía más de diez mil olivos y una buena fábrica de pan, vendiéndolo en los pueblos más cercanos.

Merendamos todos en su casa; enseñándonosla por dentro. Aquella casa parecía un palacio; teniendo unos buenos muebles y bonitos decorados en las paredes. Hasta los azulejos se los había hecho, expresamente, para él.

La comida, que nos sirvió, fue opípara; de esas que nunca se olvidan, teniendo que hablar de ella días más tarde, para compararla con otras comidas que habíamos probado en el camino.

De esta manera llegamos a nuestro querido pueblo; habiendo recorrido media Nación y habiendo asimilado sus costumbres y su manera de ser, de cada región; donde nosotros nos encontrábamos, en aquella ida a la Cartuja.

Descansamos, Sonia y yo, mejor que nunca; por el cansancio corporal con el que habíamos llegado a nuestra casa.

Al levantarnos, al siguiente día, comprobamos que aquel recorrido por media España nos había sentado de maravillas; pues aquella capacidad de retención, como teníamos, de sus costumbres y sus maneras de ser, nos había llenado por completo el vacío que teníamos en nuestro pensamiento:

Por no haber encontrado nunca esas formas de ser y esos seres tan amables como ellos solos. Pues, aunque éramos forasteros, nos aceptaban tal y como éramos nosotros, al comprobar su afecto y agrado hacia nuestras humilde personas.

Al sábado siguiente merendaron mis hijos en casa y todos mis amigos de la infancia. Mientras mis hijos se iban al jardín de la casa, para que jugasen sus niños en el; nosotros, los amigos de la infancia, nos disponíamos a pasar un buen tiempo, jugando al Mús., sin arriesgar dinero alguno. Solamente era, para que pudiésemos conversar entre nosotros, aquel juego de naipes.

ALEJANDRO -. Te voy a lanzar un órdago, Fernando.

FERNANDO -. Tú dirás, Alejandro.

ALEJANDRO -. Todavía te queda el rebaño de ovejas,

FERNANDO -. Estás muy bien enterado.

ALEJANDRO -. Te lo compro.

FERNANDO -. Lo tengo arrendado al amigo Marcos.

Al oír decir aquello, los demás amigos aguzaron sus oídos, para ver qué era lo que le quería decir yo a Alejandro. Y como nada salía de mi boca; se levantó Custodio; para hacerle una oferta por la almazara a Alejandro.

CUSTODIO -. ¡Anda!: Se quiere meter a carnicero.

CATALINA -. No te digo yo, lo que hay.

SONIA -. ¿Qué es lo que hay?. Catalina.

Eso; ¿qué es lo que había?; si nadie comprendía una sola palabra de lo que allí se decía. Y máxime, cuando quería comprar Alejandro el rebaño de ovejas a Fernando.

Aquel año fue malo para todos; ya que no se cogió buena, ni mala cosecha de cada cosa que se tenía entre manos. La misma quesería mermó en su productividad, por falta de leche; ya que las ovejas no daban la suficiente leche para hacer los quesos que se preveían en la venta, para que aquella actividad fuese rentable.

Yendo por parte de la almazara, no se dio gran cosa; ya que la aceituna estuvo vicheada: Unas veces, por no quemar el ramón que se cortaba del olivo a tiempo, naciendo la mariposa. Y otras veces por la dejadez que tuvieron los amigos, no curándolos a su debido tiempo a todos los olivos.

SONIA -. Si siguen así, los amigos Yolanda y Alejandro van a la quiebra de su actividad empresarial.

FERNANDO -. Hay que alertarlos a esos dos amigos.

SONIA -. El banco los alertará

FERNANDO -. Sí: Nuestro yerno se lo dirá, con buenas palabras y bonitos gestos, como él tiene.

No me quedé satisfecho, en que se lo dijese mi yerno: Que si seguían por ese camino, irían a la quiebra en su negocio; así que yo me fui un día derecho a la almazara, como si estuviese dando un paseo.

La primera persona que me vio llegar, fue Yolanda; que ajustándose bien la bata, se acercó a mí; poniéndose bien el pelo y recogidoselo en un moño que de inmediato se hizo.

Aquello me chocó a mí mucho: Que estuviese trabajando con bata de salir de casa Yolanda; y además con zapatos nuevos.

Yolanda me llevó cerca de donde tenía los envases para llenarlos de aceite nuevo; poniendo un pie encima de un poyo de mampostería que había allí mismo, enseñándome todas sus formas.

Yo la cogí de la bata, tapándola sus vergüenzas; ya que ni ropa interior tenía aquella mujer, en ese día. Comprendiéndome enseguida Yolanda lo que la quería decir, con ese gesto de nobleza sentimental.

Yolanda se quedo mirando, como para oír lo que yo la quería decir; pero como yo no abría la boca, lo hizo ella.

YOLANDA -. Tú me quieres decir algo; pero tienes que pensar antes las palabras que me vas a decir.

FERNANDO -. Si no sois capaces de llevar bien vuestra actividad, vender cuando antes la almazara; para poder pagar a los acreedores.

YOLANDA -. ¡Hijo!: Parece que tenemos varios acreedores. Y solamente, nuestro acreedor es el Banco.

Por eso mismo, quería yo que trabajasen bien los dos amigos; para no hacer daño a mi yerno: Ya que los había concedido el préstamo para pagar al inversor que los había ayudado a ellos.

O vendían la almazara o se preocupaban más de su conservación, eso era mi prioridad; ya que mi yerno les había concedido un préstamo por la cantidad que adeudaban al inversor que los había ayudado a montar un almazara nuevo de pirielisis, para hacer la separación por medio de pirolisis del alperujo: La separación de alpechines.

Para ser un cosechero de aceitunas, se debe tener muy claro el amor a los olivos y con ellos a su producto, la aceituna. Se debe vivir entre ellos, entre los olivos, se debe cuidar el plantonar; como si fuese la novia. Se debe sentir una personas cosechera de aceitunas; dentro de unos parámetros preconstituidos de antemano por esas personas cosecheras; amantes del olivar. ¿Y qué más puedo yo decir?: Para ser un buen cosechero de aceitunas; ya sean de mesa, como para el almazara.

Salí de allí, que no podía parar; ya que me recorrí los tres kilómetros que había desde la almazara al pueblo en pocos minutos: Al no pensar en nada,

más que en los olivos. En ese plantonar de olivar, donde anida la tórtola y ponen sus huevos las perdices, en la base del olivo.

Notándome mi mujer, Sonia, un tanto nervioso al llegar yo a mi casa; con ese temperamento de saberme defender, ante las vicisitudes de la vida: No consintiendo que nadie abandone lo suyo, por más trabajo que tenga.

SONIA -. ¿Cómo llegas de esta manera?.

FERNANDO -. ¿Dímelo tú? . . . ¿De qué manera vengo?.

SONIA -. Totalmente colorado y con la cara de pocos amigos. . . ? . . . ¿Qué te ha pasado?.

Se lo dije; se lo dije yo a Sonia, lo que me había pasado con los dos amigos, que regían la almazara: Sintiendo ella lo mismo que yo sentía, un escalofrío por todo mi cuerpo, que no podía quedarme quieto, por más esfuerzos que yo hacía para sentarme en una silla. ¡Es que no podía!; no podía ni sentarme por lo acalorado que tenía yo mi cuerpo, siendo un manojo de nervios todo el.

Sonia, en vez de tranquilizarme, se puso nerviosa; al saber, que si aquellos amigos seguían igual que hasta ahora, lograrían una cosa: La quiebra de la actividad aceitunera; siendo una reliquia buena, para el caldo de cultivo hacia otras personas. Dándolos vuelos, para hacer lo mismo que ellos; así, que aquello se debía cortar por Ley lo antes posible.

Yéndome, lo más rápido que pude, en busca del inversor de la almazara; para ponerle ducho en el caso y hacer que no consintiese ese poco amor, que tenían los dos amigos de la infancia por los olivos. Esos olivos milenarios, como eran todos ellos, los de aquel terreno. No que los hiciese un mal; los hacía un bien a Yolanda y a Alejandro: Al instigar al inversor para que no los dejaran sucumbir, durmiendo en paja de heno, y no en un colchón confortable, por así decir.

En aquellos días se abría una nueva era para la digitalización en los nuevos ordenadores; ya que se había adelantado mucho en ese aspecto.

No, en balde, se habían hecho ordenadores, que sumaban a una velocidad espantosa; supliendo a los contables en las empresas. Así mismo, se hicieron unos ordenadores, en los que podía comunicarte con otra persona por antenas, ya preestablecida dentro del territorio español. La tecnología avanzaba a paso agigantado; pero no así el humanismo en las personas, ya que al ver aquello se las endureció la manera de pensar y de ser.

La FE, que antes estaba la primera en la mente de las personas; se trasladó al último sitio de su mente. No teniendo parangón en la historia, la compra y venta de los productos electrodomésticos y de confort; que como nunca había llegado al primer escalafón del ranking de ventas.

Pero aquello ya no era para las personas mayores; era más bien para los jóvenes, que enseguida se hicieron de ello, de aquellas cosas que los presentaban con agrado, para ordenar sus vidas en una disposición, mucho

mayor que tenían antes de llegar la tecnología. Estaba siendo un boom entre la sociedad más joven; apartándose, enseguida, de las normas que sus ancestros les habían infundido en el pensamiento, en la manera de ser, en la lealtad de cada uno hacia el otro, en el amor a sus padres y a sus hermanos, el respeto a los amigos. . . Y así una infinidad de cosas, que cayeron en las buenas costumbres de las personas.

Pero ese adelanto informático, se fue haciendo lo bastante pequeño para la sociedad más joven, en cuando se les estaban haciendo una tecnología atascada en el tiempo; al no ver otra cosa, que los llevase al nirvana celestial. Esa forma espiritual, solamente lo alcanzarían en las creencias místicas y en la fe: Volviendo, otra vez, a su formato principal de un ser como buen humano. Teniendo que agarrarse a las ciencias humanísticas; en cuando Dios es el centro de la Tierra y de las cosas, a la vez.

Se vio pronto, que no había sido una evolución; sino una manera de ser momentáneo, movido por el exaltado pensamiento de esos jóvenes. Y aquí paz y aquí gloria.

SONIA -. Mira, Fernando, entran más jóvenes en la Iglesia y con más fe.

FERNANDO -.Tú, ¿qué te creías?

SONIA -. Yo me esperaba algo de esto.

FERNANDO -. Mientras las personas piensen, por sí solas; nunca abandonarán sus creencias ancestrales; ni se desviarán de la FE, con

mayúscula. Creerán más en Dios, que en otras cosas terrenales y efímeras para ellos.

En el pueblo no éramos nadie rico en aquella fecha; diciendo aquello que se le oía a un señor del pueblo: “Comer no comeremos, pero lo que es reír, reímos mucho”. Nadie tenía una gran extensión de tierras, ni actividades que mereciesen la pena; para exportar sus productos fuera de aquella hermosa región. Y como el que tenía algo, tenía una sola cosecha; si ese año era malo, a causa de las inclemencias del tiempo; se le veía buscar en el campo cardillos, espárragos, berros, criadillas y un sin fin de raíces, que se crían en el campo. Máxime, si ese señor estaba jugando con sus productos, al no hacerlos caso alguno, por no cultivarlos bien.

Fue ese caso, el de los amigos Yolanda y Alejandro; que en aquel año no obtuvieron cosecha alguna, por así decir. Viéndoselos en el campo a todas las horas del día; recolectando toda clase de hierbas comestibles y algún que otro bulbo, para que les sirviese de un buen caldito.

Un día me enteré de que en las escuelas se necesitaba un ayudante para el señor que era el contratado por el gobierno como personal de mantenimiento; siendo posible eso, por no tener que hacer examen alguno.

FERNANDO -. ¡Qué!; ¿de paseo?.

ALEJANDRO -. Sí. Así me entretengo en coger algunas hierbas frescas, que nos sirvan de ensalada. Para no estar ocioso, ni tener algún pensamiento malo en mi cabeza.

FERANDO -. Pues mañana te vas a hablar con mi hija mayor. Se necesita un ayudante para el señor de mantenimiento. Y como veo que te quieres divertir, así te diviertes: Lijando puertas, pintando ventanas, arreglando los pupitres y un sin fin de cosas mas.

Un caso de dignidad estaba resuelto; ¿pero y el otro?, no sabiendo yo lo que hacer con el: Ya que Yolanda era una mujer impulsiva a mi lado; así, que tendría que tener mucho cuidado y no emplearla en un oficio cerca de mí. No sabiendo yo en qué clase de tarea manual, la podría emplear alguien a Yolanda. . .?. . . Y ahora que digo, tarea Manuel; se me vino a la cabeza una, que era muy factible para ella, al estar cerca de su marido Alejandro.

Las escuelas, tenían que tener alguien que las limpiasen; no dudando ni un momento decírselo a mi hija mayor. Y esta, tampoco dudó, ni un solo instante aceptar aquella proposición, que yo la hacía a mi hija.

No dudando yo, en ningún momento, la intuición que tuvo mi hija mayor para ir al Excelentísimo Ayuntamiento, para hablar con el encargado del personal de limpieza.

Ya estaban los dos juntos, Yolanda y Alejandro; quitándose de buscar hierbas y bulbos en el campo para su sustento personal.

Lo que más preocupación me estaba dando, era que mi hija no dudó, ni un solo momento en emplear a Yolanda junto con su marido; pensando yo, si tal vez sabría algo de nosotros dos, o por lo menos, lo que la pasaba a esa señora conmigo: Que cada vez que me veía, se la saltaban los ojos; poniéndoselos como faro de los coches.

Cogidos del brazo nos dispusimos, mi mujer y yo, para dar un paseo por aquellos cerros, cercanos al pueblo; cuando, no ha mucho de salir del pueblo, vimos nosotros dos, a nuestra hija mayor paseando con su marido por aquellos alrededores del pueblo.

Pese a que nos dimos bastante prisa, como para alcanzar a nuestra hija; ya lo había hecho Custodio y Catalina. Y al llegar nosotros dos, Sonia y yo, donde se encontraban las dos parejas, dimos las buenas tardes; quedándonos en tan grata compañía.

CUSTODIO -. “No por mucho correr, amanece más temprano”.

Miró mi hija mayor al señor Custodio, con cara de sorpresa por aquello que él me había dicho, en pocas palabras: Siendo unos galimatías esas palabras para ella. Diciendo ella, que aquellas palabras eran difíciles de comprender para ella, o por lo menos su significado.

FERNANDO -. Pero yo, sí le he entendido a Custodio.

SONIA -. Yo también.

CUSTODIO -. Me agrada que así sea.

Mi yerno miró a su mujer, con cara de extrañeza; no dando crédito a lo que estaba oyendo en aquella bella tarde; en donde cantaba la alondra, cerca de la charca y graznaban los grajos; no sin antes escuchar a las ranas croar. Siendo una verdadera orquesta cerca de aquella charca; pues iban las aves a beber en ella asiduamente, y en esta ocasión no iba a ser menos; ya que habían tomado la suficiente confianza, como para acercarse a aquella charca, de aguas puras y cristalinas. En donde una brisa de viento, hacía moverse a los juncos que había en su orilla; haciendo silbar a esos juntos por medio de un pequeño soplo de viento.

Aquella tarde la pasamos juntos a nuestra hija mayor y a nuestros dos amigos de la infancia, Custodio y Catalina. No siendo impedimento para preguntarla por los dos amigos, Yolanda y Alejandro; ya que Custodio sabía el caso de los dos amigos de la infancia.

Yo agucé el oído, y en vez de contestarme mi hija, me contestó Custodio con buenas palabras: No en vano, era amigo de la infancia, como yo de ellos.

CUSTODIO -. Lo están haciendo perfectamente los dos.

FERNANDO -. ¿Tú, cómo lo sabes?.

CUSTODIO -. El personal de mantenimiento, es el hijo de mi cuñado.

FERNANDO -. ¡AH!

CUSTODIO -. Pues, eso.

Yo miré a mi hija mayor; haciéndome esta una afirmación con la cabeza; no queriéndole contradecir al señor Custodio, como decía ella.

Al finalizar el paseo en aquella tarde, los invitamos para tomar un café en casa a los cuatro; así podríamos estar más tiempo con mi hija mayor y su marido, hablado y viendo alguna película en la televisión.

Tanto se alargó aquella sobremesa, que llegaron las nueve de la noche; sacando mi mujer una cena fría: Jamón, queso, salchichón y un bollo para la leche. Llegando a una especie de conversación muy elevada de tono; por culpa del fútbol. Unos iban con un equipo y los otros con otro equipo; pero no era para eso: Para acalorar la deliciosa conversación, como era la que teníamos antes de comenzar hablando de fútbol.

Llegó un momento, en que Custodio zarandeó a mi yerno; cogiéndole de la solapa. Para más tarde pedirle perdón, por el enorme acaloramiento, que tuvo en dicha conversación.

Nunca había visto yo a Custodio con esos impulsos descontrolados en sí mismo, ni con esa manera de ser; como la que tuvo, en unos momentos, con mi yerno.

Yo miraba, de reojos a Sonia, para ver cómo se sentía ella: No viéndola muy conforme, de que Custodio hubiese vapuleado a su yerno; ya que esta le tenía mucho afecto. No en balde, era el marido de su hija mayor; no viéndola con esa predisposición de amortiguar el efecto entre ellos.

Un efecto desagradable y mal pronunciado, por parte de Custodio que estaba acostumbrado a mandar y a ser obedecido.

Así que yo, sin tiempo de espera; me levanté, cogiendo una botella de coñac, para que sirviese de alivio a esas Almas atormentadas por el fútbol.

FERNANDO - . ¿No os parece bien, que brindemos con brandy?, en este encuentro.

CUSTODIO -. Por mi parte, sí.

Los dos miramos a mi yerno, que en un apto de reconciliación dijo -. Por la mía también-. Estrechándose las manos el uno con el otro. Y en ese momento vimos que se la cambiaba el color de la cara a Catalina.

Cuando terminó aquella cena fría, se despidieron el matrimonio, formado por Custodio y Catalina. Pero antes de salir de casa Custodio, alzó el dedo índice; cono para decir alguna cosa, que más tarde desistió de ella.

A la pregunta de mi yerno; de qué iría a decir el señor Custodio, le hice una indicación con los hombros de que ya debía saber qué era lo que le tenía que decir el señor Custodio.

FERNANDO -, debías saber lo que te quería decir, el señor Custodio.

SONIA -. Algo del fútbol.

FERNANDO -. Es muy “forofo”, el señor Custodio.

Ya fuese seguidor incondicional de su equipo de fútbol; ya fuese una persona que practica esa actividad: Sobre todo era un ferviente apasionado del fútbol, al que se le debía dejar a su simple condición de un ser seguidor de ese deporte.

Desde luego: Recelos, nada de nada. Aquella persona no tenía recelo alguno, en cuando se hablase de fútbol; pues él sabía lo acalorado que se ponía en las conversaciones, en esos momentos.

Llegando el sábado, invitó Custodio a todos los amigos; una comida en la casa de campo, que tenía cerca del pueblo. Y allí se organizó una verdadera fiesta, por todo lo alto. Pues Custodio invitó, también, a personas que sabían cantar perfectamente fandangos.

Y entre fandangos y fandangos; tiraban de la bota, probando un excelente vino hecho en aquella misma tierra. Corriendo los hijos de sus hijos, por toda aquella campiña de verde hierva. Existiendo unas margaritas, más para allá de donde nosotros estábamos: Viendo a los hijos de nuestros hijos, correr para coger aquellas flores que llamaban la atención por lo amarillas que eran.

Fue un día apasionado, por parte nuestra: Ya que cada uno de nosotros, sabía muy bien hasta dónde podía llegar tomando ese vinillo de la tierra; sin sobre pasarse en ello. Y al decir apasionada, se tiene que decir un tanto azarado, aquel día; pues se le vio al más pequeño de los niños mirar mucho a una zanja que había allí cerca. No sabiendo nosotros a qué se debía aquella pose, que estaba haciendo el pequeño; que era el hijo de mi hijo, el que estaba embelesado en algo, que nosotros no veíamos.

Nos levantamos todos, yendo para ver lo que sucedía allí. Y cuando estábamos llegando, nos pudimos dar cuenta, que el niño no estaba estáticamente quieto; era más bien un embelesamiento por algo que él veía en aquella parte de terreno; más bien extasiado.

Extasiado nos vinos nosotros al llegar aquella zanja, con una variedad de peces, que valía la pena contemplarlos bien detenidamente.

Alguien debía haber dejado allí aquellos peces tan bonitos: Algunos colorados, otros blancos y algunos que nosotros no habíamos visto en nuestras vidas. Aquello nos impactó bastante en nuestro cerebro; pero también nos removió la conciencia: Pensando si alguien hubiese echado allí aquellos peces por motivos más adicto a esconder un hecho delictivo.

No tardamos levantar el ato y marcharnos al pueblo; para dar conocimiento de aquel descubrimiento nuestro a la autoridad competente. No tardando ver llevar esposado, la guardia civil a un forastero del pueblo.

Por supuesto, aquella persona no era del pueblo: Habiendo cometido un acto delictivo, echando aquellos peces, que habían estado en una pecera, en una casa de alto estándar.

Llegando un furgón de atestado, para llevarse a aquella persona, a otras dependencias; donde hubiese un juez que le pudiese juzgar por aquel delito que cometió, días anteriores.

Sabiendo, que nadie escapa a la justicia: Y sobre todo, si ha cometido un hurto doble; por haber asaltado dos casas, en el mismo día.

La vida siguió entre nosotros plenteramente; ya que en el pueblo no sucedía hechos estrambóticos, como para desvelar el sentido a los habitantes de aquella pequeña localidad.

El único que dio la campanada, fue Alejandro al comprar en el pueblo de al lado un olivar de varias hectáreas; no sabiendo las personas de donde había sacado el dinero, para hacer aquella compra.

Se le veía a Alejandro y a Yolanda, todos los sábados y los domingos en el almazara, limpiándole y arreglando lo que se había desperfeccionado en el; ya que la cosecha del año se preveía abundante.

Como a mí, me había picado la curiosidad; me llevé una tarde a Sonia en el coche, como dando un paseo hacía el siguiente pueblo y al llegar al olivar que había comprado Alejandro, nos bajamos del coche para dar una vuelta, alrededor del olivar. Tardamos lo suyo, en dar dicha vuelta; pues se componía de barias hectáreas de terreno aquel olivar. Estando bastante

cargados de aceitunas los olivos; se veía que el año iba a ser bueno; bastante bueno, como para coger unos buenos miles de kilos de aceitunas en el.

Comprendí, enseguida, a Alejandro: Así no tendría que comprar aceitunas a nadie; vendiendo su aceite al mejor postor, para sacarse un dinero adicional de aquella venta; hecha con mucho trabajo y mucho sacrificio por parte de él en los olivares, al emplear bastante mano de obra.

Viendo aquel agricultor labrar sus olivos bastante antes que los demás lo estaban haciendo; así se ahorraría salarios a su cargo. Y como yo no labrara, ya, nada; le vendí a Alejandro el tractor, para que lo llevase su mujer, Yolanda.

A Yolanda la había enseñado a manejar el tractor Alejandro, en los sábados y domingos que echaban las horas trabajando en el campo. Si hay que ayudar, se ayuda.; sin pedir nada a cambio.

No me explicaba yo cómo trabajaban tantos los dos en el campo; teniendo ya una edad, que los costaría hacerlo: O por lo menos, se verían con todo el cuerpo magullado, por los esfuerzos que se hace trabajado en la agricultura.

SONIA -. No comprendo, como siguen trabajando tanto en el campo nuestros amigos.

FERNANDO -. ¿Tú qué harías?, si nuestros hijos no tuviesen trabajo, o fuesen más jóvenes.

SONIA -. Trabajar.

FERNANDO -. Tú lo has dicho.

Alejandro y Yolanda tenían que alimentar a tres bocas, a parte de las suyas; que por cierto, estaban muy escuálidos los dos, al no comer lo necesario. Ya que se lo quitaban ellos de la boca, para dárselo a sus hijos; no queriendo, ninguno de los dos, que los faltasen alimentos a sus hijos.

Nosotros sabíamos las necesidades que estaban pasando este matrimonio, formado por, Alejandro y Yolanda. Invitándolos para merendar todos los sábados a casa, sin faltar ninguno. Y como no hay dos sin tres, venían todos mis hijos para estar un par de horas con nosotros, sus padres.

Aquella decisión, nos costó romper nuestro presupuesto; por ser la comida de lo más cara que hay en la cesta de la compra. Y sobre todo, cuando ya no teníamos recursos para echar mano a ellos.

Pero yo seguía diciendo igual que aquél señor decía “Comer, no comeremos; pero reír, reímos una barbaridad”. Igual, igual que aquel señor me expresaba yo; viendo menguada la cuenta de mi cartilla; por esa decisión, que yo tomé, invitándolos a merendar a todos ellos.

Cosa curiosa: Pues mientras Alejandro y Yolanda acudían con frecuencia a casa, los demás amigos no lo hacían. Parecía como si ellos intuyeran, ese gasto económico y derrocho en cuando se toca lo rumboso que yo era; para dar tantas comidas como en un restaurante.

Se estaba pasado el año y con el, llegó la cosecha de aceitunas; siendo una de las mejores cosechas del siglo. Si estaban entrados en primero de Marzo y allí se seguía extrayendo el zumo a la aceituna para hacer aceite.

De aquella almazara pequeña, salían todos los días un camión lleno de garrafas de aceite para venderlo en los grandes comerciales, que había en la piel de toro. No dando abasto en el trabajo, Alejandro y Yolanda; pues era la única manera de pagar las cuentas al inversor, que los prestó el dinero para construir una almazara nueva, ya que al Banco le habían pagado lo que ellos les debían, con la cosecha de la huerta. Y así, ponerse al día en sus cuentas de rendimientos y de deudores: No siendo solamente lo que entraba de beneficios, sino lo que salía para pagar a los deudores.

Pero eso sí: Todos los días se los veía a los dos, Alejandro y a Yolanda, con lamparones en sus ropas; pues no se sabía de qué color era la blusa que llevaba esta mujer puesta. Pero eso sí; sus carnes rosadas, no habían perdido el color que siempre tenían: Ya que cada vez que yo entraba en la almazara, me estaba enseñando Yolanda sus posaderas.

Un día que entré alegre; por haberme tomado unos vinos, la vi a Yolanda todas sus vergüenzas: Hasta me estaba enseñando algo más que las vergüenzas. Así que la di una palmada en los glúteos intermedios, cogiéndome esta mujer por la solapa, de tal manera que caímos en un pozo lleno de aceite; ya que todavía conservaban parte de aquellos pozos primitivos, con el solo propósito de ganar más dinero. . . Ya me entienden.

Aunque había desaparecido las tareas, quedándose algunos pocos con ese trato de antaño; aunque eran los que más aceitunas tenían, por tener más olivos que otros. Pero ellos no sabían, que entre la tara que lo que cobraba la almazara y el poco escape, a través de los canalillos, pagaban más a la almazara, que si las hubiesen vendido a peso. Saliendo algunos de ellos un poco contrariado, al saber que a su vecino le habían pagado tanto como a él, sin echarlas a una pila, para tener tantas o cuantas tareas aquellas noches, que seguían para prensar sus aceitunas. De esta manera desistieron los cuatro que había, los más antiguos de este proceso; para echar sus aceitunas al peso, según precio.

Parecía que se había enderezado un poco la economía de ese matrimonio, Alejandro y Yolanda; pues ya se los veía con más calma en su ser y en su constancia, para obtener un dinero de sus productos agrícolas.

Otro problema tenía yo, con mi hija pequeña; pues se quería comprar un coche sin ninguna clase de sistema económico para ella. Y lo que yo temía, era que se lo dijese a su hermano; ya que este, había obtenido unos buenos dineros por la venta de un cuadro: Pues había salido en el periódico.

Al parecer, no se lo había dicho lo que ella quería: El comprarse un coche para su uso particular; cogiéndola yo en el patio de mi casa; para hablarla sobre ese problema que ella tenía. Sin darme cuenta, que me estaba oyendo su madre.

A la negativa que me dio mi hija; me sobrecogió el corazón, cuando vi salir a su madre diciendo algo; que ya, mi hija y yo, habíamos hablado.

SONIA -. Se lo compramos tú y yo, ese coche a nuestra hija.

FERNANDO -. Ya ves, dice que no.

SONIA -. Que te lo carguen a ti, las cuotas de cada mes, en tu cuenta del Banco.

FERNANDO -. Es dar, tres cuartos al pregonero.

SONIA -. No; siendo que te lo carguen en el otro banco, que no está nuestro yerno.

Aquello tenía más contundencia; ya que todo se quedaba en familia; no enterándose nadie de quién pagaba a la financiera del concesionario de coches.

Así se hizo; con el sigilo mayor del Mundo, para que nuestra hija mayor, y sobre todo mi yerno, no se enterasen de dicha operación que hicimos en el otro Banco, que había en el pueblo. Y como, ni mi yerno, ni mi hija menor, no dirían nada sobre aquella concesión: Yo me sentía a gusto totalmente, por haber ayudado a mi hija menor.

Lo único que no me cuadraba en la cabeza, era: Que mi hijo, siguiese en la escuela dando clase; y sobre todo, en una escuela de pueblo. Cuando

estaba ganando tanto dinero por la venta de sus cuadros; ya que tenía a la vista, presentar algunos cuadros en una galería afamada.

SONIA -. No lo pienses más.

FERNANDO -. ¿Tú qué sabes, lo que estoy pensando?.

SONIA -. Nuestro hijo, lleva metido en el corazón el sentido de la docencia.

FERNANDO -. ¡Caray!; que sí, me lo has adivinado.

SONIA -. Se te nota en la cara, que estás pensando en nuestro hijo.

Todo quedó igual que estaba: Que yo pagase las cuotas a la financiera del concesionario de coches y nada más.

Mi hija menor, se presentaba de vez en cuando en casa; para ver si yo estaba pagando las cuotas a la financiera del concesionario de coches. Y al saber que sí las estaba pagando, se conformaba y se iba alegre del todo.

Los que no estaban pagando lo suyo, eran los amigos Alejandro y Yolanda; que en vez de ahorrar, estaban adquiriendo más y más maquinaria para la almazara.

No sabía yo, cómo afrontar aquello; ya que me responsabilizaba de aquel desastre, como iban a tener mis dos amigos de la infancia. Y un día soleado, me di un paseo hacia el despacho de la almazara; para poder

hablar con alguno de mis amigos, para saber algo de lo que estaba pasando allí, con sus cuentas.

Al parecer; sus cuentas las tenían al día, ya que alguien les había impuesto una cantidad de dinero, como para que comprasen aquellas maquinarias y poder exportar el aceite a otras regiones de España.

ALEJANDRO -. ¿Qué te habías creído?.

FERNANDO -. Un poco nervioso he venido. Lo confieso.

ALEJANDRO -. No confieses nada; que aquí no pasa nada. Ya ves como están las cuentas: En perfecto orden y detalladas.

Cuando me dispuse para salir de allí, me acompañó Yolanda hasta la mitad de donde estaban las maquinarias; dándola yo una palmada en sus glúteos y ella me dio a mí un beso de amistad inconfundible.

Mi conciencia me decía que no debía hacer aquello con Yolanda, que estaba mal hecho; ya que éramos amigos de la infancia los dos. Subiéndome un pavor a mi cara, que no me podía contener, por los nervios que me habían entrado.

Así llegué a mi casa, no viendo en ella a mi mujer, Sonia; salvándome aquello de una buena reprimenda, pues se me notaba en la cara la sangre que bullía de mis venas.

Me fui al baño, lavándome la cara con agua fría, para quitarme el color que tenía en la piel rosada. Y así me cogió Sonia, con otro mejor semblante; con otra buena disposición para recibirla a ella, con todo el amor del Mundo.

Sonia no notó nada en mí, que saliese fuera de lo normal y lo normal fue, que ese día me había hecho una buena merienda; teniéndome una botella de vino, de lo más exquisito que había en las tiendas de comestibles.

Ahora, sí que sí: Aquello me desorbitó los ojos por completo; no sabiendo yo si decírselo a mi mujer o guardarme el secreto para que esta no sufriese. Y como nada había pasado entre Yolanda y yo: Decidí no decir nada a Sonia para que esta no se molestase y sufriese por tan poca consideración, como yo la había tenido momentos antes.

Haciéndome una caricia en el mentón, mi mujer, me decía algo fundamental para mí; con reproches de una dama enamorada de su amado.

SONIA -. ¡Anda!, hijo. Qué poco aguante que tienes; en cuando yo te he hecho una caricia.

FERNANDO -. Lo confieso. Me he derretido.

SONIA -. Ya lo veo. O cierras esos dos Luceros; o salgo corriendo de miedo.

ALEJANDRO -. Los cerraré; sí señor, los cerraré.

Yo agarré a mi mujer por la cintura, no dejándola marchar a ningún sitio; ya que estaba a gusto con ella en el sillón sentados: Ella encima de mí.

Lo que más me conmocionó, fue verla con el cariño que me trataba; pues se veía que me quería y mucho, no poco.

No pudiendo resistir aquel cariño con el que se expresaba mi mujer, Sonia: La comencé a besar toda la cara y hasta los ojos y las pestañas. Tanto impulso de cariño puse yo en aquella ocasión, que terminamos los dos en nuestra alcoba; amándonos tiernamente.

Nos levantamos de la cama y nos duchamos: No en balde era tiempo de un gran estío y sobre todo, de un bochorno enorme; teniendo temperaturas de hasta treinta y ocho grados. Pero aquel bochorno lo rebajé con vino y sifón; una mezcla que alegra en el paladar, sobre todo, a los alvéolos lingüísticos a su paso, hacia la garganta. No siendo causa ni impedimento, el saberme querido por mi mujer y amado por la misma. Ya que nada más terminar la merienda, nos fuimos derechos a la cama, sin otro querer saber nada de nada.

A los pocos días, supimos que Alejandro y Yolanda, habían matriculado en la facultad de derecho a uno de sus hijos, al mayor. Pensando de momento, el por qué de tantos esfuerzos; ya que ellos querían dar carrera a sus hijos, a costa de su trabajo.

Lo bueno fue, que no cesaron en su empeño; trabajando de noche y de día en sus actividades: Huerta y la almazara. Por otra parte Marcos, se había

hecho de un perfecto rebaño de ovejas; sacando lo suyo con las subvenciones y la venta de los corderos: Estaba siendo, un perfecto ganadero.

En aquellos tiempos, se debía echar una mano a la Iglesia; ya que la techumbre la tenía carcomida, en algunas vigas. Y así, se solventó aquel problema, que teníamos en la iglesia; al hacer rifas y algunas concesiones de dinero, que las Almas buenas habían puesto para que se hiciese la obra y se habilitase la Iglesia para el culto religioso.

Al terminar las obras, en la homilía del domingo, el sacerdote nos dio las gracias a todo el Pueblo, en el púlpito. Con tanto empeño lo hizo, que no pudo disimular unas lágrimas que le cayeron de los ojos; al tiempo que cantábamos el “Pange Lingua gloriosi”. Exaltados todos los feligreses, en la Iglesia, por verse, unos a otros, con ese recogimiento de Espíritu tan ferviente, como en ningún sitio se han visto. Saliendo de aquella Iglesia con fe y recogimiento en su ser, cada uno.

Custodio comenzó a sentirse malo, después de una cacería en una finca afamada; llevándosele al Hospital en la Capital de la provincia; pensando yo, que ya se le había terminado el tiempo de mandato en el pueblo.

A los tres días se traían en un féretro a Custodio, para enterrarlo en el cementerio del pueblo; acudiendo todo el pueblo; hasta los que querían ver su entierro gratis. Quedándome yo atrasado en el cementerio rezando un

credo, con toda la devoción de mis sentidos; para más tarde echar una ojeada a mí alrededor y ver a un hombre mirándome fijamente, desde lejos. Ese, ese quería yo ver; no había duda alguna. Y como la vida sigue, siguió para todos los del pueblo con pena por perder a una persona tan buena como era Custodio. Devolviéndola yo el sobre del testamento a Catalina.

Estaban cerca los comicios, que por vez primera se hacían en la Nación; sin contrariedades algunas. De modo, que ganó el más moderado de todos ellos: Las personas no querían saber nada de decisiones gubernamentales, ni de charlas algunas.

Se encontraban, las personas un poco pesadas; en cuando se las hablaba de esos términos viscerales, como era la dirección gubernamental. Así, se empezaron a buscar personas, que quisieran pertenecer a esa rama de la sociedad: Si era que valía para ello.

La estrella de todo, seguía siendo el fútbol; que se había convertido, en un parangón en la historia de la Nación. Allí donde se reunían dos o tres personas; ya estaba la disputa entre ellos, si a caso no eran adeptos al mismo equipo de fútbol.

Un domingo, que se jugaba un derbi entre los dos equipos más afamados de la Capital española: Salieron, en el mismo coche cuatro señores del pueblo, con idea de ver dicho encuentro.

Lo único que no vieron, fue el encuentro que se estaba realizando, en aquellos momentos, en el campo de fútbol. Y eso, que aquel campo era lo

suficientemente enorme, como para ver los encuentros desde cualquier sitio de aquel gran edificio.

Se habían llevado los paraguas, y a paraguazos seguros comenzaron la faena de querer que su equipo venciera, sin haber terminado el encuentro; solamente, por los deseos que tenían ellos.

Pues claro: De otra forma no iba a ser; ya que se presentaron los unos sin los otros en el pueblo. Teniendo que llegar, los señores que se habían quedado rezagados, en el coche de línea al pueblo.

Pero eso sí: Que llegaron, sin pena ni gloria; por a ver viajado en autobús: Pero con el ánimo subido a las alturas, por ganar su equipo uno a cero, la tarde anterior. Cruzándose con ellos, los señores del equipo contrario, sin decirlos una sola palabra de recibimiento. Se miraron y se cruzaron como si no se conociesen ellos.

El carnaval, comenzó existir por aquellos pueblos, que antaño no estaba permitido hacerlo. Y por consiguiente, se les cantó una canción a los aficionados del pueblo; haciéndolos una pantomima a todos ellos.

SONIA -. ¡Hay que ver!.

FERNANDO -. ¿Por qué dices eso?.

SONIA -. Nuestro amigo de la infancia, Custodio: Muerto hace poco tiempo y ya se celebra en el pueblo las fiestas del carnaval.

FERNANDO -. Así es la vid,

Se daba en la plaza un vino de honor a todas personas que asistía a las fiestas; pues doña cuaresma, era impecable en llevar aquellas fiestas a lo más alto de su cúspide.

Mi mujer me animaba para salir a tomarnos un vino fino, con las personas del pueblo; pero yo estaba remiso para hacerlo. Alegando un fuerte dolor en el tobillo, hecho en aquella misma mañana, cuando tuve que saltar para que un cohete no me alcanzase en la pierna.

Por una calle iban un grupo de personas cantando y por otra iba otro grupo saltando, como si fuesen saltimbanquis bien enseñados. Algunos como bufones y otros como titiriteros; vestidos con pieles de ovejas y con una cabeza de vaca encima de la suya; siendo los cuernos de la vaca, lo que más miedo les daba a los pequeños del pueblo: Pues corrían sin saber dónde iban, para que aquel saltimbanquis no los cogiese. Sin saber, que aquello se hacía; como en señal de ahuyentar a los malos espíritus.

Siguió la fecha de la Semana Santa; siendo las procesiones en el pueblo más organizadas y los actos, con un libreto dentro de la Iglesia y con un buen guión.

Tiempo de recogimiento; aunque no así para los bares que había en el pueblo; pues en otros años se cerraban todos los bares, para que los feligreses pudiesen ir a las procesiones correctamente.

Siempre había alguien que se desviaba del sentido religioso; recibiendo yo una nota, por mano femenina, de que a las diez me esperaba en la almazara. No sabiendo yo si ir a donde decía aquella nota, o declinar tal invitación; pero como la nota estaba escrita por alguien que yo conocía, me atreví ir a donde me indicaba aquella reseña.

Pero antes de llegar al lugar de destino, oí unos gritos de mujer, pidiendo socorro y diciendo, en voz alta: Me roban. No sabiendo yo qué la iban a robar allí; si lo que obtuvieron de la venta del aceite ya lo tenían en el banco ingresado.

No: Aquello no era de recibo; ya que los raterillos la dejaban pedir socorro y hablar en voz alta, diciendo que la robaban. Y sí era verdad, que había un par de jóvenes en la almazara; ya que yo los vi salir de allí a paso ligero. Dándome yo media vuelta, para irme hablar con las personas que hubiese en la quesería y así poder disimular, que yo había llegado hasta la almazara en aquella noche de autos. Esperando yo a que amaneciera y poder saber lo que había pasado con Yolanda, la noche anterior.

Allí no se hablaba nada de nada: Como si aquel acto de rapiña no hubiese pasado. Ni tan siquiera lo había denunciado Yolanda a las autoridades del pueblo; existiendo un cuartelillo de la Guardia Civil, en una de las principales calles.

Como yo conocía a uno de aquellos chicos, que salieron a paso agigantados de la almazara, me acerqué a él, una vez que le vi en el bar tomando un vino de la tierra.

Aquel chico me recelaba un tanto; pues no en vano, había participado en un complot dirigido a mi persona. Calmándole a él un poco, al acercarme como si yo hubiese entrado en el bar para consumir.

Tardé un rato en hablarle a aquel chico; así le vi, que se le aplacaban los nervios. Y hasta me echó una mirada de satisfacción, al ver que yo no le hacía nada de caso.

Entonces fue cuando yo me atreví a preguntarle algo al chico: Una pregunta sencilla; pues él tenía que saberlo.

FERNANDO -. ¿A qué hora tocan a Gloria?.

El chico me echó una mirada de creerse lo que yo le estaba diciendo, para en un momento, tomar una bocanada de aire en los pulmones y responder a mi pregunta, sin titubear. No en vano, era un chico espabilado y listo; ya que había estado en la escuela hasta la edad de catorce años, como era su deber.

A la pregunta que siguió después, no la quiso contestar; o por lo menos daba muchos rodeos para no ser delatado por la respuesta que me diese.

Yo veía que le temblaba el vaso en las manos, no sabiendo donde tenía él la boca; ya que se le llevó a las narices para tomar un sorbo de aquel chato de vino.

Le dije, que yo había dado una vuelta aquella misma noche; para desechar la presión que tenía en mi cuerpo por el recogimiento religioso de aquella Semana Santa.

Al decirle yo aquello, me miró con cara de incredulidad y como asustado; diciéndole yo, que confiase en mí, ya que le estaba hablando como a un amigo.

No tardó en decirme, que él había salido al campo para dar una vuelta: Llegando hasta la quesería, para volver al pueblo cuanto antes; ya que los amigos le irían a echar en falta.

Le invité otro chato de vino; y a la pregunta de cual era su mejor amigo, me indicó un chico de la periferia del pueblo, siendo él mismo de esa misma periferia. No queriéndole asustar, para nada, me despedí de él muy amablemente; para salir de aquel establecimiento sabiendo dónde vivía ese chico, que tantas mañas se daba, para doblar las preguntas que se le hacían, con mucho esmero y cuidado por mi parte. Ya que se le veía un poco nervioso, y en algunas ocasiones bastante nerviosos.

Mientras menos se hable mejor, dice el refrán; siendo realidad ese proverbio que tienen las personas para definir una cosa, ya conocida. Así que llegando a mi casa, no hice por enterarme de dónde vivía aquel chico;

pues ya me había enterado de su paradero. Pero lo que sí tenía ganas de ver a solas a mi amiga, de la infancia, Yolanda; y en una mañana con tormentas veraniegas, me fui a la almazara con deseos de poder hablar con mi amiga, de la infancia, un rato.

Estaba sola, limpiando unos tanques de almacenamiento para el aceite; y por supuesto, como siempre: Enseñando todas sus vergüenzas al primero que entrase en aquel establecimiento. O tal vez, me había visto llegar; poniéndose de esa manera: Atrayéndome hacia sí misma, por enseñarme sus formas tal y como eran.

Me acerqué a ella, dándole un palmazo en el trasero; no inmutándose esta mujer para nada: Pues se volvió hacia mí, echándome los brazos sobre mis hombros.

Yo la paré en seco; queriéndola decir, que con ella no quería nada: Separándose de mí, Yolanda, con mucho genio, al darse cuenta que era imposible tener relaciones conmigo. O por lo menos, hacerlas públicas aquellas relaciones que tuviésemos ella y yo; desvelando el secreto a todos los habitantes del pueblo: Que era lo que ella quería, por ahora. Que más tarde ya veríamos lo que quería: Si dejar a Alejandro o seguir con él; sacándome a mí el dinero que hacía falta para que su hijo estudiase en la facultad. Todo esto, se vería con el tiempo: Al correr los hechos fatídicos, que mi amiga quería que se produjesen.

FERNANDO -. Te veo muy atareada, en la faena de la almazara.

YOLANDA-. No es para menos, hijo.

FERNANDO -. La otra noche, también te noté muy azarada. ¿Te encontrabas en la misma faena?.

YOLANDA -. Me estaban robando unos raterillos. . .? . . . y tú, ¿por qué no entrantes?.

FERNANDO -. ¿Para echarte una mano?.

Comprendió, enseguida, Yolanda que a mí no se me engaña tan fácilmente; retirándose de mi lado con un gesto de soberbia.

YOLANDA -. No te das cuenta, que de esta manera me va a entrar más deseos.

Me di media vuelta, saliéndome de la almazara, sin mirar para atrás, para no ver los ojos de Yolanda; que los tenía totalmente abiertos, como para mirarme mejor a la cara, viendo mis ojos con un poco de recelo ante ella: No queriendo saber nada de ella; en cuando a ese tema, tan desagradable para mí. No sabiendo yo si había tenido la culpa las palmadas que la había dado en los glúteos intermedios.

Pero, aunque así fuese, no era óbito decir: Que mi amiga, podía hacer de mí lo que quisiera; no tratándome con el debido respeto a mí persona.

Llegué a casa un tanto nervioso; viéndomelo mi mujer, Sonia, que me sacó una tila para que me la tomase.

Pero como Sonia no me dijo nada; me di cuenta, que ya sabía ella de donde venía: Sin saber quién se lo había dicho. No de dónde venía; sino, ese hacer con Yolanda, que yo traía en aquellos días.

Para saber cómo estaban nuestras amistades, entre los amigos de la infancia; un día organicé una merienda en mi casa, ya que yo tenía el deseo de invitar a Catalina, la mujer de Custodio (q.e.p.d.).

FERNANDO -. Sí, Catalina. Vengo para invitarte a la merienda que voy a dar mañana en mi casa, a todos los amigos.

CATALINA -. Me vas a perdonar, Fernando: Pero yo no tengo ánimo alguno, para ir en grupo.

FERNANDO -. No es en grupo; somos tu familia.

Al decirla aquello a Catalina, me miró con unos ojos de credibilidad conformada; sabiendo que siempre era bien recibida por todos nosotros, sus amigos de la infancia. No en balde nos conocíamos desde niño; habiendo jugado juntos todos los chicos que pertenecíamos a las calles más céntricas del pueblo. Aunque también, nos juntábamos, como niños que éramos, con los demás niños de otras calles.

Una palabra; se necesitaba una sola palabra para hacerla venir a la merienda a Catalina: Y aquella palabra la dijo mi mujer, Sonia.

SONIA -. Catalina, querida; somos las mismas personas, que cuando jugábamos en la calle a la comba.

Fue abriendo los labios Catalina, en forma tímida; como si hiciese algún pecado en aceptar la invitación. Pero por fin la aceptó, con un pequeño monologo, al decir:

CATALINA -. Sí.

Yo no me quedé conforme con lo que dijo Catalina; invitándola para que dijese algo más.

FERNANDO -. Sí, ¿qué?.

CATALINA -. Sí iré mañana a esa merienda.

SONIA -. Estamos muy orgullosos de ti, Catalina.

Se había quedado sentado, de que Catalina acudiría a la merienda al próximo día en mi casa. Estando allí todos los amigos, al día siguiente, en mí casa. ¡Bueno!; casi todos: Ya que faltaba Catalina, sin saber el por qué

de su tardaza; pues nos estábamos poniendo muy nerviosos todos sus amigos a no verla llegar a mi casa.

Yo no hacía más que llegar a la puerta de la casa, mirando cera arriba de la calle, por si la veía venir a Catalina; aunque fuese menoscabada por los avatares de la vida.

Pero cuando ya no la esperábamos a Catalina, sonó el timbre de la puerta; siendo nuestra amiga Catalina la que estaba en el umbral, pidiendo entrar en mi casa.

Todas las señoras, salieron corriendo para recibir a Catalina: Y con besos y abrazos, con arrumacos bien dados entre ellas, se decían lo mucho que se querían entre ellas. Nosotros hicimos otro tanto de lo mismo: Pero con sendos besos en las mejillas y un ¡viva Catalina!, que nos salió de lo más profundo del Alma.

Se la vio correr unas lágrimas por los carrillos, que parecían perlas tiradas al viento, sin otro paliativo que no fuese el darnos las gracias a todos sus buenos amigos de la infancia. Sentándose más tarde en una silla; para indicarla yo, que estaría mejor y más cómoda sentada en un sillón, que había allí cerca. Frente a nosotros.

Haciéndola los honores a Catalina, ese día no cantamos, ni tarareamos ninguna canción; ya sabidas en aquellas tierras, donde nosotros vivíamos y queríamos como nuestras que eran.

Pero eso sí: Se comió a dos carrillos; siendo abundante la comida que presentamos Sonia y yo a los amigos de la infancia. Hasta el punto, que algunos nos indicó algo, que nos llegó hasta nuestro cerebro marchito aquel día, por tal celebración.

YOLANDA -. ¿Qué queréis?: Hacernos de menos.

Yo no respondí a aquella indirecta que nos había tirado Yolanda a mi mujer y a mí; solamente me limité a fruncir el ceño, con un atisbo de desagrado, por habernos hecho aquella pregunta, nuestra amiga. Pero eso sí: Ya que Sonia, se atrevió a decirla algo a Yolanda, con todo su afecto y como se suele decir: Con el corazón en las manos.

SONNIA -. No, Yolanda. Queremos agasajaros lo mejor que podemos; para afianzar nuestra amistad, que viene desde la niñez.

CATALINA -. No hacía falta hacer tal acto de opulencia entre nosotros; pues nuestra amistad es firme: Nunca se romperá.

FERNANDO -. Pues claro que sí, Catalina.

CATALINA -. Siempre os llevaré en el corazón metidos.

SONIA -. Y nosotros a ti.

CATALINA -. Gracias.

Aquella merienda se nombraba mucho, hasta años más tarde; pues fue de espanto, lo que se comió allí; teniendo mesura, en no alzar la voz más de lo deseado, al estar entre nosotros Catalina, con riguroso luto.

Hasta nosotros dos, Sonia y yo, hablamos aquella misma noche del gran banquete que habíamos preparado a nuestros amigos de la infancia.

SONIA -. ¿Te distes cuanta?.

FERNANDO -. ¿De qué?.

SONIA -. Todos los amigos, salían con los ojos iluminados.

FERNANDO -. Sí, por la hora que es.

SONIA -. Por lo agradecido que se han ido.

Así hablábamos Sonia y yo, antes de irnos a la cama; cansados de tanto jaleo, como habíamos tenido aquel día en nuestra casa. Y dándonos las buenas noches nos dispusimos a soñar con grandes cosas, que han sido en la sociedad. Ya que no pudimos hablar, antes de dormirnos de nada; por estar esperándonos el dios del sueño, Morfeo.

Al levantarnos a la mañana siguiente, nos lavamos la cara con agua fría, para despabilarnos de la presión cerebral que teníamos, debido a la fiesta de la noche anterior; pues el compromiso de la merienda, llegó hasta la cena, con nuestros buenos amigos de la infancia.

Aquel día había una representación teatral en el pueblo; pues habían montado un teatro de lujo, valiendo la pena ir para ver aquel teatro, por aquella compañía que lo presentaba.

Era un elenco reconocido por todo el Mundo; aunque fuese nacional, pues nacional también son buenos los montajes de los teatros, aquí en España.

Qué vergüenza pasé; ya que me estaba durmiendo, no consiguiendo ver más que el principio de aquellas escenas de pasión, tan sublimes como representaban aquellos actores.

Lo malo fue en mi persona; cuando a la salida del teatro me preguntó un señor, que era el corresponsal de un periódico de la provincia, por las características de aquel teatro. Pero como yo había oído, mientras estábamos saliendo a una persona, ciertas características del teatro que habíamos visto, le dije al reportero tal y como lo había oído esas mismas características: con buena disposición en cima del escenario, sabiendo estar y ser actores de una sola vez, parafraseando las palabras con gran esmero e yendo más para allá de sus fuerzas, en cuando al retorcimiento de formas preestablecidas en el guión.

Así lo dije: De recorrido, sin saber qué decía; felicitándome el representante del periódico: Haciéndome saber, que así saldría en el diario a los dos días. Comprando yo el periódico, para saber qué había redactado ese corresponsal de la prensa escrita. Viendo, con asombro, que había redactado las características del teatro tal y como yo lo dije; saliendo mi

nombre en el periódico. Y no les cuento yo el agobio que me dio; cuando fue cogida las características, por otra persona ajena a la mía. No sabía si decirlo o callarme, ya que no se podía hacer nada para enderezar aquel entuerto.

Pero eso sí; cuando me felicitaron todos los amigos, les dije: -. No me hagan caso; eso fue, que lo oí yo al salir del teatro: Pues no pude ver más que el comienzo, ya que me dormí en la butaca-. Quedándose los amigos muy compungidos por aquella afirmación mía: Pues lo que no es mío, no lo es. Eso, por supuesto.

Me fui a buscar al corresponsal del periódico, para rogarle que pidiese a la dirección una declaración revisada de que no era yo el que había ideado aquella forma de clasificar el teatro, que se había montado en el pueblo hacía unos días. Negándose por completo el señor corresponsal del periódico, por motivos de credibilidad hacia su persona; ya que yo se lo tenía que haber dicho en ese mismo momento, que acepté la entrevista.

Como me pude dar cuenta, que se le dañaba al corresponsal del periódico si negaba lo que yo había dicho; me callé para no hacerle ninguna clase de daño, a su fiabilidad, en cuando a dar las noticias.

De aquel escollo salí un tanto mal parado; al no haberme hecho valer; en cuando mi dignidad se estaba tambaleando, por no hacerme comprender en dicha trama, de que yo no era el propietario de aquella noticia, que se había reseñado en el periódico. Deambulaba por las calles, en aquellos días,

como un verdadero sonámbulo y sin rumbo fijo y con los ojos totalmente cargados de lágrimas; por no haber podido desenredar aquella madeja, que se había formado, con mi entrevista.

Una mañana, que me cruzaba con Yolanda, me dijo algo que yo no podré olvidar nunca, por más años que viva.

YOLANDA-. Un hombre tiene que hacer frente a lo que dice. . .Nunca se debe huir de algo que se dice, o algo que te ofrezcan.

Comprendiendo, enseguida, a Yolanda; pues la primera parte de su relato, se refería a que no debo huir, ni ocultarme de algo que yo haya dicho: Pero la segunda parte de su relato, se refería, a que ella me ofrecía algo, que yo estaba rechazando de plano.

La seguí unos metros, para entrarla en el portal de mi casa; Ya que yo estaba seguro, de que allí no había nadie en ese preciso momento. Hablándola claro y conciso.

FERNANDO -. Querida Yolanda: Yo soy una persona fiel a mi compañera; no la quiero ser infiel por nada, ni por nadie. Que se te mate, esto, en la cabeza.

YOLANDA -. Lo que eres, un cabezón: Que lo sepas.

FERNANDO -. Lo seré; no digo que no. Pero fiel a mi mujer.

Se dio media vuelta Yolanda, saliendo de mi casa, como ánima que se lleva el purgatorio: Con el semblante terso, ocultando la pura realidad de la forma y con las manos encrespadas, para no arañarme la cara.

No sabía si aquella mujer se había enterado de lo que la había dicho, o por el contrario; buscaría un momento oportuno, para saltar hacia mi persona, como una fiera dolorida por el rechazo que yo presentía hacía su persona.

Pronto lo supe: Un día que me crucé con Yolanda, esta no hizo ni tan siquiera por saludarme; quedándose las personas que vieron aquel repudio hacia mi persona por parte de aquella mujer, como alelados y maltrechas sus conciencias. Quedándome yo también aturdido, por el desprecio que me hacía al no saludarme a su paso.

¡No!: no y no: de modo que me fui a la almazara, cogiéndola a Yolanda limpiando unas mesa. Y al verme entrar de aquel modo, esta mujer se sobrecogió; queriendo salir hacia el despacho para ocultarse en el. Cogiéndola de un brozo, la incité para que no hiciese eso; de irse al despacho para poner a su marido de escudo ante mi persona. La di media vuelta, para que me mirase bien; hablándola yo de frente a ella.

FERNANDO -. Tienes que comprenderme, Yolanda. Estoy enamorado de mi mujer y no la quiero ser infiel.

YOLANDA -. Yo también estoy enamorada de mi marido.

Como la tenía agarrada de los dos brazos a Yolanda, la dejé suelta; sin hacer ningún movimiento aquella mujer, ni tener idea de irse a ninguna parte. Ella solo me estaba escuchando atentamente, como si esperase alguna palabra de reconciliación entre ambos.

No llegó aquella palabra que esperaba de mi boca; para decirle algo, que ella quería oír y yo no se lo decía. Y bajando la cara, me dijo algo, que me sentó formidable a mi simple entendimiento.

YOLANDA -. Te comprendo, Fernando: Compréndeme tú a mí, también.

Ahora sí, que se fue derecha al despacho; para no volver a salir de allí, mientras yo estuviese en la almazara.

Llegué a mi casa todo pensativo, por lo que me había dicho Yolanda: Que la entendiese a ella. Y allí no había nada que entender; pues estaba lo suficientemente claro lo que quería aquella mujer de mí.

Para que no me viese, a la hora de la merienda mi mujer muy pensativo; me tomé un culito de vino, en un baso, que me elevó el Espíritu y me aplacó los ánimos, con respecto a Yolanda.

Nada más terminar la merienda, me sacó mi mujer una tila, que me sentó de maravillas; pues ella sabía de mi agobio, siempre que me excitaba la amiga Yolanda, con sus pretensiones amorosas.

Nada más terminar la tila, me levanté asestándola un beso en las mejillas a Sonia; por lo bien que se portaba conmigo.

SONIA -. Si quieres; ahora nos sentamos para ver una novela en la televisión.

FERNANO -. No; Pues tengo que leer una novela, en una página Web que hay en Internet. Me está gustando mucho, la forma de exponer las ideas y de desarrollarlas por completo el autor de la novela. Y así como los giros que da el autor, dentro de una temática; como nunca expresada.

SONIA -. Será un genio, dicho autor; porque hasta ahora, todos los autores han descritos sus pasajes, en las novelas, como objetivamente. Para hacer lo que tú dices, tiene que mezclarse la subjetividad con la objetividad.

La enseñé la página en donde estaban presentadas las novelas a mi mujer, Sonia; y al poco tiempo la vi en el apartado de las poesías, agudizando el intelecto: pareciendo que la estaba gustando mucho, aquellas poesías que ella leía. Quedándose, totalmente pensativa por un momento.

FERNANDO -. ¿En qué piensas?.

SONIA -. ¿Tú crees que vuelve el siglo de oro en las letras españolas?.

FERNANDO -. Ni lo creo, ni lo dejo creer.

SONIA -. Pues créetelo.

Lo dijo, así: Con esa convicción de que ella sospechaba, que volvía el siglo de oro a las letras españolas. Esta conversación se dio en la realidad, en un hogar español: Pues lo oí yo, sin querer.

Desde aquel día, me costaba mucho coger el ordenador sin que ella estuviese manipulándolo.

No sé por qué: El sábado, ofrecieron una merienda a todos los amigos el matrimonio formado por, Yolanda y Alejandro en la misma almazara. Yendo allí todos los amigos, incluida Catalina; que ya se apuntaba a todas las celebraciones, que formábamos los amigos.

Ese día se sacó vino para que pasasen mejor los alimentos; tomando los mejores alimentos que había en las tiendas de alimentación y bebiendo el mejor vino, de la mejor cosecha de un año específico.

Hasta se atrevió a bailar una jota Catalina; quedándonos todos como el que ve visiones, ya que esta amiga no dejaba pensar nunca en su marido, Custodio (q. e. p. d).

No quedándose satisfecha Catalina y antes de terminar la comida de aquel día, nos invitó al siguiente sábado a su casa a todos los amigos,

Pero para saber, si aquello lo había dicho en sus condiciones mentales en reglas; no ayudada por el etílico embriagador, me fui a su casa el viernes para saber si la hacía falta que la echase una mano, en el acarreo de los alimentos, que ella iba a servir al día siguiente. Viendo, con sorpresa; que

ya estaban comprados todos los alimentos, que íbamos a consumir al día siguiente, en la casa de Catalina. Y como la vi atareada lavando la loza que presentaría al día siguiente, me puse a lavar platos y vasos con todo el interés del Mundo; con la sola idea de ayudar a la amiga Catalina.

Con tanto afán me encontraba lavando platos y hoyas allí, que yo no me había percatado de que catalina estaba hablando con dos señores, que habían entrado en casa: Y eso que oí el timbre de la puerta.

Cuando miré para atrás me pude dar cuenta, que aquellos dos señores pertenecían al cuerpo policial. Hablaban con Catalina de algo, que su marido se había dejado hacer; pese a las muchas indicaciones que le hicieron, para que ejecutase una firma en un impreso.

La pidieron, a Catalina, que los siguiese al cuartelillo; pues la iban a levantar acta de su fe que tenía con respecto a lo que la estaban diciendo.

Yo no sabía lo que hacer; así que pregunté a Catalina su parecer.

FERNANDO -. ¿Qué hago?, Catalina.

CATALINA -.tú, quédate aquí, en mi casa. Creo, que volveré pronto.

No, no; tan pronto no volvió: Pues tuve que mandar llamar a mi mujer, Sonia, para que me hiciese compañía en casa de nuestra amiga Catalina. Y así como a las seis horas llegó Catalina, con la cara estremecida de aflicción; por saber, que su marido no había cumplido la orden que se le dio

desde la dirección de aquella provincia. No siendo óbito, el preguntar nada a Catalina; sobre aquel asunto, por el cual se la habían llevado al cuartelillo, los dos agentes de la ley.

Pero cuando todo se hubo calmado, al siguiente día; y ya entre la merienda, nos acercamos Sonia y yo preguntándola por la gravedad de no haber firmado su marido aquel impreso.

CATALINA -. ¿Qué queréis que os diga?; si mi marido, era ecuánime en todos sus actos. Mirando por el necesitado.

FERNANDO -. Y por supuesto: ¿Había un necesitado?.

CATALINA -. Y de los mayores, que se puedan encontrar.

SONIA -. ¿Quién es, ese señor?.

Catalina no nos quiso rebelar la identidad de aquella persona; por la cual se la habían llevado a ella al cuartelillo; pero sí nos indicó, que su marido no podía, ni debía hacer lo que le mandaban desde la cúpula de la provincia. Pues si hubiese firmado aquel impreso, la persona destinataria de la firma; quedaría, inmediatamente en manos de la justicia. No sabiendo Custodio, si tendría aquella persona juicio, o por el contrario; sería un arrebato del brazo de la Ley, en aquellos tiempos.

Así se expresaba, nuestra amiga Catalina; diciéndonos bastante, para lo que queríamos saber Sonia y yo: no volviendo hablar más de aquel caso

desesperado para nuestra amiga Catalina; ya que ella llevaba su cruz dentro de su ser. Separándonos de Catalina; para irnos a un lugar un tanto apartado de todos los amigos.

Cuando nos vimos, mi mujer y yo, en el lugar que queríamos; nos miramos a la cara, con gestos de extrañezas, al saber que se podía acometer tales fechorías en aquel tiempo.

Un tiempo lejano para los años que vivimos: Olvidando pronto lo que Catalina nos había dicho y los hechos acaecidos en aquel año.

Terminamos la merienda; yéndonos pronto a casa, para descansar en ella; viendo yo a mi mujer, Sonia, que se fue a rezar en la capilla de una Virgen que tenían de vez en cuando en casa. Pues aquella Virgen, recorría todo el pueblo; según la lista que tenía en su trasera de la capilla. Toda persona que estaba apuntada a aquella Virgen y daba una asignación, para que se la llevasen a casa, recibiendo la Virgen: Con una consideración; que al pasar dos días, la tenía que llevar a la casa que decía aquella lista.

Cosa curiosa; pues yo me acerqué a la capilla de la Virgen, una vez que se alejó de ella Sonia. Abriendo la boca, para rezar un Padre Nuestro, que fue el que me habían enseñado en la escuela, cuando yo era pequeño.

Nunca lo hubiese hecho; pero un día que me junté con el señor secretario del Excelentísimo Ayuntamiento, le pregunté algo, que luego me pesó; por la mirada que me echó este señor. Comprendiendo yo que no lo volviese a preguntar de nuevo a ninguna persona.

Pero como Sonia me conocía bien, me llamó la atención por la cara tan blanca, como yo llevaba cuando llegué a casa aquel día.

SONIA -. ¿Qué?: no dejas pensar en lo que la pasó a la amiga Catalina.

FERNANDO -. He hecho una pregunta, al señor secretario.

SONIA -. ¿No te habrás perdido?; por esa pregunta.

Yo no quería decir la pregunta que le había hecho al señor secretario del Excelentísimo Ayuntamiento; pero como Sonia, se valía por ella misma para sonsacarme lo que yo tenía dentro de mí. Diciéndola yo que había preguntado quién eran las personas que se habían echado a la sierra, en tiempos no agraciado para ellos y cómo se denominaban.

SONIA -. A ti sí, que te van a denominar.

Solamente me dijo eso Sonia; entrándome una congoja en mi cuerpo, que se me heló el corazón al darme cuenta, que aquella pregunta estaba de más, cuando yo se lo dije a aquella persona.

Me convencí, en el peligro que había estado al preguntarle a aquella persona por las otras personas huidas en tiempos difíciles para ellas; no siendo yo característico en hacer aquellas preguntas. Pero como el interés por saber de algunos actos, me llevó al camino no indicado correctamente.

Días difíciles para todos los habitantes del pueblo; ya que no hubo cosecha alguna, hasta los productos de la huerta se malograron por plagas de insectos, así como las aceitunas, que estuvieron vicheadas todas ellas.

Menos mal, que las personas del pueblo sabían buscar los alimentos en las plantas y en los bulbos que crecen en el campo; pero como aquel campo era estepario, más bien los terrenos afines al pueblo: Tuvimos que buscar los alimentos más lejanos al pueblo, acorde a la constitución del terreno.

Encontramos un campo sombrío, donde crecen musgos y líquenes; como así hongos y setas. También encontramos un campo abundante de hierbas de todas las clases: Cogiendo de allí los productos que nos hacían falta para nuestro sustento. Y sí había tiendas, que vendían algo más que en otros años; pero lo que no había, era dinero para comprar los productos ofrecidos por aquellas tiendas de comestibles.

Algunos cobrábamos algo; pero no era suficiente como para hacer frente a la mucha demanda, que se nos presentaba en cada hogar, para adquirir aquellos alimentos de primera necesidad. Sabiendo el coste del hambre, en aquel pueblo, cada uno de sus habitantes.

Había habido un poco más de cebada; haciéndose el pan con los grano de esa cosecha. Ráspela, mucha ráspele se nos presentaba; cada vez que comíamos de ese pan de cebada; por las raspas que tenía en su elaboración.

O se hacía mal, o no se debía comer ese pan de cebada; ya que a los niños se les atragantaba en la garganta.

Pocas personas obesas se veían en las calles del pueblo; pues el no comer, o comer a di justu, no era de agrado hacerlo.

Pocas invitaciones tuvimos en aquel año; ya que no había de nada para ofrecer en casa a los amigos de la infancia. No sabiendo nosotros hasta dónde se podía llegar con tanta penuria y tanta hambre como pasábamos.

Un escape tuvo la mayoría del pueblo; pues aquellas personas se fueron a vendimiar a otro país, a otra Nación cercana a la nuestra. Viniendo con otra cara, con otro semblante; que no era el que tenían, cuando salieron del pueblo a tierras lejanas.

Viéndose florecer el campo, una vez que hicieron la sementera y sembraron sus tierras; pues tímidamente salió la espiga de aquellos granos sembrados en aquellas tierras, donde ni el arada entraba. Por componerse de pizarra toda ella.

Cuando pasábamos por otros campos, que no pertenecían al pueblo; los mirábamos con una especie de recelos y a la vez de envidia sana: Por no tenerlos nosotros en el pueblo.

Aquella devastación de terreno, no se daba solamente en nuestro pueblo; pero no quitaba que no hubiese cosecha en los demás pueblos, estando igual que nosotros: Sin alimentos algunos.

¡Qué barbaridad!, si no hubo pueblo que se salvase de una mala cosecha aquel año de sequía y de plagas de insectos. Siendo la principal plaga la langosta; los saltamontes, que se comieron la poca cosecha que iríamos a

tener en el pueblo, nada más que apareció a germinar el grano. Pero como de lamentaciones no se debe vivir: Mirábamos todas las personas del pueblo, a la nueva cosecha; siendo otra cosa, aquel año, tan agraciado como venía.

Con algunas limitaciones, nos pudimos ir a un pueblo cercano, para ver un evento, que por vez primera se daba en aquella región. Un circo, como no lo había en muchos sitios de la geografía española.

Todo; todo estaba también presentado; que era la envidia de aquella comarca, tan deseosa por ver aquellas atracciones tan buenas y grandiosas para nuestra vista.

Cuando salimos del circo; como era la fiesta de aquel pueblo, nos sentamos en una churrería para degustar unas porras con un buen chocolate. Y a la salida de la churrería, nos cruzamos con Marcos y Andrea; que estaban buscando dónde poderse sentar aquella noche, para consumir alguna cena, en una de esas casetas, tan bien presentadas al público.

Pese a que delegamos en ellos la cena; diciéndolos, que ya habíamos comido porras y chocolate, no nos fue posible separarnos de ellos dos.

MARCOS -. ¿Es que nos vais a dejar solos?.

FERNANDO -. No, Marcos. Es que tenemos el vientre lleno de comida.

ANDREA -. Sentaros y hacer que coméis.

SONIA -. Pues sí: Mira tú, por donde; tengo ganas de fiesta.

Nos dieron las tres cenando aquel día, en una caseta en la feria de un pueblo cercano al nuestro. Y como algunos de aquellos señores, nos conocían; nos invitaron para que nos sentásemos con ellos en la misma mesa: O para decir verdad; en una mesa adjunta que pusieron cerca de la suya; ya que éramos bastantes comensales para tomar lo que nos sirviesen en las mesas.

De repente, miró hacia arriba Marcos diciendo algo que me sorprendió mucho; pues lo que indicaba no era lo que él me decía.

MARCOS -. Mira, el Lucero de la mañana. Es muy tarde, ya.

FERNANDO -. Es tempranísimo. Lo que tú dices, es el Sol.

Echándose las manos a la cabeza, suplicaba y exclamaba algo que yo no le entendía bien; por no tener la lengua suelta. Pues se le trababa la lengua por el mucho vino y alcohol que había bebido aquella noche.

Para que aquellos señores no notasen cómo estaba Marcos, me le llevé a los lavabos y comprando una botella de agua a nuestro paso, consiguió Marcos volver a la quietud de antes, cuando no había bebido tanto vino.

Cosa curiosa; pues fue Marcos el que mejor se supo despedir de aquellos conocidos nuestros: Hablándolos tan finamente, que parecía otro hombre en vez de ser él mismo, el Marcos que todos conocíamos.

A una expansión corporal en las fiestas, viene una noticia que no es buena, en el sentido de que no se puede ver truncada la dirección de una persona joven, por falta de dinero.

Sí; porque el segundo hijo de Yolanda y Alejandro, tenía que ir a la facultad, para hacer su matrícula; que no era poco dinero lo que tenía que dar en ventanilla. Según me dijo su padre Alejandro, rubricándolo su madre Yolanda; así, como haciendo gestos con la cara, como con pena por no poder pagar la matrícula a su hijo menor aquel año. En ese preciso momento se me ocurrió decirle una cosa, que no lo había pensado tan siquiera, el impacto que iba a causar en la susceptibilidad de la amiga Yolanda.

FERNANDO -. Y al otro año: ¿Seréis capaces de pagar la matrícula al chico?.

Aquello que yo le dije a Yolanda, la desarboló por completo; desbaratándole su idea de que al otro año le pagaría a su hijo la matrícula en la facultad.

YOLANDA -. ¡Oye tú!: Pues yo puedo pagar la matrícula a mi hijo; esto es momentáneamente. . .?. . Necesito ese dinero cuanto antes: Por favor.

FERNANDO -. Si me lo estás pidiendo a mí: Hazlo formalmente.

Cogiéndome de la solapa de la chaqueta, me arrastró tras de sí, para quedarse con mi cara muy cerca de la suya. Y abriendo una boca enorme, me pedía que la ayudase, pese a que estaba delante de ella su marido.

Esto me sucedía, un día que iba solo de paseo; para ver cómo estaba el campo; no haciendo falta le hubiese visto, ya que allí se estaba dando un rodeo con mi persona. Al llevarme y traerme por donde Yolanda quería.

YOLANDA -. Fernando, por favor. Préstame el dinero, que me hace falta para matricular a mi hijo menor en la facultad.

Ahora sí me hizo formalmente la petición del préstamo, que ella quería; ya que estaba muy apurada en aquellos días. Habían hecho un desembolso de dinero en una maquinaria, que les hacía falta para la almazara.

Entonces; y solamente entonces, me dejó ir a donde yo quisiera, pues había conseguido que yo la prestase el dinero que hacía falta para la matrícula de su hijo.

Volví a casa totalmente decaído; al darme cuenta, que aquella amiga me había vapuleado y hecho de mí una piltrafa humana, al estar delante su marido Alejandro.

Me entré enseguida en mi despacho; pero una de mis hijas, la menor, me vio llegar muy decaído a casa, yendo detrás de mí para saber las causas que

me llevaba hasta allí. Pero como yo, ya la había visto llegar; alegué que tenía mucho trabajo en aquel día: Pues el balance no me cuadraba y las partidas de amortización se habían disparado. Sabiendo mi hija, que todavía estaba amortizando dos máquinas, que compré en el último año.

Si no encontraba dónde estaba el fallo; tendría que pagar más dinero a Hacienda, según ponía el asiento.

Un salto de números, eso fue lo que me pasó; que al ver llegar a mi hija me había confundido con un seis, poniendo un nueve. Y según las normas contables, tuve que rectificar el asiento, sin raspadura ni tachadura.

Salí al patio, que era donde se encontraba mi mujer, Sonia, con su hija menor; hablando de algo banal, pero sustancioso para mí: Ya que se trataba de la posibilidad de adquirir un terreno para edificar una pequeña casa, que nos sirviese como escape de las ataduras sociales del pueblo, en los días de fiestas. Y desde luego, aquella conversación que sostenían madre e hija, no era importante; pero ya lo había pensado yo de antemano.

Todo quedó ahí. . . ¡Que se debía!: Se debía comprar un terreno y nunca más se volvió hablar de aquello; por falta de liquidez.

Pero a los pocos días, vi una pequeña posibilidad, al llegar Yolanda con el dinero que la había prestado para matricular a su hijo menor en la facultad.

Mucha prisa se había dado, Yolanda, para devolverme aquel dinero prestado por mí a ella, no sabiendo yo, cual era la respuesta a esa premura de devolverme ese dinero.

Pensé, que tal vez se lo había exigido así su marido Alejandro; pues estaba presente, cuando Yolanda me pidió prestado el dinero de la matrícula de su hijo menor.

Pero pronto me di cuenta que aquello había sido una artimaña, para pedirme más y más dinero; negándome yo a dárselo.

Al siguiente día me había citado Yolanda en la almazara; no estando Alejandro en su despacho, ni en ninguna dependencia de esa almazara.

Miré para un lado, para otro; miré para una parte, para otra de aquellas dependencias, no encontrándose allí Alejandro.

Cuando más confiado estaba, me llamó Yolanda para que entrase en un cuarto casi oscuro; pues no había más que una sola luz alumbrando aquel departamento pequeño. Se quitó la blusa Yolanda, alegando que hacía mucho calor; para empezar quitándome mi camisa, terminando por mis pantalones.

Al verme yo de esa guisa; pequé un salto de aquella cama, que por poco llego al techo. Agarrándome de un brazo Yolanda, para atraerme hacía ella, con malas mañas. De tal manera que nos caímos los dos, encima la cama con todo el furor de nuestros cuerpos.

Como yo había caído encima de Yolanda; no me fue difícil salir de aquella situación: Dando un salto, para colocarme a fuera de aquel cuarto lúgubre y maloliente. Saliendo corriendo Yolanda de tras de mí; alcanzándome a pocos metros de donde habíamos estado.

YOLANDA -. Ven aquí, Fernando.

FERNANDO -. ¿Qué quieres?.

Esta mujer me miró de frente; como queriendo saber si yo era agradable con ella. Y como Yolanda era mi amiga de la infancia, no la demostraba recelo alguno: Causándome aquello un deterioro de mis facultades imperativas como hombre.

YOLANDA -. ¿Que tú no me vas a prestar el dinero que te pido?: No te lo crees ni tú.

Dándome un tirón de mis atributos, me hizo ponerme de rodilla delante de ella, por el dolor causado por aquel impulso mal interpretado por Yolanda, hacia mi persona. Para levantarme, enseguida, del suelo y mirarla a la cara con ganas de saber su pensamiento.

Una vez más, me atrajo Yolanda hacia ella; con la sola idea de conquistarme por medio de la atracción amorosa, que un hombre siente hacia una mujer. Pero yo permanecía impassible ante tanta desfachatez como tenía Yolanda conmigo.

Aquello no era de recibo: Y máxime si éramos amigos de la infancia como nosotros dos; pues lo único que yo sentía por ella era un afecto como de

hermano y nada más. Presintiéndolo Yolanda, una vez que me miró a los ojos, en aquellas circunstancias que estábamos inmersos.

Yolanda se fue hacia el cuarto lúgubre, saliendo momentos después vestida y con mi ropa en las manos.

YOLANDA -. ¡Anda!, vístete. No estés así, Fernando: No vaya a ser que entre alguien y nos vea de tal condición amorosa, donde no la hay.

FERNANDO -. ¿Y eso?.

Yolanda hizo una contracción con los hombros, como de no saber lo que decía: No la salía de sí, aquello que había dicho; por lo menos nos apreciábamos como de familia. Si no, no hubiese hecho aquello, que ejecutó con mi persona hacía ya un rato. Y es que la amistad da confianza y la confianza es la perdición de las personas.

En mi inquietud de hombre rechazado, solamente me quedaba hacerla una pregunta a Yolanda.

FERNANDO -. ¿No me aprecias, tan siquiera?.

YOLANDA -. ¡Anda!, hombre; no seas así.

Claro que Yolanda me apreciaba y hasta me tenía un afecto más íntimo, que a otros amigos de la infancia. Y hasta yo creo, que me quería un poco;

al portarse de esa manera delante de mi persona; ya que la confianza no da para salir desnuda a una mujer, si está un hombre delante de ella.

Ahora fui yo el que la atrajo hacia mí, propinándola un beso en la frente, como demostrándola esa confianza que teníamos el uno por el otro, sin pasarme de la raya.

Yo estaba presuroso todos los días, por el dinero que la había prestado a Yolanda; al decir mejor, al matrimonio formado por Yolanda y Alejandro.

Mucho más nervios me vio; cuando mi hija mayor llegó un día a casa con su marido, el banquero: Siendo todo lo contrario de lo que yo esperaba, pues mi yerno no abrió la boca para nada; no dijo una palabra sobre el dinero que había trasferido a la cuenta de mis amigos de la infancia.

Lo que antes se me estaba atragantando, ahora me sabía mucho mejor; pues con aquel vino, “pitarrero”, y los buenos manjares que comimos, pasamos una tarde agradable todos nosotros.

Despidiendo a mi hija mayor, con pesadumbre; al verla partir hacia su casa, quedándonos nosotros dos, Sonia y yo, solos. Nos quedamos sin ninguna clase de compañía, que nos hiciese la vida más placentera.

Aquella noche cenamos poco, para la gran cantidad de alimentos que embellecía la mesa; al acordarnos cuando teníamos a nuestros hijos con nosotros. Pero como la vida sigue y sigue de una manera, que aunque no haya leyes escritas, se cumple la ley de que los hijos se tienen que casar y marchar de casa, formando su propio hogar.

No sé qué pasaba; pues al día siguiente, quién llegó a casa fue mi hija menor: hablando de lo bien que iba su hija en la facultad; pues obtenía unas notas excelentes. Y para celebrar aquella noticia, saqué una botella de champaña catalán buenísimo; sabiéndonos a poco.

Y entre burbuja y burbuja; pasaron las horas sin darnos cuenta lo que marcaba el reloj del carillón en el salón. Las tres de la madrugada; así que alerté a mi hija menor, de que su marido y ella se tenían que levantar temprano para irse, cada uno, a su lugar de trabajo.

Con tanta congoja, nos quedamos Sonia y yo; que vimos amanecer, fregando los platos de la cena, de la noche anterior.

Otra alegría recibimos, cuando en ese mismo día llegó mi hijo con su mujer, para participar en la cena que los brindásemos. Sacándolos de todo lo mejor que teníamos en casa, su madre y yo.

Pero esta vez no era como las dos noches anteriores: Hablando mi hijo muy bien de su hijo, sobre todo por las notas que sacaba este en la facultad. Y aunque mi hijo tenía un hijo en la facultad, no sacaba notas buenas. Pues aquel vástago se había alejado de las pretensiones que querían sus padres para él.

FERNANO -. Ha vivido con mucho dinero, siempre.

SONIA -. Fernando, calla.

FERNANDO -. ¿Qué quieres?.

Me salió aquello, sin yo pensarlo: Arrepintiéndome después de lo dicho; ya que mi hijo hizo un ademán de echarse para atrás, como sorprendido, por la contestación que le di yo. Quedándose su madre, como petrificada; a ver a su nuera un poco disgustada, por mis palabras. Y me sobrecogí, por un impulso que tuve, al saber que aquellas palabras no las debía haber dicho a mi hijo, estando mi nuera delante.

Aquella noche, no duró mucho mi hijo en casa; pues motivado por su mujer, se marcharon los dos, con el semblante terso.

No me quedé conforme, con aquella decisión, que tomó mi hijo en mi casa la noche anterior; así que al siguiente día estábamos visitando, su madre y yo, a mi hijo. Recibiéndonos este con gran afecto y simpatía, pero no menos simpatía y afecto nos recibió su mujer: Dándonos sendos abrazos a cada uno de nosotros, a sus suegros.

Una noche me llegó a casa Marcos anunciándonos a las tres de la madrugada, que Catalina se había puesto muy enferma, llevándonosla al Hospital para que la curase su mal.

Siendo nuestra admiración mal comprendida; cuando la dirigieron para la sala del paritorio.

Catalina, al verse así; se quería levantar de la camilla, donde la llevaban, por motivos de no estar en esa patología que decía el ginecólogo. Tanto esfuerzo hacía para levantarse de la camilla, antes de llegar a la sala del

paritorio, que comenzó a verter aguas; viéndoselos correr a los señores celadores con la camilla. Desapareciendo, cuando se cerró una puerta de tras de sí.

Oyéndose al poco tiempo un llanto, como de bebé; mirándonos todos a la cara, ya que ninguno de nosotros daba crédito a lo que estaba presenciando, aunque sea de oídos.

El pensamiento nos voló a todos nosotros, a Sonia, Marcos, Andrea y a mí; pues no salía Catalina para nada a la calle; como no fuese con nosotros, sus amigos de la infancia.

Siendo en sus amigos de la infancia, donde más me centré yo; ya que la confianza da a veces sustos enormes. Y más, cuando vimos llegar al Hospital a Alejandro corriendo y como con las manos abiertas: Parándose, cuando oyó el llanto del bebé.

Se arrascaba la cabeza, se ponía las manos en los ojos; como para no ver nada, ni saber de nadie, en aquella hora de agobio para nuestro amigo Alejandro. Y más cuando llegó su mujer Yolanda: Toda ella sofocada, por la vergüenza que estaba pasando en aquel momento.

Yo me llevé a Sonia a parte, para hablarla en confianza; pero lo peor fue, que también se vino detrás Andrea. Y hasta el mismo Marcos, cuando nos vio apartarnos a un rincón para hablar.

Yo no hacía más que gesticular con las manos, no pudiéndome salir por la boca ninguna palabra, que calmase los ánimos de aquellas personas,

maltrechas por saber que Catalina tenía un bebé, no sabiendo de quién era; aunque todos miramos a Alejandro, para saber lo que nos tenía que contar nuestro amigo de la infancia.

Aquel hombre no nos decía nada; así que nos pusimos a considerar, de quién sería el bebé. Y en esos mismos momentos se acercó a mí Yolanda, dándome empujones para que me retirase de los amigos.

Yo me dejé llevar, para saber qué me quería decir ésa mujer: Y arrimándose a mí, me comenzó hablar cerca del oído, para que nadie la escuchara.

YOLANDA -. Te enteras ahora, lo que yo te quería decir un día a solas: “Compréndeme tú a mí”.

FERNANDO -. ¿Querías decirme esto?.

YOLANDA -. Pues, ¡claro!.

No sabiendo yo desde cuando venían entendiéndose los dos amigos: Si era a la muerte de Custodio o antes de fallecer el finado. Y lo gracioso del caso, es que no vimos nada en ellos; ni se hablaban con segundas, ni se miraban con deseos a la cara.

Pero como las cosas pasan en este Mundo, y pasan muchas veces por casualidad: Tal vez este hecho, que presenciábamos aquí ahora, era una casualidad dada entre las dos personas afines a este acto. Un hecho insólito

para nosotros; según sabíamos todos; pero como ya me había hablado Yolanda, de que era lo que ella me quería decir: No había más dudas al respecto, ni más pensamientos furtivos entre los amigos.

Por supuesto, que no había habido ninguna relación en vida de Custodio; aquella amistad comenzó, por parte de Alejandro, que no de Catalina, cuando su marido murió. Considerándose Alejandro, como el tutor de Catalina, al verla sola y débil; en cuando no tenía a nadie que la ayudase.

En una mañana, temprano, se consumó el acto; que Catalina, no hubiese querido se desarrollarse de esa manera, ni de ninguna.

Teniendo Catalina una hermosa niña que cuidar y que querer, en su vida materna.

A los dos días de los hechos, llegó Yolanda, con un cheque que reseñaba el dinero que yo los había prestado a Yolanda y Alejandro; pagándome ese dinero que me debían.

Me la quedé mirando a Yolanda, con cara de sorpresa; para más tarde, rehabilitarme en mis pensamientos y en mi ánimo maltrecho por los avatares de la vida.

Después de leer el cheque, la acepté aquel impreso de cuenta corriente; siendo un contrato de pago, por haberla prestado un dinero para que pagasen la matrícula a su hijo.

La única cortapisa que yo tenía, era el ir al Banco; pues me tenía que aceptar el cheque mi yerno, que era el jefe de la sucursal de aquel Banco.

Cuando entré en el Banco vi a mi yerno mirarme fijamente a la cara; como presintiendo, que iría a ingresar el dinero que había sacado meses antes de la cuenta corriente.

Por supuesto, mi yerno, no me dijo nada; se limitó a ingresarme aquella cantidad en mi cuenta de aquel Banco. Abonando mi cuenta, que había sido mermada por la factura que la hice a Yolanda dándole aquel dinero.

Comprendiendo, enseguida, que no debía hacer más préstamos personales; ya que el fisco no sabía nada de aquella transacción de dinero.

Involucrándome yo en un delito hacia Hacienda.

No sé por qué; pero nos convocó, a todos, Catalina en su casa; viendo en ella, una vez que llegué con Sonia, al cura párroco: Una persona muy joven, pero muy lista.

Cuando estábamos todos sus amigos de la infancia en el salón de Catalina, nos mirábamos a la cara con extrañeza de estar allí juntos. Y máxime, cuando vimos en aquel salón al cura párroco.

Comenzó hablando Catalina del tiempo tan excelente que hacía en aquel día. Un día de primores, para confesar algo delante de todos nosotros.

CATALINA -. Os he convocado aquí; para que sepáis lo que pasó un día, de malos hechos.

SONIA -. Dinos, Catalina.

ANDREA -. Sí, hija; dinos lo que pasó.

Nos dijo, que ya había confesado, con el cura párroco; pero como este no podía decir nada de la confesión; ahora lo diría ella, sin tapujos, ni remilgos por su parte.

No exageraba ni un ápice, al decirnos los hecho tal y como fueron: Ya que se había tomado Alejandro un vino “pitarrero”, saliendo al jardín a la vez: De tal manera, que dio un traspie con una baldosa, cayéndose Catalina. Y a la vez arrastró, tras de sí a Alejandro; pues la quiso coger.

Al caer Alejandro encima de Catalina; sucedió, lo que un segundo antes no se había pensado, ni por asombro. No creyésemos, que estaban liados el uno con la otra; que no, para nada.

Si las cosas pasan por casualidad, se deben aceptar como propias: Se quiera o no se quiera. Y ella lo aceptó, no estropeándose la tripa para nada; aunque fuese la hora fatídica de estar con los días fértiles.

Pidiéndonos perdón a todos los amigos y a la sociedad; y si esta lo tuviese a bien perdonarla la daría las gracias a esa sociedad tan comprensiva para ella.

Así quedó constancia de cómo sucedieron los hechos aquel día de auto ilícito mal entendido, para su pobre persona.

Nadie dijo nada; ni tan siquiera nos levantamos para aplaudirla, ni para hacer una sugerencia a su cargo: Ya que en sí había constado esa declaración hecha por ella.

El silencio más sepulcral se hizo en aquel sitio donde estábamos todos, en el salón de su casa.

Agachamos todos la cabeza y entonces fue cuando intervino el señor cura párroco. Al decirnos -. Que una persona es tan fiel a las enseñanzas de Cristo, si confiesa delante de otras personas sus culpas; y la señora Catalina las había confesado, delante de todos nosotros. Que no había ninguna duda sobre la decencia de la señora Catalina. . . -.

ANDREA -. ¿Por qué?.

Al decir aquello Andrea todos miramos hacia donde se encontraba Catalina, que con una entereza firme, se levantó para decirnos las causas de por qué seguía siendo decente ella.

CATALINA -. Se cayó Alejandro encima de mí; no dejándome mover para nada.

Como una centella, miramos todos hacia donde se encontraba nuestro amigo Alejandro. Que no daba fe de lo que estaba oyendo delante de todos los amigos de la infancia. Sobre todo, Yolanda estaba como un pimiento morrón de colorada toda su cara; no sabiendo nadie, lo que estaba pensando esta de su marido Alejandro.

Volvimos agachar la cabeza, saliendo de la casa de Catalina como sin ganas de nada. Yo me rezagué un poco; al pensar en aquel acto, sin darme cuenta que venía conmigo el amigo Alejandro.

FERNANDO -. Algunos hombres, se creen que son tuyas las amigas y si son de la infancia, con más ganas.

ALEJENDRO -. Igual las pasas a esas amigas.

FERNANDO -. Pero con un sentido más de hermanas.

Adelantó el paso Alejandro, dejándome atrás del todo; ya que la cara que había puesto este, al decirle yo aquello, no le gustó mucho.

Cuando alcancé a Sonia, esta me dijo algo; cayéndome como un jarro de agua fría en la cabeza.

SONIA -. ¿Os habéis enterado bien, los dos, de cómo es el concepto de amigas?.

Sonia no podía haber oído la conversación que sostuvimos Alejandro y yo, hacía unos momentos, al salir de la casa de Catalina. Solamente la intuición la llevó a decir aquello.

Se me heló la sangre al ver la perspicacia que tenía mi mujer. Sonia, con respecto a nuestras amistades entre todos.

Desde luego pude darme cuenta, que todo se sabe bajo el Sol; que no hay secreto alguno, que se oculte a una mujer enamorada de su hombre.

Yo la llevé a un lugar reservado, en plena calle; allí donde ni nos viese nadie, para asestarla un beso, que nos supo a poco.

Desde aquel día, me propuse no ocultar nada a mi mujer, Sonia: Pues a parte que era contraproducente, lo vería ella muy mal, cuando se enterase de ese algo que yo la estuviese ocultando.

Dando la casualidad, que llegaron los hijos de Yolanda con buenas notas de la facultad: Uno en segundo de carrera y el otro en primero de carrera.

Por ese mismo motivo, celebró una merienda en la almazara; ya que allí había más sitios, para invitar a un centenar de personas de nuestro pueblo.

Yolanda se comportó como una buena mujer; haciéndole carantoñas a su marido, no desviándose de él para nada y ayudando a sus hijos para que eligiesen el mejor manjar para ellos.

Aquella mujer, parecía que estaba en otro sitio, en otra parte más alejada del pueblo; aunque solamente distase la almazara tres kilómetro de las primeras casas.

Yo, por mi parte; me sentía conforme con mi mujer: Hablando con ella a solas, de la problemática que teníamos en casa; si acaso volviese a brotar aquel líquido viscoso y negro; ya que rezumaba una pared por ese líquido: Brotando, desde abajo hasta arriba. No siendo yo consecuente, de lo que se podía hacer; en caso que manase, una vez más, ese líquido en mi patio:

Pues tenía dicho, por el Ministerio, que si así fuese, lo denunciara inmediatamente a las autoridades competentes: Pues ellas sabrían dar cuenta del mismo hecho.

Para que no lo oyera nadie, hablábamos en voz baja mi mujer y yo; pero con todo y eso, se acercó a nosotros mi hija mayor, con el deseo de saber qué hablaban sus padres. Y sus padres, o sea; su madre y yo, nos callamos de inmediato.

Con una suspicacia risa, mi hija mayor se alejó de nosotros; no sin antes volver la cara con una mirada picaresca: Como sintiendo, que la habíamos rechazado de plano, sin darla tiempo para hablar con nosotros dos.

Con un movimiento de mano, la indiqué que volviese para atrás; y así lo hizo mi hija mayor, con mejor deseo y buen carácter. Hablándola de la problemática que teníamos en casa: Quedándose mi hija mayor con la mirada ida hacia ninguna parte de aquella casa. Pero cuando hubo pasado algún tiempo, replicó con saña en sus acentos. Siendo un rencor, producido, por no haber mostrado antes mejor predisposición, para enterarla de aquella noticia.

Noticia fresca y abundante para ella; ya que lo único que veía, no era la división de la casa de sus padres: Más bien veía una fuente de dinero, que manaría hacia nuestras exiguas carteras. Dando pie al desarrollo incontrolado de su pensamiento, más mundano de toda su vida, entre nosotros, que éramos sus padres.

Rápidamente se fue donde se encontraba su marido con sus hijos; para venir con su esposo momentos después de saber aquella grandiosa noticia, según ella.

Llegaba con los ojos tan abiertos, que parecían la puerta de una cochera: Todos ellos, viéndose un monedero bien abultado, en cada ojo de mi niña mayor.

La pequeña, que la vio de tal manera; por no decir, de tal guisa: Llegó corriendo a donde estábamos nosotros; con la sola idea de enterarse de algo, o por lo menos, que su hermana la dijese el motivo de su exaltación anímica, que mostraba ella.

Su hermana se oponía a decírselo; viendo yo, en aquella negativa, que no se podía tener tanto interés entre ellas. Así que la hablé con el corazón en las manos a su hermana menor.

FERNANDO -. Hija: Hemos visto salir, una vez más, ese líquido viscoso a través de una pared.

Como yo me encontraba sentado y allí no había más silla; se sentó sobre mis rodillas con las manos en la cabeza: Diciendo, en voz alta, algo así como -. ¡PAPÁ!. Como mostrando su interés, por lo que íbamos a ganar en poco tiempo que estuviesen las perforaciones en marcha; ya que por lo menos, nos tenían que alquilar el patio para su prospección.

Pero como yo había comprado, en aquel entonces, un terreno baldío, cerca del pueblo; donde había visto salir dichas emanaciones de gas y algo de ese líquido, cerca de nuestra casa: me fui derecho, una vez que llegué a mi hogar, a la carpeta que yo tenía de compra-ventas. Y no; no le había vendido aquel terreno; siendo, que como nada se da allí, no me había acordado de ese terreno, en donde no se produce nada, por ser un terreno de pizarra. O tal vez, que nadie le había querido; pues si le llega a querer alguien, ya le había vendido.

No pudiéndolo resistir, me fui derecho a las traseras de nuestra casa, viendo allí un poco de aquel viscoso líquido, manar por entre la pizarra.

Tan poco era el líquido que salía de entre la pizarra, que yo le eché un poco de tierra, poniendo unas piedras encima; para que no lo viesen las personas del pueblo. Terminando de hacer aquello a las dos de la madrugada: Yéndome a casa, totalmente agotado por el esfuerzo, tan enorme, que hice en aquella noche, tapando lo que yo no quería que viesen las personas del pueblo.

Como en aquella provincia había bastantes bodegas de vino, yo me tomé un chato, al llegar a casa como extenuado. Echándome en la cama totalmente dormido; pues antes de caer entre las sábanas, estaba ya en un sueño.

Por la mañana temprano, me puse a pintar la fachada, por donde se había visto las manchas de ese líquido viscoso; quedando a la suma perfección aquella pared: Y de negra que estaba, se puso blanca del todo. No durando

mucho aquel color en la pared; pues podía más la impermeabilidad de aquel líquido, sobre la pared. Siendo mayor la repulsión que hacía aquel líquido viscoso sobre la pared, que la pintura que yo la eché sobre su frente ocular.

Dejé pasar los días, para que se secara la pared; ya que venían días de Sol, favorables a secar las paredes húmedas. Pero al ver que la causa no cesaba; me atreví a dar a esa pared una mano más de pintura blanca; quedando mejor que la primera vez.

Disimulé aquella emanación de líquido viscoso, poniendo unos toneles vacíos de vino delante de aquella pared; con idea de limpiarlos y de echarlos la palomilla, prendiéndola dentro de aquellos conos de cerámica, bien hechos.

Como yo, ya no tenía cepas; no hacía vino para el consumo del año, así que quería lavar los conos a conciencia, para guardarlos en la bodega.

Así los tuve toda la época que hizo calor; y en otoño los guardé, aquellos conos, en su bodega, viendo, totalmente, la pared negra como un carbón.

¡Qué desilusión!: Que desilusión me lleve, cuando vi aquello; toda la fachada negra a causa de esponjar el sumidero, que había de ese líquido viscosa en ella.

Lo único que se me ocurrió, fue tapar la pared aquella con un enramado de cañas, cogidas de un lugar cercano a mi casa, en una laguna natural que había allí cerca.

Y como aquello se estaba proliferando en dichos tiempos, nadie lo vio mal; por lo menos lo veían naturalmente, que yo hubiese copiado a otras casas en el enramado que puse delante de la pared.

Pero el olor era ya característico de ese crudo natural, saliendo de mi patio; lo mismo que en las traseras de mi casa: Pues aunque yo hubiese cubierto con piedras gruesas, echando tierra encima, el olor se escapaba por los costados de aquellas piedras. Escuchando una conversación, entre dos personas, diciendo algo así como: -. Aquí huele siempre mal, es el vertedero de los animales muertos en cada casa -.

La convicción de las personas iban a favor mío; pues ellos creían que ese olor pertenecía a los animales muertos, que cada individuo echaban a aquella pedrera.

Entre jota y jota cantada en la primera fiesta; vimos los paisanos salir una bocanada de humo del lugar de la pedrera. Asustándome yo mucho, por no saber si había salido de mi casa o de al lado, de la pedrera que yo poseía en aquellos andurriales, maltrecho por el olor.

Me fue imposible retener a aquella masa de personas, corriendo al lugar donde se había visto salir ese humo, en forma de bocanada explosiva; para ver en aquel lugar un hecho insólito en su vida.

Era un gas oloroso, mal percibido por todas las personas que se acercaban a aquel lugar; saliendo del mismo terreno un hilito del líquido viscoso: no era mucho líquido el que salía; pero lo bastante, como para que percibiesen

aquellas personas de qué se trataba. Dándose de ojos todos ellos, al saber qué podría ser aquel líquido tan espeso.

Tuve que dar cuenta a la autoridad competente; llegando con maquinarias y objetivos de precisión, para saber cuanto crudo podría haber en aquel lugar tan escabroso.

Los resultados de aquellas prospecciones fueron las de otros tiempos: Que había una bolsa de gas, más bien que de crudo; ya que de aquel líquido viscoso, a penas había gran cosa.

Se había formado un revuelo en aquella comarca, que llegó a cubrir la prensa de la provincia. Y hasta a la misma Capital de España, llegaron las noticias, de aquella bolsa de gas.

No solamente mis hijos; sino, también, mis amigos: Nos incitaban para vender, a precio de oro nuestra preciosa casa, y así poder facilitar mejor las prospecciones a aquella compañía, de extranjeros, en el pueblo: Con idea de explotar el gas que hubiese en aquella bolsa subterránea.

Pudiendo darme cuenta, que siempre priva las ganancias de las personas al interés de una de ellas. Así, que hablando con mis hijos me convencieron de que abandonase mi casa: Que la vendiese a esa compañía, que hasta el nombre me costaba pronunciar.

Un plazo; sólo un plazo me dio aquella compañía para construirme otra casa, o comprarla en el centro del pueblo; que fue lo que hice. En un edificio monumental, que estaba desocupado hacía ya varios años, por

encontrarse sus moradores viviendo en otra Ciudad, lejos de allí. Estando aquella casa solariega bastante bien.

Se terminaba el plazo que me dio la compañía que quería explotar el yacimiento de gas; teniendo yo que contratar más personal de construcción, para que la rehabilitación de aquella vivienda terminase a su debido tiempo.

Encontrándome una mañana temprano, que estuve dando un paseo, un camión de la mudanza en mi puerta. Por supuesto, estaban entrando los muebles de mi casa, en aquel camión, con la sola idea, de trasladarlos a mi nuevo hogar.

Hogar desconocido por mí: Así que tardaría lo suyo, en cogerle el cariño que yo tenía a mi casa; ya que aquellas dependencias eran enormes y muy frías, para mi simple opinión.

Lo único que salvaba aquel escullo, era que se veían, desde mis ventanas las escuelas públicas. Pero eso, por poco tiempo; ya que se estaban construyendo unas nuevas a las afuera del pueblo: Más modernas, más confortables y con más divisiones de aulas.

Hasta una guardería, se estaba construyendo en aquellos días, de gran agobio hacia mi persona; al verme como en corral ajeno.

Poco a poco fuimos tomando el pulso a aquellas enormes dependencias como tenía la casa. Y así, poco a poco, me fui despertando cada día con más gracia en mi cuerpo.

Los ánimos se me empezaron a elevar; hasta el punto que no sé qué haría, si alguien me preguntase por el precio de aquella nueva casa. Pero siempre, con un pesar, de no hacerme del todo en la nueva casa: Aquello no era para mí persona.

Mientras tanto, la compañía minera que explotaba el yacimiento de gas, comenzó las obras derrumbando mi casa para ocupar mayor extensión de terreno; ya que era donde yo los había vendido mis posesiones; tanto de morada, como de agricultura.

Aquella compañía de prospecciones, sacaba gas; pero no en la cantidad que ellos quisieran sacar, cada año, cada mes, cada día.

Olvidando pronto aquel yacimiento de gas, aquella compañía petrolífera; sin rumbo, ni idea de volver más a dicho localidad española.

Me di un paseo, por donde había estado mi casa: Viendo un terreno baldío y sin gran proyección para la agricultura; ya que todas las pizarras estaban removidas y todas las rocas que componía aquel terreno, estaban afuera de su sitio: En lugares, fuera de su concavidad.

Aquel terreno parecía más bien; como si le hubiesen bombardeado; no pudiendo dar ni un paso, donde había estado aquella compañía de prospecciones.

Me di media vuelta, llegando con las lágrimas a mi casa; pareciendo un basilisco hecho para las circunstancias adversa a la sociedad moderna: A esa sociedad de empuje y del bien estar.

Furioso, por no haber sabido defender lo que era mío; aunque también fuese de mis hijos. Ya que cada uno de ellos, se llevó la parte de ganancias que reflejó las cuentas de aquella compañía al venderla yo aquellos terrenos y aquella casa.

Tanta pesadez me entró en mí ser, que no sabía dónde estaba mi nueva casa; comenzando andar por las calles como sonámbulo. Hasta que, por casualidad, vi asomada a la puerta a mi mujer Sonia. Entrándome esta en casa, al verme de esa manera: perdido por completo, con mis simples sentidos; al no saber dónde me encontraba.

SONIA -. Hijo: ¿Te encuentras bien?.

FERNANDO -. Pues no sé qué decir.

Al expresarme, delante de mi mujer, Sonia, de esta manera; ella se echó para atrás como asustada: Abordándola enseguida, con un no negativo.

SONIA -. No, ¿qué?.

FERNANDO -. No me encuentro mal; es que me ha dado tanta pena al ver nuestra casa echa un solar intransitable.

SONIA -. ¿Pues qué querías?: Si ha estado allí una compañía petrolera haciendo prospecciones.

FERNANDO -. ¡Claro!.

Sencillo; muy sencillamente me convenció mi mujer, para que yo no volviese a pensar más en nuestra antigua casa; o por lo menos, me tranquilizase al ver hecho un solar, donde se alzaba nuestra querida morada.

Sí; muy sencillamente, me tranquilizaba mi mujer, Sonia: Con unas cuantas palabras nada más; dichas con ese sosiego de mujer amada y querida por mí. Sintiendo que ella, también me quería con toda su Alma, con todo su ser. Iluminada por ese hado de feliz pensamiento, al saberse ser mía.

SONIA -. Nos hemos confundido al comprar esta enorme casa.

FERNANDO -. Igual me parece a mí.

En estos momentos entraba en casa mi hijo, oyendo la conversación que sosteníamos su madre y yo. Abortando la idea de desistir vivir en la casa que habíamos comprado; pues para paliar tanta limpieza, debíamos habilitar un ala de aquella gran casona, como vivienda moderna, con todos sus adelantos.

Nos dijo una idea feliz mi hijo; ya que para no limpiar tantas habitaciones al día, debíamos rehabilitar unas cuantas estancias en un sitio reservado para nosotros dos. Siguiendo su plática, mi hijo, al decirnos; que iría a vender un cuadro que tenía apalabrado, y si yo iba con él, me endosaría el

cheque que le dieran aquellos señores, por la venta de su cuadro. Y así lo hicimos; pues en un momento determinado, cogiendo el cheque, echó dos rayas paralelas, poniendo en el medio y CIA.

No sabía yo que era tan fácil endosar cheques; habiendo aprendido yo aquella maña de que una persona fuese a cobrar el cheque, sin ser ella la destinataria del mismo.

Para no levantar sospechas a mi yerno, me fui al mismo banco que regía en el pueblo el marido de mi hija mayor. Pero lo malo fue, cuando llegué a ventanilla con la cartilla; mirando mi yerno a tantos ceros como tenía la cartilla reseñado en ella.

Sin hacer ninguna mueca, con la cara, me dio el dinero que yo le estaba pidiendo. Ni tan siquiera me dijo, que para qué lo quería; ya que era una cantidad considerable.

Pero como desde el Banco se veía la casa que habíamos comprado su madre y yo: Vio unos andamios montados en un ala de aquella gran morada, sin inmutarse tan siquiera.

Pero eso sí: Por la tarde tuvimos la visita de mi hija mayor; más bien con carácter de inspeccionar, qué significaba aquel andamio montado en la misma fachada.

Pero como nosotros no la decíamos nada, se comenzó a poner nerviosa, muy nerviosa; dando síntomas de agobio y de desorden en sus gestos. Desencadenando un derroche de confusas palabras, tiradas al viento, sin

ton ni son. Nadie la dijo nada, para mostrarla nuestro cariño y que supiese que estaba en su misma casa.

Hasta que yo me apiadé de ella, contándola para qué servía aquel andamio montado en un lateral de la casa.

FERNANDO -. Hija, vamos a rehabilitar este ala de la casa como vivienda habitual.

Cuando se enteró de nuestra idea, se marchó con más prisa que vino. Tal vez para decírselo a su marido; sabiendo que este sospechaba, ya, algo.

No tardaron llegar a casa, mi hija mayor con su marido: Cosa que a mí me extrañó mucho; ya que cuando llegaba ella venía de tras su hermana menor.

No diciendo nada de mi hijo, que este sí era el más desprendido de la familia: Llegaba solo a veces, y otras veces con su mujer e hijos.

Los sacamos un café con unas pastas a nuestros hijos mayores; pero como no hacían ademán de marcharse, los sacamos la cena para que probasen algún bocado en esa hora que todas las personas están cenando.

Y ahora sí: entre bocado y bocado nos miraban fijamente a la cara, como queriéndonos decir algo: Cosa que yo me adelanté a ese algo, que ellos nos querían decir, a su madre y a mí. no sin antes haberlo pensado muy bien lo que los iba yo a decir; para no dañar su susceptibilidad y su creencia paterna, en cuando se trataba de mi hija mayor: La primera que yo cuidé

cuando era pequeña, con sumo esmero y cariño. No queriendo romper esa confianza que nuestra hija tenía en nosotros.

FERNANDO -. Hija: Observo que me quieres decir algo. No te cortes y dímelo.

Claro que lo dijo: Lo dijo sin trabas ni impedimento alguno, con toda la confianza que ella siempre había tenido en nosotros dos, sus padres.

Mi hija mayor, se quería mudar a la otra ala de aquella casona enorme; así que ellos harían la acometida, para que aquellas cuatro habitaciones sirviesen como hogar a su familia.

Su madre y yo nos quedamos mirándonos de frente a la cara, con idea de decir algo; pero el ánimo no nos dejaba decir ninguna cosa. No nos salían las palabras, así como así; y eso, que era nuestra hija mayor quien nos lo pedía con todo el carillo del Mundo y toda la confianza filial, que ella llevaba metida en su sien.

Allí tenía que decir alguien algo enseguida; pues si no, aquella confianza se quebraría en pedazos: No quedando nada de afecto en nuestras Almas.

Fui yo el que primero habló, el que dijo unas palabras de cariño y de aliento hacia mi hija mayor: No queriendo herir la susceptibilidad y el cariño que nos tenía mi hija menor, hacia su madre y hacia mí. Así, que levantándome di una suscita explicación, rápida, a lo que dijo mi hija

mayor hacía unos momentos. Y al verme erguir, aquella niña se valentona; sabiendo que su padre nunca la abandonaría. No sin antes, mirar a mi mujer, Sonia; para estar seguro de lo que iba a decir, en aquellos momentos de cariño fraterno y de amor paterno.

FERNANDO -. Pues claro que sí, hija.

Quedaba el centro de aquella casona; pero nuestro hijo, nunca nos pediría instalarse en la gran casa: Ya que él tenía una casa bonita y moderna; con todo lujo de detalles.

Cuando iba a salir de casa, mi hija mayor; nos miró de frente, diciendo: -.

Por supuesto lo pagamos nosotros dos, mi marido y yo -.

A aquella decisión, que tomó mi hija mayor, me opuse rotundamente; saliendo, para ayudarme, mi yerno. -. Sí, claro. Nosotros le prestamos a usted el dinero y luego nos lo devuelve cuando pueda -. Diciéndolo con un tono de broma, que se percibía en toda la casa.

Como mi yerno sabía lo que teníamos nosotros dos, sus suegros, en la cartilla de ahorros; no pudo contenerse, hablando de esta manera.

Aseverándolo mi hija mayor, lo que había dicho su hombre; ya que en plan contable, le ayudaba en todo lo que él dijese, ya que era el banquero del pueblo. Sabía lo que tenía cada persona del pueblo y las innumerables deudas que los agobiaban a la mayoría de los habitantes de aquel pueblo,

tan bello; pero tan escaso de bienestar social para cada uno de ellos: De aquellos habitantes del pueblo. Ya que entre penalidades vivían todos ellos; al no tener trabajo remunerado, ni posesiones que acreditase su forma de economía y de sustento.

Un día se vino a mi casa un señor del pueblo; alegando haberle removido parte de su terreno en las prospecciones: De modo, que se lo tenía que pagar yo, ya que él no tenía dinero para allanar el terreno.

Yéndonos al juez de paz, para que mediase entre ese señor y yo; quedándome petrificado al saber quien era el juez de paz. Mi hijo ejercía como juez de paz en aquel pueblo; y tomando la iniciativa de hacer un acuerdo entre nosotros dos, nos dimos las manos: Sellando como mutuo acuerdo, que yo pagaría el allanamiento de sus tierras, pero tenía él que hacer aquel trabajo con su tractor y con sus aperos necesarios. No sé cómo; pero aquel trabajo estuvo hecho en un santiamén: No queriendo aquel agricultor demorar por mucho tiempo, el allanamiento de su terreno, por tener que hacer labores de sementera.

Una tarde llegó mi hijo, solo, a mi casa; con motivo de preguntarme por el agricultor, que había allanado su terreno voluntariamente. Y al oír eso de, voluntariamente; me le quedé mirando a la cara, comprendiendo aquello que mi hijo me quería decir: Ya que así había formalizado las actas, para la audiencia general. Aquellas actas habían sido aprobadas en firme, según me dijo mi hijo; no habiendo alegaciones ninguna en su contenido. Así, que

yo salí sin cargo alguno de aquel careo, que hicimos el señor agricultor y yo; no temiendo nada, por la parte contraria, al ser firme la sentencia.

Siendo, que si dos están de acuerdo; eso es legal para la justicia, según Ley. No sabiéndolo aquel señor, que firmó su contenido en el acta, aquella misma mañana.

No sé, como sabía tanto mi hijo de Leyes. Y era que se había estudiado casi todo el código jurídico; para poder ejercer el cargo de Juez de Paz: Un cargo de mediación, entre las personas del pueblo. Y si a caso no estaban de acuerdo, las dos partes contendientes, lo remitía a la audiencia general, dicho expediente.

Como me dijo mi hijo: Que a ese señor, se le había hecho el mal antes de comprar mi finca la empresa petroquímica; supe el grado de complicidad que yo tenía en los desperfectos de sus tierras; aunque hubiese sido dicha empresa la que hizo las perforaciones. No debí dejar hacer nada a la empresa hasta que me comprasen las tierras; siendo yo el responsable subsidiario de los hechos.

Fue pacata minuta todo eso; para lo que podía haber pasado en aquellas tierras colindantes a las mías.

El Sol lucía aquella mañana con todo su esplendor. Los rayos solares iluminaban todo el terreno, por donde yo iba paseando; respirando esa atmósfera pura y limpia, como ninguna. Pero al cabo de una hora de paseo, se me nubló la vista: A causa de una neblina serpenteante, o humo ártico;

elevándose de las charcas y de los manantiales que había en todo ese terreno, agrícola y ganadero.

No; desde luego no era mi vista la que se nublaba: Era la poca visión que permite esa neblina o humo ártico; cuando se eleva del agua. Parándome de pronto; para mirar a ese efecto de la naturaleza: Esperando que saliera de entre las aguas el monstruo que había en sus profundidades, según reseñan algunos libros de ficción literaria.

Como no salía de las aguas ningún monstruo, decidí seguir con mi paseo; para llegar a la primera calle del pueblo. En donde las luces nocturnas, estaban encendidas todavía.

Dándome unos paseos nocturno, antes del amanecer por todos los contornos del pueblo; no dejando divisar sus calles y sus luces, ya que iba yo solo. Por si me pasaba algo.

Pero lo único malo que me pasó; fue cuando me salió un perro ladrándome: Un mastín de considerables dimensiones de alturas; con las pezuñas más enormes que la mano de un hombre. Pero yo, antes de arredrarme, me armé de valor; silbándole al perro y diciéndole cosas bonitas hacia él. No queriendo correr; por si a caso fuese eso un signo de incitación hacia aquel animal tan enorme.

Poco a poco fui pasando por donde se encontraba el perro; que ya había aplacado sus ladridos: Mirándome con cara de extrañeza. Y como yo le chasqueaba los dedos, en forma de buena amistad. Este, el perro se quedó

quieto; yendo yo a donde se encontraba aquel animal, que me olía todo mi cuerpo, sobre todo, los zapatos y los pantalones.

Lo único que se me ocurrió, fue acariciarle la cabeza; esa cabeza tan descomunal como él tenía. Y antes que llegase mi mano a su cabeza, me olía la mano, en señal de que no le iba hacer daño.

¡Se dejó!; se dejó acariciar la cabeza aquel perro: Cuando yo creía, que me fuese a dar un mordisco, llevándose la mano tras de sí, en su boca.

No sucedió nada de eso: Pues aquel mastín parecía que le gustaba le hiciese yo caricias. Se veía, como si fuese ese animal dejado por la mano de los hombres; no acariciándole nunca, ni llamándole nunca para que viniese hacia donde estaba la persona.

El comedero que tenía aquel perro, se semejaba a un dornajo, donde comen los guarros. Y era más: Que como había barro, se notaban las pisadas de su amo lejos del dornajo; ya que tenía las sobras del pan dentro de aquella artesa grande. El amo no se había arrimado al perro para echarle de comer; le había tirado lo trozos de pan, desde dos metros, por lo menos.

Me fui hacia el dornajo, viendo unos trozos de pan caídos en el suelo: Cogiéndolos con sumo cuidado, se los puse dentro del dornajo. Y como en los dornajos de las cerdas, me pude dar cuenta, que cogiendo el berbajo de los bordes de ese recipiente, se lo podía echar al perro: Así lo hice. Viniéndose el perro detrás de mí, moviendo su cola en señal de sumisión y alegría; al darse cuenta, que una persona humana le echaba de comer, con

cariño y con esos movimientos de afecto como el veía. Y mientras se estaba comiendo los trozos de pan, recogidos en el suelo, me miraba con simpatía hacia mi persona; cayéndosele unas lágrimas sobre los carrillos.

Yo me senté frente a él, para verle comer; pareciendo que le estaba gustando a aquel perro lo que yo hacía.

Cuando terminó de comer aquel perro, me levanté con idea de seguir mi paseo hacia mi casa; viniéndose el perro detrás de mí. Ahuyentándole yo, para que no dejase el rebaño solo.

De esta manera, hice un amigo no humano; pero, ¡qué amigo!: El mejor amigo que yo he tenido nunca. Aunque poco duró nuestra amistad; ya que yo no le volví a ver nunca más a aquel perro; por trasladarse el rebaño a otras tierras, con otros pastos.

Como nos hacía falta en casa aceite; nos dimos un paseo hasta la almazara, para comprar a nuestro amigo de la infancia el aceite que nos serviría para todo el año; pero al saber el precio que tenía aquel año el aceite, desistimos llevarnos más aceite, que para medio año; El otro medio año, Dios proveería.

Ya en casa, hablamos Sonia y yo, del aceite y de nuestro amigo de la infancia.

SONIA -. ¿Te has dado cuenta?.

FERNANDO -. Y tanto; que me he dado cuenta.

SONIA -. Está el aceite a precio de oro.

FERNANDO -. Ha tirado las demás naciones del aceite: Se exporta a toda Europa.

SONIA -. Eso he oído.

Sin darnos cuenta, nuestro hijo estaba oyendo quejarnos por lo caro que se había puesto el aceite; no pudiendo comprar todo el aceite que necesitábamos compra para el año.

Abordó la conversación con nosotros; teniendo una idea, mi hijo, primordial, ya que dijo: -. Os queda los bajos de la casa; sobre todo el centro: Haced eventos en ella -.

Su madre y yo, nos miramos a la cara; sin dudar, por un solo momento de aquello que había dicho nuestro querido hijo,

Una vez más se ofreció nuestro hijo para ayudarnos en habilitar todo el centro de la casa para bodas, bautizos, comuniones y hasta para algunas charlas que viniese a dar alguien de afuera. También se nos dijo; de que podíamos dar bailes en aquella gran mansión: Pero como los bailes son ya otra cosa; tratando las personas a los muebles que había en la casa a la ligera. Aquella idea no cuajó en nuestra mente, para nada; ya que lo veíamos todo tan bien puesto y con muebles de época; que no quisimos dañar nuestro mobiliario para nada. Con los eventos que se ha dicho, teníamos bastante para salir victoriosos en nuestra pertrecha economía; al

igual que se estaba dando en el pueblo a todos los habitantes de aquella urbe; no agraciada por el trabajo.

SONIA -. Me da vergüenza, que siempre tenga que ayudarnos nuestro hijo.

FERNANDO -. Ya ves, hija; es el que tiene el dinero. Nosotros hemos ido un poco bien; mientras yo estaba trabajando en nuestras actividades; pero al dejarlas, no entra nada de dinero en casa, como no sea el dinero de la jubilación.

Me miró Sonia con cara de echarse a reír; pero abortó la idea, para más tarde verla caérsela dos lágrimas de los ojos, en señal de no saber cómo salir de tanta penuria económica como teníamos en casa.

Yo, por mi parte; la cogí de los hombros, atrayéndola hacia mi para propinarla sendos besos, que la supo a poco.

SONIA -. No me vayas a decir, ahora, eso de: “Comer, no comeremos; pero reír, reímos bastante”.

FERNANDO -. No, no te lo voy a decir; porque desde estos momentos la vida nos ha cambiado la manera de ser y hasta de pensar.

SONIA -. Sigo diciendo; Gracias a nuestro hijo.

FERNANDO -. Sí, a nuestro hijo: Sangre de nuestra Sangre.

SONIA -. Y, carne de nuestra carne.

Con aquella conformidad que se nos quedó dentro de nuestras Almas, al saber que era nuestro hijo el que nos pretendía ayudar; para que sus padres saliesen de esa penuria económica, como teníamos en nuestra casa.

Cuando me di de alta, como hostelero; para dar banquetes en los eventos que antes hemos detallado, todas las personas del pueblo querían ir a celebrar su boda, su primera comunión, su bautizo a la casa grande, según decían las personas del pueblo.

Gracias a eso. Nosotros dos, Sonia y yo, marchábamos mejor económicamente. No mucho, pues los gastos generados en aquellos eventos eran muchísimos; ya que había que pagar a los camareros, cocineros, encargados de mantenimiento, proveedores; a demás de tener que dar a Hacienda su parte y al Excelentísimo Ayuntamiento la suya.

Pero el cansancio era mucho y continuado en el tiempo; ya que se debía limpiar, lo mejor posible todas las dependencias, en los bajos de aquella casona. Todos los rincones del bajo de aquella casa, tenía que quedar más limpios que el jaspe.

Pero para que mi hijo no me llamara flojo, yo me resistía a no dar mi brazo a torcer; ya que él me había ayudado, a montar aquel negocio: Que sí daba dinero, pero no tanto, como nosotros dos, su madre y yo, habíamos creído.

Menos mal que los inviernos mermaba mucho aquel ir y venir de personas a nuestras dependencias; con deseos de hacer una buena fiesta en ellas.

Un día que me eché en la cama, sin desnudarme tan siquiera, me habló mi mujer con cara triste y afligida.

SONIA -. Hijo, ya ve que no puedes más. ¿No puedes llevar tú sólo el negocio?; aunque te ayude yo; teniendo cuidado con el personal.

FERNANDO -. Eso que haces tú, es demasiado. ¿Qué haría yo, si esa carga fuese para mí, también?.

Puso una cara alegre Sonia, al decirla yo aquello; que hacía bastante, para lo que yo creía. Pero sin cortar la conversación general del cansancio que llevábamos a casa todas las noches. Y el mal humor adquirido por ese cansancio y por yo cogerlo. . . De unos, y de otro: -. ¡Me podía afianzarme en otra cosa!-. Aquello yo no lo resistía; derrumbándome pronto el Alma y el Espíritu.

SONIA -. Puedes alquilar o traspasar el negocio a otra persona; que esté ducha en esos menesteres.

FERNANDO -. ¿Y quién está?.

Solamente una familia estaba ducha en aquellos menesteres de compra y venta de productos: La formada por Alejandro y Yolanda; pues la señora de la quesería, se encontraba ya muy mayor, teniéndola que ayudar su propia

familia para hacer y vender los quesos. La leche la cogían sus propios hijos, llevándola a la quesería.

Hablamos con Alejandro y Yolanda, saliéndonos más personas queriendo hacerse cargo del negocio hostelero. Pero como en el pueblo nos conocemos todos; no daban el perfil que nosotros queríamos, para el buen desarrollo de aquella actividad.

De esa manera, nos llegaría un dinero adicional a nuestra cuenta del Banco, que juntado con la pensión que yo cobraba; por lo menos era algo.

No sin antes habérselo dicho a nuestro hijo, lo que queríamos hacer con la actividad hostelera de la casa: Dando su consentimiento para que lo hiciésemos, en forma rápida. Cómo nos estaría viendo nuestro hijo; que se alegró de lo que le habíamos comunicado, dándonos prisa, para que le alquilásemos el negocio, si a caso no quisieran un traspaso.

Aunque la mejor opción, era un alquiler del negocio: Así llevaríamos nosotros el control de los movimientos hosteleros, en todo momento. Siempre sería nuestra; aquella forma de actuar la empresa que cogiese ese negocio.

Llamamos a Alejandro y a Andrea; cogiéndola de improviso aquella noticia, de que queríamos delegar en ellos la actividad de los bajos de la casa: No dando crédito a lo que oían ellos, por boca nuestra.

Por poco se levantan de donde estaban sentados, nuestros amigos de la infancia, por creer que era una broma, que les estábamos tomando en

aquella hora de decaimiento para ellos; ya que habían apostado todo el dinero por la almazara. No sabiendo cómo iban a salir con la actividad hostelera, por su cuenta.

FERNANDO -. Por lo tanto, os dejamos todas las existencias que tenemos en el almacén y las del mismo bar de esos eventos.

YOLANDA -. ¿Cuánto tendremos que pagar por las existencias?.

SONIA -. Francisco ha dicho, que os las dejamos, o sea: Que no tenéis que dar nada a cambio.

FERNANDO -. Os queremos ayudar a vosotros, para pasar el primero escollo, que os encontraréis.

Al parecer, aquella propuesta que hicimos Sonia y yo a nuestros amigos, los pareció de lo más correcto; ya que si empezaban a desembolsar ciertas cantidades de dinero a los proveedores, no irían a levantar cabeza, nunca más.

Máxime, cuando llegaba la cosecha de las aceitunas y las fiestas navideñas; cuando más cenas y más se divierten las personas en el sistema de hostelería.

Para que supiésemos cuantos comensales tenía un día llegaron a casa diciéndonos algo, que le asombró a Sonia y a mí. Y a la voz de cincuenta; los que saltamos de la butaca, fuimos nosotros dos, Sonia y yo, por creer

que no habíamos oído bien a nuestros amigos. Y como estos amigos, nos vieron dudar; volvieron a repetir, una vez más, que tenían cincuenta comensales para cenar aquella noche: Fiesta de Nochevieja.

Lo que sirve el Marketing en todos los tiempos; ya que en los periódicos y en la radio de la provincia anunciaron las fiestas de aquella casa solariega, con lámparas isabelinas, muebles isabelinos, solado de la época y la cena por todo lo alto. Entre; mariscos: Percebes, centollas, bogavantes, gambas, cigalas. Crustáceos: Langostinos, nécoras, camarones. Moluscos, como; caracoles, pulpo, mejillones, ostras. Con una comida succulenta, de cordero y de oveja para elegir, con ensaladilla del tiempo, con lechuga, tomate, cebolla, zanahoria y una buena raja de melón; para terminar con un buen postre, hecho al estilo de esa región. Terminando con café, puro y copa y unos presentes, como regalos, para las señoras. Asistiendo a aquel banquete, un crítico comensal.

Tanta fama cogió aquel restaurante, con forma de montar eventos; que todos los sábados, llegaban de otras regiones y de otras provincias personas para cenar en sus dependencias.

Sonia y yo, estábamos que no vivíamos; pensando que aquello lo podíamos haber hecho nosotros dos; con pocos esfuerzos, ya que los proveedores los teníamos: Que fueron los que se quedaron con nuestros buenos amigos de la infancia; proveyéndolos de todo lo que ellos los pedían, sin ninguna clase de esfuerzo, por su parte.

Una idea me asaltaba el cerebro; Y era, que tal vez los mariscos y moluscos no fuesen lo suficientemente frescos; como para hacer la vida grata a los comensales; así que un día me di un paseo hasta la almazara, con ganas de hablarlos a los dos amigos, de ese frente que tenía en su conciencia.

Pero al llegar a la almazara, me pude dar cuenta de las artimañas que traían los dos amigos; pues estaban soterrando, parte de aquellos moluscos, que al parecer ya no servían. Y sin ninguna clase de cortapisa comencé hablándolos a los dos.

FERNANDO -. A eso vengo yo. Para deciros, que tengáis cuidado con los comensales; no dándolos comidas ya pasadas.

ALEJANDRO -. Descuida, que no: No los damos las comidas pasadas de fecha, como tú dices.

YOLANDA -. Eso, nunca.

FERNANDO -. Me quedo mejor, oyendo decir esto, por vuestra boca.

Cuando me iba de aquel lugar, vi venir a lo lejos a Catalina; que tal vez tendría una sola idea metida en la cabeza. Y para saberlo, la esperé en un recodo del camino, que hacía un promontorio; sin que nos viesen los otros dos amigos de la infancia.

Cuando me vio Catalina, esperándola en el camino, ya hecho carretera, se paró, sin ganas de venirse donde yo estaba. Y cono observé, que tenía el

afán de volverse por donde había venido; yo la indiqué, con las manos, de que siguiese su trayecto hacia mi persona.

Al llegar a mí, Catalina agachó la cabeza; sabiendo por qué la había esperado yo.

CATALINA -. ¡Hola!, Fernando.

FERNANDO -. Buenos días catalina. ¿Qué te trae por aquí?.

CATALINA -. Bien lo sabes tú.

Claro que sí lo sabía yo: Sabía las penalidades que estaba pasando la amiga Catalina; a la que tuvimos un día como cocinera mayor en los fogones de los eventos que formamos en aquel tiempo.

FERNANDO -. No te tienes que avergonzar por eso. Te dignifica y te hace una persona buena. El pedir trabajo, es signo de ser persona de confianza.

Al decirla yo esas palabras, Catalina comenzó a respirar mucho mejor; sabiéndose persona de confianza, a demás de una amiga de la infancia.

Catalina siguió su camino, sin mirar para atrás; como guardando en sí, ese orgullo que toda persona tiene metido en su interior.

Un orgullo de no querer decir, que ella lo estaba pasando bastante mal; al igual que muchas personas en ese pueblo: Pero que lo ocultaban, para que

no se enterasen las demás personas de su entorno. Así siguió Catalina su camino, sin saber que yo me estaba mordiendo los labios, para no llorar, por esa penuria económica que tenía mi amiga de la infancia en su casa.

Estuve yo por volverme a la almazara de nuevo, para pedirle trabajo a Alejandro y a Yolanda; pues no podía estar sin trabajar, ni tampoco hubiese seguido con la actividad hostelera.

Me resigné; llegando pronto a mi casa, en donde estaba mi mujer, Sonia haciendo unos dulces, para el deguste de ellos. Y por supuesto, mi mujer Sonia, hacía unos dulces exquisitos; como ninguna mujer los hacía como ella. Era así, que terminadas unas rosquillas, me tuve que comer una completamente caliente; pues no podía resistir sin probar aquellas delicatessen, tan exquisita, como hacía ella.

Pero como me encontraba dando vuelta y vuelta a la cabeza, de saber que mis amigos de la infancia, me podían emplear en algún puesto que yo pudiese desarrollar mi valía, no me di cuenta que se estaban quemando las estrellitas que estaba haciendo mi mujer, Sonia.

A Sonia no la gustó nada, pero que nada, se quemasen las estrellitas que ella hacía en una sartén enorme, para que se hiciesen varias a la vez. Dándome un rapapolvo a mi simple confianza; ya que ella me había quedado al frente de las estrellitas, para retirarlas si yo veía se estuviesen quemando. No viendo yo puerta para salir corriendo, al son de ¡Dios me salve!; pues esto no es lo mío. Siendo lo mío; más bien pensar en un trabajo

de inmediato, para paliar la penuria económica que fustigaba mi casa, en tiempo de pocas existencias.

Pero nada más estuve delante de mis amigos, Yolanda y Alejandro, los pregunté por el contable de la actividad; sabiendo que estaban montados en la buena economía: Por tener un contable, que les había proporcionado un buen proveedor de la actividad alimentaria.

Esta pregunta la hice delante de mi mujer, Sonia; dándome mucha vergüenza hacerla; y sobre todo, cuando me dijeron, que ya tenían un buen contable. Siendo verdad, que aquel grupo que nombraron, eran una buena organización de contables expertos.

Sonia me miró con una cara de incredulidad, que parecía otra, con otro carácter, que no el suyo. Siendo causa de que yo me sobrecogiese un poco; para pensar, antes, qué iba a decir.

Como Yolanda y Alejandro estaban en mi casa, los sacamos unas tapas a media tarde, que fue el detonante para que se les abriesen las ganas de hablar sobre la actividad hostelera.

ALEJANDRO -. Pues sí, querido Fernando. Estamos obteniendo pingues beneficio de los eventos de la casona. Y como es un estilo isabelino toda la construcción de la casa; me lo pone mejor, para que las personas de fuera, lleguen todos los sábados en tropel a los eventos que se da en ella. Siendo la principal causa de atracción, que durante las cenas se da un espectáculo

de los mejores, que se encuentran en circulación. Así, que todos los sábados tenemos más de cien comensales en el restaurante; a demás de bailar y escuchar cantar a alguien o de hacer malabarismo a un buen pre digitador.

Estaba visto; que nuestros dos amigos, tenían un protector económico en uno de sus proveedores, así que lo productos de las comida, eran siempre buenos. . . Por si acaso.

A aquellos dos amigos de la infancia, no se irían de allí; aunque los echasen. Y como ellos sabían, que de allí no los iba a echar nadie; se estaban forrando en dinero, aunque tuviesen que pagar el corretaje al proveedor.

Un lugar de mal estar, nos había dejado aquella noticia a Sonia y a mí; aumentando, cuando, nuestra amiga Andrea, llegó a nuestra casa diciéndonos, que les había tocado a Alejandro y a Yolanda la lotería de navidad. No saliendo de nuestra casa; después de tomarse un café y unas pastas; y como se nos hacía tarde, la invitamos a cenar, opíparamente, en nuestra casa.

La despedimos en la perta de nuestra casa a la amiga Andrea, con cara de sorpresa, por nuestra parte; al saber que había venido con la sola noticia, de que a Alejandro y a Yolanda los habían tocado la lotería de Navidad.

¡Hurra!, que ¡hurra!, que ¡hurra!; por nuestra parte y por la parte que tenía en aquel merecimiento psíquico, que nos había dejado aquella noticia; dada

con tanta sarna, por Andrea. Pero como nosotros dos, Sonia y yo; sabíamos dominar nuestros ánimos: En aquella ocasión, también supimos dominarnos en compañía.

Sonia, no me dejaba mirar ni un solo minuto; tal vez para saber lo que yo la tenía que decir; siendo muy fácil, intuir lo que podría salir por mi boca.

FERNANDO -. La suerte, hija, ¡la suerte!.

Como Sonia estaba sentada en un sillón, con las piernas cruzadas, se pudo caer, al decirla yo aquella. . . De, la suerte.

SONIA -. Y a nosotros: ¿Por qué, no?.

FERNANDO -. Te sigo diciendo: La suerte, hija, la suerte.

Mientras tanto, las personas del pueblo se estaban poniendo nerviosas; al no encontrar nada de trabajo en aquella localidad: En donde tantas cenas millonarias se estaban dando cada día, por parte de Alejandro y Yolanda.

Así, que antes de terminar navidad; llegaron todos los habitantes del pueblo a ocupar la calle donde se daban esas cenas opulentas, por parte de los amigos de la infancia.

No era que me lo dijese nadie; era que yo lo estaba viendo desde una ventana de mi casa. Y sin decirme nada nadie, salí a la calle, como

aventado por el solo pensamiento, de que a Alejandro y a Yolanda los pasase algo malo. Sin esperar, tan siquiera, un solo pensamiento mío; de que a mí, también me podría pasar un percance en mi cuerpo.

Al verme salí de esa manera, Sonia salió también; como leona que guarda sus cachorros: Teniendo más de trescientos comensales, los amigos de la infancia en su grandioso restaurante. Y como yo vi venir a la gloriosa benemérita, la hice un gesto con las manos para que se retuviesen donde ellos estaban, no llegando a las puertas del restaurante.

El sargento me hizo otra señal, como que había ordenado no seguir su pesquisa, de llegar a las puertas del restaurante. Así que yo me conformé con aquella suscita señal, por parte del sargento.

Me fui hacia un lado de la calle; para que no me oyesen los señores y señoras comensales, de aquel restaurante de primera; dándolos una arenga a los participantes en aquella manifestación en plena calle.

No se cómo lo haría; pero lo cierto fue, que poco a poco se fueron yendo a sus respectivas casas los participantes de aquella manifestación; que al parecer, había sido pacífica. Según el sargento de la guardia civil.

Despidiéndome antes del sargento, para ver si quería algo de mí. Y al decirme que ya había mandado él mismo, que no llegasen, aquella patrulla a las puertas del restaurante. Por barruntar algo, en sí mismo; de una pequeña reyerta, por parte de los más destacados en la manifestación.

Dándome yo media vuelta, para entrarme en mi casa.

Pero al cabo de la hora, volví salir de mi casa, para entrarme en el restaurante y poder hablar con Alejandro y Yolanda. Pues al verme estos, se mostraron de lo más agradable del mundo: Al saber el pilar fundamental que fui yo en aquella hora fatídica para ellos y para el mismo restaurante.

Y cuando iba saliendo yo, oí hablar a dos comensales en la fiesta, algo así, como-. ¡Qué pueblo este!: Hasta hace poco estaban las calles abarrotadas de personas -. Habiéndose creído, que también participaba en la fiesta, los habitantes del pueblo. Tanto era así, que más adelante y ya en el mismo umbral del restaurante, lo rubricaba un señor, que era un comensal de primera, según tenía yo entendido.

Mientras unos, con sus ánimos exaltados tomaban la calle, por su parte; los otros, los comensales, creyeron que las personas del pueblo lo celebraban con agrado aquellas fiestas.

Viéndose salir de aquellos salones isabelinos, con abrigos de visón y vestidos de noche. Y ellos hasta con chaqué y zapatos nuevos: Con un alfiler de oro y perla en la corbata.

Viendo allí a la policía local haciendo guardia a la salida de aquellas ilustres personas; pues al parecer, entre esas personas había una que destacaba de las demás.

Por supuesto, salieron todos los vecinos de la calle aplaudiendo a personas tan importantes, como eran las que habían participado en la cena del año, en el restaurante de Alejandro y Yolanda. Aunque lo que había pasado, se

enterarían por medio de sus chóferes; ya que a ningún coche habían tocado los manifestantes, en la demanda de trabajo

Desde luego que se notó y mucho, aquel incono que hicieron los habitantes. Pues los sábados siguientes, bajó mucho el número de comensales que asistían en aquel evento de comidas.

Llegándome Alejandro, quejándose amargamente por la falta de comensales; y hasta el mismo proveedor, ya no le servía también como antes lo hacía. Para paliar aquello, le dije, que volviese hacer eventos de los bautizos y primera comuniones; así como bodas y algunas cenas de trabajo para alguna empresa, de la provincia.

El protector económico le retiró a Alejandro su participación en la empresa; quedándose solo y sin apoyo alguno. Anunciándole yo, que tuviese cuidado, si a caso viniese otro protector económico; que tal vez no vendría con buenos fines.

Bastante le dije a Alejandro: Montando en cólera descontrolada, al verse solo conmigo. Se le desataron los nervios, diciéndome; que él sabía muy bien discernir, cual persona llegaba de frente y cual no.

Alejandro se dio media vuelta, para perderse entre los bidones de aceite que había en la almazara. Yo me salí de aquel establecimiento, sin ganas de volver hablar con mi amigo de la infancia, de nada en concreto. Hasta que en el camino, encontré a Yolanda; que estaba a punto de arrancar a llorar a mares; por algo que la había pasado a ella.

FERNANDO - ¡EH!, eh; que es eso.

Acercándome a ella, la quería elevar su estado de ánimo decaído; por algo que la había pasado. Pero cuando me enteré del por qué de ese desánimo; me llevé las manos a la cabeza.

YOLANDA -. Quiere dejar la actividad hostelera mi nardo, Alejandro.

FERNANO -. ¿No digas?.

YOLANDA -. Sí, que lo digo.

Conformándola yo en cuando la dije; lo que podía ganar en ese mismo año, si las cosas le fuesen favorables. Y por supuesto, le fueron favorables; ya que el primer socio económico, el proveedor, le volvió a apoyar una vez más, al saber los beneficios que reportaba ese restaurante en una sola noche.

Sí: Porque Alejandro, asesorado por mí: Llamó a críticos de la hostelería, dándolos la cena con buen ambiente y agrado. Eso fue el repulsivo para seguir reservando los clientes las mesas de par en par, en ese restaurante, tan afamado y moderno.

La siguiente vez que me crucé con Yolanda, esta me miró con cara de satisfacción; no queriéndome decir nada, para que yo no me asustase.

Iniciándola yo la conversación, de esos fieles comensales, que ellos tenían como clientes asiduos.

Dándome la mano, en señal de agradecimiento; para en un momento determinado, llevársela a su pecho, con un signo de esperanza hacia nuestra nueva amistad. No sabiendo Yolanda, que nuestro afecto no era nuevo: Más bien venía de tiempos remotos; cuando nos habíamos conocido desde niños.

Yo hice por no haberme enterado de nada; dando media vuelta para seguir mi camino hacia delante. Quedándose Yolanda, como quién ve visiones; no siendo realidad, ese hado que tiene en la cabeza conmigo.

Y menos mal que obré de esa manera, delante de Yolanda aquel día; pues nos estaba viendo su marido Alejandro sin nosotros percatarnos de esa instantánea, que nuestro amigo nos estaba haciendo con su vista.

Allí no quedó sospecha alguna, de que Yolanda y yo nos tratábamos como hermanos; más bien que como amigos de la infancia.

Poco a poco; los habitantes del pueblo fueron mejorando su confianza hacia las personas que asistían al restaurante: Pues cuando no se llevaban a una chica, como doncella, era que contrataban a una señora como cocinera en sus grandiosas casas.

Preguntando las personas del pueblo, cuando iba a ver una fiesta o un evento de postín en aquel restaurante; ya que poco a poco se iban llevando, aquellos señores, las personas del pueblo, para trabajar en sus casas o en

sus actividades económicas. No siendo impedimento, para los habitantes del pueblo, que llegasen allí aquellas relevantes personas, con dinero y con sombrero en mano. Ya que aquella casa, exigía tal orden en su restaurante; entre lámparas isabelinas, muebles isabelinos y un sin fin de cuberterías de tal época; sirviéndolos a los comensales con ellas: Cuchara, tenedor y cuchillo.

La loza era producto de aquella época, la mayoría; pero si alguna vez había que reponer la loza, se elegía pinturas blancas, que diesen alegría a los ojos, más bien de Talavera.

Pero como cada vez había menos loza de la época isabelina; se guardó la que quedaba sin romper, en unos cofres, envueltas en paños de seda: Eligiendo la que ya se ha dicho; no olvidando la de El Puente, que era de colores más oscuros.

Aunque no pasamos la raya mediana de la Nación; aquellas personas solamente veían lo bien puesta que estaba la mesa y lo bien servida que quedaba su conjunto, cuando llegaban los platos a los comensales, con esa alegría y calor deseados por ellos.

Siendo la idea principal, el contratar a camareros bilingües; para poderse anunciar en las naciones vecinas: Portugal y Francia.

Así se hizo, teniéndose que marchar las personas del pueblo a otra Nación vecina a la nuestra; no siendo impedimento el lenguaje, siempre que el trabajo se hiciese bien, por lo menos bien. Yéndose de tras, los padres y

madres de esas doncellas, a la vendimia: Trayéndose sus buenos dineros, para arreglar sus casas y embellecerlas un poco; haciéndolas una morada recogida y con un poco de confort en ellas.

A los pocos meses volvieron esas personas al pueblo hablando la lengua francesa; por lo menos un chapurreo francés. Mezclando algunas palabras francesas, mal pronunciadas, con otras españolas.

Los habitantes del pueblo se reían de esas personas, que por estar unos meses en Francia; querían venir hablando perfectamente la lengua francesa.

El pueblo estaba evolucionando a un sistema capitalino, que no a un sistema moderno de pensar. Pensar, pensaban lo mismo: Nunca se salían de su discurso primitivo; que era el no estar a gusto con lo que ellos tenían. Querían más y más; mientras ese más y más no llegaba: No podía llegar por más que lo deseaban ellos. Ya que siempre se ha dicho: “El trabajo y el ahorro, es la mejor economía”.

Poco a poco fueron sabiendo, que con su trabajo saldrían adelante con su precaria economía primitiva; ya que aquellas personas, no había trabajo en algún sitio de envergadura, hasta entonces.

¡Claro que sí!: Sí se hicieron a la era moderna; a esa era que te da todo, si trabajas con ahínco, con ganas y con buena predisposición hacia el trabajo que estas ejecutando.

La luz del Sol se abría para todos en aquel día, de muchas luces en las mentes y mucho querer ser y aparentar en la vida. Pero eso sí; no se

olvidaba las enseñanzas religiosas para nada; ya que aquel día del Viernes Santo, todas las personas estaban siguiendo al Santo Sepulcro, en la procesión tan maravillosa; para la persona creyente.

Con devoción y recogimiento, se los veían a todos los habitantes del pueblo: Yendo con velas encendidas en la procesión del Viernes Santo.

En los Santos Oficios, se llenaba de personas la Iglesia; con el Espíritu recogido y el semblante terso, por el impacto, tan enorme, que los causaba a todas las personas de aquel pueblo, querido y admirado por sus habitantes.

Nada más lejos de querer ser y de tener; se daba en aquellas fechas religiosas. Llegando otras fechas en el pueblo, en donde las personas, con un sentido recogido en su fe y en su manera de ser; se comportaban todas, como hermanas, las unas para con las otras.

Esos movimientos del ego, se traducían en quererse, las personas, unas a las otras, sin pedir nada a cambio; deseando el bien a las otras personas del pueblo.

MARCOS -. Las personas de los pueblos, son creyentes por necesidad.

FERNANDO -. Será que has dicho: Que son creyentes, por tener fe y moral en sus hechos, en su forma de ser y en su manera de pensar.

MARCOS -. Perdona. Es lo que he querido decir.

FERNANDO -. Pues exprésate mejor.

MARCOS -. Somos personas con sensibilidad.

Así nos expresábamos los dos amigos de la infancia, con suma dignidad, dentro de nosotros mismo; ya que nos salía de nuestra manera de ser y pensar en Cristo yacente del Viernes Santo.

Y aunque la Semana Santa se hubo terminado; todas las personas del pueblo asistían a Misa los domingos: Confesando y comulgando la mayoría de ellas.

Se preveía una buena cosecha de uvas al pasar el verano; no sabiendo lo que hacer con ella. Pues el vino pitarrero era para el consumo de casa y para los amigos. Dándole yo una buena idea a Alejandro, sobre lo que podía hacer con aquella cosecha: Siendo lo primero que debía hacer, era curar las cepas, una vez que las hubiese clareado los hojas que cubrían los gajos; pues no dejaban llegar hasta la uva los rayos solares: Imprescindible para que no cogiese la cenicilla. Más tarde, curarla con azufre cúprico las hojas de la cepa; sobre todo, el envés de las hojas para que no tuviesen el oídio característico de un año abundante en lluvias. Para después, con una uña de gato, un pequeño rastrillo, con varios dientes, quitar la corteza del tronco a las cepas; pues anidan allí los sampeditos, que es la marinita o cuenta dedos. Que anida entre la corteza de la cepa, secando la sabia bruta o elaborada, ascendente; haciendo que se seque, también los gajos de uva.

Como Alejandro, era lo primero que oía; me lo hizo escribir, en una cuartilla; y así aprendérselo de memoria. Tanto era así, que un día, se me ocurrió ir de paseo por donde estaban las viñas: Viendo a Alejandro y a su mujer Yolanda, fumigar las cepas con todo el cariño del mundo.

Indicándolos yo, que levantasen los sarmientos para dar vista al envés de la hoja; que era por donde más tenían que fumigar los dos, las hojas de esas cepas.

Como se le había terminado a Alejandro el azufre cúprico, se fue a la casona que tenían en aquella finca, para acarrear dicho producto de elementos químicos.

En aquel mismo momento, que su marido faltaba: Yolanda se había echado encima todo el producto que tenía acumulado. Yo miré para la casona, viendo salir con el tractor a Alejandro; pues seguro que allí no tenía más azufre, yendo para buscarlo a la casa de donde están los olivos.

Pero como Yolanda se debatía, entre sollozos y llantos, por estar totalmente impregnada en ese elemento mineral, que al trasformarlo era un elemento químico. Yo corrí a donde se encontraba ella; con la bata remangada y dándose tortas en sus piernas y hasta en el mismo centro.

La quise ayudar, hasta un mismo término; ya que al ver sus carnes, me excité por momentos.

YOLANDA -. ¡AY!, Fernando.

FERNANDO -. Calla, Yolanda; no me excites más.

Solamente dijo aquello Yolanda, con un buen sentimiento: Presintiendo que algo iba a pasar allí, entre nosotros dos, amigos de la infancia y conocidos desde siempre entre nosotros.

Y ahora: ¿Qué es lo que yo tenía que decir?; si aquello lo habíamos consumado entre terrones y cepas.

Me fui separando de ella lentamente; como si yo fuese su marido: No dándome escrúpulo de cogerla de los pechos para darla media vuelta. Tapándola todas sus vergüenza, a aquella mujer.

Me levanté, sin que ella pudiese hacerlo; para andar el camino de vuelta a mi casa. No sin antes haberme pasado por la charca, para lavarme un poco mi hombría. Y mientras me estaba lavando, vi pasar cerca de allí a Alejandro con el tractor; llevando encima de esa máquina los sacos de azufre cúprico.

No quise irme derecho a mi casa; pues antes me lavé la cara he hice alguna gimnasia para estirar los músculos contraídos en aquel acto de desesperación, en el tiempo de delirio amoroso con Yolanda.

Cuando llegué a casa, mi mujer se encontraba en el salón leyendo una revista de sociedad; de las tantas que había en los quioscos; dándome la bienvenida, con un beso de amor, que me supo a poco.

Yo me senté en un sillón, para poder descansar, del mucho ajetreo del día; cuando, sin esperarlo, Sonia me quitó los zapatos y me puso unas zapatillas de estar en casa, entregándome el periódico del día en las manos. Quedándome yo como quién ve visiones y estrellas del Firmamento, muy cerca de mi cara. Y eran esos dos luceros, que mi mujer Sonia, tiene como ojos.

Al día siguiente me di una vuelta por la bodega de mi amigo Alejandro, viendo a este limpiar los conos para que estuviesen como nuevos en el tiempo de la cosecha de uvas. Y nada más verme, casi se arroja hacia mí, dándome las gracias, por dirigirle en tan ardua situación; como era la que tenía él, con ese vino tan bueno y exquisito.

ALEJANDRO -. He pensado mucho, en lo que me dijiste el otro día, con respecto a distribuir mi vino.

FERNANDO -. ¿Y qué?.

ALEJANDRO-. Como todas las personas del pueblo, buscan un trabajo. . .

FERNANDO -. No debes contar con las personas del pueblo; pues todas ellas tienen en la mente irse a capitales. Ellas no quieren quedarse en este pueblo, aunque han nacido en el.

Se me quedó mirando Alejandro con cara de sorpresa; para bajar la cabeza más tarde, dando su brazo a torcer: Ya que él, también sabía algo de aquellas personas del pueblo y de sus aficiones.

No queriendo romper ese hado de ilusión; por ser su gracia, el que las personas del pueblo, le ayudasen a vendimiar, ha elaborar el vino y a vender aquel mosto hasta los pueblos más lejanos del nuestro. No sabiendo quién se iría a quedar allí; para ayudarle a él. Y cuando me volvió a mirar, le tuve que decir algo, sobre dicha cuestión, que le cogió de improviso.

ALEJANDRO -. ¿Quién me ayudará, en lo menesteres del vino?.

FERNANDO -. Personas duchas para ello. Cualificada y traídas de otras tierras; aunque sean más lejanas.

ALEJANDRO -. No tanto, de lejanas.

FERNANDO -. Aunque no se salga de la provincia; ya que hay personas muy bien enseñadas para este negocio, del vino.

ALEJANDRO -. ¿Etnólogos?.

FERNANDO -. También.

Ya sabía mi amigo Alejandro, que tenía la suerte de contar con personas cualificadas; y no, con personas sin manejo en la conservación de los vinos. Me di media vuelta, y haciendo un gesto con las manos, intercalándolas las dos con un signo de estar bien; y pronunciando un vocablo, no entendido por él: ¡ahhuuu!.

Despidiéndome como un indio del Norte de América, salí rumbo a mi casa; para ver qué me proporcionaba mi suerte, en aquel día tan caluroso y con

tantas ganas de vivir, por parte de aquellas buenas personas. No dándome tiempo, ni tan siquiera, a saludar a mi mujer Sonia; ya que estaban allí Marcos y Andrea, con el correspondiente recado, de que debía hablar con Alejandro, para que los empleasen a ellos en la bodega.

FERNANDO -. ¿Qué le pasa al almazara?.

No recibí contestación alguna, por parte de ninguno de mis dos amigos de la infancia; solamente se limitaron a escuchar, no tardando yo en decirles, que aquella proposición que me hacían ellos; se la comunicaría a Alejandro en forma de ruego. Se pusieron mis dos amigos alegres, por la decisión que yo había tomado, con respecto a ellos.

¿Cómo no?: Como no iba a ser así; si para un amigo de la infancia, siempre estoy dispuesto a echarle una mano, para su bien.

Aquellos amigos se envalentonaron, no dejando hablar y beber todo lo que les sacábamos; hasta que yo miré al reloj, un carillón, que teníamos en el salón, viendo que eran las nueve de la noche. Los sacamos la cena; para que no se fueran mareados a casa. Y así como a las once de la noche, se levantaron de los sillones, donde estaban sentados cada uno de ellos; con idea de irse a su casa.

Por la mañana me puse a dar una vuelta, por los alrededores de mi casa antigua: Más bien, por la pedrera que había detrás de ella, ya levantada por

las prospecciones que hicieron en su día, la compañía petrolífera. No habiendo nadie en una legua alrededor de ese terreno baldío, como estaba siendo ahora, esa porción de terreno; donde manaba el petróleo a simple vista. O por lo menos así me creía yo; pues al mirar para atrás vi venir hacia mí a Yolanda.

Esperé a que llegase mi amiga de la infancia donde yo me encontraba, para hablarla con el corazón, más bien que con la cabeza.

La senté en una roca enorme, que había allí; sentándome yo también, cogidos de las manos. Ya que en aquella porción de terreno no nos veía nadie, al ser un declive en forma de hondonada.

FERNANDO -. ¿Tú tienes la convicción de que te pertenezco?.

YOLANDA -. Pues sí.

FERNANDO -. Yo también tengo la convicción de que me pertenecéis todas las amigas de la infancia. Pero eso no es así.

YOLANDA -. Siento una cosa especial por ti, Fernando.

FERNANDO -. Las amigas sois amigas y los amigos somos amigos y nada más.

Se me quedó mirando Yolanda, temblando; pues se lo sentía en las manos.

Ella quería que yo fuese suyo y ella mía; cosa que no podía ser.

YOLANDA -. Entre nosotros, se puede dar eso.

FERNANDO -. No, Yolanda; no se puede dar.

La vi caérsela sendas lágrimas al suelo, de pena y de misterio hacia mi persona; pues ella quería que todo siguiese igual que estaba: Y así no se podía seguir, por estar casada ella con un amigo y yo con una amiga.

FERNANDO -. Yo quiero a mi mujer, Sonia: Y estoy enamorado de ella.

YOLANDA -. Yo también quiero a mi marido, Alejandro: Y estoy enamorada de él.

Como la vi derrumbada; era el preciso momento, para decirla alguna palabra, que la convenciese de ese hecho tradicional: -. Una chica se casa con un chico; siendo el amor de su vida -.

Al decirla yo eso: Yolanda se echó para atrás, quitándome a mí las manos de las suyas; para levantarse con impulso y con ahínco de la roca que estaba sentada. Y sin yo esperarlo, Yolanda comenzó andar su camino, hacia la almazara; que era su destino aquella misma mañana.

Me quedé solo y pensativo, sin compañía alguna; no viendo otra salida, más que el no ver a Yolanda con tanta frecuencia.

Ese propósito tuve aquel día, y desde entonces lo cumplo a rajatabla, sin impedimento alguno; pese a que mi voluntad sufre al no ver yo a mi amiga

de la infancia, por no decir mi amiga del Alma. Pues en realidad, si sufría yo; al haberme hecho a su cuerpo y a su roce; pero la moral es la moral y la fe es la fe en las personas creyentes y buenas: Aunque sufran un poco sus corazones y su manera de ser con la otra persona.

Era mejor así; ya que yo me debía a Sonia, en cuerpo y en Espíritu, consagrado a ella y no a otra mujer de mi entorno.

Viniendo la época de las confesiones: No sabiendo yo cómo se lo iría a decir al cura en el confesionario; aunque no se enterase nadie, más que él.

Y, ¡UF!: Qué cara puso el párroco cuando se enteró de mis andanzas, con respecto a Yolanda. Una mujer que estaba de buen ver y no era nada despreciable; pues hasta buen carácter tenía.

Cuando me echó la bendición el sacerdote, yo no me podía mover; pues tenía las piernas engarrotadas, no sirviéndome para nada: Ya que ni fuerza tenía en ellas. Y sobre todo, en las rodillas; pues no tenía esa fuerza necesaria en ellas, para empujar hacia arriba y levantarme del confesionario, donde me encontraba arrodillado.

Pero como los hombres confesábamos en la misma puerta del confesionario, me agarré a ella, levantándome a pulso: Y así me vi de pie, despidiéndome de aquel cura tan bueno y humilde.

¡Ya!; ya estaba todo hecho: O por lo menos así lo creía yo: Ya que detrás de mí se arrodilló Yolanda en el confesionario; pero esta vez en la rejilla del confesionario, que era dónde confesaban las señoras.

Yo me arrodillé en un banco, cerca del confesionario; para ver la cara que ponía Yolanda, cuando la hablase el cura. Y créanme, que no tardó en ponérsela toda la cara colorada, al mismo tiempo que el sacerdote comenzó hablarla y a exhortarla en confesión, a aquella mujer.

Y cuando ya la hubo persuadido el sacerdote de que no se debía seguir por aquel camino, la echó la bendición; al verla contrista y confesa de que no volvería a las andadas, nunca más.

Nunca más quisiera yo llegar a la amiga Yolanda; ni aunque fuese por compasión a una mala atracción, mal entendida.

Con aquel propósito de enmienda estábamos los dos, Yolanda y yo; para no volver a caer en el mismo acto, que otras veces.

En cuando al restaurante y los eventos formados en la casona grande iban a pedir de boca; ya que algunas veces se esperaba a personalidades; no solamente nacionales, sino de otras naciones cercanas a la nuestra.

Aquel vino llamado “pitarrero”; ya tenía denominación propia, pues Alejandro se había hecho con etnólogos especializados en la conservación del vino. Pero cuando Alejandro quiso hacerse de otras viñas. Le aconsejé: Que fuese una añada corta; que no encontrasen ese vino tan fácilmente como se encuentran otros. Y así se hizo, y así se llevó a la práctica: El vender aquel vino como oro en paño.

Surtiendo efectos de inmediato en las personas, al probar aquel vino que contenía un buen sabor al paladar.

Los jóvenes se fueron yendo del pueblo a grandes urbes; sobre todo, a las Capitales de las provincias: Tanto como la propia, o como las provincias más cercanas a la nuestra.

Solamente una cosa: Allí se quedaron sus hijos con los padres de ellos, o sea, con los abuelos. Notándose esa merma de personal, hasta en las tiendas que había en el pueblo.

Como las personas que trabajaban en el consistorio hablaban con todos nosotros; poco a poco las fuimos imponiendo en lo que pasaba. Se debía traer a familias nuevas: Con otra manera de pensar, otro estatus social y más abierta a los tiempos nuevos. Personas, que se hiciesen en los pueblos pequeños, que trabajasen para engrandecer aquel pueblo y no se quejasen de la poca o la nula cultura que había en el pueblo.

Enterándose el Excelentísimo Señor Alcalde, que con mucha humildad llegó a nosotros, para saber qué era lo que opinábamos de las personas que había migrado del pueblo y de cómo se podía sostener el catastro con tan exiguas personas mayores.

Le indicamos, que se quería mano de obra en aquel pueblo: Haciendo que se ubicase en él personas jóvenes y con ganas de trabajar; ya fuese la tierra, o lo que ellos abriesen en aquella pequeña urbe.

Así se hizo; llegando personas jóvenes de otros lugares de aquella provincia. Y hasta me atrevería a decir; que llegaron personas de otras

provincias más lejanas, en busca de un trabajo digno y remunerado para ellos.

Esa sangre nueva, ese querer rehabilitar sus casas, esas ganas de trabajar y esa manera de ser, levantaron el pueblo a la suma perfección; cuando se vieron actividades nuevas: Relojerías, tiendas de comestibles, tiendas de confección y un sin fin de actividades florecientes para el pueblo.

No quitaba que algunas de esas personas que llegaban al pueblo, fuesen solamente braceros y gañanes para el campo: Personas humildes y bien llegadas a los campos agrícolas como teníamos en aquel terreno.

A eso se sumó, la apertura de tres bares; cada uno mejor que el otro. Y en un bar, se habilitó un restaurante para los comensales que desearan probar su buena cocina.

Tan buena era aquella cocina de aquel bar: pues Sonia y yo salíamos de vez en cuando para merendar en su establecimiento, o para cenar en el.

Pero eso sí: Los sábados nos íbamos a cenar al restaurante de Alejandro; pues así veíamos la atracción que había traído aquel día. No contando las clases de atracciones que traía a su restaurante, por motivos de encerrarme en sí mismo, para que no me creyera nadie que era una ilusión toda mi manera de pensar.

Tanto era así, que habilitaba el jardín; unos buenos cientos de metros, como restaurante, por no cogerle todas los comensales en la casona grande.

Al final de la cena, se corrían las mesas que había en el centro de aquella gran casa, para que pudiesen bailar, a su gusto y a su modo, los asistentes al restaurante aquella noche.

Al son de la orquesta y de la vocalista o el cantante de turno; nos hacían las delicias a cada uno de aquellos asistentes a la fiesta del sábado, como decíamos nosotros. No teniendo impedimento alguno; para asistir al siguiente día a la Misa Mayor, a las doce de la mañana.

Antes de dar las doce del día el domingo por la mañana, salí como una flecha hacia mi casa; después de dar un paseo por aquellos bonitos campos. Y en un recodo del camino me encontré con Yolanda, que por saludo, me tocó casi todo el cuerpo; haciendo yo lo mismo a ella.

FERNANDO -. ¡No!: ¿Si cuando yo te digo. . .?.

YOLANDA -. No he podido hacer menos. No te veo desde hace mucho tiempo.

FERNANDO -. Sé que tocándonos, descansamos los dos: Nos sentimos por lo menos calmados. Pero menos tocar y más saludos con la boca, como un “adiós”, entrañablemente.

Afirmándolo con la cabeza Yolanda, siguió su camino y yo el mío: Llegando a casa a punto de tocar las campanas a Misa Mayor; a las doce de la mañana del domingo.

Pero al salir de misa y llegando a nuestra casa, vimos abierto la puerta del restaurante; extrañándonos muchísimo aquello: Pues se intuía, que nuestros amigos debían estar en casa durmiendo, ya que habían dejado la actividad a últimas horas de la madrugada. Nos miramos a la cara, Sonia y yo; como diciéndonos, si tal vez entrásemos para ver lo que pasaba o si sería mejor llamar a los amigos, para que cerrasen la puerta. Ninguna de las dos cosas hicimos en aquella hora aciaga para nosotros, Sonia y yo. Ya que el corazón se nos puso a cien por hora; al pensar, si a los amigos los había pasado algo malo. No hicimos nada, Sonia y yo; ya que la patrulla de la policía local estaba haciendo su ronda por aquella misma calle.

Y a la indicación mía, se nos vinieron, la pareja de la policía local, a donde nos encontrábamos nosotros. ¡Una indicación!: Sólo bastó hacerlos a los dos policías locales un gesto con las manos, para que de inmediato se pusieran hacer pesquisas esos dos policías locales, con respecto a Yolanda y Alejandro.

Lo primero que hicieron los dos policías locales, fue llamar a la centralita del cuartelillo; para que los diese el número de teléfono de nuestros dos amigos. Y como no contestaban, pidieron permiso al sargento para entrar en el restaurante; ya que habían encontrado las puertas abiertas de par en par; siendo cosa no asidua en ellos. Pero con todo y eso, se presentó el sargento con el Juez de Paz: O sea, mi hijo.

Al verme mi hijo, hizo un gesto como tirándose hacia atrás. Yo, por mi parte, me retuve para no decirle nada; no fuese a ser, que aumentasen mis palabras el expediente que tenía que hacer mi hijo.

Entraron, en forma de comitiva, todas las autoridades del orden y de la justicia, en el restaurante; saliendo un poco más tarde juntos con Alejandro y Yolanda; pues al parecer, se habían quedado dormidos en un camastro, que tenían en el trastero: Donde guardan las bebidas y los comestibles que debían preparar para los comensales, dentro de un par de horas. Ya que eran la una del mediodía; y a las dos y media empezaban a dar la comida a los comensales que llegasen al restaurante.

Y, ¡OH!; ilusión de ilusiones. Si allí se encontraban la mayoría de los señores y señoras que habían cenado la noche anterior. No siendo óbice, pensar dónde había pasado un par de horas durmiendo aquellos grandes señores. No había ninguna clase de impedimento, para saber que aquellos señores y señoras hubiesen pasado la noche en sus coches; no pudiendo moverse, ni conducir ellos: Como no fuesen los señores que llevaron chóferes, para su acomodo.

No; no daba crédito yo a lo que estaba viendo: Pues en el almuerzo, que daba el restaurante de los amigos, se veían bastantes cubiertos alquilados, por las mismas personas que asistieron a la cena de la noche anterior. Aunque para decir verdad, estas eran las mínimas.

Sin pensarlo, pasé a la cocina del restaurante; que era donde se encontraban Alejandro y Yolanda. Llamándolos a parte, para decirlos algo, con respecto a una idea que se me había venido a la cabeza.

YOLANDA -. ¡UF!: Qué barbaridad.

FERNANDO -. Con eso no me has contestado, Yolanda.

ALEJANDRO -. Pero te contesto yo. Nada de eso, es verdad.

Me lo dijo así, como no queriendo saber nada de lo que yo les estaba preguntando.

Pero como Yolanda, quiso pasar cerca de mí con una bandeja llena de chuletas de cordero, me fui hacia donde se encontraba una pequeña mesa; viendo allí unas hojas, que a mi simple parecer serían de cocaína. Pero cuando dirigí la vista más al frente me puede dar cuenta, que había un buen bote de bicarbonato sódico, y cerca un elemento como de piedra, con unos tubos de vidrio.

No había duda alguna; aquel elemento era el crack, y el bote de bicarbonato ayudaba para formar la piedra del crack, junto con polvo de cocaína, que es un clorhidrato de cocaína. Haciendo efectos inmediatos.

Como entró una persona en el establecimiento, queriendo dirigirse a la cocina; yo metí en el cajón las hojas de aquella planta que había encima la

mesa, como así el bote de bicarbonato, para que no lo viese aquella persona.

Duró poco tiempo allí, la persona que había llegado pidiendo trabajo; ya que al saber dónde había trabajado antes, Alejandro la puso a prueba: Pidiéndola informes en la empresa que había trabajado anteriormente. Mientras tanto, trabajaría a pruebas; no queriéndola dar mucha confianza a aquella persona, por si acaso eso no fuese verdad: Ya que la actividad que nombró aquella persona era demasiada conocida por todos los hosteleros de la Nación. Y al marcharse aquella persona del restaurante, yo me puse hablar con mi amigo Alejandro; alegrándome de que estuviese allí la amiga Yolanda, para que me oyera. Y abriendo el cajón, de aquella mesilla, le señalaba a Alejandro para aquellas hojas y aquel bote de bicarbonato.

FERNANDO -. ¿Qué significa esto?.

ALEJANDRO -. Eso se lo dices tú a Marcos, que es el que lo ha traído.

FERNANDO -. ¿Pero sabrás para que sirve estos productos.

YOLANDA -. Para hacer el crack. Sustancia alucinógena, de efectos inmediatos.

Así inhibían a los comensales, para que asintiesen; no solo a la merienda, sino también a la cena: Ya que no se podía valer por sí mismos.

Tirándolos yo aquellas sustancias tan peligrosas para las personas en el cubo de la basura. Y no solamente me pude dar cuenta de aquello; pues en un rincón de donde guardaban los comestibles, había unas sartenes con restos de comida.

FERNANDO -. ¿Esto no será? . . .

ALEJANDRO -. Lo es.

FERNANDO -. Pero, ¡Bueno!

YOLANDA -. ¿Qué quieres?, hijo.

Así no se rompía aquella cadena de servirlos el crack a los comensales; pero lo que sí se rompía era la cadena alimenticia en aquellos alimentos que servían a todos los comensales.

No viendo yo, ningún acto bueno en aquellos amigos de la infancia: Pues si las hojas las había traído Marcos, todos; todos estaban involucrados en aquellos actos delictivos.

No pude más; así que los señalé hacia el cubo de la basura, para que tirasen aquellos alimentos en el. Haciéndome caso de inmediato; los tiraron, aquellos alimentos al cubo de la basura.

Salí de allí, haciendo gestos con la cabeza de no estar conforme con lo que ellos estaban haciendo.

Así; como desesperado, llegué a casa notándomelo mi mujer, Sonia. Viniéndose hacia mí con un baso de whisky en las manos, para que yo me sintiese más feliz, y más cómodo.

Como siempre se portó mi mujer conmigo: No preguntándome nada, ni haciendo ningún aspaviento, que diese a entender en la situación tan nerviosa, que ella se encontraba con respecto a mi persona.

Al verla así a Sonia, me fui calmando por segundos; ya que mi mujer me invitaba hacerlo; con aquella parsimonia que tenía, haciéndome la vida más agradable y bondadosa. Así que en poco tiempo, era yo otra persona más relajado y centrado en mí mismo.

La sorpresa me la dio Sonia; cuando una mañana temprano salió de casa con rumbo al restaurante, sin yo saberlo. Aunque más tarde sí lo supe; estando yo en el umbral de la casa, mirando calle arriba, calle abajo: Para ver si divisaba venir a mi mujer, por la acera.

Sí, si la vi salir del restaurante a mi mujer, Sonia; con cara de poca amiga, pues tenía los nervios a cien. Y sin decirme una sola palabra, se entró en casa; para hacer yo lo mismo que ella hizo conmigo el día anterior: No preguntándola nada, del por qué de aquellos nervios, como eran los que traía al salir del restaurante. Ya se la pasaría, aquel estado anímico, con el que llegó Sonia a casa.

Yo no me quedé conforme al ver llegar de esa manera a Sonia del restaurante; así que salí, momentos después, al restaurante; pues intuí que debía estar allí Alejandro, y así fue.

Alejandro se encontraba limpiando un cazo, que era donde hervían aquellos productos alucinógenos. Y al verme llegar, escondió enseguida el cazo bajo unos paños de cocina.

FERNANDO -. No escondas nada, Alejandro; lo he visto todo.

ALEJANDRO -. Pues no debías ver nada. Deja de hacer: ¡No te parece!.

Por poco coge una persona del pueblo hablando de esa manera a Alejandro; ya que había entrado en la cocina sin llamar: Poniéndosele la cara a mi amigo como un pimiento morrón de colorada, por medio del miedo, que había pasado cuando vio Alejandro entrar aquella persona en la cocina del restaurante.

Él creía, que aquella persona había oído lo último que él había dicho: Pero no; no había oído nada. Así que se tranquilizó pidiéndole que se expresase al señor que había entrado en la cocina, con mucho respeto y humildad, a la vez.

Poca cosa dijo aquella persona; pues era un varón de unos cincuenta y tantos años, que llegaba a ese establecimiento preguntando a Alejandro; ¿si iría a cerrar el restaurante?, como todo el mundo comentaba en el pueblo.

Después de aplacar su estado de ánimo exaltado, el señor que le preguntaba aquello; Alejandro, se echó las manos a la cabeza, en señal de no saber de dónde salían tales patrañas.

Saliendo más calmado aquel señor del restaurante: Quedándose mirándome Alejandro, para ver qué decía yo; y como el mutismo en mí, era sagrado, no me sacó nada, con respecto a lo que yo pensaba de aquel hecho insólito, que se había producido en la cocina del restaurante hacía unos minutos.

Pero como yo había visto entrar muebles nuevos en la casa de aquel señor, no me pude callar por más tiempo.

FERNANDO -. Algo trae entre mano, ese señor con los comensales del restaurante.

ALEJANDRO -. Pues claro que sí. Alquila habitaciones a los comensales del restaurante.

Hasta ahora no entendía nada de lo que decían y de lo que estaba pasando; pero de aquí en adelante, lo entendería perfectamente todo.

FERNANDO -. Tú no ves en el problema que te puedes meter, si te denuncian por dar sustancias alucinógenas a los comensales del restaurante?.

ALEJANDRO -. No veo problema alguno en ello.

FERNANDO -. Tendrías que cerrar el restaurante.

ALEJANDRO -. ¿Y qué?.

FERNANDO -. Si tus empleados, persisten en quedarse en el pueblo; lo primero que se los debe enseñar, es cuales raíces del campo son comestibles.

No; no había pensado en eso Alejandro; pues se le puso una cara como de asustado y de no sentirse seguro consigo mismo.

Se dio media vuelta Alejandro, para salir de la cocina del restaurante a paso agigantado; no sabiendo yo dónde se dirigía con tanta prisa; pero cuando ya estaba yo entre las mesas del restaurante, miré por una ventana, viendo a Alejandro hablando con su proveedor; o lo que es lo mismo, su socio capitalista. Viéndolo yo muy mal ese encuentro, que se estaba produciendo en esa hora de sosiego para nuestro amigo Alejandro.

Los gestos que hacían no era muy expresivos; pero se intuía algo, como que no estaban de acuerdo en sus pretensiones: No se sabe si económicas, o morales, según se veía por la forma de mover las manos y hasta todo el cuerpo, de un lado a otro.

Poco duraron juntos los dos; ya que el proveedor y socio protector económico, se montó en su coche, para irse camino hacia la carretera.

Yo salí, entonces, de donde me encontraba; que era en la cocina del restaurante, para hablarle a mi amigo Alejandro sobre ese estado de excitación, como tuvo con su socio hacía poco tiempo.

FERNANDO -. ¿Qué?: Te he visto muy azarado, hablando con tu proveedor de algo que te incumbe a ti, no a mí.

ALEJANDRO -. Tú lo has dicho. Solamente es verdad la primera premisa de tu conversación; pues la segunda, te diré: Que también te incumbe a ti, en cuando somos amigos de la infancia. ¡Pregunta!: Pregunta todo lo que tú quieras; yo te daré la respuesta.

FERNANDO -. Gracias, Alejandro; pero no voy a preguntar nada.

Dándome media vuelta salí con rumbo a mi casa; pues eran ya las horas de la merienda. Tenía mi mujer, Sonia, que estarme esperando con la mesa puesta. Eso lo supe nada más llegar a mi hogar; pues al ver la cara que tenía Sonia, no tuve que preguntar nada. Con todo y eso, mi mujer se cayó lo que me tenía que decir en aquella hora tan intempestivas de la tarde; pues eran ya las cuatro.

Al terminar la merienda; mi mujer Sonia, me dio un beso de cariño en la frente, cogiéndome más tarde de los hombros, para atraerme hacia ella: Asestándome un beso de amor en la boca, que me supo a poco.

Aquellas cosas de mi mujer, me mataban: Me estaba ablandando el corazón poco a poco; al verla tan cariñosa y tan enamorada de mí.

Yo me levanté de donde estaba sentado, en la silla; pues todavía no me había movido de la mesa donde habíamos comido, atrayéndomela hacia mí a Sonia, para propinarla el mejor de los besos, dados a ella por mí parte.

Sonia se me quedó mirando con unos ojos bien abiertos; como queriendo saber si aquel gesto era de corazón o había parte de agradecimiento hacia ella; por lo bien que me trataba. Y cuando estuvo segura, y solamente cuando lo estuvo; de que yo la besaba con ansias y de corazón, dejó reclinar su cabeza en mi pecho: En señal de agradecimiento y sumisión hacia ni persona, y mi persona no sabía lo que hacer con mi mujer; por el sentido tan femenino y noble como tenía hacia mí.

Sin palabras ni aspavientos, nos fuimos a la alcoba para consumir aquel exquisito amor, como nos teníamos en aquella hora de cariño y de deseos, el uno hacia el otro. No diciéndonos nada; para no romper aquel hado de felicidad hacia nuestras personas, que se veían envueltas en una nube de algodón espumoso; por ser un compendio de agua sublimada.

Igual que esa sublimación del agua, se fundían nuestros cuerpos en un vapor que se elevaba hacia el Cielo.

El sábado llegó y con el las personas que venían a participar en una velada lúdica de espectáculo y de cena bien servida; pero con esa llegada, pude ver que muchos señores llamaban a casas ya contratadas, para poder dormir

aquella misma noche. Pero cosa curiosa: Al mismo tiempo, que aquellos señores, llegaba un caballero llamando a esas mismas casas, donde pernoctaban sus gracias.

Aquel caballero entregaba al ama de la casa o al amo, una bolsa pequeña, que tendría que contener un producto para el señor que alquilaba la habitación en aquella casa.

Por lo menos, se salvaba mi amigo Alejandro; ya que no era él, el que entregaba aquellas bolsas a los señores que las demandaban. El sistema jurídico le exoneraba del peso de la justicia.

Ahora sí, que podía yo estar tranquilo; por no ser Alejandro el que entregase directamente esas bolsas a aquellos señores: No teniendo que ver nada de esas entregas.

Estábamos en el siglo veinte; proveyéndose un paso la economía hacia otros derroteros, no tan firmes como había habido hasta ahora. Pues cada persona cuenta y contaba para las tributaciones; ya no existían las entregas de dinero en propia mano: Se tenía que hacer por transferencia bancaria, de una cuenta a otra.

En cuando a las actividades, se estaba poniendo más serio la llevanza de las cuentas en los libros y las inspecciones de Hacienda.

Tanto era así, que supe, por boca, de un paisano que había viajado al pueblo cercana; que la inspección de sanidad había entrado en un bar de ese pueblo, para inspeccionarlo.

Antes que yo se lo pudiese decir a Alejandro; al verme llegar de aquella manera, dio órdenes para que limpiasen a fondo todo el restaurante: Sobre todo, la cocina del mismo. Ya que él no quería se viese polvo alguno en dicha cocina de aquella sustancia alucinógena.

Viéndoselos a todos los operarios de la cocina limpiar cada rincón de aquel establecimiento. Y hasta lavarlo con lejía y detergente; así como con sustancias olorosas, para que diese sensación de limpio, todo el restaurante y la cocina.

A la mañana siguiente; ya se encontraban todos los empleados de aquel restaurante, volviendo a limpiar lo mismo que el día anterior. Viéndose las lozas y la cubertería más limpio que el jaspe; como se suele decir.

Aquella noche no llegó la inspección de sanidad al restaurante; pero llegó a la próxima, que era sábado: Y en medio de la velada de música; cuando todas las personas asistentes en el restaurante, se encontraban tranquilas y conformes con todo lo que se les servían a ellas, en sus mesas, como comensales afamados y nobles caballeros e ilustres damas. No queriendo dar que pensar a ningún comensal de algo que no había sucedido; por eso se les entró a la inspección de sanidad en la cocina.

Viéndose a uno de ellos, mirarse a través de una sartén; ya que brillaba de limpia que estaba. Aquel individuo, se atusaba la barba y se ponía bien el pelo, que al parecer lo tenía un poco largo.

Cuando se fue la inspección sanitaria del restaurante, sin querer tomar o probar bocado alguno, se levantó un comensal diciendo que era un crítico de los restaurantes en España y parte del extranjero.

Al decirle quién le había mandado, nos dijo el nombre del proveedor que tenía Alejandro, su socio económico.

Ahora sí que se eludió toda clase de impedimento, para buscar algo, que no fuese un servicio oneroso y noble, como ninguno; lo que se hacía en aquel restaurante de primera, como nos dijo el crítico. Pues había adquirido la categoría de primera, gracias a esa visita inesperada, según los comensales, y para nosotros ya sabida.

FERNANDO -. Alejandro: De esta hemos salido; ¿pero y la otra?.

ALEJANDRO -. A la otra la daremos esquinazo bien merecido.

FERNANDO -. No me entero, de lo que me quieres decir.

ALEJANDRO -. Que nos cogerá de descanso veraniego.

FERNANDO -. ¿Ya lo sabes tú?.

Para más INRI; aquello que me dijo Alejandro fue verdad: Ya que la inspección de Hacienda se presentó cuando tenían vacaciones todo el personal del restaurante; que aunque no era verano, se había pedido permiso para poder cerrar unos días aquel restaurante. Habiendo llegado

tarde Hacienda al cierre temporal del restaurante, por condiciones obvias, al echarse la carta el sábado y ser fiesta al siguiente día.

Lo malo fue, que Alejandro estaba muy seguro de que ya se había hecho la inspección de Hacienda; pues se presentaba una sola vez al año, en cada actividad hostelera: Y eso si lo hacía, que ya se podía llamar al mismo departamento de Hacienda, para que acudiese el sujeto pasivo con toda la documentación necesaria.

Así fue; pues Alejandro presentó unas cuentas de lo más variopintas que se podía dar: Ya que en aquel restaurante acudían personas dignas y afamadas, gastándose gran cantidad de dinero en una sola noche. Debido a que la actuación lo demandaba; al gustarles mucho aquellos eventos que tenían lugar en el restaurante, cada sábado y domingo.

No obstante le tendría que preguntar a Alejandro por la documentación presentada, con mucho sigilo y tacto.

FERNANDO -. Alejandro. ¿Dónde has guardado la documentación que presentaste en Hacienda el otro día?.

ALEJANDRO -. La tengo en la oficina del restaurante; la que tiene tachones y raspaduras como enmiendas, la he guardado en mi casa a buen recaudo.

Me pareció buena la respuesta que me dio mi amigo Alejandro; siendo verídica mi sospecha sobre la Inspección de Hacienda; pues esa misma tarde se presentó un Inspector para volver a revisar los documentos presentados en la Agencia Estatal de Hacienda.

Aquel Inspector levantó acta de, aprobado y conforme; no viendo ninguna alteración en las cuentas del restaurante.

Eso sí: Alejandro podría ser tal o cual cosa; pero con respecto a las cuentas era impecable. No dejaba pasar ni una cuenta sin revisar por él mismo; ya que temía más a un decaimiento moral en su expediente, que a una multa echada por Hacienda.

Para que el restaurante fuese como él quería, no podría tener ninguna nota en contra de su dignidad y de su moral: Bien lo sabía él; así que tenía cuidado en las cuentas y en las llevanzas de ellas mismas.

Pero toda la vida no iba a ser de candelitas y luces bellas; ya que en aquella fecha calló mala Yolanda. Empezó a quejarse de un pecho; encontrándola un tumor cancerígeno en el.

Hasta el pelo se la calló y se volvió más irascible en su trato, con respecto a otras personas; no creyéndose nada de lo que la decían, ni de lo que ella veía a simple vista. No sabiendo nosotros, si aquello era consecuencia de su enfermedad o un acople en su voluntad de ser, para demostrar que ella podía y debía salir hacia delante con ese tumor maligno.

Ya no daba tanto valor a una posible atracción física, como antes lo hacía: Era otra persona, más concienzuda, más acoplada a la pura realidad. Viendo Yolanda la vida, de otra manera como la veía hasta esa misma fecha de decaimiento moral y físico.

Entre ir y venir al médico, Alejandro, decidió traspasarle el negocio a su socio, con el beneplácito mío; ya que dicha actividad estaba en mi casa y había sido un arrendamiento a mi amigo Alejandro.

No estaba yo muy de acuerdo con dar el sí, para que Alejandro traspasase el negocio al proveedor y socio a la vez. No lo veía yo muy claro; que aquel señor, se hiciese cargo del restaurante; sobre todo, habiendo tomado fama internacional, ya que desde Francia y Portugal, llegaban los comensales para pasar un par de horas agradables, comiendo y viendo actuaciones.

Tanto era así; que se quedaban en casas particulares a pernoctar, a primeras horas de la mañana: No digo yo, que fuese a últimas horas de la madrugada; pues algunas personas veían amanecer el nuevo día.

Y con un nuevo día damos finalizado este relato, tan interesante para saber lo que sucedía en el siglo veinte en ciertas comarcas.

FIN

CRÍTICA DEL AUTOR

Es una obra literaria costumbrista; en donde los hechos de las personas, sobrepasa el intelecto. Sobre todo, cuando tienen que comer; buscando los alimentos donde podían.

Es una obra en donde se enseña, cómo iban las personas de algunos pueblos a otra Nación a buscar el salario; quedándose un cierto afán intelecto en su ser, para querer vivir en las grandes Ciudades.

Se despoblaban los pueblos, buscando una actividad remunerativa, para los pocos paisanos que se quedaban en sus hogares: Esperando, poco más o menos, que llegase ese maná de providencia Divina.

A las canciones que hay en la obra, se las respetan las reglas de la poesía: Contando bien sus sílabas y su rima poética. No buscando, que el rimo poético vaya al ritmo musical.